TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS IV-VII

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 145



Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN GIL.

Depósito Legal: M. 39821-1990.

ISBN 84-249-1428-7. Obra completa.
ISBN 84-249-1429-5. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1990. — 6297.

NOTA INTRODUCTORIA

En este volumen, que comprende los libros IV-VII, se abarca un total de 103 años de historia; son, de acuerdo con la cronología de Varrón, los años 445-342 a.C.

Los hechos de política exterior de Roma van desde la conquista de la llanura pontina hasta el comienzo de las guerras samnitas.

En política interior se desarrolla la lucha plebeya por la igualdad civil y política en los matrimonios mixtos, y la participación de los plebeyos en la magistratura suprema. Acceden, por primera vez, los plebeyos a la cuestura, al tribunado militar con atribuciones consulares, al consulado, a la dictadura, a la censura.

Libro IV

Es el libro que cubre mayor número de años, desde el 445 hasta el 404 en cómputo varroniano, y uno de los libros menos elaborados en lo referente a la unidad formal.

Los frentes bélicos se sitúan, sobre todo, del lado ecuo: cerca del río Trero, donde son detenidos romanos y latinos, y del lado volsco: entre Ferentino y Preneste, se trata de cortar a romanos y hérnicos el acceso al mar en la zona Ancio-Anxur. La pugna por el dominio de la llanura pontina sería, históricamente, una anticipación, referida a estas fechas.

En cuanto a política interna, dos aspectos a destacar: la organización censitaria, conectada con el crecimiento de los efectivos militares, incrementándose progresivamente el número de tribunos militares con poderes de cónsul e instituyéndose la paga militar; y, por otra parte, la discusión de los matrimonios mixtos y el acceso plebeyo a la magistratura suprema.

Libro V

Catorce años de historia.

Contrasta con el libro anterior por estar elaborado temáticamente en torno a dos grandes acontecimientos que traban su unidad: el sitio y toma de Veyos por los romanos, y la toma de Roma por los galos y su liberación.

También el sentido unitario desde el punto de vista de los personajes queda manifiesto en torno a una única figura: Marco Furio Camilo.

Desde la perspectiva de la composición, resulta curioso un pasaje: el *excursus* sobre los galos que abarca los capítulos 33,4-35,3. La ruptura narrativa que supone dicho pasaje ha basado la hipótesis de considerarlo como una inserción posterior. Abren y cierran el libro dos grandes discursos, uno de Apio Claudio y otro de Camilo.

Libro VI

Años varronianos, 390-367.

La línea de confrontación exterior viene definida por el abanico de poblaciones constituido por Ancio, Sátrico, Vélitras, Túsculo, Preneste. Roma se esfuerza por recuperar de nuevo su peso frente a ecuos y volscos.

En el escenario del interior hay que subrayar la agitación social, cuyo rompiente es, primero, Marco Manlio Capitolino, que, ante el problema del endeudamiento y la crisis del crédito, repite el esquema dramático de Espurio

Casio y Espurio Melio; y, después, Licinio y Sextio, con sus proyectos de reforma constitucional, desembocando en el primer consulado plebeyo, el de Lucio Sextio.

En cuanto a la composición, dos aspectos a considerar: el protagonismo de Camilo a través de todo el libro, y el preámbulo de I, 1-3, que ha basado hipótesis como la relativa a la publicación de la obra por grupos de cinco libros.

Libro VII

Años 366-342.

En el tapiz de confrontaciones exteriores, se destaca el empeño romano por controlar el acceso a la Campania por el interior, por los valles del Trero y el Liris. Hacia el Norte, se centra la presión etrusca en las poblaciones de Cere y Tarquinios, en la costa, cuya motivación es susceptible de explicaciones diversas. Y, al final, el inicio de las Guerras Samnitas, en las que se va a jugar el papel de Roma hacia el Sur de Italia y en el Mediterráneo.

En política interna atraviesa el libro el tema de la reforma constitucional sobre el carácter mixto del consulado, con altibajos notorios.

Con respecto a la composición, resalta una ruptura del ritmo narrativo en el cap. 29. El plan, hasta entonces, es áridamente analístico. A partir de ahí, dos años de historia ocuparán los catorce capítulos restantes. Resulta, en cierto modo, sorprendente el preámbulo que inicia el cap. 29, un preámbulo que no abre un libro o un conjunto de libros, sino que sirve de presentación a toda una sucesión de guerras, desde las Samnitas a las Púnicas.

NOTA TEXTUAL

La traducción de este volumen corresponde al texto latino de la edición de J. Bayet *(Les Belles Lettres,* París; I.

IV, 1965; l. V, 1969; l. VI, 1966, y l. VII, 1968). Se ha preferido el texto de R. M. Ogilvie (Oxford, 1974) en: IV 8, 7; 9, 1; 12, 1; 35, 4; 42, 1; 43, 1; 52, 1; 57, 12; 60, 3, y V 2, 8; 18, 2; 34, 8; 42, 3; 53, 1. Y el texto de la edición de C. F. Walters-R. S. Conway (Oxford, reimpresión de 1979) en: VI 24, 10; 36, 3; 36, 12, y VII 10, 13; 40, 2.

Gijón, 1988

LIBRO IV

SINOPSIS

Los matrimonios mixtos y el consulado plebeyo (1-2).
Discurso de Canuleyo (3-5).
Los tribunos militares con poderes de cónsul (6-7).
Creación de la censura como magistratura patricia. Ayuda a Árdea, guerra con los volscos (8-10).
Colonia rútulo-romana en Árdea. Hambre, intriga monárquica en Roma (11-13).
Dictadura de Cincinato, muerte de Espurio Melio (14-16).
Defección de Fidenas. Guerra con Falerios, Veyos y Fidenas (17-19).
Los segundos despojos opimos (20).
Epidemia. Amenazas del exterior. Toma de Fidenas (21-22).
Etruria amenaza guerra. Nombramiento de dictador. Recortes de éste a la censura (23-24).
Tensiones electorales. Ecuos y volscos a la ofensiva en el Álgido. Victoria del dictador (25-29).
Consulados varios. Sequía. Tribunos militares. Dictador (30-31).
Guerra con Veyos y Fidenas, que es tomada de nuevo. Triunfo del dictador (32-34).
Pugna electoral: elección de tribunos militares, elección de cónsules (35-36).
Toma de Capua por los samnitas. Batalla contra los volscos: mal papel del cónsul, y relevante del decurión Tempanio (37-41).

Acusación contra el cónsul, presentada y retirada. Aumento de dos a cuatro censores, negociado (42-44, 5).
El cónsul Sempronio procesado y multado. La vestal Postumia, acusada (44, 6-13).
Conato de rebelión de los esclavos. Guerra con ecuos y labicanos (45-47).
Problemas con el reparto de tierras. Sucesivas tomas de Bolas por ecuos y romanos. El general Postumio muerto a pedradas por sus tropas (48-51, 6).
Toma de Ferentino (51, 7-8).
Epidemia, hambre. Dificultades para la guerra con ecuos y volscos. Popularidad del tribuno Menenio (52-53).
Primeros cuestores plebeyos. Guerra continuada con ecuos y volscos (54-57).
Problemas para declarar la guerra a Veyos (58).
Expediciones en zona volsca. Toma de Ánxur. Institución de la paga al ejército (59-60).
Asedio de Veyos. En zona volsca, Artena tomada y arrasada. Veyos de nuevo centro de la guerra (61).

Los matrimonios mixtos y el consulado plebeyo

Les sucedieron los cónsules Marco Genucio y Gayo Curiacio[1]. Fue un año de hostilidades internas y externas. A principios del año, en efecto, Gayo Canuleyo, tribuno de la plebe, presentó un proyecto de ley de matrimonio[2] entre patricios y plebeyos,
2 proyecto con el que los patricios estimaban que se manchaba la pureza de su sangre y se trastocaban sus derechos familiares. Y, por otra parte, la alusión a que se permitiese elegir de entre la plebe a uno de los cónsules, dejada caer

[1] Es el año 445 a. C. (Seguiremos, como referencia, el cómputo varroniano.)

[2] La discusión de este proyecto de ley aparece centrada en el contexto del acceso de los plebeyos a los ritos de los patricios, manifestación del proceso de laicización del derecho.

por los tribunos cautelosamente en un principio, fue tomando cuerpo, después, hasta el extremo de que nueve tribunos suscribieron una proposición, en el sentido de que el pueblo tuviese la posibilidad de elegir a los cónsules de entre la plebe o el patriciado, a su voluntad. Ahora bien, si 3
esto se llevaba a efecto, el poder supremo no sólo se compartía con los más humildes, sino que pasaba, por completo, pensaban, de la nobleza a la plebe. Por eso, se ale- 4
graron los patricios, al oír que la población de Árdea se había separado de Roma debido al injusto pronunciamiento sobre su territorio[3], que los veyentes habían saqueado los confines del territorio romano, y que volscos y ecuos andaban inquietos a causa de la fortificación de Verrúgine[4]: hasta ese extremo preferían una guerra desafortunada a una paz ignominiosa. Recibidas, pues, estas 5
noticias, exagerándolas incluso para que, entre tantos rumores de guerra, se apagasen las proposiciones de los tribunos, disponen que se haga un alistamiento y se preparen las armas y la guerra con la mayor intensidad, mayor aún, a ser posible, que durante el consulado de Tito Quincio. Entonces, Gayo Canuleyo se limitó a gritar en el 6
senado que, en vano, los cónsules amedrentaban a la plebe para desviarla de su interés por las nuevas leyes, que jamás, estando él con vida, llevarían a cabo la leva antes de que la plebe se pronunciase sobre los proyectos presentados por él y sus colegas, y convocó rápidamente una asamblea.

Al tiempo que los cónsules incitaban al senado en con- 2
tra del tribuno, el tribuno incitaba al pueblo en contra de los cónsules. Decían éstos que ya no se podía seguir sopor-

[3] Ver libro III, caps. 71-72.

[4] No hay referencias de esta plaza, Verrúgine, que aparece en el área conflictiva con los volscos en los libros IV y V. Debió de tratarse de una ciudadela situada en uno de los montes Albanos, que controlaría el paso a través del monte Álgido.

tando los excesos de los tribunos, que se había llegado ya al límite, que se suscitaban más guerras dentro que fuera, y que esto ocurría por culpa de los patricios tanto como de la
2 plebe, de los cónsules tanto como de los tribunos; que todo aquello que un Estado recompensa, va siempre a más con la mayor intensidad, y que así se gestaban los buenos ciu-
3 dadanos, los buenos soldados; que las mayores recompensas en Roma las recibía la sedición, timbre de gloria per-
4 manente para los individuos y para la colectividad. Que tuviesen presente cómo era la majestad del senado que habían recibido de sus padres, y cómo la que iban a entregar a sus hijos, o en qué medida podía la plebe vanagloriarse de ver incrementada su importancia y su grandeza. Que no se ponía ni se iba a poner término a aquella situación, mientras las sediciones tuviesen éxito y sus promoto-
5 res recibiesen cargos públicos. ¡Qué objetivos, y de qué alcance, se proponía Gayo Canuleyo! Suponen confusión de familias, trastocamiento de auspicios públicos y privados, de forma que no existe nada limpio, nada puro; que, suprimida toda diferenciación, nadie pueda identificarse a
6 sí mismo ni a los suyos. ¿Qué otro alcance tienen, en efecto, los matrimonios mixtos, sino propagar los acoplamientos entre patricios y plebeyos, al estilo casi de los animales, de forma que el que nazca no sepa a qué sangre, a qué culto pertenece, mitad patricio y mitad plebeyo, sin
7 estar de acuerdo ni siquiera consigo mismo? Les parece poco trastocar todo lo divino y lo humano: los agitadores de las masas se disponen ya al asalto al consulado. Al principio se limitó a meras palabras su intento de que uno de los cónsules fuese nombrado de entre la plebe; ahora se presenta una proposición de ley tendente a que el pueblo elija los cónsules de entre los patricios o la plebe, a su voluntad. Y, sin lugar a dudas, elegirán a los plebeyos más sediciosos: así pues, los Canuleyos y los Icilios serán cónsu-

les. ¡Que Júpiter Óptimo Máximo no permita que el poder 8
de la majestad real caiga tan bajo!; ellos morirán mil veces
antes de permitir que se acepte una deshonra semejante.
Están convencidos de que también los antepasados, de 9
haber previsto que, al hacerle todas las concesiones, la
plebe no iba a ser más considerada con ellos, sino más
intratable presentando unas exigencias cada vez más injus-
tas una vez satisfechas las primeras, hubiesen afrontado 10
cualquier clase de lucha antes que consentir que tales leyes
les fuesen impuestas. Por haber cedido en la referente a los
tribunos, se volvió a ceder, y no se puede poner término si 11
en un mismo Estado hay tribunos de la plebe y patricios:
tiene que ser suprimido este estamento o aquella magistra-
tura, y hay que salirle al paso a la osadía temeraria mejor
tarde que nunca. ¿Es que van ellos a empezar por sembrar 12
impunemente la discordia concitando a los vecinos a la
guerra, y después van a impedir que la ciudad se arme y se
defienda contra las guerras que ellos han provocado?
Cuando no les ha faltado más que llamar al enemigo, ¿no
van a consentir que se alisten ejércitos contra los enemigos,
sino que va a tener Canuleyo la osadía de declarar en el 13
senado que, a no ser que los patricios acepten sus leyes,
como las de un vencedor, él impedirá que el reclutamiento
se lleve a efecto? ¿Qué otra cosa es esto, sino amenazar con
que hará traición a la patria, que dejará que sea asediada y
conquistada? ¿Qué aliento no supondrán esas palabras, no
para la plebe de Roma, sino para los volscos, ecuos y
veyentes? ¿No van a esperar que teniendo a Canuleyo por 14
caudillo, podrán encaramarse a lo alto del Capitolio y de la
ciudadela? Si los tribunos no les han quitado a los patri-
cios, juntamente con sus derechos y majestad, también el
coraje, los cónsules están dispuestos a servirles de guía para
hacer frente a la infamia de unos ciudadanos antes de hacer
frente a las armas enemigas.

Discurso de Canuleyo

3 Precisamente cuando estas manifesta-
ciones tenían lugar en el senado, Canu-
leyo habló a favor de sus leyes y en con-
tra de los cónsules en estos términos:
2 «Ciudadanos de Roma: creo haberos he-
cho notar, sin duda, en anteriores y repetidas ocasiones,
qué profundo desprecio hacia vosotros sentían los patri-
cios, qué indignos os consideraban de vivir con ellos en una
3 misma ciudad, dentro de unas mismas murallas; pero
mucho más ahora, dado el encarnizamiento con que se han
alzado contra mis proyectos de ley, con los cuales no se
hace más que recordar que somos conciudadanos suyos, y
si bien no tenemos los mismos posibles, sí vivimos, sin
4 embargo, en la misma patria. En uno de los proyectos
pedimos el derecho al matrimonio que se les suele conceder
a los vecinos y a los extranjeros: nosotros mismos hemos
concedido el derecho de ciudadanía, que es más que el de
5 matrimonio, incluso a enemigos vencidos. En el otro pro-
yecto no presentamos ninguna innovación, sino que recla-
mamos y llevamos a la práctica algo que corresponde al
pueblo: que el pueblo romano confíe los cargos públicos a
quien quiera.

6 »¿Qué razón hay, por consiguiente, para que revuelvan
cielo y tierra, para que, hace poco, haya estado a punto de
producirse en el senado una agresión contra mí; para que
digan que emplearán la fuerza y proclamen que violarán
7 esta potestad inviolable? Si al pueblo romano se le concede
la libertad de voto para que confíe el consulado a quien
quiera, si ni siquiera a un plebeyo se le cercena la esperanza
de alcanzar, caso de merecerlo, el poder supremo, ¿no va a
poder subsistir esta ciudad?, ¿está acabado, por eso, el
imperio? El que uno pregunte si un plebeyo va a ser cónsul,
¿equivale a decir que va a ser cónsul un esclavo o un
8 liberto? ¿Os dais bien cuenta de qué profundo es el despre-

cio en que vivís? Os quitarían, si se pudiera, vuestra parti-
cipación en la luz que nos alumbra; les indigna que respi-
réis, que podáis hablar, que tengáis figura humana. Es más: 9
dicen que es contra religión (con perdón de los dioses) el
nombrar cónsul a un plebeyo. Decidme, por favor: aunque
no se nos permite el acceso a los *Fastos* ni a los *Comenta-
rios* de los pontífices[5], ¿no sabemos, al menos, lo que todo
el mundo, incluso un extranjero sabe, que los cónsules
ocuparon el lugar de los reyes y no tienen derecho o majes-
tad alguna que no hayan tenido antes los reyes? ¿Es que no 10
estáis seguros de haber oído contar alguna vez que a Numa
Pompilio, que no era patricio ni siquiera ciudadano
romano, se le fue a buscar al país sabino y reinó en Roma
por mandato del pueblo con el refrendo del senado, y que, 11
más adelante, Lucio Tarquinio, ni romano ni siquiera itá-
lico de origen, hijo de Demárato de Corinto e inmigrante
procedente de Tarquinios, fue hecho rey en vida de los
hijos de Anco; que, después de él, Servio Tulio, hijo de una 12
prisionera de Cornículo, de padre desconocido y madre
esclava, ocupó el trono en razón de sus cualidades natura-
les y de sus méritos? ¿Y qué voy a decir de Tito Tacio el
Sabino, con el que el propio Rómulo, padre de Roma,
compartió el trono? Por consiguiente, mientras no se des- 13
preció por su origen a nadie en quien resaltase el mérito, el
imperio romano fue a más. ¡Avergonzaos ahora vosotros
de un cónsul plebeyo, mientras que nuestros antepasados
no menospreciaron a reyes venidos de fuera, y ni siquiera
después de la expulsión de los reyes se cerró Roma al
mérito extranjero! Los Claudios, en efecto, procedían de la 14
Sabina después de la expulsión de los reyes, y los acepta-
mos no sólo como ciudadanos, sino incluso como miem-

[5] Estaban reservados a los patricios, en nombre de la religión. Los *Fastos* se hicieron públicos el año 304 a. C.

15 bros del patriciado. Un extranjero puede llegar a ser patri-
cio y, después, cónsul; un ciudadano romano, si pertenece
a la plebe, ¿verá tronchada la esperanza de llegar al consu-
16 lado? ¿Es que no creemos, en definitiva, que pueda ocurrir
que haya entre la plebe un hombre valeroso y esforzado,
buen civil y buen militar, que se parezca a Numa, a Lucio
17 Tarquinio o a Servio Tulio? ¿O bien, ni aun en el caso de
que lo haya, le permitiremos acceder al timón del Estado, y
vamos a tener cónsules parecidos a los decénviros, lo más
aborrecible de la humanidad, patricios sin embargo todos
ellos, más que a los mejores reyes, que eran hombres
nuevos?

4 »Pero es que, después de la expulsión de los reyes,
dirán, ningún plebeyo fue cónsul. ¿Y qué más? ¿Es que no
debe producirse ninguna innovación? Y lo que aún está por
hacer —pues en un pueblo nuevo son muchas las cosas que
no se han hecho aún—, ¿no procede hacerlo ni aun en caso
2 de que sea útil? Cuando reinaba Rómulo no existían los
pontífices ni los augures: fueron creados por Numa Pompi-
lio. No existía el censo de ciudadanos ni la distribución en
3 centurias y clases: fue obra de Servio Tulio. Jamás habían
existido los cónsules: fueron creados después de la expul-
sión de los reyes. No había existido el poder ni el título de
dictador: comenzó a existir en tiempos de nuestros padres.
No había tribunos de la plebe, ni ediles, ni cuestores: se
estableció su creación. En el transcurso de los diez últimos
años creamos y eliminamos de la república a los decénviros
4 legisladores. ¿Quién pone en duda que, fundada Roma sin
límite en el tiempo, desarrollándose sin límite en el espacio,
se establecerán nuevas formas de poder, nuevos sacerdo-
cios, nuevos derechos familiares e individuales?

5 »El hecho mismo de que no existiese el matrimonio entre
patricios y plebeyos, ¿no lo fijaron los decénviros en estos
últimos años, siendo el precedente público más detestable,

la mayor injusticia para con la plebe? ¿Es que puede darse
un agravio mayor o más notorio que el considerar a una
parte de los ciudadanos indigna del matrimonio, como si
estuviese contaminada? ¿Qué otra cosa es peor que sufrir 6
destierro, relegación, en el recinto de unas murallas comu-
nes? Toman medidas para que no nos mezclemos por la
afinidad del parentesco, para que no se una a la suya nues-
tra sangre. Pues bien, si esto mancilla esa nobleza vuestra, 7
que no tenéis por origen ni por sangre al ser la mayoría
oriundos de Alba[6] y de la Sabina, sino por haber sido
promocionados a senadores por designación de los reyes[7]
o, después de la expulsión de los reyes, por mandato del
pueblo, ¿no podíais conservarla pura con medidas de tipo
privado, no tomando esposas plebeyas ni dejando que
vuestras hijas y hermanas se casasen, sino con patricios?
Ningún plebeyo tomaría por la fuerza a una doncella patri- 8
cia: es ése un capricho de patricios; nadie hubiera obligado
a nadie a un compromiso de matrimonio contra su volun-
tad. Pero, en realidad, el prohibirlo por ley, el abolir el 9
matrimonio entre patricios y plebeyos, eso es, en definitiva,
afrentar a la plebe. ¿Por qué, entonces, no proponéis que
no exista el casamiento entre ricos y pobres? Lo que siem- 10
pre en todas partes correspondió a la iniciativa privada,
que cada mujer entrase como esposa en la casa que le pare-
ciese y el hombre tomase esposa en la casa en que se
hubiese comprometido, eso vosotros lo sometéis a las ata-
duras de una ley llena de arrogancia, para dividir con ella a
la sociedad y hacer dos Estados de uno solo. ¿Por qué no 11
decretáis que un plebeyo no sea vecino de un patricio, ni
pueda ir por el mismo camino, ni participar en el mismo
convite, ni situarse en el mismo foro? ¿Es que es algo dife-

[6] Véase I 30, 2.

[7] Véase I 35, 6.

rente, en la práctica, el que un patricio se case con una
plebeya o un plebeyo con una patricia? ¿En qué cambia el
derecho, en definitiva? Porque es que los hijos siguen la
12 condición del padre[8]. Ni pretendemos, con el matrimonio
con vosotros, ninguna otra cosa que contar como seres
humanos, como ciudadanos, ni hay razón alguna para que
os opongáis, a no ser que os guste contender para afrentar-
nos y humillarnos.

5 »Después de todo, ¿a quién pertenece, en último tér-
mino, el poder supremo, al pueblo romano o a vosotros?
La expulsión de los reyes, ¿supuso el poder absoluto para
2 vosotros, o una libertad igual para todos? ¿Es procedente
que el pueblo romano pueda sacar una ley, si es su volun-
tad, o cada vez que sea presentado un proyecto de ley,
vosotros decretaréis una leva como castigo, y cada vez que
yo, tribuno, comience a llamar a las tribus para votar, tú,
cónsul, automáticamente obligarás a los jóvenes a prestar
juramento y los llevarás al campamento, y amenazarás a la
3 plebe, y amenazarás al tribuno? ¿Qué hubiera ocurrido si
no hubieseis experimentado ya por dos veces lo que valían
semejantes amenazas contra la plebe unida? ¡Naturalmente,
rehusasteis la lucha porque queríais nuestro bien! ¿No es
más cierto que no hubo lucha, porque el bando más fuerte
4 fue también el más moderado? Tampoco ahora habrá
lucha, ciudadanos; ellos pondrán siempre a prueba vuestra
5 firmeza, pero no querrán experimentar vuestra fuerza. Por
consiguiente, cónsules, para esa guerra, sea realidad o fic-
ción, la plebe está a vuestra disposición, si restablecéis los
matrimonios mixtos, realizando, al fin, la unidad de esta
ciudad; si puede ligarse, unirse, mezclarse con vosotros con
lazos privados; si a los hombres esforzados y valerosos se

[8] Sólo en el caso de matrimonio *sine manu,* que no se extiende hasta mediados del siglo III a. C., quedaba la mujer en el rango social de su familia de origen. La mujer no podía ser depositaria de la patria potestad.

les abre la esperanza de acceder a los cargos; si se permite
participar y compartir la vida política; si, como corres-
ponde a una libertad igual, pueden alternar la obediencia y
el mando en las magistraturas anuales. Si alguien va a 6
impedir esto, discursead y multiplicad los rumores de gue-
rra: nadie se va a alistar, nadie va a tomar las armas, nadie
va a luchar por unos amos soberbios con los que no hay en
común ni cargos públicos ni matrimonios privados.»

Los tribunos militares con poderes de cónsul

Como también los cónsules se presen- 6
taron en la asamblea y, de los discursos
ininterrumpidos, se pasó a una disputa,
el tribuno preguntó por qué no procedía
que un plebeyo llegase a cónsul; se le res- 2
pondió, tal vez con razón, pero con poco sentido práctico
dado el enfrentamiento presente, que porque ningún ple-
beyo podía tomar los auspicios y, por eso, los decénviros
habían prohibido los matrimonios mixtos, para que no se
perturbasen los auspicios con hijos de origen ambiguo. Fue 3
esto lo que más encendió de indignación a la plebe, porque
se le negaba la posibilidad de tomar los auspicios, como si
fuese objeto de la aversión de los dioses inmortales. Y
como la plebe contaba con un tribuno que la incitaba con
toda dureza y ella misma porfiaba con él en empecina-
miento, no terminaron los enfrentamientos, hasta que, al
fin, los patricios, derrotados, accedieron a que saliese ade-
lante el proyecto de ley sobre el matrimonio, sobre todo 4
porque estaban persuadidos de que los tribunos dejarían a
un lado definitivamente la discusión sobre el consulado de
los plebeyos o la aplazarían para después de la guerra, y
que la plebe, dándose por satisfecha de momento con el
matrimonio, estaría dispuesta a alistarse.

Como Canuleyo con la victoria sobre los patricios y 5
con el favor de la plebe cobraba gran importancia, los
otros tribunos, animados a la lucha, combaten con todas

sus fuerzas en pro de su proposición de ley, y a pesar de
que los rumores de guerra aumentan de un día para otro,
6 se oponen al reclutamiento. Los cónsules, al no poder con-
seguir nada por el cauce del senado, debido al veto de los
tribunos, celebraban en sus casas consejos de notables.
Estaba claro que había que conceder la victoria a los ene-
7 migos o a los ciudadanos. Los únicos excónsules que no
asistían a los consejos eran Valerio y Horacio. La opinión
de Gayo Claudio era que se armase a los cónsules en con-
tra de los tribunos; las de los Quincios, Cincinato y Capito-
lino, eran radicalmente contrarias a la muerte o los actos
de violencia contra aquellos a los que habían aceptado
8 como sacrosantos en un pacto con la plebe. Por medio de
tales reuniones se le dio salida a la situación consintiendo
que se creasen tribunos militares con poderes de cónsul,
patricios o plebeyos indistintamente, sin modificar en abso-
luto la cuestión de la elección de cónsules; con ello se die-
ron por satisfechos los tribunos, y se dio por satisfecha la
9 plebe. Se fija la fecha de los comicios para la elección de
tres tribunos con poderes de cónsul. Una vez fijada ésta,
inmediatamente cuantos en alguna ocasión habían hablado
o actuado sediciosamente, sobre todo los extribunos,
comenzaron a abordar a la gente y a dar vueltas por todo
10 el foro con la vestimenta blanca de candidatos, de forma
que a los patricios les hizo abstenerse, en primer lugar, la
desesperanza de conseguir el cargo dada la irritación de la
plebe y, en segundo lugar, la indignación al pensar que
tendrían unos colegas semejantes. Presionados, sin embargo,
por los más influyentes, acabaron presentando su candida-
tura para no dar la impresión de que renunciaban a deten-
11 tar el poder. El resultado de aquellos comicios puso de
manifiesto que los ánimos son distintos en la lucha por la
libertad y dignidad, y en la serenidad de juicio que se da
cuando los enfrentamientos han quedado a un lado: el

pueblo, en efecto, eligió tribunos únicamente a patricios,
contento con que se hubiese tenido en cuenta a los plebe-
yos. Esta moderación, equilibrio y altitud de miras que 12
entonces mostró el pueblo entero, ¿dónde se los podría
encontrar en la actualidad en un solo individuo?

En el año 310 de la fundación de Roma[9], por primera 7
vez entran en funciones, en lugar de los cónsules, los tribu-
nos militares Aulo Sempronio Atratino, Lucio Atilio y
Tito Clelio, durante cuya magistratura la concordia interna
dio lugar también a la paz en el exterior. Algunos sostienen 2
que, al haber venido a sumarse la guerra de Veyos a las de
los ecuos y volscos y a la defección de Árdea, como dos
cónsules no podían hacer frente a tantas guerras simultá-
neas, se crearon tres tribunos militares dotados de poderes
y distintivos de cónsules, y no hacen mención a la ley rela-
tiva a la elección de cónsules plebeyos. No quedó, sin 3
embargo, consolidado todavía el derecho referente a esta
magistratura, porque, dos meses después de haber entrado
en funciones, abandonaron el cargo por un decreto de los
augures sobre un defecto de forma en la elección, debido a
que Gayo Curiacio, que había presidido los comicios,
habría cometido alguna irregularidad al emplazar la tienda
augural.

Llegó a Roma una legación de Árdea, presentando, 4
sobre la injusticia cometida, una queja en términos tales
que quedaba claro que, si la injusticia era reparada restitu-
yéndoles su territorio, seguirían siendo aliados y amigos. El 5
senado respondió que una sentencia del pueblo no podía
ser anulada por el senado: aparte de que no había prece-
dentes ni derecho para hacerlo, estaba la razón del enten-
dimiento entre los estamentos; si los ardeates querían espe- 6
rar el momento oportuno y dejaban a criterio del senado la

[9] Cómputo inclusivo. Es el año 444 a. C.

manera de reparar la injusticia, iban a tener ocasión más adelante de alegrarse de haber moderado sus iras y de comprobar que el senado se había preocupado por igual de que la injusticia contra ellos no se produjese y de que, una
7 vez cometida, no fuese duradera. Los delegados, después de manifestar que informarían de todo esto, fueron despedidos atentamente.

Los patricios, como estaba sin magistratura curul el Estado, se reunieron y nombraron un interrey. La discusión sobre si se elegirían cónsules o tribunos militares pro-
8 longó el interregno durante muchos días. El interrey y el senado propugnan que se celebren elecciones de cónsules; los tribunos de la plebe y la plebe, que de tribunos militares. Ganaron los patricios; porque, por una parte, la plebe, que iba a conferir a patricios tanto uno como otro cargo,
9 cejó de enfrentarse inútilmente y, por otra parte, los notables de la plebe preferían unas elecciones en las que ellos no contasen, a otras en las que se les diese de lado por no considerarlos dignos. También los tribunos de la plebe abandonaron la lucha antes del final para hacer méritos
10 ante los patricios principales. El interrey Tito Quincio Barbato proclama cónsules a Lucio Papirio Mugilano y Lucio Sempronio Atratino. Durante su consulado se renovó el tratado con Árdea, y éste constituye la prueba de que aquel año hubo los cónsules citados, aunque no figuran ni en los
11 antiguos anales ni en los libros de magistrados. Posiblemente, como al comienzo del año hubo tribunos militares, pensando que estuvieron en el poder durante todo el año, se omitieron los nombres de los cónsules mencionados
12 nombrados en su lugar. Licinio Macro sostiene que los encontró en el tratado con Árdea y en los libros línteos del templo de Juno Moneta. En el exterior, a pesar de tantas señales de alarma que habían partido de los vecinos, reinó la tranquilidad lo mismo que en el interior.

Creación de la censura como magistratura patricia. Ayuda a Árdea, guerra con los volscos.

A este año en que hubo sólo tribunos o también cónsules sustitutos de los tribunos, sigue otro en que, sin lugar a dudas, hubo cónsules, Marco Geganio Macerino por segunda vez y Tito Quincio Capitolino por quinta[10]. Este mismo año supuso el comienzo de la censura, institución de origen modesto que, posteriormente, cobró tal incremento[11] que en ella radica la dirección de las costumbres y normas de vida de Roma; la decisión sobre el honor y el deshonor del senado y de las centurias de caballeros está bajo la competencia de esta magistratura; la legitimidad de los lugares públicos y privados, las rentas públicas de Roma dependen de un gesto de su libre voluntad. Pues bien, su origen se 3
debió a que, al no haber sido censada la población durante muchos años, no se podía diferir más el censo, ni era cuestión de que los cónsules se hiciesen cargo de este cometido cuando en tantos pueblos había amenazas de guerra. Se 4
presentó una moción ante el senado, en el sentido de que una tarea laboriosa y, en absoluto, propia de los cónsules requería un magistrado propio del que dependiesen la función de los escribas, la custodia de los registros públicos y las resoluciones sobre las formalidades del censo. Los 5
patricios, aunque era una función de escasa importancia, la aceptaron, sin embargo, de buen grado para que el Estado contase con mayor número de magistrados patricios, pensando, además, como de hecho ocurrió, que bien pronto los recursos de quienes lo detentasen dotarían al propio cargo de mayores atribuciones legales y mayor dignidad; los tribunos, a su vez, viendo en ello la gestión de un cargo 6
más necesario que brillante, cosa que entonces así era, para

[10] Año 443 a. C.

[11] Es en el siglo IV a. C. cuando la censura adquiere toda su amplitud de atribuciones.

no mostrar ni siquiera en detalles una hostilidad fuera de
7 lugar, no opusieron realmente mayor resistencia. Como los
personajes más relevantes de la población menospreciaban
el cargo, el pueblo, mediante sufragio, encargó a Papirio y
Sempronio, cuyo consulado estaba puesto en duda, de la
realización del censo, para que, con esta magistratura,
complementasen un consulado incompleto. Por la naturaleza de sus funciones recibieron el nombre de censores.

9 Mientras esto ocurre en Roma, unos delegados de
Árdea vienen a suplicar, en nombre de la antiquísima
alianza y del tratado recientemente renovado, ayuda para
2 su ciudad al borde de la destrucción. Y es que no les fue
posible disfrutar de la paz que con muy buen acuerdo
habían mantenido con el pueblo romano, debido a una
guerra civil cuya causa inicial radicó, según dicen, en la
3 pugna entre partidos, que fueron y serán para tantos pue-
blos una calamidad mayor que las guerras con el exterior,
que el hambre y las enfermedades y los otros males que se
atribuyen a la cólera de los dioses como desgracias públicas
4 extremas. Una joven de origen plebeyo, célebre por su
belleza, era pretendida por dos jóvenes; el uno, del mismo
origen que la muchacha, contaba con el apoyo de los tuto-
res, pertenecientes también a la misma clase; el otro, noble,
5 cautivado exclusivamente por su belleza, era apoyado acti-
vamente por la nobleza. Por ello, el enfrentamiento de los
partidos hizo entrada también en el domicilio de la joven:
el noble era preferido por la madre, que quería que su hija
tuviese un matrimonio lo más brillante posible; los tutores,
pensando en su partido incluso en un tema como éste, tira-
6 ban por su candidato. Como no pudo resolverse la cuestión
dentro de casa, se llegó a los tribunales [12]. Una vez oídas las

[12] Es cuestión discutida la similitud o diferencia entre la ley de Roma y la de Árdea sobre este particular.

demandas de la madre y de los tutores, los magistrados autorizan la boda de acuerdo con los deseos de la madre.
Pero se impuso la fuerza; en efecto, los tutores, después de 7
pronunciarse públicamente en el foro en medio de sus partidarios contra la injusticia de la decisión, reúnen a un grupo y sacan por la fuerza a la joven del domicilio
materno. En contra suya surge más enfurecido aún un 8
grupo de nobles en pos del joven encendido por el desafuero. Se genera una tremenda pelea. Rechazada la plebe, bien distinta de la plebe de Roma [13], sale armada de la ciudad, se apodera de una colina y realiza incursiones a sangre
y fuego por las tierras de los nobles; se dispone, incluso, a 9
sitiar la ciudad, después de que, con la esperanza del botín, acudió también a su llamada toda la multitud de obreros que hasta entonces se habían mantenido al margen de la
lucha: no falta ninguno de los aspectos desastrosos de la 10
guerra, como si la ciudad se hubiese contagiado de la rabia de los dos jóvenes que pretendían un funesto matrimonio a
costa de la ruina de su patria. Les pareció poco a uno y 11
otro bando un conflicto armado interno: llamaron los nobles a los romanos en ayuda de la ciudad sitiada, y la plebe a los volscos para que les ayudasen a tomar Árdea.
Los volscos, mandados por el ecuo Cluilio, llegaron antes a 12
Árdea y levantaron una empalizada frente a las murallas
enemigas. Cuando se supo esto en Roma, el cónsul Marco 13
Geganio se puso inmediatamente en camino con un ejército, acampó a tres millas del enemigo y, al caer el día, dio orden de que las tropas repusiesen fuerzas. Después, durante la cuarta vigilia se puso en marcha; comenzaron los trabajos y los agilizaron de tal modo que, al salir el sol, los volscos vieron que los romanos los habían cercado con
una empalizada de mayor solidez que ellos a la ciudad; y, 14

---

[13] Cf. la segunda Secesión.

por otro lado, el cónsul había llevado, hasta tomar contacto con las murallas de Árdea, una ramificación por donde pudieran los suyos comunicarse desde dentro de la ciudad.

10 El general volsco, que hasta entonces había alimentado
a sus tropas no con provisiones dispuestas de antemano,
sino a base del pillaje de los campos cogiendo trigo para el
día, al verse, cercado por la empalizada, súbitamente privado
de todo recurso, pidió una entrevista al cónsul y le
dijo que, si los romanos habían venido a romper el cerco,
2 él estaba dispuesto a llevarse de allí a los volscos. A esto
replicó el cónsul que los vencidos tenían que aceptar, no
que imponer condiciones, y que si los volscos habían
venido a atacar a unos aliados del pueblo romano cuando
habían querido, no se iban a marchar de la misma manera.
3 Les manda que entreguen a su general y depongan las
armas como reconocimiento de que están vencidos y se
someten a obediencia. Que, en caso contario, tanto si se
van como si se quedan, él, enemigo implacable, llevará a
Roma una victoria sobre los volscos, en lugar de una paz
4 no fiable. Los volscos trataron de ver si en las armas había
una pequeña esperanza, una vez perdida cualquier otra;
aparte de las restantes condiciones adversas, trabaron
combate, además, en una posición desfavorable para la
lucha y aún más desfavorable para la huida; como eran
destrozados por todas partes, pasaron del combate a las
súplicas, entregaron a su general, depusieron las armas y,
después de pasar bajo el yugo, se les dejó marchar, con una
simple prenda de vestir cada uno, cubiertos de ignominia y
5 derrotados. Y habiéndose detenido no lejos de la ciudad de
Túsculo, fueron aplastados, inermes, recibiendo el pago del
antiguo odio de los tusculanos; apenas si se salvaron algu-
6 nos para contar el desastre. El romano restableció el orden
perturbado por la sedición en Árdea, decapitando a los

cabecillas del movimiento e incorporando sus bienes al
común de Árdea. Estimaban los ardeates que semejante
servicio borraba la injusta sentencia del pueblo romano; al
senado le parecía que faltaba aún algo para borrar las hue-
llas de la avaricia pública. El cónsul entró en triunfo en 7
Roma llevando delante de su carro a Cluilio, el general de
los volscos, y precedido por los despojos obtenidos cuando
había hecho pasar bajo el yugo al ejército enemigo des-
armado.

El cónsul Quincio investido con la toga alcanzó tanta 8
gloria, lo cual no es fácil, como su colega investido con las
armas, porque mantuvo una preocupación tal por la con-
cordia y la paz interior regulando los derechos de grandes y
pequeños, que lo tenían por un cónsul severo los patricios
y bastante tratable los plebeyos. También frente a los tri- 9
bunos se mantuvo más a base de prestigio que de lucha:
cinco consulados ejercidos con un mismo estilo, y una vida
vivida toda ella con la dignidad propia de un cónsul hacían
casi más respetable su propia persona que su cargo. Por
eso, mientras éstos fueron cónsules no se habló para nada
de tribunos militares.

Colonia rútulo-romana en Árdea. Hambre, intriga monárquica en Roma

Se nombra cónsules a Marco Fabio 11
Vibulano y Póstumo Ebucio Cornícine[14].
Los cónsules Fabio y Ebucio, viendo lo 2
gloriosos que habían sido los aconteci-
mientos políticos y militares que les ha-
bían precedido, y lo especialmente me-
morable que era aquel año para los vecinos, aliados o
enemigos, porque se había ayudado con tanta diligencia a
los ardeates a punto de hundirse, pusieron, por ello, mayor 3
empeño en borrar por completo de la memoria humana la
infamante sentencia e hicieron que el senado decretase que,

[14] Año 442 a. C.

en vista de que la población de Árdea había quedado muy disminuida por la revuelta interna, se alistarían colonos
4 para enviarlos allí como defensa contra los volscos[15]. Esto fue lo que se publicó por escrito, para ocultar a la plebe y a los tribunos el plan trazado de anular la sentencia; se habían puesto de acuerdo, sin embargo, en alistar una proporción mucho mayor de colonos rútulos que romanos, y en que no se repartiese nada más que la tierra sustraída por la vergonzosa sentencia, ni se le asignase allí a ningún romano ni un solo puñado de tierra antes de dar su parte a
5 todos los rútulos. De esta manera el territorio retornó a Árdea. Para llevar la colonia a Árdea fueron nombrados triúnviros Agripa Menenio, Tito Cluilio Sículo y Marco
6 Ebucio Helva. Éstos, aparte de lo absolutamente impopular de su tarea, provocaron el descontento de la plebe al asignar a unos aliados un territorio que el pueblo romano había declarado suyo, y ni siquiera contaron con especial aceptación por parte de los patricios principales, porque no
7 les dieron ningún trato de favor; citados ya por los tribunos para comparecer ante el pueblo, evitaron los problemas fijando su permanencia en la colonia, testigo de su integridad y su equidad.

12 Hubo paz en el interior y en el exterior durante este año y durante el siguiente, en que fueron cónsules Gayo Furio
2 Pacilo y Marco Papirio Craso[16]. Los juegos prometidos mediante voto por los decénviros y decretados por el senado cuando la plebe se separó de los patricios, se cele-
3 braron aquel año. En vano buscó la ocasión de una
4 revuelta Petelio, el cual, elegido tribuno de la plebe por segunda vez precisamente por anunciar tal propósito, no

[15] Comienza a perfilarse el aspecto militar de las colonias, pues no aparece en Livio que las arcaicas tuvieran tal carácter.

[16] Año 441 a. C.

pudo conseguir que los cónsules presentasen al senado una
proposición sobre el reparto de tierras a la plebe, y cuando
logró, no sin grandes esfuerzos, que se pidiese al senado su
pronunciamiento mediante voto sobre si se hacían eleccio-
nes de cónsules o de tribunos, se dispuso que se nombrasen
cónsules; y eran motivo de burla las amenazas del tribuno, 5
avisando de que él iba a impedir el reclutamiento, pues al
estar tranquilos los vecinos, no había necesidad de guerra
ni de preparativos de guerra.

Tras esta situación de calma viene un año, el del consu- 6
lado de Próculo Geganio Macerino y Lucio Menenio
Lanato[17], señalado por múltiples calamidades y amenazas:
sediciones, hambre, aceptación casi del yugo de la monar-
quía ante el atractivo de sus larguezas; faltó únicamente la 7
guerra exterior: si ésta hubiera venido a agravar la situa-
ción, a duras penas se hubiera podido resistir con la ayuda
de todos los dioses. Comenzaron las calamidades por el
hambre, bien por ser un año de malas cosechas, o bien por
haberse abandonado el cultivo de los campos ante el atrac-
tivo de las asambleas y de la urbe, pues ambas razones son
aducidas. Los patricios acusaban a la plebe de holgazane-
ría, y los tribunos de la plebe denunciaban, unas veces, la
falta de honradez y, otras, la desidia de los cónsules. Al fin 8
decidieron a la plebe, sin que el senado se opusiese, a que
se nombrase prefecto del aprovisionamiento de víveres[18] a
Lucio Minucio, que en tal magistratura iba a ser más afor-
tunado en la salvaguarda de la libertad que en el ejercicio
de sus funciones, aunque al fin el llegar incluso a abaratar
los alimentos le supuso un reconocimiento y una gloria no

[17] Año 440 a. C.

[18] La referencia a un *praefectus annonae* podría ser una anticipación, pues hasta el siglo I a. C. no hay datos seguros sobre este cargo de carácter extraordinario.

9 inmerecida. Éste, después de enviar numerosas legaciones por tierra y mar a los pueblos circundantes, sin resultado, excepción hecha de una pequeña remesa de trigo traído de
10 Etruria, al no lograr influir en el precio de los víveres, recurrió a la organización de la escasez, obligando a declarar el trigo y vender el excedente al consumo de un mes, rebajando la ración diaria de los esclavos, acusando después y entregando a las iras del pueblo a los traficantes de trigo. Como con tan dura pesquisa puso de relieve la escasez en
11 lugar de aliviarla, muchos plebeyos, desesperados, antes de arrastrar una vida atormentada se envolvieron la cabeza y se tiraron al Tíber.

13 Entonces un miembro del orden ecuestre, Espurio Melio, extraordinariamente rico para aquella época[19], recurrió a una medida útil, pero muy mala como prece-
2 dente y peor aún como maniobra. En efecto, después de comprar trigo de Etruria a sus expensas, utilizando la mediación de huéspedes y clientes —cosa que, a mi entender, precisamente había obstaculizado los intentos oficiales de abaratar los víveres—, decidió hacer repartos de trigo;
3 con estas dádivas se ganó a la plebe y por dondequiera que aparecía, mirado y ensalzado por encima de su condición de ciudadano privado, la arrastraba tras de sí prometién-
4 dole con su favor esperanzador un consulado seguro. Pero él, dada la manera de ser del hombre, que no se siente nunca satisfecho con lo que la fortuna promete, ponía su mira en objetivos más altos y no permitidos, y puesto que incluso el consulado tendría que arrancarlo contra la voluntad de los patricios, pensaba en el trono: esa sería la única recompensa digna de un despliegue tal de maniobras y de la tremenda lucha que habría que sostener.

---

[19] Este *ordo*, integrado por antiguos caballeros y por plebeyos ricos, no se consolida como clase de base financiera hasta el siglo II a. C.

Las elecciones consulares ya se echaban encima; este 5
hecho lo sorprendió antes de tener suficientemente prepa-
rados y madurados sus planes. Fue nombrado cónsul[20] por 6
sexta vez Tito Quincio Capitolino, la persona menos opor-
tuna para quien pretendiese un vuelco en la situación polí-
tica; se le sumó como colega Agripa Menenio, que tenía el
sobrenombre de Lanato, y Lucio Minucio o bien fue nom- 7
brado de nuevo prefecto del aprovisionamiento o bien
había sido nombrado para mientras las circunstancias lo
exigieran, sin fijar fechas: no hay, en efecto, más constan-
cia que la reseña en los libros línteos del nombre del pre-
fecto entre los magistrados en uno y otro año. Este Minu- 8
cio desempeñaba, de manera oficial, las mismas funciones
que Melio se había ocupado de desempeñar a título parti-
cular, y como por casa de uno y otro pasaba la misma clase
de gente, descubre la trama y da cuenta al senado de que se 9
están reuniendo armas en casa de Melio, que éste tiene
reuniones en su casa, y que los planes monárquicos son
indudables; el momento de la acción no está fijado aún, lo
demás ya está acordado: tribunos comprados para traicio-
nar la libertad, y misiones repartidas entre los cabecillas de
la masa; él presenta este informe más tarde casi de lo que
la seguridad requería para no presentar nada dudoso o
carente de base. Cuando oyeron esto, los senadores princi- 10
pales increpaban, desde todas partes, a los cónsules del año
anterior por haber consentido que tuviesen lugar aquellos
repartos y aquellas reuniones en casa de un particular por
parte de la plebe, y a los nuevos cónsules por haber espe-
rado a que un prefecto de aprovisionamiento informase al
senado de un hecho de tal calibre, que estaba pidiendo un
cónsul que no sólo informase, sino que tomase represalias.
Quincio, entonces, dijo que se estaba acusando sin razón a 11

[20] Año 439 a. C.

los cónsules; que, constreñidos por las leyes sobre la apelación dictadas para destruir su autoridad, su magistratura no contaba en modo alguno con unos poderes en consonancia con su voluntad de castigar aquel hecho a tenor de su monstruosidad; que se necesitaba un hombre no sólo valeroso, sino también libre, no atado por las trabas de las
12 leyes; que, en consecuencia, él iba a proclamar dictador a Lucio Quincio, en quien había un coraje a la altura de tan gran poder. Dieron todos su asentimiento. Quincio, en un principio, se negaba y preguntaba qué pretendían al lan-
13 zarlo a él, a su edad, a una lucha de tal envergadura. Después, como por todas partes le decían que, en su anciano corazón, había no sólo más prudencia sino, incluso, más valor que en todos los demás y lo abrumaban con mereci-
14 dos elogios, y como el cónsul no cedía lo más mínimo, al fin Cincinato, después de pedir a los dioses inmortales que su ancianidad no supusiese en tan críticas circunstancias daño o deshonra para el Estado, es nombrado dictador por el cónsul. Él, a su vez, nombra a continuación a Gayo Servilio Ahala jefe de caballería.

Dictadura de Cincinato, muerte de Espurio Melio

14 Al siguiente día, después de establecer un servicio de guardia, bajó al foro y la plebe volvió la vista hacia él sorprendida por lo inesperado de la situación, y el propio Melio y sus partidarios vieron que iba dirigida contra ellos la fuerza de una forma de poder de
2 tanto alcance. Como los que no estaban al tanto de la trama monárquica se andaban preguntando qué revuelta, qué guerra repentina había hecho necesaria la imponente autoridad de un dictador y poner a Quincio, a sus ochenta
3 años cumplidos, al frente del gobierno del Estado, Servilio, el jefe de la caballería, fue enviado por el dictador a decir a Melio: «Te llama el dictador.» Al preguntar aquél, temblando, qué quería y exponerle Servilio que tenía que

defenderse y refutar la acusación presentada por Minucio
ante el senado, Melio se refugió entre el grupo de los suyos: 4
primeramente, trataba de esconderse mirando en todas
direcciones; después, como el subalterno se lo llevaba por
orden del jefe de caballería, fue liberado por los circunstan-
tes y, huyendo, pedía la ayuda de la plebe romana y decía 5
que había una conspiración de los patricios para hundirlo,
porque se había portado bien con la plebe; les pedía que le
prestasen ayuda en aquella situación de extremado peligro
y no dejasen que se le degollase ante sus propios ojos.
Mientras dice esto a gritos, Servilio Ahala le da alcance y 6
lo mata, y salpicado de sangre, escoltado por un grupo de
jóvenes patricios, vuelve a comunicar al dictador que
Melio, llamado a su presencia, después de rechazar al sub-
alterno estaba sublevando a la multitud y ha recibido el
castigo merecido. Entonces el dictador dijo: «Enhorabuena 7
por tu valor, Gayo Servilio, has salvado a la república»[21].

Mandó, luego, convocar a asamblea a la multitud, que **15**
andaba inquieta sin saber cómo valorar el hecho, y declaró
que Melio había sido muerto merecidamente, aun en caso
de ser inocente del delito de aspirar al trono, porque, lla-
mado por el jefe de caballería a presencia del dictador, no
había acudido; que él había tomado asiento para instruir la 2
causa, y que, una vez instruida, Melio hubiese corrido la
suerte que correspondiese a su causa; al recurrir a la fuerza
para no someterse a juicio, se le había castigado por la
fuerza; y no se le debía haber dado el tratamiento corres- 3
pondiente a un ciudadano: nacido en pueblo libre en el
seno de la justicia y las leyes, en una ciudad de la que sabía
que habían sido expulsados los reyes, y en el mismo año

[21] Melio habría adquirido el carácter de *sacer*, por lo cual el autor de su muerte no incurría en responsabilidad.

los hijos de la hermana del rey y del cónsul libertador de la patria habían sido decapitados por su padre por ser convictos de un complot para restablecer la monarquía en Roma;
4 en una ciudad en la que a Colatino Tarquinio, cónsul, por odio a su nombre se le había hecho dimitir de su cargo y exiliarse; en la que a Espurio Casio, algunos años después, se le había castigado con la muerte por haber planeado ser rey; en la que, no hacía mucho, los decénviros habían pagado con sus bienes, con el exilio, con la vida su soberbia de reyes; en una ciudad así, Espurio Melio se había
5 forjado esperanzas de ser rey. Y ¿quién era aquel hombre? Aunque no hay nobleza, ni cargos, ni merecimientos que franqueen a nadie el camino hacia el poder absoluto, al menos en el caso de los Claudios, de los Casios, los consulados, los decenviratos, los altos cargos suyos y de sus antepasados, la gloria de sus familias, habían impulsado su
6 ambición hasta donde no está permitido; ¡pero que un Espurio Melio, para quien el tribunado de la plebe era más de desear que de esperar, que un rico traficante de granos hubiera esperado comprar con dos libras de trigo la libertad de sus conciudadanos, que hubiera pensado que arrojándole comida podía atraer hacia la esclavitud al pueblo
7 vencedor de todos los vecinos, de forma que a quien la población apenas podría tragar como senador lo iba a soportar como rey, revestido de los distintivos y el poder de Rómulo su fundador, descendiente de los dioses, admitido entre los dioses! Más que un delito, esto había que
8 considerarlo una aberración. Y no bastaba que hubiese sido expiada con su sangre, si el techo y las paredes en cuyo interior se había fraguado semejante desvarío no eran arrasados y sus bienes, contaminados por el dinero de la compra de la monarquía, confiscados; que, por consiguiente, ordenaba a los cuestores vender aquellos bienes y revertir su importe al tesoro.

Ordenó, luego, que la casa fuese derruida de inmediato, 16
para que el solar hiciese recordar la represión de una espe-
ranza criminal. El lugar recibió el nombre de *Aequimae-
lium*[22]. Lucio Minucio fue recompensado con un buey 2
dorado fuera de la puerta Trigémina, sin que ni siquiera la
plebe se opusiese, porque distribuyó entre la plebe el trigo
de Melio tasado en un as por modio[23].

En algunos historiadores encuentro que este Minucio 3
pasó del patriciado a la plebe, y que, al ser cooptado como
undécimo tribuno de la plebe, apaciguó un motín suscitado
como consecuencia de la muerte de Melio. Mas es difícil- 4
mente creíble que los patricios tolerasen un aumento en el
número de tribunos, y que, precisamente, tal precedente
fuese introducido por un patricio, y que la plebe, una vez
concedido, no lo hubiese conservado después o no lo
hubiese al menos intentado. Pero, sobre todo, prueba la
falsedad de la inscripción de su busto el que, pocos años
antes, se habían tomado medidas legales para que los tri-
bunos no pudiesen elegir un colega.

Quinto Cecilio, Quinto Junio y Sexto Titinio habían 5
sido los únicos del colegio de tribunos que ni habían apo-
yado el proyecto de ley sobre los honores a Minucio ni
habían cesado de acusar, unas veces, a Minucio y, otras, a
Servilio ante la plebe ni de quejarse de la indignante
muerte de Melio. Habían conseguido, por ello, que se cele- 6
brasen elecciones de tribunos militares en lugar de cónsu-
les, convencidos de que, entre seis puestos —pues éste era
ya el número que se podía elegir—, serían elegidos algunos
plebeyos, si manifestaban que iban a vengar la muerte de

[22] Mercado de distribución de trigo a la plebe situado al pie del Capitolio.

[23] El modio era una medida para áridos equivalente a veinte onzas de peso.

7 Melio. La plebe, aunque estaba aquel año revuelta por agitaciones numerosas y diversas, no eligió más que tres tribunos con poderes de cónsul[24] y, además, uno de ellos fue Lucio Quincio, hijo del Cincinato por resentimiento hacia
8 cuya dictadura se buscaban tumultos. Más votos que Quincio los obtuvo Mamerco Emilio, hombre muy considerado; el tercer elegido fue Lucio Julio.

Defección de Fidenas. Guerra con Falerios, Veyos y Fidenas

17 Durante su magistratura, Fidenas, colonia romana, se pasó a Larte Tolum-
2 nio, rey de Veyos. A la defección se sumó un crimen mayor: por orden de Tolumnio dieron muerte a Gayo Fulcinio, Clelio Tulo, Espurio Ancio y Lucio Roscio, enviados por
3 Roma a preguntar los motivos del cambio de actitud. Disculpan algunos el crimen del rey, diciendo que, en una tirada afortunada de dados, una palabra suya de doble sentido interpretada por los fidenates como una orden de
4 matar a los delegados fue la causa de su muerte. Pero resulta increíble que, a la llegada de los fidenates, sus nuevos aliados, a consultarle acerca de una muerte que iba a quebrantar el derecho de gentes, no dejase de atender al juego, ni atribuyese después el crimen a una equivocación.
5 Es más verosímil que quisiese comprometer al pueblo de Fidenas para que, por la complicidad en un acto tan criminal, no pudiese abrigar esperanza alguna del lado de los
6 romanos. En los Rostros se levantaron a expensas del Estado unas estatuas de los delegados muertos en Fidenas.

Con Veyos y Fidenas, por ser pueblos limítrofes y, además, porque habían dado principio a las hostilidades con un acto tan criminal, se avecinaba una terrible lucha.
7 Consiguientemente, apaciguada la plebe y sus tribunos ante la preocupación por lo fundamental, no hubo problema

[24] Año 438 a. C.

alguno para que fueran nombrados cónsules[25] Marco Geganio Macerino por tercera vez y Lucio Sergio Fidenate. Llamado así, creo, por la guerra que hizo a continuación,
pues fue él quien primero libró batalla, con éxito, a este 8
lado del Anio, con el rey de Veyos; pero alcanzó una victoria sangrienta. Fue, por ello, más profundo el dolor por la pérdida de ciudadanos, que la alegría por la derrota del enemigo, y el senado, como en las situaciones críticas, dispuso que fuese nombrado dictador Mamerco Emilio.
Nombró éste jefe de caballería a un colega del año anterior, 9
en que ambos habían sido tribunos militares con poderes de cónsul, Lucio Quincio Cincinato, un joven digno de su
padre. En el alistamiento efectuado por los cónsules fueron 10
incorporados viejos centuriones curtidos en la guerra y se compensó el número de bajas del último combate. El dictador ordenó que le siguieran como legados Tito Quincio
Capitolino y Marco Fabio Vibulano. Tanto la dictadura 11
como la persona a la altura de la misma hicieron que los enemigos cruzando el Anio se retirasen del territorio romano; ocuparon con su campamento al replegarse las colinas situadas entre Fidenas y el Anio, y no bajaron a terreno llano hasta que llegaron en su ayuda las legiones de
Falerios[26]. Por fin, entonces, los etruscos acamparon ante 12
las murallas de Fidenas. También el dictador romano se asentó no lejos de allí, en la Confluencia, en las márgenes de ambos ríos[27], levantando la empalizada por donde era posible prolongar la fortificación. Al día siguiente presentó batalla.

Entre los enemigos, los pareceres eran diversos. Los 18
faliscos, que llevaban a regañadientes una campaña lejos de

[25] Año 437 a. C.

[26] Actualmente Civita Castellana, en Etruria meridional, cerca del Tíber.

[27] El Tíber y el Anio.

su tierra y confiaban bastante en sí mismos, reclamaban la
lucha; los veyentes y fidenates cifraban más sus esperanzas
2 en la prolongación de la guerra. Tolumnio, aunque estaba
más de acuerdo con el parecer de los suyos, anunció que
presentaría batalla al día siguiente, no fuese a ser que los
3 faliscos no aguantasen una campaña larga. Al dictador y a
los romanos, el que el enemigo hubiese rehuido el combate
les acrecentó la moral, y al siguiente día, cuando ya los
soldados murmuran que asaltarán el campamento y la ciu-
dad, si no se da posibilidad de combatir, por ambas partes
los ejércitos salen al centro de la planicie entre los dos
4 campamentos. Los veyentes, dotados de grandes efectivos,
enviaron algunos a rodear los montes para atacar el cam-
pamento romano durante el combate. Los ejércitos de los
tres pueblos se situaron en formación, de modo que los
veyentes ocupaban el ala derecha, los faliscos la izquierda y
5 el centro los fidenates. El dictador se enfrentó a los faliscos
por el ala derecha, por la izquierda Quincio Capitolino a
los veyentes; el jefe de la caballería, al frente de la misma,
6 se adelantó a cubrir el centro. Hubo un momento de silen-
cio y de inmovilidad, al no estar los etruscos dispuestos a
trabar combate, si no se veían forzados, y estar el dictador
con la mirada puesta en la ciudadela de Roma para recibir
de los augures desde ella la señal convenida tan pronto
7 como las aves fuesen debidamente favorables. Nada más
ver la señal, lanzó, primero, a la caballería contra el ene-
migo dando el grito de guerra; la infantería, detrás, chocó
8 con enorme fuerza. La infantería etrusca no resistió por
ningún lado la carga de los romanos; su caballería ofrecía
una tremenda resistencia, y el propio rey, con mucho el
más esforzado de los jinetes, galopando en todas direccio-
nes contra los romanos que les perseguían dispersos, alar-
gaba el combate.

Había, entonces, en caballería un tribuno militar, Aulo 19
Cornelio Coso, de extraordinaria planta, de igual valor y fuerza, consciente de la categoría de su estirpe, que recibió muy grande y transmitió a sus descendientes acrecida y
multiplicada. Al ver éste que en los escuadrones romanos 2
cundía el desconcierto ante los ataques de Tolumnio a dondequiera que se dirigía, y reconocer a éste con su indumentaria real desplazándose al vuelo por todo el
frente, dijo: «¿Éste es el que rompe los pactos entre los 3
hombres y viola el derecho de gentes? Ahora mismo voy yo a inmolar, si es que los dioses quieren que haya sobre la tierra algo sagrado, esta víctima a los manes de los lega-
dos.» Picando espuelas, lanza en ristre se dirige contra 4
aquel único enemigo; después de derribarlo herido del caballo, inmediatamente salta también él a tierra apoyán-
dose en la lanza; con la bloca de su escudo hace caer de 5
espaldas al rey que trata de incorporarse y, golpeándolo repetidas veces, lo clava en tierra con su lanza. Arranca, entonces, al cuerpo exangüe los despojos, le corta la cabeza y, paseándola victorioso sobre una pica, dispersa a los enemigos ante el espanto de la muerte de su rey. Así fue desbaratada incluso la caballería, que por sí sola había
mantenido incierto el resultado del combate. El dictador 6
acosa a las legiones puestas en fuga, las rechaza hacia el campamento y las destroza. Muchos de los fidenates, gracias a su conocimiento del terreno, huyeron hasta los montes. Coso cruzó el Tíber con la caballería y trajo a Roma
un enorme botín del territorio de Veyos. Durante la batalla 7
hubo lucha también en el campamento romano contra el contingente de tropas enviadas por Tolumnio, como ya se
ha dicho, al campamento. Fabio Vibulano defendió, pri- 8
mero, la empalizada con un cordón de soldados; después, mientras el enemigo estaba atento a la empalizada, salió con los triarios por la puerta principal derecha y cayó

sobre él repentinamente. Con el pánico que esto les infundió hubo una matanza menor que en el frente porque eran menos numerosos, pero la huida no fue menos desordenada.

Los segundos despojos opimos

20 Conseguida la victoria en todos los frentes, el dictador, por un decreto del senado ratificado por el pueblo, entró en
2 triunfo en Roma. El espectáculo mayor, con mucho, del triunfo lo constituyó Coso portando los despojos opimos del rey muerto. Los soldados le cantaban versos libres comparándolo con
3 Rómulo. Colgó los despojos como ofrenda, con una solemne dedicación, en el templo de Júpiter Feretrio al lado de los despojos de Rómulo, que fueron los primeros en recibir el nombre de opimos y eran los únicos hasta entonces; había atraído hacia sí del carro del dictador las miradas de los ciudadanos y se había llevado casi en exclu-
4 siva el fruto de la gloria de aquel día. El dictador depositó en el Capitolio una corona de oro de una libra de peso, pagada por el tesoro a petición del pueblo, como ofrenda a Júpiter.

5 Siguiendo a todos los historiadores que me han precedido, he expuesto que Aulo Cornelio Coso, tribuno militar, llevó al templo de Júpiter Feretrio los segundos despojos
6 opimos; ahora bien, aparte de que en rigor se consideran opimos los despojos que un general arrebató a otro, y no conocemos más general que aquel bajo cuyos auspicios se hace la guerra, la propia inscripción colocada bajo los despojos demuestra, contra ellos y contra mí, que Coso era
7 cónsul cuando se hizo con ellos. Yo, habiendo oído decir a César Augusto, que ha erigido o restaurado todos los templos, que cuando entró en el templo de Júpiter Feretrio, restaurado por él cuando debido a los años se desmoronó, leyó personalmente esta inscripción en la coraza líntea, pensé que era casi un sacrilegio privar a Coso, con relación

a sus despojos, del testimonio de César, que reedificó el propio templo. Si hay en esta cuestión un error debido a 8
que los anales, tan antiguos, y los libros de magistrados, de tela, depositados en el templo de Juno Moneta, cuyo testimonio Licinio Macro invoca con frecuencia, sitúan el consulado de Aulo Cornelio Coso únicamente seis años más tarde junto con el de Tito Quincio Peno, es algo que cada cual decidirá. Porque a esto hay que añadir, además, que 9
tan brillante combate no puede ser retrotraído hasta ese año, puesto que hubo casi un trienio sin guerras, debido a una epidemia y una carencia absoluta de frutos de la tierra por las fechas en que Aulo Cornelio fue cónsul, hasta el extremo de que algunos anales, como en señal de luto, no mencionan nada más que los nombres de los cónsules. Dos 10
años después de su consulado, Coso aparece como tribuno militar con poderes de cónsul, y el mismo año como jefe de la caballería, mando durante el que libró un nuevo combate ecuestre notable. Las conjeturas sobre este particular son libres, pero, a mi entender, vanas, puesto que el prota- 11
gonista del combate, al depositar los despojos aún frescos en el sagrado recinto, teniendo a la vista casi al propio Júpiter a quien los había ofrendado y a Rómulo, testigos no desdeñables de un título falso, escribió de sí mismo «Aulo Cornelio Coso, cónsul».

Epidemia. Amenazas del exterior. Toma de Fidenas

Durante el consulado de Marco Cornelio Maluginense y Lucio Papirio Craso[28] los ejércitos marcharon sobre los territorios de Veyos y Falerios. Cogieron un botín de hombres y animales; no encon- **21** 2
traron por ninguna parte al enemigo en el llano y no hubo ocasión de combatir; no se atacó, sin embargo, a las ciudades, porque la población fue acometida por una epidemia.

---

[28] Año 436 a. C.

3 Hubo también tentativas de revueltas en Roma, sin que llegasen a cuajar, por parte de Espurio Melio, tribuno de la plebe; éste, pensando que, gracias a la popularidad de su nombre, provocaría algún disturbio, había demandado a Minucio y había presentado una proposición de ley sobre
4 la confiscación de los bienes de Servilio Ahala, argumentando que Minucio había envuelto a Melio en falsas acusaciones y echando en cara a Servilio la muerte de un ciudadano que no había sido condenado; estos alegatos tuvieron ante el pueblo menos peso aún que el propio autor de los
5 mismos. Por otra parte, había preocupación por la incidencia, cada día mayor, de la epidemia y los sucesos aterradores y prodigiosos, sobre todo el anuncio de que en el campo las casas se venían abajo a consecuencia de los temblores de tierra. El pueblo hizo, por ello, una rogativa por prescripción de los duúnviros.

6 Al año siguiente[29], en que fueron cónsules Gayo Julio por segunda vez y Lucio Virginio, la intensificación de la epidemia provocó tal pánico y tales estragos en la ciudad y en el campo, que nadie salió del territorio romano a saquear, ni pensaron en hacer la guerra los patricios ni la
7 plebe; es más, los fidenates, que primeramente se habían mantenido en sus montañas o dentro de sus murallas, baja-
8 ron a saquear el territorio romano. Después llamaron al ejército de Veyos —pues, a los faliscos, ni la desastrosa situación de los romanos ni los ruegos de sus aliados consiguieron decidirlos a reanudar la guerra—, y los dos pueblos cruzaron el Anio y clavaron sus enseñas no lejos de la
9 puerta Colina. Cundió en la ciudad el pánico tanto como en el campo. El cónsul Julio despliega las tropas sobre los terraplenes y las murallas, Virginio consulta al senado en el templo de Quirino. Se aprueba nombrar dictador a Quinto

[29] Año 435 a. C.

Servilio, cuyo sobrenombre era Prisco según unos, Estructo según otros. Virginio esperó a consultar a su 10
colega y, con el consentimiento de éste, nombró por la noche al dictador, que nombró jefe suyo de caballería a Póstumo Ebucio Helva.

El dictador ordena que, al amanecer, estén todos fuera 22
de la puerta Colina. Todos aquellos a quienes sus fuerzas les permitían llevar armas se presentaron. Se sacan del tesoro las enseñas y se las llevan al dictador. Mientras esto 2
se llevaba a efecto, el enemigo se retiró a posiciones más elevadas. El dictador se dirigió hacia allí con la columna en son de ataque; se produjo el choque no lejos de Nomento[30], y puso en fuga a las legiones etruscas, las empujó luego al interior de la ciudad de Fidenas y la cercó con una empalizada. Pero ni se podía con escalas tomar la 3
ciudad, alta y fortificada, ni el asedio tenía fuerza alguna, porque tenían trigo no sólo suficiente para lo que necesitaban, sino, incluso, sobreabundante por haberse aprovisionado con antelación. Perdida, pues, la esperanza de un 4
asalto, así como la de forzar una rendición, el dictador decidió excavar, en una zona conocida por su cercanía y situada en el lado posterior de la ciudad, muy poco vigilado porque debido a su situación era muy seguro, una galería en dirección a la ciudadela. Él, presentándose ante 5
las murallas por los puntos más opuestos, dividido el ejército en cuatro cuerpos para que se relevasen unos a otros en la lucha, atacando ininterrumpidamente día y noche, desviaba de las obras la atención del enemigo, hasta que, 6
una vez perforado el monte, el pasadizo subió hasta la ciudadela; y mientras los etruscos tenían la atención distraída del peligro real y vuelta hacia las inconsistentes amenazas, el grito de guerra enemigo sobre sus cabezas les hizo ver que la ciudad estaba tomada.

---

[30] Nomento estaba al sudoeste de Roma, a 3 km. por la vía Salaria.

7 Aquel año los censores Gayo Furio Pacilo y Marco
Geganio Macerino llevaron a cabo el reconocimiento de un
edificio público en el Campo de Marte, y en él se realizó
por primera vez el censo.

Etruria amenaza guerra. Nombramiento de dictador. Recortes de éste a la censura

23 Al año siguiente[31] fueron reelegidos
los mismos cónsules, Julio por tercera
vez y Virginio por segunda, según en-
2 cuentro en Licinio Macro. Valerio An-
ciate y Quinto Tuberón dan como cón-
sules de este año a Marco Manlio y
Quinto Sulpicio. Por otra parte, aun habiendo tal discre-
pancia en las versiones, tanto Tuberón como Macro adu-
cen el testimonio de los libros línteos; ni uno ni otro ocul-
tan que, según los autores antiguos, hubo aquel año
3 tribunos militares. Licinio se inclina por seguir, sin ninguna
duda, los libros línteos, Tuberón no está seguro de cuál es
la verdad. Entre las demás cuestiones cubiertas por el velo
de su antigüedad, quede también ésta en la incertidumbre.
4 Cundió en Etruria el pánico tras la toma de Fidenas,
aterrados no sólo los veyentes por temor a una destrucción
similar, sino también los faliscos por el recuerdo de que, al
principio, habían emprendido en común con ellos la gue-
rra, aunque no los habían secundado en la nueva ofensiva
5 bélica. Consecuentemente, las dos ciudades enviaron lega-
dos a los doce pueblos y lograron que se convocase, junto
al templo de Voltumna[32], una asamblea de toda Etruria.
Ante la amenaza del gran levantamiento consiguiente, el
senado dispuso que Mamerco Emilio fuese nombrado de
6 nuevo dictador. Nombró éste jefe de caballería a Aulo Pos-
tumio Tuberto y se hicieron los preparativos bélicos con

[31] El 434 a. C.

[32] Voltumna, diosa nacional etrusca, tenía un santuario que constituía el centro religioso donde, después, estuvo el centro político de la Confederación Etrusca.

tanto mayor empeño que en la guerra precedente, cuanto el peligro que representaba Etruria entera era mayor que el que habían representado dos pueblos.

Aquella situación se desenvolvió bastante más pacífi- 24
camente de lo que todos esperaban. Y, así, cuando unos 2
mercaderes informaron de que se les había negado ayuda a los veyentes y se les había dicho que llevasen adelante, con sus propias fuerzas, una guerra que ellos habían tenido la idea de iniciar y no buscasen, en la adversidad, unos aliados con los que no habían puesto en común sus esperanzas cuando estaban intactas, el dictador, para que su nombra- 3
miento no fuese inútil, una vez desaparecido el motivo para buscar la gloria en la guerra, deseando hacer algo en la paz que hiciese recordar su dictadura, se dispuso a recortar la censura, bien por considerar excesivos sus poderes, o bien molesto no tanto por la importancia del cargo como por su duración. Reunida, pues, la asamblea, dijo que los dioses 4
inmortales habían tomado a su cargo la gestión de los asuntos públicos en el exterior y la seguridad general; que él iba a velar por la libertad del pueblo romano en lo referente a la política de muros para adentro; pero que la mayor salvaguarda de esa libertad radicaba en que los altos cargos no fuesen de larga duración, y se impusiese una limitación en el tiempo a quienes no se les podía imponer en las atribuciones legales; que las otras magistraturas eran 5
anuales, la censura quinquenal, y era duro vivir durante tantos años, un largo tramo de la vida, sometidos a las mismas personas; que él iba a proponer una ley en orden a que la censura no durase más que un año y medio. Logró 6
que el pueblo, al día siguiente, aprobara la ley por abrumadora mayoría y dijo: «Para que comprobéis prácticamente, Quirites, qué poco me gustan los mandatos de larga duración, dimito de dictador.» Después de abandonar su 7
cargo e imponer una limitación a otro, fue llevado hasta su

casa en medio de las felicitaciones y la enorme simpatía del pueblo. Los censores, disgustados, suprimieron la adscripción de Mamerco a una tribu «por haber recortado una magistratura del pueblo romano», multiplicaron por ocho
8 sus impuestos y lo hicieron «erario»[33]. Esta medida la sobrellevó, dicen, con grandeza de espíritu, pensando más en los motivos de la humillación que en la humillación misma; los patricios principales, aunque no hubieran querido que se recortasen los derechos de la censura, se sintieron molestos por el resentimiento de que habían dado muestras los censores, pues cada cual veía que iba a ser más largo y frecuente su sometimiento a los censores que
9 su ejercicio de la censura; la indignación que se produjo en el pueblo fue tan grande, dicen, que nadie, a no ser el propio Mamerco, tuvo autoridad para librar a los censores de la violencia.

Tensiones electorales. Ecuos y volscos a la ofensiva en el Álgido. Victoria del dictador

25 Los tribunos de la plebe, oponiéndose a las elecciones consulares con un empeño incesante, cuando la situación se veía prácticamente abocada a un interregno consiguieron, al fin, que se eligiesen tribunos militares con poderes de
2 cónsul. El fruto que se esperaba de esta victoria, la elección de un plebeyo, no lo obtuvo nadie: fueron elegidos, todos patricios, Marco Fabio Vibulano, Marco Folio y Lucio Sergio Fidenate[34].

3 La epidemia aquel año obligó a desentenderse de lo demás. Se hizo voto de un templo a Apolo por la salud del pueblo; los duúnviros, siguiendo los libros, hicieron muchas cosas para aplacar la cólera de los dioses y alejar

[33] Al declararlo «fuera de tribu», aparte de otras sanciones, como no poder votar, se le fijan los impuestos no en proporción a la renta, sino a criterio del censor.

[34] Año 433 a. C.

del pueblo aquel azote: hubo, sin embargo, grandes pérdi- 4
das en la ciudad y en el campo, ante la destrucción de que
fueron objeto indiscriminadamente hombres y animales.
Por miedo también al hambre subsiguiente a la epidemia,
al estar afectados por la enfermedad los agricultores, se
envió a buscar trigo a Etruria, al territorio Pontino y a
Cumas y, finalmente, incluso a Sicilia. No se hizo mención 5
alguna a las elecciones consulares; tribunos militares con
poderes de cónsul fueron elegidos, todos patricios, Lucio
Pinario Mamerco, Lucio Furio Medulino y Espurio Pos-
tumio Albo[35].

Este año aminoró la virulencia de la enfermedad y, gra- 6
cias a las medidas tomadas anteriormente, la escasez de
trigo no ofreció peligro. Se barajaron planes de guerra en 7
las asambleas de volscos y ecuos, y en Etruria en el templo
de Voltumna. Aquí se aplazó por un año el asunto y, por 8
medio de un decreto, se tomaron medidas para que no se
celebrase antes asamblea alguna, resultando inútiles las
quejas del pueblo veyente de que se cernía sobre Veyos una
suerte similar a la que había supuesto la destrucción de
Fidenas.

Entretanto, en Roma, los notables de la plebe, que lle- 9
vaban largo tiempo ambicionando en vano cargos más
altos, mientras en el exterior hay tranquilidad organizan
reuniones en los domicilios de los tribunos de la plebe; allí 10
dan vueltas a secretos planes, se quejan de que la plebe los
menosprecia de tal forma que, después de tantos años de
elegirse tribunos militares con poderes de cónsul, ningún
plebeyo ha tenido nunca acceso a tal cargo; muy previsores 11
han sido sus antepasados, piensan, al tomar medidas para
que ningún patricio pudiese acceder a las magistraturas
plebeyas, pues, si no, hubiesen tenido a patricios como tri-

[35] Año 432 a. C.

bunos de la plebe: tan poco los valoraban incluso los suyos, y no eran menos despreciados por la plebe que por
12 los patricios. Otros disculpan a la plebe y cargan las culpas sobre los patricios: sus intrigas y sus tretas hacen que el acceso a los cargos esté cerrado para la plebe; si pudiera la plebe tener un respiro de la mezcla de súplicas y amenazas suyas, emitiría los votos pensando en los suyos y, después
13 de cobrar apoyo, se haría incluso con el poder. Se aprueba, con el fin de erradicar las intrigas, que los tribunos propongan una ley que prohíba a los candidatos aumentar la blancura de sus vestimentas. Cuestión hoy irrelevante y que parece difícil que pudiera ser tomada en serio, pero que entonces encendió a patricios y plebe en una tremenda
14 pugna. Consiguieron, sin embargo, los tribunos que se aprobase la ley, y saltaba a la vista, dada la exaltación de los ánimos, que la plebe iba a inclinar hacia los suyos su favor. Para que no quedase éste en libertad, un senadoconsulto dispuso que se celebrasen elecciones consulares.

26 El motivo fue una guerra repentina por parte de los ecuos y los volscos, de la que habían informado los latinos
2 y hérnicos. Tito Quincio Cincinato, hijo de Lucio, al que se le da también el sobrenombre de Peno, y Gneo Julio Mento fueron nombrados cónsules[36]. El espanto de la gue-
3 rra no se hizo esperar. Por medio de una ley sacra, que para ellos era el resorte más eficaz para forzar el servicio a las armas, se efectuó una leva; de cada uno de los dos pueblos salió un poderoso ejército y fueron a reunirse al
4 Álgido: allí acamparon a un lado los ecuos y al otro los volscos; los generales pusieron mayor cuidado que, en ninguna ocasión anterior, en la fortificación y el entrenamiento de sus hombres. Por ello los mensajeros llevaron a
5 Roma un mayor motivo de pánico. El senado acordó que

[36] Año 431 a. C.

se nombrase un dictador, porque aquellos pueblos, aunque
vencidos repetidas veces, habían, no obstante, reanudado
las hostilidades con un ímpetu mayor que en ninguna otra
ocasión; además, la enfermedad se había llevado a una
buena parte de la juventud romana; pero, sobre todo, la 6
mala disposición de los cónsules, las desavenencias entre
ellos y los enfrentamientos en todas las deliberaciones,
daban pánico. Hay quienes sostienen que estos cónsules
sufrieron una derrota en el Álgido y que éste fue el motivo
de que se nombrase un dictador. Lo que es un hecho com- 7
probado es que, enfrentados en lo demás, estuvieron de
acuerdo en un punto contra la voluntad del senado: en no
nombrar dictador, hasta que, como las noticias que llega-
ban era cada vez más alarmantes y los cónsules no se ate-
nían a las decisiones del senado, Quinto Servilio Prisco,
que había desempeñado de manera brillante los más altos
cargos, dijo: «A vosotros, tribunos de la plebe, puesto que 8
se ha llegado a una situación límite, os hace un llama-
miento el senado para que, en un momento tan crítico del
Estado, forcéis a los cónsules en la medida de vuestros
poderes a que nombren dictador.» Oídas estas palabras, los 9
tribunos, convencidos de que se les presenta una ocasión de
incrementar su poder, hacen un aparte y, en nombre de su
colegio, declaran públicamente que su decisión es que los
cónsules presten oídos a las palabras del senado; que si se
empecinan en contra del acuerdo de tan augusto esta-
mento, ellos darán orden de que se los meta en prisión. Los 10
cónsules prefirieron que la victoria se la llevasen los tribu-
nos antes que el senado, haciendo notar que los senadores
habían hecho traición a los derechos del poder supremo y
habían hecho pasar al consulado bajo el yugo de la potes-
tad tribunicia, puesto que los cónsules podían, en virtud de
tal potestad, ser obligados en algo por un tribuno y podían
incluso ser encarcelados, lo último que un particular podía

11 temer. Le correspondió en suerte —pues ni siquiera en esto
había acuerdo entre los colegas— nombrar dictador a Tito
Quincio. Nombró éste dictador a Aulo Postumio Tuberto,
su suegro, hombre enormemente autoritario, el cual nom-
12 bró a Lucio Julio jefe de la caballería. Se ordena simultá-
neamente el llamamiento a filas y el cierre de los tribunales,
y toda la ciudad se dedica exclusivamente a preparar la
guerra. Se deja para después de la guerra el examen de las
causas de exención del servicio de armas: de esta forma
incluso los que están en dudas optan por alistarse. Se
ordenó a los hérnicos y latinos que suministrasen tropas;
unos y otros pusieron empeño en obedecer al dictador.

27 Todo esto se llevó a cabo con enorme rapidez y, des-
pués de dejar al cónsul Gneo Julio al cargo de la defensa de
la ciudad y al jefe de la caballería Lucio Julio para atender
a las necesidades imprevistas de la guerra, a fin de que si
algo se precisaba en el campamento no sufriese demora, el
dictador, repitiendo la fórmula del pontífice máximo Aulo
Cornelio, hizo voto de celebrar con motivo de la guerra
2 unos grandes juegos; salió de Roma, compartió el ejército
3 con el cónsul Quincio y llegó hasta el enemigo. Igual que
había visto los dos campamentos enemigos distantes entre
sí un corto espacio, también ellos emplazaron sus campa-
mentos a una milla del enemigo, más cerca de Túsculo el
4 dictador y de Lanuvio[37] el cónsul. De esta forma, los cuatro
ejércitos y otros tantos atrincheramientos tenían en medio
una planicie suficientemente amplia no sólo para pequeñas
salidas de choque, sino incluso para desplegar sus frentes
5 unos y otros. Desde que se situaron los campamentos unos
cerca de otros no cesaron las escaramuzas, consintiendo de
buen grado el dictador que los suyos ensayasen sus fuerzas
y concibiesen esperanzas de una victoria total después de

[37] Pero Lanuvio estaba separado de Túsculo por un macizo.

probar gradualmente éxitos parciales. Así, pues, los enemi- 6
gos, no esperando nada de una batalla en regla, atacan de noche el campamento del cónsul y corren el albur de un resultado incierto. El grito de guerra que estalló súbitamente despertó de su sueño no sólo a los centinelas del cónsul y, acto seguido, a todo su ejército, sino también al dictador. En la medida en que la situación requería medi- 7
das inmediatas, el cónsul no anduvo falto de serenidad ni de ideas: una parte de sus tropas refuerza la guardia de las puertas, otra rodea en cordón la empalizada. En el otro 8
campamento, el del dictador, al ser menor el tumulto se advierte mejor qué medidas es necesario adoptar. Se envían refuerzos de inmediato al otro campamento, asignando el mando de los mismos al legado Espurio Albo; el propio dictador, con parte de las tropas, dando un pequeño rodeo, se dirige a una posición bien a resguardo del ataque desde la que caer por sorpresa sobre el enemigo por la espalda; al 9
legado Quinto Sulpicio le da el mando del campamento; al legado Marco Fabio le asigna la caballería y le ordena que, antes de que amanezca, no ponga en movimiento este cuerpo difícil de dirigir durante los ataques nocturnos. Todo lo que cualquier otro general experimentado y activo ordenaría y haría en una situación semejante, sistemáticamente lo ordena y lo realiza; una muestra notable de visión 10
y de decisión, y de un mérito nada común, fue el hecho de enviar a Marco Geganio, con unas cohortes escogidas, a atacar, a su vez, el campamento enemigo del que se había cerciorado que había salido mayor cantidad de tropas. Cuando éste cayó sobre unos hombres atentos a la suerte 11
de sus compañeros en peligro, desprevenidos en lo que a ellos mismos concernía, descuidadas las guardias y centinelas, tomó el campamento casi antes de que los enemigos se diesen cuenta cabal de que eran atacados. Luego, cuando el 12
dictador vio la señal dada, como se había acordado, por

medio de humo, grita que el campamento enemigo ha sido tomado y ordena que se dé la noticia por todas partes.

28 Despuntaba ya el día y todo estaba a la vista: Fabio había atacado con la caballería y el cónsul había hecho una salida del campamento contra unos enemigos entre los que
2 cundía ya el desconcierto; a su vez, el dictador había atacado por el otro lado a las tropas de reserva y a la segunda línea, y cuando el enemigo se revolvía hacia los gritos de guerra de procedencias distintas y el repentino ataque, le había echado encima por todas partes a su infantería y
3 caballería victoriosamente. Cercados, pues, allí en medio todos, hubiesen pagado hasta el último el castigo por haber reanudado la guerra, si uno de los volscos, Vetio Messio, hombre más conocido por sus hazañas que por su cuna, no hubiera increpado con voz sonora a los suyos que ya for-
4 maban el círculo: «¿Vais a ofreceros aquí, dijo, a las armas del enemigo sin defenderos, sin vengaros? ¿Por qué, entonces, tenéis armas, o por qué habéis tomado la iniciativa de la guerra, alborotadores en la paz, cobardes en la guerra? ¿Qué cabe esperar aquí parados? ¿Es que pensáis que algún
5 dios os va a proteger y os va a sacar de aquí? Hay que abrirse camino con el hierro. Por donde veáis que yo voy delante, ¡vamos!, los que penséis volver a ver hogares, padres, esposas, hijos, seguidme. No son murallas ni parapetos lo que tenemos delante, sino soldados frente a soldados: iguales en valor; la necesidad, que es el arma suprema
6 y la más importante, os hace superiores.» Siguiendo al que así se expresó e hizo lo que había dicho, después de lanzar de nuevo el grito de guerra presionan sobre el punto por el que Postumio Albo les había enfrentado sus cohortes; hicieron perder pie a los vencedores, hasta que el dictador acudió en ayuda de los suyos que retrocedían y toda la
7 batalla se centró en aquel punto. La suerte del enemigo descansa sobre un solo combatiente, Messio. Son muchas

las heridas por ambas partes, muchas las muertes por
doquier; ya ni siquiera los jefes romanos se libran de
derramar su sangre peleando. Únicamente Postumio, 8
alcanzado por una piedra, con la cabeza rota, se retiró del
frente; ni al dictador una herida en el hombro, ni a Fabio
un muslo casi clavado al caballo, ni al cónsul la pérdida de
un brazo los apartó de tan decisivo combate.

Messio, con una carga por entre los enemigos caídos, 29
con un puñado de los jóvenes más valientes abrió brecha
hasta el campamento de los volscos, que aún no había sido
tomado. Todo el ejército se dirige hacia allí. El cónsul, 2
después de perseguir a los fugitivos hasta la empalizada,
lanza el ataque contra el propio campamento y contra el
atrincheramiento; también el dictador, por otro lado, lleva
sus tropas en la misma dirección. El asalto no es menos
duro que lo había sido la batalla. Dicen que incluso arrojó 3
el cónsul una enseña al interior de la empalizada para que
los soldados se lanzaran con más ardor, y que, al tratar de
recobrar la enseña, se irrumpió por primera vez. Por su
parte, el dictador, después de derribar la empalizada, había
llevado ya la pelea al interior del campamento. Por todas 4
partes comenzaron entonces los enemigos a arrojar las
armas y rendirse y, una vez tomado también este campa-
mento, fueron vendidos todos los enemigos, a excepción de
los senadores. La parte del botín que los latinos y los hér-
nicos reconocieron como suya les fue devuelta, el resto lo
vendió el dictador a subasta, y después de dejar al cónsul el
mando del campamento, él entró en triunfo en Roma y
dimitió de dictador.

Vuelven sombrío el recuerdo de aquella dictadura 5
notable quienes refieren que Aulo Postumio hizo decapitar
a un hijo suyo por haber abandonado sin permiso su
puesto atraído por una oportunidad de conseguir un
triunfo, a pesar de que tuvo éxito. Me resisto a creerlo, y 6

me está permitido al ser diversas las opiniones; sirve, además, de prueba el que se diga «órdenes a lo Manlio», no «a lo Postumio», siendo así que el primer responsable de un ejemplo tal de dureza debió ganarse un título de tan notable crueldad. Por otra parte, a Manlio se le dio el sobrenombre de Imperioso; Postumio no fue señalado con ninguna nota denigrante.

7 El cónsul Gneo Julio, en ausencia de su colega, dedicó, sin echarlo a suertes, el templo de Apolo. Ofendido por ello, Quincio, cuando volvió a Roma después de licenciar a su ejército, presentó infructuosamente una queja al senado.

8 A los grandes acontecimientos que dieron relieve a aquel año se suma el hecho, que entonces no pareció que tuviese nada que ver con Roma, de que los cartagineses, que iban a ser tan grandes enemigos, entonces por primera vez durante unas disensiones entre los sicilianos pasaron un ejército a Sicilia para ayudar a uno de los bandos.

Consulados varios. Sequía. Tribunos militares. Dictador

30 Los tribunos de la plebe se movieron en Roma para que se eligiesen tribunos militares con poderes de cónsul, pero no pudieron conseguirlo. Resultan cónsules Lucio Papirio Craso y Lucio Julio[38]. Una legación de los ecuos pidió al senado una alianza, y, como lo que presentaban en lugar de una alianza era su
2 sometimiento, obtuvieron una tregua de ocho años; la situación entre los volscos, aparte del desastre sufrido en el Álgido, derivaba en altercados y sediciones, debido al contumaz enfrentamiento entre los partidarios de la paz y los
3 de la guerra; por todos lados hubo paz para Roma. Los cónsules, enterados por la indiscreción de uno de los miembros del colegio de que los tribunos preparaban una ley muy del agrado del pueblo sobre la cuantía de las multas, se anticiparon proponiendo ellos una.

[38] Año 430 a. C.

Consulado de Lucio Sergio Fidenate, por segunda vez, 4
y Hostio Lucrecio Tricipitino[39]. Nada digno de mención se
realizó durante este consulado.
Les sucedieron los cónsules Aulo Cornelio Coso y Tito
Quincio Peno por segunda vez[40]. Los veyentes hicieron 5
incursiones en territorio romano. Circuló el rumor de que
algunos jóvenes de Fidenas habían tomado parte en aque-
llos saqueos, y se encomendó la investigación de tal cir-
cunstancia a Lucio Sergio, Quinto Servilio y Mamerco
Emilio. Algunos fueron confinados en Ostia, ya que no 6
estaba suficientemente claro por qué habían estado ausen-
tes de Fidenas durante aquellos días; se incrementó el
número de colonos, asignándoles las tierras de los que
habían muerto en la guerra. Aquel año hubo dificultades 7
muy graves a causa de la sequía, y no sólo faltó el agua del
cielo, sino que incluso la tierra, falta de su humedad natu-
ral, apenas tuvo suficiente para los cursos de agua perenne.
La falta de agua en otros lugares amontonó a los animales, 8
que morían de sed en torno a los cursos secos de fuentes y
arroyos; a otros se los llevó la sarna, y las enfermedades se
extendieron a los hombres por contagio: primero, se ceba-
ron en campesinos y esclavos; luego, fue invadida la ciu-
dad. No fueron sólo los cuerpos presa de la epidemia, tam- 9
bién los espíritus se vieron asaltados por múltiples supersti-
ciones, en su mayoría venidas del extranjero, introduciendo
en las casas, con sus vaticinios, nuevos ritos de sacrificio
los que sacan provecho de las mentes dominadas por el
temor religioso; al fin, lo que ya era una vergüenza pública 10
llegó a los notables de la ciudad, al ver en todos los barrios
y capillas sacrificios expiatorios extranjeros e insólitos,
para pedir que los dioses se calmasen. Se encargó, enton- 11

[39] Año 429 a. C.
[40] Año 428 a. C.

ces, a los ediles de que advirtiesen que no se diese culto nada más que a los dioses romanos, y en ningún otro rito que el nacional.

12 Las represalias contra Veyos fueron aplazadas para el año siguiente, hasta el consulado de Gayo Servilio Ahala y
13 Lucio Papirio Mugilano[41]. También entonces un escrúpulo religioso impidió que se declarase la guerra de inmediato o se enviasen ejércitos; se pensó que había que enviar primero a los feciales a hacer la reclamación.

14 Con Veyos se había librado batalla, hacía poco, en Nomento y Fidenas; a continuación, se había firmado no la paz sino una tregua, cuyo plazo había expirado, y habían reiniciado, además, las hostilidades antes de que se cumpliese; se enviaron, no obstante, los feciales; sus palabras, a pesar de haber prestado juramento y presentado la reclamación en la forma tradicional, no fueron escuchadas.
15 Hubo, luego, una discusión sobre si se declaraba la guerra por un mandato del pueblo, o era suficiente un senadoconsulto. Los tribunos, con la amenaza de que se opondrían al llamamiento a filas, consiguieron que el cónsul Quincio presentase al pueblo la propuesta de guerra. Todas las cen-
16 turias la aprobaron. La plebe se impuso también en otra cuestión: logró que no se nombrasen cónsules al año siguiente.

31 Fueron nombrados cuatro tribunos militares con poderes de cónsul[42]: Tito Quincio Peno, cónsul saliente, Gayo
2 Furio, Marco Postumio y Aulo Cornelio Coso. Uno de ellos, Coso, quedó al frente de Roma; tres, efectuado el reclutamiento, marcharon a Veyos y constituyeron una prueba de lo poco útil que es para la guerra el mando de muchos. Siguiendo cada uno su propio plan, como a cada

---

[41] Año 427 a. C.

[42] Año 426 a. C.

uno le parecía una cosa distinta, abrieron al enemigo la posibilidad de una buena oportunidad, pues los veyentes 3 atacaron, en el momento apropiado, a un ejército indeciso: al ordenar unos que se diera la señal de ataque y otros que se tocara a retirada. El campamento cercano dio cabida a unas tropas desorganizadas que volvían la espalda: fue, pues, mayor la vergüenza sufrida que la derrota. La pobla- 4 ción, no acostumbrada a ser vencida, se llenó de tristeza; se aborrecía a los tribunos, se reclamaba un dictador: en él se cifraba la esperanza de la ciudad. Y como también en esto se interponía un escrúpulo religioso, pues un dictador sólo podía ser nombrado por un cónsul, consultados los augures eliminaron el escrúpulo. Aulo Cornelio nombró dicta- 5 dor a Mamerco Emilio y él, a su vez, fue nombrado por éste jefe de la caballería; así, cuando las circunstancias de la ciudad requirieron una auténtica valía, el resentimiento de los censores no pudo impedir, en absoluto, que se buscase la dirección de los acontecimientos en una casa inmerecidamente censurada.

Los veyentes, crecidos por el triunfo, enviaron legados 6 a recorrer los pueblos de Etruria jactándose de haber derrotado a tres generales romanos en una sola batalla; pero, como no promovieron ninguna alianza oficial, con el señuelo del botín se atrajeron voluntarios de todas partes. Sólo el pueblo de Fidenas decidió reemprender la guerra, y 7 como si fuese una impiedad que la guerra tuviese un principio que no fuese el crimen, se unen a los veyentes, después de ensangrentar sus armas con la muerte de los nuevos colonos, igual que, anteriormente, con la de los legados. A continuación, los jefes de los dos pueblos deli- 8 beran sobre si tomar a Veyos o a Fidenas como centro de las operaciones bélicas. Fidenas pareció más a propósito; por consiguiente, después de cruzar el Tíber los veyentes trasladaron a Fidenas el aparato bélico. En Roma el 9

pánico era tremendo. Se hizo venir de Veyos al ejército, y como las propias tropas estaban muy afectadas a raíz de la derrota, se establece el campamento delante de la puerta Colina, se sitúan soldados en los muros, se suspenden las actividades del foro, se cierran las tiendas y se toman todas las medidas más propias de un campamento que de una ciudad.

Guerra con Veyos y Fidenas, que es tomada de nuevo. Triunfo del dictador

32 Entonces, el dictador, después de convocar a asamblea a la asustada población enviando pregoneros por los barrios, la
2 recriminó porque andaba con el alma en vilo ante tan leves cambios de la suerte, de forma que, al recibir un pequeño revés, debido, además, no al valor del enemigo ni a la cobardía del ejército romano, sino a la falta de entendimiento de los generales, se echaban a temblar ante los enemigos veyentes, seis veces vencidos, y ante Fidenas, tomada casi más veces que ata-
3 cada; romanos y enemigos son los mismos que a lo largo de tantos siglos; tienen el mismo valor, la misma fuerza, las mismas armas. Él es también el mismo dictador, Mamerco Emilio, que anteriormente aplastó, en Nomento[43], a los ejércitos de Veyos y Fidenas a los que se habían unido los
4 faliscos; también el jefe de la caballería Aulo Cornelio será en el frente el mismo que en la última guerra, siendo tribuno militar: después de dar muerte a Larte Tolumnio, rey de Veyos, en presencia de los dos ejércitos, llevó los despo-
5 jos opimos al templo de Júpiter Feretrio. Que, por consiguiente, empuñasen las armas, teniendo presente que en su haber estaban los triunfos, en su haber los despojos, en su haber la victoria, y en el del enemigo: el crimen de haber dado muerte a los legados en contra del derecho de gentes, la muerte de los colonos de Fidenas en tiempo de paz, la

[43] Según 22, 2, quien venció en Nomento fue Quinto Servilio.

violación de la tregua y siete defecciones desafortunadas. Tan pronto como los campamentos estuviesen frente a 6
frente, tenía la convicción de que a tan infames enemigos no les iba a durar mucho su alegría por la ignominia del ejército romano, y el pueblo romano iba a comprender 7
cuánto mayor era el servicio que habían prestado a la república quienes le habían hecho nombrar dictador por tercera vez, que quienes habían echado una mancha sobre su segunda dictadura por haber arrancado a la censura su tiranía. A continuación se pone en marcha, después de 8
pronunciar los votos, y acampa milla y media antes de Fidenas, cubierto a la derecha por las montañas y a la izquierda por el río Tíber. Al legado Tito Quincio le 9
ordena ocupar las alturas y situarse sin ser visto en una cumbre que quedase a espaldas del enemigo.

Él, al día siguiente, cuando los etruscos habían salido 10
en formación de combate llenos de moral por su buena suerte, mejor que victoria, del día anterior, después de demorarse un tanto hasta que los exploradores le anunciasen que Quincio había subido hasta la cima cercana a la ciudadela de Fidenas, inicia el avance y lanza las líneas de infantería en formación contra el enemigo a paso ligero; ordena al jefe de la caballería que no inicie la lucha sin que 11
se le mande, que él le dará la señal cuando sea precisa la ayuda de la caballería; que, entonces, actúe pensando en su combate contra el rey, pensando en la ofrenda opima, en Rómulo y en Júpiter Feretrio. Las legiones van al choque con enorme empuje. Los romanos, encendidos de odio, 12
llaman impíos a los fidenates, bandidos a los veyentes, violadores de treguas, manchados con el asesinato execrable de los legados, bañados en la sangre de sus colonos, aliados pérfidos, enemigos cobardes, y sacian su odio con hechos, a la vez que con palabras.

33 Habían aplastado al enemigo nada más producirse el
primer choque, cuando, de repente, se abren las puertas de
Fidenas e irrumpe un extraño ejército, como hasta enton-
2 ces no se había oído ni visto: una enorme multitud armada
con fuego, iluminada toda ella por teas encendidas, como
arrebatada por un furor delirante se precipita sobre el
enemigo; el insólito aspecto del combate provocó, por unos
3 instantes, el pánico entre los romanos. Entonces, el dicta-
dor llamó al jefe de la caballería y a sus jinetes; hizo, des-
pués, que acudiese Quincio desde los montes, y animando
personalmente el combate acude corriendo al ala izquierda,
que había retrocedido asustada por las llamas, en lo que
4 más parecía un incendio que una batalla, y, con voz
vibrante, dice: «¿Vais a retroceder, vencidos por el humo
como un enjambre de abejas, desalojados de vuestro
puesto, ante un enemigo desarmado? ¿No apagáis esas lla-
mas con las armas? Si hay que combatir con fuego y no
con armas, ¿no va a arreglárselas cada cual para arrebatar
5 esas mismas antorchas y arrojarlas a su vez? ¡Vamos!, pen-
sad en el nombre de Roma y en valor de vuestros padres y
vuestro, y haced que este incendio se vuelva contra la ciu-
dad enemiga, y con sus llamas destruid Fidenas, a la que
no pudisteis mantener en paz con vuestros beneficios. Os lo
piden la sangre de vuestros legados y vuestros confines
6 devastados.» Al mando del dictador toda la línea se pone
en movimiento. Unas antorchas las recogen después de
haber sido lanzadas, otras las arrebatan por la fuerza:
7 ambos frentes se arman de llamas. El jefe de la caballería
encuentra, también él, un nuevo estilo de lucha ecuestre:
ordena que les quiten los bocados a los caballos y él, en
cabeza, picando espuelas, se lanza en medio de las llamas
montando su caballo sin bridas, y los demás caballos
arrancándose al instante llevan a sus jinetes en carrera des-
8 enfrenada contra el enemigo. La polvareda que se levanta

y se mezcla con el humo no deja ver a hombres ni montu-
ras; el espectáculo que había atemorizado a los soldados no
asustó en absoluto a los caballos; por dondequiera, pues,
que pasaba la caballería causó estragos, como si de un
hundimiento se tratara. Un nuevo grito de guerra se alza a 9
continuación, atrayendo en su dirección la atención sor-
prendida de uno y otro ejército, y el dictador grita que el
legado Quincio y los suyos han atacado al enemigo por la
espalda; él, a su vez, repetido el grito de guerra, lanza el
ataque con mayor brío. Rodeados los etruscos y acosados 10
por el frente y por la espalda por dos ejércitos, por dos
ataques opuestos, con la huida cortada hacia atrás hacia el
campamento y también hacia los montes, dirección en la
que se les había presentado el nuevo enemigo, y con jinetes
llevados en todas direcciones por los caballos libres de bri-
das, los veyentes en su mayoría se dirigen en desbandada al
Tíber y los fidenates supervivientes tratan de llegar a Fide- 11
nas. La huida los empuja, en su desconcierto, al centro de
la matanza; son degollados en las orillas del río; a otros,
que se tiran al agua, se los llevan los remolinos; incluso los
que saben nadar sufren el lastre del cansancio, las heridas y
el pánico; pocos de entre tantos cruzan a nado al otro lado.
El otro grupo se dirige a la ciudad a través del campa-
mento. El ardor de la persecución empuja también en la 12
misma dirección a los romanos, sobre todo a Quincio y a
los que acaban de bajar con él de los montes, hombres en
plenitud de fuerzas, porque habían llegado al final de la
batalla.

Éstos, después de cruzar la puerta mezclados con los 34
enemigos, suben a las murallas y dan a los suyos, desde lo
alto del muro, la señal de que la ciudad está tomada. Al 2
avistarla el dictador —pues ya había entrado también él en
el campamento enemigo abandonado—, lleva hacia la
puerta a sus tropas ansiosas de correr a por el botín,

haciéndoles concebir esperanzas de un botín mayor en la
ciudad; una vez dentro del recinto amurallado, se dirige a
la ciudadela, dirección en la que veía que corría el tropel de
3 fugitivos; la masacre no fue menor en la ciudad que en la
batalla, hasta que, arrojando las armas, se entregan al dic-
tador sin pedir nada más que la vida. La ciudad y el cam-
4 pamento son entregados al pillaje. Al siguiente día, después
de llevarse por sorteo cada soldado de a caballo y cada
centurión un prisionero, y dos los que se habían distin-
guido por su valor, y después de vender en subasta a los
demás, el dictador, al frente del ejército victorioso y car-
5 gado de botín, volvió en triunfo a Roma; hizo que el jefe
de la caballería dimitiera de su cargo y, después, dimitió él
mismo, deponiendo en paz a los quince días un mando que
había recibido en guerra en una situación crítica.

6 Algunos analistas reseñaron que hubo también un
combate naval contra los veyentes en Fidenas, cosa tan
difícil como increíble, al no tener, ni siquiera en la actuali-
dad, anchura suficiente para ello el río y ser, entonces, bas-
7 tante más angosto, según sabemos por los antiguos; a no
ser, tal vez, que el choque de unas cuantas embarcaciones
para impedir que se cruzara el río fuese magnificado, como
suele ocurrir, buscando la gloria infundada de una victoria
naval.

Pugna electoral: elección de tribunos militares, elección de cónsules

35 Al año siguiente[44] fueron tribunos
militares con poderes de cónsul Aulo
Sempronio Atratino, Lucio Quincio Cin-
cinato, Lucio Furio Medulino y Lucio
2 Horacio Barbato. Se les concedió una
tregua de veinte años a los veyentes y de tres a los ecuos,
aunque la habían pedido de más; en lo referente a distur-
bios interiores, hubo tranquilidad.

[44] El 425 a. C.

El año siguiente[45], que no se significó ni por guerras en 3
el exterior ni por disturbios en el interior, fue famoso por
los juegos prometidos cuando la guerra, debido a la fastuo-
sidad de los tribunos militares y a la afluencia de forasteros
del contorno. Eran tribunos con poderes de cónsul Apio 4
Claudio Craso, Espurio Nevio Rútulo, Lucio Sergio Fide-
nate y Sexto Julio Julo. El espectáculo fue aun más del
agrado de los forasteros por la buena acogida por parte de
sus huéspedes, que se habían comprometido a ello por
acuerdo público.

Después de los juegos, los tribunos de la plebe pronun- 5
ciaron discursos sediciosos recriminando a la multitud
porque, pasmada de admiración hacia quienes detestaba,
eternizaba ella misma su esclavitud, y no sólo no se atrevía 6
a alentar la esperanza de tomar parte en el consulado, sino
que ni siquiera en la elección de tribunos militares, comi-
cios en los que se podía elegir indistintamente a patricios y
plebeyos, se acordaba de sí misma ni de los suyos. Que 7
dejase, por tanto, de extrañarse de que nadie actuase de
acuerdo con los intereses de la plebe: el esfuerzo y el riesgo
se inclinan hacia donde hay expectativas de provecho y
honor; no hay nada que el hombre no esté dispuesto a
emprender, si los grandes esfuerzos tienen como objetivo
grandes recompensas. Pero no se debe esperar ni exigir que 8
ningún tribuno de la plebe se lance ciego con riesgo
enorme, sin ventaja alguna, a una lucha por la cual tiene la
certeza, por una parte, de que los patricios, a los que se
opone, le harán una guerra implacable, y, por otra, ante la
plebe, por la que se bate, no va a gozar en absoluto de
mayor consideración. Los grandes valores se generan con 9
grandes honores. Nadie se despreciaría a sí mismo por ser
plebeyo, si dejase de ser despreciado. Se debe, en fin, hacer
la experiencia en uno o dos casos, a ver si existe algún

[45] El 424 a. C.

plebeyo capaz de soportar el peso de un alto cargo, o si es
una especie de prodigio extraordinario el que surja algún
10 hombre valiente y esforzado de origen plebeyo. A viva
fuerza se había conseguido que los tribunos militares con
poderes de cónsul se eligiesen también de entre la plebe; se
habían presentado candidatos hombres de probada valía
política y militar: los primeros años habían sido objeto de
ultrajes, rechazos, burlas por parte de los patricios; al fin,
11 habían dejado de ofrecer su mejilla a las afrentas. Ellos no
ven por qué no abolir, incluso, una ley que da derecho a
algo que nunca va a tener lugar: producirá, sin duda,
menos rubor una falta de igualdad en los derechos, que
verse preteridos por su propia bajeza.

36 Los discursos de esta índole, aprobados por los oyentes,
incitaron a algunos a presentarse como candidatos al tri-
bunado militar, prometiendo que, durante su magistratura,
propondrían en interés de la plebe, unos, unas leyes y,
2 otros, otras: se dejó traslucir la esperanza de repartir las
tierras del Estado, de fundar colonias y de sacar el dinero
para la paga de los soldados de un impuesto que gravaría a
3 los propietarios de tierras[46]. Los tribunos militares aprove-
charon, después, el momento favorable, cuando la pobla-
ción estaba fuera de Roma y después de pasar aviso clan-
destinamente a los senadores a fin de que volviesen un día
determinado, para elaborar un senadoconsulto en ausencia
4 de los tribunos de la plebe destinado a que saliesen los tri-
bunos militares —puesto que corría el rumor de que los
volscos habían entrado a saquear en territorio hérnico— a
investigar el asunto y se celebrasen elecciones consulares.
5 Al marchar dejan de prefecto de la ciudad a Apio Claudio,
hijo del decénviro, joven activo y ya desde la cuna imbuido
de odio hacia los tribunos y la plebe. Los tribunos de la
plebe no tuvieron con quién discutir, una vez consumados

[46] A los grandes propietarios.

los hechos: ni con los autores del senadoconsulto, ausentes, ni con Apio.

Toma de Capua por los samnitas. Batalla contra los volscos: mal papel del cónsul, y relevante del decurión Tempanio

Fueron nombrados cónsules Gayo Sem- 37
pronio Atratino y Quinto Fabio Vibulano[47].

Un hecho exterior, pero que merece ser recordado, tuvo lugar, dicen, este año. Volturno[48], ciudad etrusca —la Capua actual—, fue tomada por los samnitas y llamada Capua por el nombre de su jefe, Capis, o más
verosímilmente por su terreno «campestre»[49]. Pues bien, la 2
tomaron después de que los etruscos, agotados por la guerra, los admitieron a compartir la ciudad y sus tierras y, luego, un día de fiesta, los nuevos colonos atacaron y dieron muerte, durante la noche, a los antiguos habitantes entorpecidos por el sueño y los banquetes.

Cuando esto había tenido lugar, el trece de diciembre 3
comenzaron a ejercer su magistratura los cónsules citados.
Entonces no sólo habían vuelto los que habían sido 4
enviados con esa finalidad anunciando la inminencia de una guerra por parte de los volscos, sino que, además, los legados latinos y hérnicos informaban de que nunca hasta entonces los volscos habían puesto mayor empeño en la
selección de generales ni en el alistamiento de tropas; que 5
todo el mundo andaba comentando que, o bien se relegaban al olvido para siempre las armas y la guerra y se aceptaba el yugo, o no había que irles a la zaga en valor ni en aguante ni en conocimientos militares a los adversarios en
la lucha por la supremacía. Sus informes no carecían de 6
base; pero ni aun así se inmutaron los patricios, y Gayo

---

[47] Año 423 a. C.

[48] Situada en la margen izquierda del río del mismo nombre.

[49] Terreno llano.

Sempronio, al cual le tocó en suerte aquella misión[50], confiado en la suerte como en la cosa más inmutable, por el hecho de ser el jefe de un pueblo vencedor enfrentado a unos vencidos se comportó en todo de una manera temera-
7 ria y descuidada, hasta el extremo de que había más disciplina romana en el ejército volsco que en el de Roma. La consecuencia fue que la fortuna, como tantas otras veces,
8 siguió al valor. En el primer combate, que Sempronio entabló a la ligera y sin tomar precauciones, se fue al choque sin dejar reservas que reforzasen las líneas y sin haber
9 situado adecuadamente a la caballería. El grito de guerra fue un indicio de los derroteros que la situación iba a tomar: el de los enemigos fue vivo y nutrido; el de los romanos, disonante, desigual, repetido con desgana, puso
10 en evidencia su pánico interno. Crecido, por ello, en su intrepidez el enemigo, acosa con los escudos, hace brillar las espadas. En el bando opuesto oscilan los yelmos al volverse las cabezas en una y otra dirección; se desconciertan
11 y, sin saber qué hacer, se apiñan en masa; las enseñas en unos casos resisten pero son abandonadas por quienes las cubren, en otros se refugian entre sus manípulos. No es aún claramente una huida ni una victoria: los romanos se cubren, en vez de pelear; los volscos avanzan, presionan sobre las líneas contrarias, ven que el enemigo muere, en vez de huir.

38 El repliegue se da ya en todos los puntos, mientras el cónsul Sempronio increpa y alienta inútilmente. De nada
2 servía la autoridad ni la dignidad, y se hubiera vuelto la espalda al enemigo, si Sexto Tempanio, un decurión[51] de caballería, no hubiese salvado con su presencia de ánimo la ya tambaleante situación. Gritó éste con fuerte voz que los

[50] Dirigir aquella guerra.

[51] Suboficial que mandaba diez hombres, a las órdenes del *dux turmae*.

jinetes que quisiesen la salvación del Estado saltasen de sus
caballos, y cuando todas las turmas de la caballería realiza- 3
ron el movimiento, como si se tratase de una orden del
cónsul, dijo: «Si nuestra cohorte armada de pequeños
escudos[52] no detiene el avance del enemigo, se acabó el
imperio. Seguid mi lanza por bandera; demostrad a roma-
nos y volscos que ni a caballo hay jinetes ni a pie hay sol-
dados de infantería comparables a vosotros.» Acogida su 4
arenga con un clamor de aprobación, se adelanta llevando
en alto la lanza. Por dondequiera que avanzan se abren
paso a la fuerza; cubriéndose con los escudos se dirigen a
aquellos puntos donde ven que los suyos están en mayores
dificultades. El combate queda restablecido en todos los 5
sitios a los que su empuje los arrastra; sin lugar a dudas, si
aquel puñado de hombres pudiera hacer frente a todo a la
vez, el enemigo hubiera tenido que volver la espalda.

Como ya no los contenían en ninguna parte, el general 39
volsco da la consigna de que se le deje campo libre a aque-
lla insólita cohorte de enemigos armados de pequeños
escudos, hasta que, llevados de su empuje, queden separa-
dos de los suyos. Cuando esto se llevó a efecto, los jinetes, 2
cercados, no podían abrirse paso por donde habían avan-
zado, al agolparse en masa el enemigo allí donde habían
abierto brecha; por su parte, el cónsul y las legiones roma- 3
nas, al no ver por ningún sitio a los que hacía poco habían
servido de cobertura a todo el ejército, para evitar que el
enemigo cercase y aplastase a tantos valientes se exponen a
lo que sea. Divididos en dos frentes, los volscos contienen 4
en uno al cónsul y las legiones, en el otro acosan a Tempa-
nio y sus jinetes. Éstos, después de intentar repetidas veces
abrirse paso hacia los suyos sin conseguirlo, ocuparon un
montículo y se protegían formando el círculo, devolviendo

[52] El escudo del soldado de caballería, *parma*, era redondo y de unos 70 cm. de diámetro.

5 golpe por golpe; la lucha continuó hasta llegar la noche. El
cónsul, a su vez, sin interrumpir la pelea en ningún punto,
6 contuvo al enemigo mientras hubo algo de claridad. La
noche interrumpió el combate aún por decidir. Debido al
desconocimiento del resultado, ambos campamentos fue-
ron presa de un pánico tal que, después de abandonar a los
heridos y gran parte de la impedimenta los dos ejércitos,
considerándose vencidos, se retiraron a los montes cerca-
7 nos. El montículo estuvo, no obstante, cercado hasta
pasada la media noche. Cuando les llegó la noticia a los
que lo asediaban de que el campamento había sido aban-
donado, pensando que los suyos habían sido vencidos
huyeron también ellos por donde a cada uno lo llevó su
8 miedo en medio de la oscuridad. Tempanio, por temor a
una celada, mantuvo allí a los suyos hasta el amanecer.
Salió, luego, con unos cuantos a hacer personalmente un
reconocimiento y, una vez cerciorado a base de preguntar a
los enemigos heridos de que el campamento volsco estaba
abandonado, lleno de alegría hace bajar a los suyos del
9 montículo y penetra en el campamento romano. Al encon-
trar allí una soledad y un abandono total y el mismo
horror que en el campamento enemigo, antes de que los
volscos regresasen al caer en la cuenta de su error, se lleva
consigo a los heridos que puede y no sabiendo qué direc-
ción había tomado el cónsul se dirige a Roma por el
camino más corto.

40 Había llegado ya allí la noticia de la batalla adversa y el
abandono del campamento; había sido llorada sobre todo
la caballería, y el duelo público no había sido menor que el
2 privado. El cónsul Fabio, al haber cundido el pánico tam-
bién en Roma, ponía guardias ante las puertas, cuando
fueron avistados a lo lejos unos jinetes, no sin miedo ante
las dudas sobre su identidad; reconocidos enseguida, hicie-
ron que el temor se convirtiese en una alegría tan intensa

que se extendió por la ciudad el clamor de los que se felici-
taban porque la caballería había retornado a salvo y victo-
riosa; desde las casas, poco antes llenas de tristeza en las 3
que se había dicho el último adiós a los suyos, había carre-
ras precipitadas hacia las calles y, temblorosas, las madres
y esposas, olvidándose de las conveniencias a causa de la
alegría, salían corriendo al encuentro de la columna arro-
jándose cada una sobre los suyos en cuerpo y alma casi
locas de alegría.

A los tribunos de la plebe, que habían demandado a 4
Marco Postumio y a Tito Quincio por haber sido los cau-
santes del desafortunado combate de Veyos, les pareció
apropiado el momento para reavivar la ojeriza contra ellos
aprovechando el encono actual contra Sempronio. Convo- 5
caron, pues, la asamblea y dijeron a gritos que los genera-
les habían hecho traición a la patria entregándola a Veyos
y que, después, como ellos lo habían hecho impunemente,
el cónsul había traicionado al ejército ante los volscos,
había entregado a la muerte a unos soldados de caballería
llenos de valentía, había abandonado el campamento de
una manera vergonzosa. Entonces, uno de los tribunos, 6
Gayo Junio, mandó llamar al caballero Tempanio y,
cuando estuvo en su presencia, le dijo: «Sexto Tempanio,
yo te pregunto si, en tu opinión, el cónsul Gayo Sempronio
entabló el combate a su debido tiempo o aseguró las líneas
con fuerzas de reserva o cumplió en alguna medida con el
deber de un buen cónsul, y si tú, una vez vencidas las 7
legiones romanas, resolviste por ti mismo que la caballería
echase pie a tierra y restableciste el combate; si, después,
cuando se te cortó el paso hacia nuestras líneas a ti y a tus
jinetes, acudió el cónsul personalmente en tu ayuda o te
envió apoyo; finalmente, si, al día siguiente, contaste con 8
alguna ayuda en alguna parte, o tú y tu cohorte os abristeis
paso hasta vuestro campamento a base de valor; si es que

encontrasteis en el campamento algún cónsul, algún ejér-
cito, o el campamento desierto y los soldados heridos
9 abandonados. De acuerdo con tu valor y tu lealtad, lo
único que ha mantenido en pie a la república en esta gue-
rra, esto es lo que debes decir hoy; por último, dónde está
Gayo Sempronio, dónde nuestras legiones; si has sido tú
abandonado o abandonaste al cónsul y al ejército; si
somos, en fin, vencidos o vencedores.»

41 En respuesta a estas preguntas, la intervención de Tem-
panio fue, dicen, poco cuidada, pero tuvo el peso caracte-
rístico del militar, sin envanecerse en la propia gloria, sin
2 recrearse en los fallos ajenos: sobre el alcance de los cono-
cimientos militares de Gayo Sempronio, no era un soldado
quien tenía que hacer un juicio de valor sobre su general,
sino que lo había hecho el pueblo romano, al elegirlo cón-
3 sul en los comicios. Que no le preguntasen a él sobre las
resoluciones de un general o las cualidades de un cónsul,
cuestiones que daban qué reflexionar incluso a los grandes
caracteres y a los grandes talentos. Pero podía contar lo
4 que había visto. Pues bien, él había visto, antes de perder el
contacto con el ejército, al cónsul batiéndose en primera
línea, dando ánimos, moviéndose entre las enseñas roma-
5 nas y los dardos enemigos; después, él, cuando ya había
perdido de vista a los suyos, se había dado cuenta, no obs-
tante, por el fragor y los gritos de que el combate se había
prolongado hasta la noche; y no creía que, debido a la mul-
titud de enemigos, se hubiese podido romper hasta el mon-
6 tículo que él había ocupado. Dónde estaba el ejército él lo
ignoraba; suponía que, al igual que él mismo en una situa-
ción apurada había buscado en la protección del terreno la
seguridad suya y la de los suyos, el cónsul habría buscado
una posición más segura para el campamento, a fin de sal-
7 var al ejército; y no creía que a los volscos les fuesen las
cosas mejor que al pueblo romano: la casualidad y la noche

lo habían llenado todo de equivocaciones recíprocas. Pidió, luego, que no lo retuvieran, que estaba agotado por el esfuerzo y las heridas. Entre encendidos elogios a su modestia tanto como a su valor, se le dejó marchar.
Cuando esto ocurría, el cónsul, siguiendo la vía Labicana, 8
se encontraba ya en el santuario del Descanso. Carretas y otros medios de transporte enviados allí desde Roma recogieron al ejército quebrantado por el combate y la marcha
nocturna. Poco más tarde, hizo su entrada en Roma el 9
cónsul, afanándose menos en exculparse que en ensalzar a
Tempanio con merecidos elogios. Marco Postumio, que 10
había sido tribuno militar en funciones de cónsul en Veyos, presentado como acusado ante una población abatida por lo mal que se habían llevado las cosas e irritada con los generales, es condenado a una multa de diez mil ases libra-
les. A su colega Tito Quincio, dado que contra los volscos, 11
como cónsul a las órdenes del dictador Postumio Tuberto, y en Fidenas, como legado del otro dictador Mamerco emilio, había llevado con éxito las operaciones, al cargar todas las culpas de aquella ocasión sobre su colega ya condenado
lo absolvieron todas las tribus. Dicen que contó a su favor 12
el recuerdo de Cincinato, su padre, hombre respetable, y la avanzada edad de Quincio Capitolino que pidió, en tono de súplica, que no le hiciesen a él, para el poco tiempo de vida que le quedaba, llevar a Cincinato tan triste noticia.

Acusación contra el cónsul, presentada y retirada. Aumento de dos a cuatro censores, negociado

La plebe nombró tribunos de la plebe 42
en ausencia a Sexto Tempanio, Marco Aselio, Tiberio Antistio y Espurio Pulio[53], a las órdenes de los cuales, a manera de centuriones[54], se había puesto la caba-
llería por iniciativa de Tempanio. El se- 2
nado, puesto que el nombre de cónsul resultaba molesto

[53] Año 422 a. C.

[54] Porque éste es un mando de infantería.

debido al odio contra Sempronio, hizo elegir tribunos militares con poderes de cónsul. Fueron elegidos Lucio Manlio Capitolino, Quinto Antonio Merenda y Lucio Papirio Mugilano.

3 Nada más comenzar el año, el tribuno de la plebe Lucio Hortensio demandó a Gayo Sempronio, cónsul del año anterior. Cuatro de sus colegas, a la vista del pueblo romano, le pidieron que no vejase a su general, inocente, al
4 que sólo se le podía echar en cara su mala suerte. Hortensio lo tomó a mal, pensando que con ello se ponía a prueba su perseverancia y que el acusado no confiaba en los ruegos de los tribunos, hechos de manera ostentosa para sal-
5 var las apariencias solamente, sino en su apoyo legal. Dirigiéndose, pues, unas veces a él, le preguntaba dónde estaba su orgullo de patricio, dónde su voluntad de apoyarse y confiar en su inocencia: en la sombra de los tribunos había
6 buscado cobijo un personaje consular; otras veces se dirigía a sus colegas: «Y vosotros, si sigo hasta el final con la acusación, ¿qué pensáis hacer? ¿Acaso arrancar sus derechos al
7 pueblo y dar al traste con la potestad tribunicia?» Ellos dijeron que el pueblo romano tenía sobre Sempronio, como sobre todos, un poder absoluto y que ellos ni pretendían ni podían suprimir un juicio del pueblo, pero que si sus ruegos en favor de un general que era para ellos como un padre no surtían efecto, ellos cambiarían con él de ves-
8 timenta. Entonces, Hortensio dijo: «No verá la plebe romana a sus tribunos vestidos de duelo. No retengo más a Gayo Sempronio, puesto que durante su mando ha conse-
9 guido hacerse querer tanto por sus soldados.» El cariño de los cuatro tribunos, al igual que el talante de Hortensio al dejarse aplacar por sus justos ruegos, fueron del agrado tanto de la plebe como de los patricios.

10 La fortuna no les sonrió por más tiempo a los ecuos, que habían acogido la dudosa victoria de los volscos como cosa propia.

Al año siguiente[55], durante el consulado de Gneo Fabio 43
Vibulano y Tito Quincio Capitolino, hijo de Capitolino, bajo el mando de Fabio, al que había correspondido en suerte aquel área de competencias, nada memorable se llevó a cabo: nada más presentar los ecuos un medroso 2
frente, son puestos en fuga vergonzosa sin mayor gloria para el cónsul. Le fue, pues, negado el triunfo; pero, en razón de haber atenuado la ignominia de la derrota de Sempronio, se le concedió la ovación al hacer su entrada en Roma.

Si bien la guerra había finalizado con una lucha menos 3
dura de lo que se había temido, sin embargo, en Roma, en una situación de calma, estalló inesperadamente un cúmulo de discordias entre la plebe y los patricios, originadas en la cuestión de si se duplicaba el número de cuestores. La pro- 4
puesta, consistente en que se nombrasen, además de los cuestores urbanos, otros dos que asistiesen a los cónsules en los servicios militares, fue presentada por los cónsules y aprobada sin reserva alguna por el senado; entonces, los tribunos de la plebe iniciaron una lucha encaminada a que una parte de los cuestores, que hasta entonces habían sido patricios, fuesen elegidos de la plebe. A esta iniciativa, tanto cónsules como se- 5
nadores en un principio se opusieron con el mayor empeño; después, concediendo que, conforme a la práctica seguida en la elección de tribunos con poderes de cónsul, también en la de cuestores fuese libre la voluntad del pueblo, al no tener mucha aceptación esta propuesta prescinden por completo del tema de la ampliación del número de cuestores. Al dejarlo 6
ellos de lado lo retoman los tribunos y, acto seguido, surgen otras propuestas subversivas, entre ellas la de la ley agraria. Como el senado, a causa de esta agitación, prefería que se eligiesen cónsules más que tribunos, y no se lograba sacar un se-

[55] El 421 a. C.

7 nado-consulto debido al veto de los tribunos, el Estado pasó
del consulado a su interregno[56], y aun esto no sin enorme
lucha, pues los tribunos impedían a los patricios reunirse.

8 Después de pasar la mayor parte del año siguiente los
nuevos tribunos de la plebe en enfrentamientos con varios
interreyes, unas veces impidiendo los tribunos que los patri-
cios se reunieran para nombrar interrey y, otras, vetando al
interrey para que no sacase un senadoconsulto para la elec-
9 ción de cónsules, al fin Lucio Papirio Mugilano, que había
salido interrey, recriminando, bien a los senadores o bien a
los tribunos de la plebe, recordaba que el Estado abando-
nado y olvidado por los hombres, tomado a su cuidado por
la providencia de los dioses, se mantenía en pie gracias a la
10 tregua con los veyentes y a las vacilaciones de los ecuos. Si
de ese lado surgía algún motivo de alarma, ¿les parecía
bien que el Estado, privado de magistrado patricio, fuese
aplastado, que no hubiese ejército, que no hubiese general
para reclutar un ejército? ¿O es que pensaban alejar la gue-
11 rra exterior con una guerra intestina? Si éstas se producían
a la vez, a duras penas se podría con la ayuda de los dioses
impedir que el poderío de Roma se viniese abajo. ¿Por qué
no buscaban, cediendo cada uno un poco de sus estrictos
derechos, un principio de acuerdo siguiendo una vía inter-
12 media: los patricios consintiendo que se nombrasen tribu-
nos militares en funciones de cónsules, y los tribunos de la
plebe no poniendo el veto a que se eligiesen cuatro cuesto-
res indistintamente de entre la plebe o el patriciado por
libre sufragio del pueblo?

44 Se celebraron, primero, los comicios para elegir tribunos. Fueron elegidos tribunos con poderes de cónsul, todos patricios, Lucio Quincio Cincinato por tercera vez, Lucio Furio Medulino por segunda, Marco Manlio y Aulo Sem-

[56] Año 420 a. C.

pronio Atratino. Presidió este tribuno las elecciones de 2
cuestores, y se presentaron candidatos, entre cierto número de plebeyos, un hijo de Aulo Antistio, tribuno de la plebe, y un hermano de Sexto Pompilio, otro tribuno de la plebe; pero ni su influencia ni su apoyo electoral pudieron evitar que fuesen preferidos por su nobleza aquellos a cuyos padres y abuelos se había visto de cónsules. Se enfurecie- 3
ron todos los tribunos de la plebe, y sobre todo Pompilio y Antistio, encendidos por el rechazo de los suyos: ¿qué sig- 4
nificaba aquello? ¡Que ni en razón de sus propios servicios, ni de las injusticias de los patricios, ni del deseo, en fin, de hacer uso de un derecho que antes no tenían se hubiese elegido a algún plebeyo, no ya tribuno militar, es que ni siquiera cuestor! ¡No haber servido de nada los ruegos de 5
un padre en favor de su hijo, de un hermano en favor de su hermano, tribunos ambos de la plebe, potestad sacrosanta, instituida para defender la libertad! Indudablemente allí había fraude, y Aulo Sempronio había puesto en juego en los comicios más habilidad que honradez; su queja era que por su falta de equidad los suyos habían sido desbancados del cargo. Por consiguiente, como a él, protegido por su 6
inocencia y por la magistratura que entonces desempeñaba, no se le podía atacar, volvieron sus iras contra Gayo Sem-

El cónsul Sempronio procesado y multado. La vestal Postumia, acusada

pronio, primo carnal de Atratino, y lo demandaron por la ignominiosa guerra con los volscos, contando con la colaboración de su colega Marco Canuleyo. Acto seguido, los mismos tribunos pre- 7
sentaron en el senado una moción sobre el reparto de tierras, medida a la que siempre se había resistido con la mayor energía Gayo Sempronio, persuadidos, como así era, de que, si cambiaba de parecer, los patricios iban a tomar con escaso interés su proceso, y si lo mantenía hasta el momento del juicio disgustaría a la

8 plebe. Prefirió exponerse a la impopularidad de frente y perjudicar su propia causa, antes que dejar desasistida la
9 causa pública, y se mantuvo firme en la misma opinión de que no se hiciese ninguna largueza que iba a redundar en provecho de los tres tribunos; no eran tierras para la plebe lo que se buscaba, sino odio contra él; que él también afrontaría aquella tormenta con fortaleza de espíritu, y que para el senado él o cualquier otro ciudadano no debía contar tanto que, por preservar a un individuo, se produjese
10 una desgracia colectiva. Sin perder nada de su entereza, cuando llegó el día, pronunció él mismo su propia defensa, los patricios recurrieron en vano a todo para aplacar a la plebe, y fue condenado a una multa de quince mil ases.
11 Aquel mismo año una joven vestal, Postumia, tuvo que defenderse de la acusación de incesto[57], sin haber incurrido en tal delito, por estar poco al abrigo de sospechas debido a lo cuidado de su atuendo y a su manera de ser menos
12 cohibida de lo conveniente en una doncella. Después de una ampliación del sumario a la que siguió la absolución, el pontífice máximo, por acuerdo del colegio, le indicó que se abstuviera de bromas y pusiera en su atuendo más modestia que sabiduría.

El mismo año, los de la Campania toman Cumas, ciudad entonces en poder de los griegos.

13 Al año siguiente[58] fueron tribunos militares con poderes de cónsul Agripa Menenio Lanato, Publio Lucrecio Tricipitino y Espurio Naucio Rútulo.

[57] Una falta contra la castidad ritual.

[58] 419 a. C.

Conato de rebelión de los esclavos. Guerra con ecuos y labicanos

El año, gracias a la buena suerte del 45 pueblo romano, se distinguió por un enorme peligro, más que por un enorme desastre. Los esclavos se conjuraron para incendiar Roma en puntos distantes entre sí y ocupar armados la ciudadela y el Capitolio, mientras la población estaba atenta en todas partes a prestar asistencia a los edificios. Júpiter desvió el criminal intento, y los cul- 2 pables, apresados gracias a la delación de dos de ellos, fueron castigados. Los delatores tuvieron como recompensa diez mil ases librales, que entonces se consideraba una fortuna, recibidos del tesoro en metálico, y la libertad.

Después, los ecuos reiniciaron los preparativos de gue- 3 rra; también llegó a Roma la noticia, de fuentes seguras, de que los labicanos, nuevos enemigos, hacían causa común con los antiguos. La ciudad estaba ya acostumbrada a las 4 hostilidades prácticamente anuales de los ecuos; a Labicos fueron enviados unos legados y, como trajeron de allí una respuesta ambigua, en la que no quedaba claro ni que la guerra estaba siendo preparada entonces ni que la paz iba a ser duradera, se les encargó a los tusculanos que estuvieran atentos a que no surgiese en Labicos ningún movimiento bélico inesperado.

Una legación llegó de Túsculo a ver a los tribunos mili- 5 tares con poderes consulares del año siguiente[59], tan pronto como entraron en funciones, Lucio Sergio Fidenate, Marco Papirio Mugilano y Gayo Servilio, hijo de Prisco, bajo cuya dictadura había sido tomada Fidenas. Los legados traían la noticia de que los labicanos habían 6 tomado las armas y, en unión del ejército de los ecuos, habían devastado el territorio de Túsculo y acampado en el

[59] 418 a. C.

7 Álgido. Se les declaró, entonces, la guerra a los labicanos. Después de que un senadoconsulto dispuso que dos de los tribunos partieran para la guerra y uno se hiciese cargo de los asuntos de Roma, se produjo un súbito enfrentamiento entre los tribunos: cada uno de ellos se consideraba a sí mismo mejor jefe militar, y desdeñaba la administración de
8 la ciudad como tarea ingrata y oscura. Mientras los senadores contemplaban con asombro aquella pugna poco decorosa entre colegas, Quinto Servilio dijo: «Puesto que no hay respeto a nuestro estamento *ni* al Estado, la dignidad paterna pondrá fin a un altercado semejante. Mi hijo, sin echarlo a suertes, quedará al frente de Roma. Ojalá los que ansían ir a la guerra pongan más reflexión y entendimiento en dirigirla que en desearla.»

46 Se acordó que el reclutamiento no se hiciese de entre todo el pueblo indistintamente; fueron sacadas a suerte diez tribus; de éstas fueron alistados los jóvenes, al frente de los cuales salieron para la guerra los dos tribunos. La pugna entre ellos, iniciada en Roma por un mismo afán de poder, se avivó mucho más intensamente en el campamento: nunca opinaban lo mismo, cada uno se aferraba a su parecer, quería que únicamente sus planes, sus órdenes, tuviesen validez; cada uno menospreciaba al otro y era
3 menospreciado por él, hasta que, al llamarles la atención los legados, al fin se arreglaron las cosas de forma que ejer-
4 cerían el mando supremo en días alternos. Cuando llegó noticia de ello a Roma, dicen que Quinto Servilio, al que había enseñado la edad y la experiencia, pidió a los dioses inmortales que la desavenencia entre los tribunos no fuese más funesta para el Estado de lo que lo había sido ante Veyos, y como si no tuviese duda de que se avecinaba un desastre, apremió a su hijo a que alistase tropas y prepa-
5 rase armas. Y no resultó falso profeta; en efecto, a las órdenes de Lucio Sergio, que tenía el mando aquel día, en

posición desventajosa por debajo del campamento enemigo, atraídos a ella por la vana esperanza de tomar por asalto el campamento porque el enemigo simulando miedo se había refugiado en la empalizada, en un ataque súbito de los ecuos fueron dispersados por la pendiente del valle y muchos de ellos, rodando más que huyendo, fueron aplastados y degollados; y el campamento, conservado a duras 6
penas aquel día, al día siguiente, rodeado ya en gran parte por el enemigo, es abandonado en vergonzosa huida por la puerta trasera. Los generales, los legados y lo que quedó de consistente del ejército en torno a las enseñas, se dirigieron a Túsculo. Los demás, diseminados por todas partes por 7
los campos, se dirigieron a Roma por muchos caminos anunciando una derrota mayor que la sufrida. La alarma 8
no fue mayor, porque los hechos se correspondían con los temores de la gente y porque había tropas de reserva sobre las que volver la vista en lo apremiante de la situación, preparadas por el tribuno militar. Siguiendo instrucciones 9
de éste, los magistrados inferiores sosegaron la agitación de la ciudad; enviados a toda prisa unos observadores, trajeron la noticia de que los generales y el ejército estaban en Túsculo y que el enemigo no había movido el campamento del mismo lugar. Además, y esto levantó mucho los áni- 10
mos, fue nombrado dictador mediante un senadoconsulto Quinto Servilio Prisco, hombre cuyas dotes de previsión en asuntos públicos había comprobado la población con anterioridad en muchas otras ocasiones, pero, sobre todo, por el resultado de aquella guerra, ya que había sido el único en quien la rivalidad de los tribunos había suscitado recelos antes de que las cosas hubieran ido mal. Después de nom- 11
brar jefe de la caballería al tribuno militar por quien él mismo había sido nombrado dictador, su propio hijo —según algunos autores, pues otros escritos dicen que fue Ahala Servilio el jefe de la caballería aquel año—, marchó 12

a la guerra con un nuevo ejército, hizo venir a los que estaban en Túsculo y acampó a dos millas del enemigo.

47 A raíz del triunfo, el orgullo y el descuido de los generales romanos habían pasado a los ecuos. Así, nada más
2 iniciarse el primer combate, el dictador, después de desbaratar la primera línea enemiga con una carga de la caballería, dio orden de que avanzasen rápidamente las enseñas de la infantería y al único de sus portaestandartes que vaci-
3 laba le dio muerte. Fue tal el brío que pusieron en la lucha, que los ecuos no aguantaron el ataque; vencidos en el frente, huyeron en desbandada hacia el campamento, y fue más corto en tiempo y menos intenso el asalto al campa-
4 mento que el combate. Tomado y saqueado el campamento, el dictador dejó el botín a los soldados y, como la caballería, después de perseguir al enemigo en su huida del campamento, volvió diciendo que todos los labicanos vencidos y gran parte de los ecuos se habían refugiado en
5 Labicos, al día siguiente el ejército marchó sobre Labicos y la plaza fue rodeada en cordón, tomada con escalas y
6 saqueada. El dictador llevó de nuevo a Roma al ejército victorioso y, al octavo día de su nombramiento, dimitió de su cargo. Muy oportunamente, antes de que los tribunos de la plebe promoviesen revueltas agrarias presentando una moción sobre el reparto del territorio de Labicos, el senado votó por gran mayoría el envío de una colonia a Labicos.
7 Mil quinientos colonos enviados desde Roma recibieron dos yugadas[60] cada uno.

Después de la toma de Labicos, siendo, a continuación, tribunos militares con poderes de cónsul[61] Agripa Menenio Lanato, Gayo Servilio Estructo y Publio Lucrecio Tricipitino, todos éstos por segunda vez, y Espurio Rutilio Craso,

[60] Unas 50 a.

[61] Año 417 a. C.

y al año siguiente[62] Aulo Sempronio Atratino por tercera 8
vez y Marco Papirio Mugilano y Espurio Naucio Rútulo, ambos por segunda vez, hubo un bienio de tranquilidad en el exterior y de discordias en el interior con motivo de las leyes agrarias.

Problemas con el reparto de tierras. Sucesivas tomas de Bolas por ecuos y romanos. El general Postumio muerto a pedradas por sus tropas

Los agitadores de las masas eran Espu- 48
rio Mecilio y Marco Metilio, tribunos de la plebe por cuarta y tercera vez, elegidos ambos cuando estaban ausentes. Habían 2
presentado un proyecto, en el sentido de que todo territorio conquistado al enemigo se repartiese a tanto por cabeza, y así por un decreto de la plebe se confiscaban los bienes de gran parte de la nobleza —pues, al 3
tratarse de una ciudad asentada en suelo extranjero, prácticamente no había tierra alguna que no hubiese sido conseguida por las armas, y nadie, a excepción de la plebe, tenía tierras que hubiesen sido vendidas o asignadas por el Estado—. Parecía avecinarse un tremendo enfrentamiento 4
entre la plebe y los patricios. Y los tribunos militares, reuniendo, unas veces, al senado y, otras, a los notables en asambleas privadas, no encontraban una salida. Entonces 5
Apio Claudio, biznieto del que había formado parte del decenvirato legislativo, el más joven de la asamblea de senadores, dicen que dijo que él brindaba una vieja solu- 6
ción de familia, pues su bisabuelo Apio Claudio había señalado a los patricios el único camino para destruir el poder tribunicio: la oposición entre colegas. Los hombres 7
«nuevos» fácilmente cambian de parecer por influencia de los notables, si se utiliza un lenguaje a tenor de las circunstancias más que del rango. Son sus intereses los que los 8
animan: cuando vean que los colegas que van en cabeza en

[62] El 416 a. C.

la gestión de este asunto se les adelantan en granjearse todo
9 el favor de la plebe sin dejarles un lugar a ellos, no les
costará mucho inclinarse a favor de la causa del senado,
para ganarse con ello bien al estamento entero bien a los
10 senadores más importantes. Todos asienten y, de manera
especial Quinto Servilio Prisco alaba al joven por no haber
degenerado de la estirpe de los Claudios, y se encarga a
cada uno que atraiga a la oposición a los miembros del
11 colegio de tribunos que le sea posible. Una vez levantada la
sesión del senado, los tribunos se ven solicitados por sus
principales miembros. Sugiriendo, advirtiendo y prome-
tiendo que ello les sería grato a ellos en particular y grato
12 al senado en general, ganaron a seis para la oposición. Al
día siguiente, al hacerse en el senado referencia, según lo
convenido, a los disturbios que Mecilio y Metilio concita-
13 ban con una dadivosidad de muy mal ejemplo, los princi-
pales senadores tuvieron unas intervenciones en la línea de
decir cada uno de ellos que ni se le ocurría una solución, ni
veía por lado alguno ningún otro recurso que la ayuda de
los tribunos; que el Estado asediado, se acogía como un
14 particular desvalido a la lealtad de esta potestad; glorioso
sería para ellos y para su potestad que no hubiese en el
tribunado una fuerza mayor para hostigar al senado y
promover la desavenencia entre las clases, que para oponer
15 resistencia a unos colegas inicuos. Brotó, a continuación,
un griterío generalizado en el senado, al llamar a los tribu-
nos desde todos los rincones de la curia. Entonces, resta-
blecido el silencio, los que habían sido predispuestos por
influjo de los notables aclaran que ellos se opondrán a un
proyecto, presentado por sus colegas, que a juicio del
16 senado va a servir para destruir al Estado. El senado dio
las gracias a los que se oponían. Los autores del proyecto
convocaron a la asamblea, llamaron a sus colegas traidores
a los intereses de la plebe y esbirros de los personajes con-

sulares y, después de pronunciarse contra ellos en otros
duros términos, retiraron la proposición.

Al año siguiente[62 bis], en que fueron tribunos militares 49
con poderes de cónsul Publio Cornelio Coso, Gayo Valerio
Potito, Quinto Quincio Cincinato y Gneo Fabio Vibulano,
hubiera habido dos guerras, si un escrúpulo religioso de los 2
notables no hubiese diferido la guerra de los veyentes,
cuyas tierras asoló el Tíber al desbordarse, arruinando,
sobre todo, las casas del campo. Al mismo tiempo, a los 3
ecuos la derrota sufrida dos años antes les impidió prestar
apoyo a los bolanos, pueblo de su raza. Habían hecho 4
incursiones en territorio labicano, limítrofe, y llevado la
guerra a los nuevos colonos. Como esperaban sostener este 5
mal proceder con el apoyo unánime de todos los ecuos, al
ser abandonados por los suyos, en una guerra ni siquiera
memorable, tras el asedio y un único y ligero combate per-
dieron ciudad y territorio. Intentó Lucio Decio, tribuno de 6
la plebe, presentar la proposición de que se enviasen colo-
nos también a Bolas[63], como a Labicos; quedó descartada
por la oposición de sus colegas, los cuales hicieron ver que
no consentirían que se llevase a término ningún plebiscito
sin el consentimiento del senado.

Al año siguiente[64] los ecuos, después de recuperar 7
Bolas y enviar allí una colonia, aseguraron la plaza con
fuerzas nuevas, mientras en Roma eran tribunos militares
con poderes de cónsul Gneo Cornelio Coso, Lucio Valerio
Potito, Quinto Fabio Vibulano por segunda vez y Marco
Postumio Regilense. A éste le fue encomendada la guerra 8
contra los ecuos; era un hombre de mente torcida, puesta

[62 bis] El 415 a. C.

[63] Bola, o Bolas, población del Lacio situada a la derecha de la ruta de Gabios a Preneste, no lejos de la misma.

[64] El 414 a. C.

9 de manifiesto en la victoria más que en la guerra. En efecto, después de alistar prontamente un ejército y llevarlo a Bolas, quebrantó en pequeños combates la moral de los ecuos y, finalmente, irrumpió en la plaza. Pasó luego, de atacar al enemigo a atacar a sus conciudadanos y, habiendo proclamado durante el asalto que el botín sería para los soldados, una vez tomada la plaza faltó a su pala-
10 bra. Me inclino a creer que ése fue el motivo de la irritación del ejército, más que el hecho de que en la ciudad, saqueada hacía poco tiempo, y en la colonia, reciente, el
11 botín fue menor de lo que el tribuno había anunciado. Esta irritación se acentuó, cuando regresó a Roma reclamado por sus colegas a causa de los disturbios promovidos por los tribunos, al escuchar una frase suya estúpida y casi insensata en una asamblea; en ella le dijo a Marco Sextio, tribuno de la plebe que proponía una ley agraria y declaraba que iba a proponer, al mismo tiempo, el envío de una colonia a Bolas, pues era justo que la ciudad y el territorio de Bolas fuesen para quienes los habían conquistado con sus armas: «Habrá palos para mis soldados, si no se quedan quietos.» Lo que acababan de oír molestó a la asamblea, y
12 no menos a los patricios poco después. Por su parte, el tribuno de la plebe, hombre agudo y no falto de elocuencia, al encontrar entre sus adversarios un carácter presuntuoso y una lengua incontrolada a la que podía impulsar, provocándola y hostigándola, a unas manifestaciones que le harían impopular no sólo a él sino a su causa y a todo su estamento, a nadie del colegio de tribunos militares provo-
13 caba a discutir tan a menudo como a Postumio. En aquella ocasión, a tenor de una frase tan cruel e inhumana, dijo: «¿Le oís, ciudadanos de Roma, amenazando con un castigo
14 como a esclavos a los soldados? ¡Sin embargo, este salvaje os parecerá más digno de tan alto rango que quienes os envían a colonias obsequiándoos con una ciudad y sus tie-

rras, quienes preparan un retiro para vuestra vejez, quienes luchan a brazo partido por vuestros intereses contra tan crueles y arrogantes adversarios! ¡Venid, después, extra- 15
ñándoos de que sean ya pocos los que defienden vuestra causa! ¿Qué pueden esperar de vosotros? ¿Cargos, que dais a vuestros enemigos antes que a los defensores del pueblo romano? Os lamentasteis, hace poco, al oír su frase. ¿Qué 16
importa eso? Si ahora mismo se celebra una votación, a éste que os amenaza con el palo lo vais a preferir a quienes quieren aseguraros tierras, hogares y bienes.»

Llegada la frase de Postumio a oídos de los soldados, 50
provocó en el campamento una indignación mucho mayor: ¿un ladrón, un escamoteador de botín, amenazar encima con el palo a los soldados? Así, pues, como se protestaba 2
abiertamente y el cuestor Publio Sextio pensaba que se podía reprimir el motín con la violencia, lo mismo que había sido provocado, envió a un líctor contra un soldado que vociferaba; como con ello se suscitó un griterío y un altercado, alcanzado por una piedra abandona el tumulto, gritando, además, el que le había herido que el cuestor 3
tenía lo que el general había prometido a los soldados. Atraído por este tumulto, Postumio lo puso todo más difí- 4
cil con el rigor de las investigaciones y la crueldad de los castigos. Finalmente, como no controlaba en modo alguno su ira, al formarse una aglomeración a los gritos de los que había mandado matar bajo el enzarzado[65], él mismo bajó enfurecido del tribunal corriendo hacia los que se oponían al suplicio. Como, entonces, los lictores y centuriones mal- 5
trataron a la masa al intentar alejarla y dispersarla, hubo tal explosión de indignación, que el tribuno militar fue lapidado por su propio ejército. Cuando llegó a Roma la 6
noticia de tan horrible atentado, los tribunos militares

[65] Cf. I 51, 9.

decretaron a través del senado una investigación, y los tri-
7 bunos de la plebe se opusieron. Pero esta tirantez dependía de otro tira y afloja: a los patricios les había entrado la preocupación de que la plebe, por miedo a las investigaciones y por ira, eligiese tribunos militares de entre la plebe, y encaminaban todos sus esfuerzos a que se eligiesen cónsu-
8 les. Como los tribunos de la plebe no dejaban que saliese el senadoconsulto[66] y también se oponían a los comicios consulares, la situación desembocó en un interregno. La victoria, al fin, correspondió a los patricios.

51 Presidiendo los comicios Quinto Fabio Vibulano, interrey, fueron elegidos cónsules Aulo Cornelio Coso y Lucio
2 Furio Medulino[67]. Durante su consulado, a primeros de año salió un senadoconsulto disponiendo que los tribunos presentasen, a la mayor brevedad, una proposición de ley a la plebe sobre la investigación de la muerte de Postumio, y que la plebe encargase a quien quisiese la dirección de la
3 investigación. La plebe por unanimidad encarga la tarea a los cónsules. Éstos, con el mayor comedimiento y suavidad, condenando a unos pocos, los cuales, según una opinión bastante extendida, se dieron muerte ellos mismos, resolvieron la situación, pero no pudieron evitar, sin
4 embargo, que la plebe lo tomase muy a mal: se dejaban sin efecto durante tanto tiempo las mociones que se presentaban en relación con sus intereses, mientras que se ponía en práctica, con toda rapidez y con una fuerza tan grande,
5 una ley referente a su sangre y su suplicio. Era el momento más adecuado, una vez castigada la sedición, de ofrecer un reparto de las tierras de Bolas para tranquilizar los ánimos, medida con la que hubiesen quitado fuerza a la demanda de una ley agraria que despojaba a los patricios de las tie-

[66] Ordenando una investigación.

[67] Año 413 a. C.

rras del Estado, que poseían injustamente. Precisamente, lo 6
que entonces indignaba y torturaba los ánimos era no tanto la obstinación de la nobleza en aferrarse a las tierras del Estado que ocupaba a la fuerza, como el que no se repartiesen entre la plebe ni siquiera las tierras desocupadas, recientemente conquistadas al enemigo, destinadas a ser bien pronto presa de unos pocos como las demás.

Toma de Ferentino

Aquel año, el cónsul Furio llevó a las 7
legiones contra los volscos, que devastaban los confines de los hérnicos, y, al no encontrar allí al enemigo, tomaron Ferentino[68], a donde se había retirado una gran masa de volscos. El botín fue menor de lo que espera- 8
ban, porque los volscos, cuando las esperanzas de defenderse eran escasas, lo cogieron todo y abandonaron por la noche la plaza; al día siguiente, la tomaron casi desierta. La ciudad y sus tierras se las dieron a los hérnicos.

Epidemia, hambre. Dificultades para la guerra con ecuos y volscos. Popularidad del tribuno Menenio

Después de un año tranquilo gracias a 52
la moderación de los tribunos, apareció el tribuno de la plebe Lucio Icilio, siendo cónsules Quinto Fabio Ambusto y Gayo Furio Pacilo[69]. Cuando éste, ya desde 2
que comenzó el año, igual que si se tratara de una obligación de su nombre y su familia, promovía disturbios a propósito de la promulgación de leyes agrarias, brotó una epidemia, más amena- 3
zadora no obstante que dañina, que desvió del foro y los enfrentamientos públicos la atención de la gente hacia el hogar y los cuidados de la salud; se cree que fue menos perjudicial de lo que lo hubiera sido la sedición.

[68] En la vía Latina, a la izquierda del Trero.

[69] Año 412 a. C.

4 Cuando la población salió del trance a costa de muchísimos casos de enfermedad y contados casos de fallecimiento, tras el año de peste, debido al abandono, corriente en estos casos, del cultivo de los campos vino la falta de alimentos, durante el consulado de Marco Papirio Atratino
5 y Gayo Naucio Rútulo[70]. El hambre hubiera sido más funesta que la epidemia, si no se hubiese asegurado el aprovisionamiento de víveres enviando legados a todos los pueblos que habitan en el contorno del mar de Etruria[71] y
6 en las riberas del Tíber a comprar trigo. Los samnitas, a los que pertenecían Capua y Cumas, impidieron con arrogante actitud que los legados comprasen; por el contrario, los tiranos de Sicilia les ayudaron de buen grado; los contingentes mayores, al poner en ello Etruria su mejor voluntad,
7 bajaron por el Tíber. Los cónsules tuvieron una prueba de la falta de hombres en la población enferma, cuando se vieron forzados, al no encontrar nada más que un senador
8 para cada legación, a sumarle dos caballeros. Enfermedad y provisión de víveres aparte, no hubo durante aquellos dos años ningún problema interno ni externo. Pero, cuando aquellas preocupaciones desaparecieron, surgió todo lo que solía inquietar a la ciudad: en el interior la discordia, en el exterior la guerra.

53 Durante el consulado de Marco Emilio y Gayo Valerio Potito[72], los ecuos preparaban la guerra y los volscos tomaron presurosos las armas, aunque no por decisión ofi-
2 cial, entrando en el ejército como voluntarios a sueldo. Al correr el rumor de estas hostilidades —pues ya habían pasado a territorio latino y hérnico—, el cónsul Valerio procedía a un alistamiento y el tribuno de la plebe Marco

[70] 411 a. C.

[71] El Tirreno.

[72] Año 410 a. C.

Menenio, autor de un proyecto de ley agraria, se oponía, y al contar con el apoyo del tribuno, nadie podía ser forzado a prestar juramento; repentinamente se anuncia que la ciu- 3
dadela de Carvento[73] ha sido ocupada por el enemigo. La 4
afrenta recibida, por una parte, suscitó en los patricios el odio hacia Menenio y, por otra, brindó a los demás tribunos, trabajados ya anteriormente para obstaculizar la ley agraria, un motivo más legítimo para oponerse a su colega. Así, pues, como la situación se prolongaba en altercados: 5
los cónsules, poniendo a dioses y hombres por testigos de que cualquier desastre o afrenta que se hubiese recibido ya del enemigo o fuese inminente sería culpa de Menenio que impedía el reclutamiento, Menenio, por su parte, diciendo 6
a gritos que, si los propietarios ilegítimos abandonaban la posesión de las tierras del Estado, él no retrasaría el alistamiento, los nueve tribunos intervinieron con un decreto poniendo fin al enfrentamiento y proclamaron, por resolu- 7
ción del colegio, que si el cónsul Gayo Valerio, con motivo del llamamiento a filas, aplicaba una sanción o cualquier otra medida coactiva, no obstante la oposición de su colega, a los que rehuían el servicio militar, ellos lo apoyarían. Una vez que el cónsul, armado con este decreto, 8
retorció el cuello a unos cuantos que apelaban al tribuno, los demás, atemorizados, prestaron el juramento. El ejér- 9
cito marchó hacia la ciudadela de Carvento y, a pesar de su antipatía y hostilidad hacia el cónsul, nada más llegar desalojó prontamente la guarnición y recuperó la plaza: los componentes de la guarnición que andaban al pillaje dispersos sin tomar precauciones, brindaron una ocasión favorable para el asalto. El botín procedente de saqueos 10
continuos, amontonado en su totalidad en lugar seguro,

[73] Población latina de localización incierta. La más probable, para Ogilvie, es Monte Fiore.

fue considerable. El cónsul ordenó a los cuestores que fuese vendido a subasta y revirtiese en el tesoro, manifestando que el ejército tendría participación en el botín cuando no
11 rehusase el servicio militar. Se avivaron, por ello, las iras de la plebe y de los soldados en contra del cónsul. Así, al hacer su entrada en Roma recibiendo la ovación concedida por senadoconsulto, se cruzaron versos toscos con la licen-
12 cia característica de los militares, en los que se zahería al cónsul y se ensalzaba el nombre de Menenio, y cada vez que se mencionaba al tribuno, la simpatía del pueblo allí situado competía en aplausos y muestras de aprobación
13 con las voces de los soldados. Esta circunstancia dejó más preocupados a los patricios que el desenfado casi tradicional de los soldados con relación al cónsul; y como era indudable que uno de los cargos de tribuno militar sería de Menenio, si se presentaba candidato, se le descartó celebrando elecciones consulares.

Primeros cuestores plebeyos. Guerra continuada con ecuos y volscos

54 Fueron elegidos cónsules Gneo Cornelio Coso y, por segunda vez, Lucio Furio
2 Medulino[74]. En ninguna otra ocasión tomó tan a mal la plebe el que no se le encomendase elegir tribunos. Dejó traslucir su resentimiento y, a la vez, tomó revancha en las elecciones de cuestores, eligiendo entonces por primera vez
3 cuestores plebeyos, de suerte que, de los cuatro que se elegían, tan sólo a un patricio, Gneo Fabio Ambusto, se le dio entrada, y tres pleyos, Quinto Silio, Publio Elio y Publio Papio fueron antepuestos a jóvenes de muy ilustres fami-
4 lias. Los fautores de una votación tan independiente por parte del pueblo fueron, tengo entendido, los Icilios, familia muy hostil a los patricios de la que fueron elegidos tres tribunos de la plebe para aquel año: dejaron entrever un

[74] Año 409 a. C.

cúmulo de perspectivas numerosas e importantes a un pueblo enormemente predispuesto a ello, pero asegurando que 5
no moverían un dedo, si ni siquiera en las elecciones de cuestores, únicos cargos abiertos por igual a patricios y plebeyos que les había dejado el senado, el pueblo se mostraba suficientemente decidido a lo que deseaba desde hacía tanto tiempo y le permitían las leyes. Fue, pues, para 6
la plebe como una enorme victoria, y no valoraban aquella cuestura limitándose al cargo en sí, sino que parecía abierto para los hombres nuevos un espacio hacia el consulado y los triunfos. Por el contrario, los patricios brama- 7
ban como si hubiesen perdido, y no compartido, las magistraturas; decían que, en tales circunstancias, no había por qué criar hijos que, desalojados de la posición social de sus antepasados y viendo a otros detentar su dignidad, quedarían relegados como salios y flámines[75] a la exclusiva función de ofrecer sacrificios por el pueblo sin poderes superiores ni inferiores. Irritados los ánimos por ambas partes, 8
como la plebe había cobrado valor y contaba para la causa popular con tres jefes de gran renombre, los patricios, viendo que en las elecciones en que la plebe pudiese votar en una u otra dirección iba a ocurrir enteramente igual que en las de cuestores, se inclinaban por los comicios consulares, que todavía no estaban abiertos a todos; los Icilios, por 9
el contrario, decían que había que nombrar tribunos militares y acabar por dar de una vez a la plebe participación en los altos cargos.

Pero no había nada que hiciesen los cónsules a lo que 55
no se opusiesen para arrancar lo que pretendían; entonces llega, con oportunidad asombrosa, la noticia de que volscos y ecuos han salido de sus fronteras a saquear en territorio latino y hérnico. Cuando los cónsules, previo un sena- 2

[75] Sacerdocios a los que no tenían acceso los plebeyos.

doconsulto, se disponen a hacer una leva para esta guerra, los tribunos se oponen enérgicamente, en la idea de que se les ha presentado una circunstancia afortunada para ellos y
3 para la plebe. Eran tres, y todos ellos hombres muy esforzados y ya de buena familia para tratarse de plebeyos. Dos de ellos toman a su cargo la vigilancia estrecha de los cónsules, uno cada uno; al otro se le encargó de refrenar, unas
4 veces, y soliviantar, otras, a la plebe con sus discursos. Ni los cónsules sacaban adelante el llamamiento a filas, ni los tribunos las elecciones que pretendían. Cuando, por fin, la fortuna se inclinaba a favor de la causa de la plebe, llega la noticia de que la ciudadela de Carvento, cuando los soldados de la guarnición se habían dispersado para saquear, ha sido asaltada por los ecuos, una vez muertos los pocos que la custodiaban; los restantes, liquidados, unos, cuando corrían hacia la fortaleza y, otros, cuando vagaban por los
5 campos. Esta circunstancia, adversa para la ciudad, fortaleció la acción de los tribunos. Solicitados en vano para que, al menos entonces, dejasen de poner obstáculos a la guerra, como no retrocedieron ni ante la tormenta que se cernía sobre el Estado ni ante el odio que atraían sobre sí mismos, lograron que saliese un senadoconsulto para que
6 se eligiesen tribunos militares, poniendo como condición, sin embargo, que quedaría descartado quien fuese tribuno de la plebe aquel año y que nadie sería reelegido tribuno de
7 la plebe al año siguiente; el senado apuntaba, sin lugar a dudas, a los Icilios, a los que acusaba de pretender el consulado como recompensa a su sedicioso tribunado. Comenzó, entonces, a efectuarse el reclutamiento y a prepararse la guerra con el acuerdo de todos los estamentos.
8 Si ambos cónsules partieron hacia la ciudadela de Carvento o uno de ellos se quedó para presidir los comicios es cuestión que la diversidad de testimonios deja en la duda; lo que hay que dar por cierto, en lo que no hay desacuerdo,

es que de la ciudadela de Carvento se retiraron después de un largo e infructuoso asedio, que el mismo ejército recuperó Verrúgine en zona volsca, y que se llevaron a cabo saqueos en territorio tanto ecuo como volsco con un botín muy considerable.

En Roma, si bien la plebe salió triunfante en lo de tener 56
las elecciones que quería, a su vez los patricios salieron
vencedores en cuanto al resultado de los comicios, pues 2
fueron elegidos tribunos militares con poderes de cónsul[76], en contra de lo que todos esperaban, tres patricios, Gayo Julio Julo, Publio Cornelio Coso y Gayo Servilio Ahala.
Los patricios recurrieron, dicen, a una maniobra, de la que 3
ya entonces los acusaron los Icilios, porque mezclaron con los honrados una turba de candidatos indignos, y por repugnancia hacia las notables lacras de algunos apartaron al pueblo de los candidatos plebeyos.

Llega, luego, el rumor de que los volscos y los ecuos, 4
esperanzados por haber retenido la ciudadela de Carvento, o bien, airados por la pérdida de la guarnición de Verrúgine, se han levantado en guerra con todas sus fuerzas; que 5
el centro de las operaciones está en Ancio; que los legados de esta ciudad han recorrido los pueblos de ambas naciones, tachándolos de cobardes por haber consentido, escondidos detrás de las murallas, que los romanos el año anterior recorriesen sus campos saqueándolos, y que la guarnición de Verrúgine fuese aplastada; que no son ya 6
sólo ejércitos armados, sino incluso colonias lo que envían al interior de sus fronteras, y no son sólo los romanos los que se han repartido sus bienes, sino que incluso han regalado a los hérnicos Ferentino, después de quitárselo a ellos.
Como ante estas palabras los ánimos se encendían, según 7
iban llegando a cada sitio, numerosos jóvenes se alistaban.

[76] Año 408 a. C.

Así, la juventud de todos los pueblos concentrada en
8 Ancio, donde acampó, esperaba al enemigo. Al llegar a
Roma estas noticias, creándose una conmoción mayor que
el propio peligro, el senado de inmediato dispuso que se
nombrase un dictador, que era el último recurso en situa-
9 ciones críticas. Esta medida no fue, dicen, del agrado de
Julio y Cornelio, y se llevó a cabo con gran tensión de los
10 ánimos, pues los principales senadores, después de quejarse
inútilmente de que los tribunos militares no acataban la
autoridad del senado, al fin acudieron también a los tribu-
nos de la plebe manifestando que los propios cónsules en
circunstancias semejantes habían sido objeto de la fuerza
11 de su poder; los tribunos de la plebe, contentos con la falta
de entendimiento entre los patricios, decían que en nada
podrían ayudar quienes no figuraban en la nómina de los
12 ciudadanos, ni siquiera en la de los seres humanos; que si
alguna vez los cargos eran accesibles a todos, si se daba
participación en la gestión pública, entonces ellos estarían
atentos a que los senadoconsultos no quedasen sin efecto,
13 debido a la arrogancia de los magistrados; que, mientras
tanto, los patricios, que no guardaban respeto a las leyes ni
a las magistraturas, ejerciesen también personalmente la
potestad tribunicia.

57 Este enfrentamiento, surgido en el momento menos
oportuno, cuando estaba entre manos una guerra de tal
2 calibre, había acaparado la atención de la gente, hasta que,
después que Julio y Cornelio durante largo tiempo se tur-
naron argumentando que, siendo ellos suficientemente
capaces de dirigir aquella guerra, no era justo despojarlos
de un cargo para el que tenían el mandato del pueblo,
3 Ahala Servilio, tribuno militar, dijo que él había guardado
tan largo silencio no por carecer de un criterio sólido, pues
un buen ciudadano no hacía distinción entre sus plantea-
mientos y los del Estado, sino por haber preferido que sus

colegas cediesen por sí mismos ante la autoridad del
senado antes de dejar que implorase contra ellos la potes-
tad tribunicia. Incluso en aquellos momentos, si la situa- 4
ción lo permitiera, de buena gana les daría tiempo para
volverse atrás de una postura tan empecinada; pero, como
las exigencias de la guerra no esperan las resoluciones de
los hombres, él antepondrá el interés público a la estima de
sus colegas, y si el senado sigue opinando lo mismo, él 5
designará un dictador la noche próxima; y si alguien pone
el veto al senadoconsulto, a él le bastará con el parecer[77]
del senado. Al actuar así, llevándose merecidamente los 6
elogios y el agradecimiento de todos, nombrado él mismo
jefe de la caballería por el dictador que él había designado,
constituyó un ejemplo, en comparación con sus colegas, de
cómo el reconocimiento y los honores algunas veces se les
presentan más fácilmente a quienes no los buscan. No fue 7
una guerra memorable. En una sola batalla, y ésta sin difi-
cultades, se batió al enemigo en Ancio; el ejército, victo-
rioso, saqueó el territorio volsco. Fue tomado al asalto un
fuerte junto al lago Fúcino[78] y hechos en él tres mil prisio-
neros, mientras los demás volscos fueron rechazados a den-
tro de sus murallas y no defendían su territorio. El dicta- 8
dor, depués de realizar la campaña de forma que parecía
limitarse a asistirle al juego a la suerte, retornó a Roma
con más fortuna que gloria y dimitió de su cargo. Los tri- 9
bunos militares, sin hacer la menor alusión a elecciones
consulares debido al despecho, pienso yo, por el nombra-
miento del dictador, decretaron elecciones de tribunos mili-
tares. Entonces la preocupación de los patricios fue a más, 10

---

[77] *Senatus auctoritas,* pues, debido al veto de los tribunos, no pasa a senadoconsulto.

[78] Se encontraba este lago, hoy inexistente, a la derecha de la vía Valeria, en el límite con los marsos.

puesto que veían que su causa era traicionada por los
11 suyos. Por consiguiente, si bien el año anterior, recurriendo a candidatos plebeyos de lo más indigno, habían provocado la aversión hacia todos los plebeyos, incluidos los honrados, en este caso, a base de convencer a los patricios más sobresalientes en gloria y popularidad a que se presentasen candidatos, coparon todos los puestos evitando que
12 tuviese entrada ningún plebeyo. Fueron elegidos[79] cuatro que ya habían desempeñado todos ellos aquel cargo: Lucio Furio Medulino, Gayo Valerio Potito, Gneo Fabio Vibulano y Gayo Servilio Ahala, reelegido este último sin haber dejado el puesto, debido a otras cualidades, pero, sobre todo, a la popularidad que se había granjeado recientemente con su moderación sin igual.

Problemas para declarar la guerra a Veyos

58 Aquel año, como había expirado el plazo de la tregua[80] con el pueblo de Veyos, comenzaron a hacerse reclamaciones por mediación de legados y feciales. Cuando éstos llegaban a sus fronte-
2 ras, les salió al encuentro una legación de veyentes y les pidió que no fuesen a Veyos antes de presentarse ellos al senado romano. Consiguieron del senado que no se presentasen las reclamaciones, porque los veyentes se encontraban en dificultades, debido a disensiones internas: tan lejos se estaba de pretender sacar provecho de la desgracia
3 ajena. En zona volsca se sufrió un descalabro, la pérdida de la guarnición de Verrúgine, donde tuvo tanta importancia el tiempo, que cuando pedían auxilio los soldados sitiados por los volscos, de haberse dado prisa se les hubiera podido llevar ayuda, y las tropas enviadas como refuerzo llegaron justo a tiempo de aplastar al enemigo, que, des-

[79] Año 407 a. C.

[80] Ver 35, 2.

pués de la matanza reciente, se había dispersado para
saquear. En la tardanza tuvieron tanta culpa como el 4
senado los tribunos, los cuales, ante los informes de que se
resistía con todas las fuerzas, se pararon poco a pensar que
no hay valor que pueda ir más allá de las fuerzas humanas.
Ni la vida ni la muerte de aquellos valientes soldados que- 5
daron sin venganza.

Al año siguiente[81], siendo tribunos militares con pode- 6
res de cónsul Publio y Gneo Cornelio Coso, Gneo Fabio
Ambusto y Lucio Valerio Potito, se desencadenó la guerra
con Veyos a causa de una arrogante respuesta del senado
veyente; éste, cuando los legados presentaron la reclama- 7
ción, mandó que se les respondiese que, si no salían inme-
diatamente de la ciudad y de sus fronteras, les iban a dar lo
que Larte Tolumnio les había dado. Indignados por ello 8
los senadores, decretaron que los tribunos militares propu-
siesen al pueblo en la próxima asamblea la declaración de
guerra a Veyos. Tan pronto como fue propuesta, la juven- 9
tud andaba murmurando que todavía no estaba concluida
la guerra con los volscos; que, hacía poco, habían sido
exterminadas dos guarniciones, y las otras se mantenían en
peligro; que no había año en que no hubiese combates 10
regulares, y como si pareciesen pocos estos trabajos, se
preparaba una nueva guerra con un pueblo limítrofe y de
gran potencia que iba a concitar a toda Etruria. Estas 11
exclamaciones espontáneas son avivadas por los tribunos
de la plebe; se ponen a repetir que la guerra de mayor
envergadura la tienen los patricios contra la plebe: a ésta 12
deliberadamente se la castiga con el servicio militar y se la
expone para que el enemigo la destroce; se la mantiene
relegada lejos de Roma, para evitar que, en la tranquilidad
del hogar, le venga a la mente la libertad y las colonias y

[81] El 406 a. C.

rumie proyectos sobre las tierras del Estado o la libertad de
13 voto. Y cogiendo por el brazo a los veteranos, contaban las
campañas y las heridas y cicatrices de cada uno de ellos,
preguntándoles si quedaba en su cuerpo alguna parte ilesa
que pudiera recibir nuevas heridas, si les quedaba todavía
14 sangre que verter por el Estado. Como, a base de repetir a
menudo en conversaciones y asambleas cosas por el estilo,
apartaron a la plebe de la idea de emprender la guerra, se
aplazó una proposición de ley que, al ser susceptible de
hostilidad, estaba claro que sería rechazada.

Expediciones en zona volsca. Toma de Ánxur. Institución de la paga al ejército

59 Entretanto, se acordó que los tribunos
militares saliesen al frente del ejército
hacia el territorio volsco; Gneo Cornelio
2 fue el único que quedó en Roma. Los
tres tribunos, cuando quedó claro que no
había campamento volsco en ninguna
parte y que no iban a librar batalla, formaron tres cuerpos
3 y se separaron para devastar el país. Valerio se dirige a
Ancio, Cornelio a Écetra; por donde pasaban saquearon
casas y campos en una amplia zona para distraer la aten-
ción de los volscos; Fabio, sin hacer saqueo alguno, mar-
4 chó a atacar Ánxur[82], que era el objetivo principal. Ánxur,
hoy Tarracinas, era una ciudad en declive hacia los panta-
5 nos. Fabio dio a entender que atacaba por ese lado; cuatro
cohortes enviadas dando un rodeo con Gayo Servilio
Ahala, después de tomar una colina que dominaba la ciu-
dad, desde su elevada posición por una zona completa-
mente desguarnecida se lanzaron sobre las murallas con
6 gran griterío y alboroto. Llenos de estupor ante tal
tumulto, los que defendían la parte baja de la ciudad con-
tra Fabio le dieron oportunidad de arrimar las escalas y
todo se llenó de enemigos, y tuvo lugar una larga y feroz

[82] Situada en la vía Apia, en la costa, a unos 120 km. de Roma.

matanza de fugitivos o combatientes, armados o inermes,
indiscriminadamente. Eran, así, forzados los vencidos a 7
trabar combate, porque el rendirse no les suponía espe-
ranza alguna, cuando, de repente, la orden dada de que no
se atacase nada más que a quienes estuviesen armados hizo
que voluntariamente depusiesen las armas de forma
masiva, siendo cogidos vivos alrededor de dos mil quinien-
tos. Fabio privó a los soldados del resto del botín hasta 8
que llegasen sus colegas, diciendo que Ánxur había sido 9
conquistada también por los ejércitos que habían alejado a
los demás volscos de la defensa de aquella posición.
Cuando éstos llegaron, los tres ejércitos saquearon la plaza, 10
opulenta en riquezas desde tiempo atrás, y esta primera
muestra de indulgencia por parte de los generales reconci-
lió a la plebe con los patricios.

A esto vino a sumarse, como el gesto más oportuno de 11
generosidad de los notables para con la masa, el que el
senado decretó, antes de que mediase petición alguna de la
plebe o de los tribunos, que los soldados recibiesen paga
del Estado, siendo así que hasta entonces habían cumplido
con el deber de las armas cada uno a sus expensas.

No hay noticia de que jamás ninguna medida fuese 60
recibida por la plebe con una alegría tan intensa. Se forma,
pues, una aglomeración ante la curia y se estrechan las
manos a los que salen llamándolos padres de verdad, ase-
gurando que el resultado será que en favor de una patria
tan generosa nadie, mientras le quede algo de fuerzas, esca-
timará su cuerpo o su sangre. Producía satisfacción el que, 2
al menos, el patrimonio no sufriese menoscabo durante el
tiempo en que el cuerpo se dedicaba a trabajar para el
Estado, pero el hecho de que esto les hubiese sido ofrecido
espontáneamente, sin que los tribunos de la plebe lo hubie-
sen nunca reivindicado, sin que ellos hubiesen hablado de
reclamarlo, multiplicaba la alegría y el agradecimiento por

3 la medida. Los tribunos de la plebe, los únicos que no participaban de la alegría y la concordia común a los estamentos, decían que aquello no iba a resultar tan feliz y próspero para todos los patricios como ellos creían; la medida, que había tenido buena apariencia en principio, no se iba a
4 manifestar tan buena en la práctica. En efecto, ¿de dónde se iba a sacar el dinero para ello, a no ser de un impuesto cargado sobre el pueblo? Se mostraban, por tanto, generosos con los demás a costa de lo ajeno; y, aun cuando los demás lo consintieran, no iban a tolerar los que ya estaban libres del servicio militar que otros sirviesen en unas condiciones mejores que las suyas, y haber corrido con los gastos
5 de su servicio de armas y correr con los de los demás. Con estas palabras hicieron mella en parte de la plebe; al fin, una vez publicado el impuesto, declararon también públicamente los tribunos que prestarían su apoyo a quien no
6 abonase el impuesto para la paga militar. Los patricios cuidaron con perseverancia la tarea bien emprendida; pagaron ellos los primeros; y como todavía no había plata acuñada, algunos transportaron en carros libras de cobre[83] al tesoro, dando además vistosidad a su contribución.
7 Cuando el senado hubo contribuido con la mayor fidelidad según sus rentas, los prohombres de la plebe, amigos de los
8 nobles, puestos de acuerdo comienzan a contribuir. Al ver que los patricios los felicitaban y los hombres que estaban en edad de servicio militar los miraban como a buenos ciudadanos, la gente, menospreciando el apoyo de los tribu-
9 nos, comenzó de repente a contribuir a porfía. Y una vez votada positivamente la proposición de declarar la guerra a Veyos, los nuevos tribunos militares con poderes de cónsul

[83] Livio utiliza aquí la palabra *aes «graue»*, pero, como el metal con emblema no aparece hasta medio siglo más tarde, debe de referirse al metal en bruto, *aes «rude»*.

salieron hacia Veyos al frente de un ejército de voluntarios en gran parte.

Asedio de Veyos. En zona volsca, Artena tomada y arrasada. Veyos de nuevo centro de la guerra.

Fueron tribunos Tito Quincio Capito- 61
lino, Quinto Quincio Cincinato, Gayo Julio Julo por segunda vez, Aulo Manlio, Lucio Furio Medulino por tercera vez y Manio Emilio Mamerco[84]. Comen- 2
zaron éstos el sitio de Veyos. Hacia los comienzos del asedio se celebró la asamblea de los etruscos, muy concurrida, en el templo de Voltumna, sin que quedara muy claro si se iba a apoyar a Veyos entrando oficialmente en guerra la nación en su totalidad.

El asedio continuó al año siguiente con menor intensi- 3
dad, al haber sido llamados parte de los tribunos y del ejército para la guerra contra los volscos. Los tribunos milita- 4
res con poderes de cónsul de aquel año[85] fueron Gayo Valerio Potito por tercera vez, Manio Sergio Fidenate, Publio Cornelio Maluginense, Gneo Cornelio Coso, Gayo Fabio Ambusto, y Espurio Naucio Rútulo por segunda vez. Con los volscos se libró una batalla regular entre 5
Ferentino y Écetra; la suerte del combate fue favorable a los romanos. A continuación, los tribunos comenzaron el 6
asedio de Artena[86], una plaza de los volscos. Luego, al intentar el enemigo hacer una salida y ser rechazado al interior de la ciudad, se les presentó a los romanos la oportunidad de irrumpir en ella y tomarla, a excepción de la ciudadela: en la ciudadela, protegida por su posición natural, se refugió un tropel de enemigos armados; más abajo 7
de la ciudadela muchos hombres fueron muertos o hechos

[84] Año 405 a. C.

[85] El 404 a. C.

[86] Situada cerca de la segunda gran curva del río Trero, a la derecha de éste y de la vía Latina.

prisioneros. Después, se puso cerco a la ciudadela; ni podía
ser tomada al asalto, porque contaba con una guarnición
suficiente para el espacio que ocupaba, ni hacía esperar que
fuese a rendirse, al haber sido trasladado a la ciudadela
8 todo el trigo colectivo antes de la toma de la ciudad; se
hubiera producido la retirada por aburrimiento, si un
esclavo no hubiera entregado la ciudadela a los romanos.
La tomaron unos soldados a los que éste dio entrada por
un paso escarpado: cuando degollaron a los centinelas la
9 multitud restante, presa de súbito pánico, se rindió. Fue
arrasada la ciudadela y la ciudad de Artena, las legiones
fueron retiradas de la zona volsca y todo el potencial de
10 Roma se centró en Veyos. Al traidor, aparte de la libertad,
se le dieron como recompensa los bienes de dos familias; se
le llamó Servio Romano.

Algunos creen que Artena perteneció a los veyentes, no
11 a los volscos. El error parte del hecho de que hubo una
ciudad del mismo nombre entre Cere y Veyos, pero la des-
truyeron los reyes de Roma, y había pertenecido a Cere, no
a Veyos; esta otra del mismo nombre, cuya destrucción ha
sido referida, estaba en territorio volsco.

LIBRO V

SINOPSIS

Caps. 1-25: ASEDIO Y TOMA DE VEYOS.

Sitio de Veyos no interrumpido: reacción de los tribunos de la plebe (1-2).

Discurso de Apio Claudio (3-6).

Reveses durante el asedio de Veyos, y reacciones en Roma (7-8).

Se adelantan las elecciones de tribunos militares. Problemas con el impuesto militar (9-10, 9).

Cooptación de tribunos de la plebe, en contra de la ley Trebonia. Virginio y Sergio juzgados y condenados (10, 10-12, 9).

Un plebeyo elegido tribuno militar. Cinco, al año siguiente. Epidemia. Tretas electorales (12, 10-14).

Prodigio del lago Albano. Guerra de los tarquinienses (15-16).

Interregno. Movimiento electoral. Reveses militares (17-18).

Camilo dictador. Toma de Veyos (19-22).

El triunfo. El presente a Apolo. Guerra con capenates y faliscos. Problemas internos sobre el envío de colonias (23-25).

Caps. 26-32: INTERMEDIO.

Guerra falisca: el maestro castigado; rendición de Falerios (26-27).

Los piratas capturan el presente enviado a Delfos. Guerra con los ecuos. Cónsules. Problemas con el proyecto de emigración a Veyos (28-30).

Guerra con volsinienses y sapinates. Exilio de Camilo (31-32).

Caps. 33-55: LOS GALOS: TOMA Y LIBERACIÓN DE ROMA.

Los galos: presentación, paso a Italia, llegada a Clusio que pide ayuda a Roma (33-36).

Los galos hacia Roma; batalla del Alia. Los galos a las puertas de Roma: dramática dispersión de la población (37-40).

Los galos entran en Roma (41-42).

Fracaso del asalto a la ciudadela: bloqueo. Árdea: Camilo (43-44).

Ofensiva contra los galos desde Árdea y desde Veyos. Anécdota de un Fabio sitiado. Camilo dictador (45-46).

Peligro en el Capitolio, conjurado. Hambre. Rendición de la ciudadela (47-48).

Llegada, victorias, triunfo de Camilo. Primeras medidas, de ámbito religioso (49-50).

Discurso de Camilo oponiéndose a abandonar Roma (51-54).

Comienza la reconstrucción de Roma (55).

Sitio de Veyos no interrumpido: reacción de los tribunos de la plebe

1 Se había conseguido la paz en otro frente, y romanos y veyentes estaban en guerra con un encono y un odio tales, que resultaba evidente que a los vencidos les esperaba la aniquilación. Se celebraron los comicios [87] de ambos pueblos, de
2 acuerdo con unos supuestos bien diferentes. Los romanos incrementaron el número de tribunos militares con poderes de cónsul: fueron elegidos ocho, cifra que nunca hasta

[87] Los del año 403 a. C.

entonces se había dado: Manio Emilio Mamerco por segunda vez, Lucio Valerio Potito por tercera, Apio Claudio Craso, Marco Quintilio Varo, Lucio Julio Julo, Marco Postumio, Marco Furio Camilo y Marco Postumio
Albino[88]. En cambio, los veyentes, cansados de las campa- 3
ñas electorales de cada año, que, de cuando en cuando, eran motivo de discordias, eligieron rey. Esta circunstancia desagradó a los pueblos de Etruria, menos por hostilidad
hacia la monarquía que hacia la persona del rey; éste ya 4
anteriormente había hecho sentir a la nación el peso de sus riquezas y su orgullo, porque de manera brusca había interrumpido, lo cual constituye una impiedad, la solemnidad
de los juegos[89], cuando, irritado por el rechazo que supo- 5
nía el que otro hubiese sido preferido para sacerdote en una votación de los doce pueblos, retiró súbitamente en pleno espectáculo a los artistas, esclavos suyos en gran
parte. Por ello, la nación, dada como ninguna otra a la 6
observancia de los ritos religiosos tanto más cuanto que se distinguía en el dominio de su puesta en práctica, decidió que le debía negar ayuda a Veyos mientras prestase sumi-
sión al rey. En Veyos se reprimió la difusión de la noticia 7
de este decreto por miedo al rey, el cual, a quien propagase un rumor por el estilo, lo tenía por promotor de una sedi-
ción y no por difusor de habladurías sin fundamento. Los 8
romanos, aunque recibían noticias procedentes de Etruria de que la situación estaba tranquila, sin embargo, como eran informados de que en todas las asambleas se trataba aquella cuestión, se fortificaban de forma que la línea
defensiva presentase dos caras: una en dirección a la ciudad 9

[88] Las interpretaciones que cifran en seis el número máximo de tribunos consulares para esta época, consideran que los dos últimos nombres pertenecen, en realidad, al censor Postumio Albino (basándose en los *Fastos)* y a su colega.

[89] Los Juegos Federales. Cf. *supra,* n. 32.

haciendo frente a las salidas de sus moradores, otra en dirección a Etruria presentando un frente a los refuerzos que eventualmente pudieran venir de allí.

1 Como los generales romanos tenían mayores esperanzas en el bloqueo que en el asalto, comenzaron a construirse incluso cuarteles de invierno, cosa desconocida en la milicia romana, y el plan era pasar el invierno sin interrumpir
2 la guerra. Cuando en Roma les llegó noticia de esto a los tribunos de la plebe, que desde hacía ya largo tiempo no encontraban un pretexto para promover la revolución, se lanzan a convocar asamblea y soliviantan los ánimos de la
3 plebe, diciendo, una y otra vez, que esto era lo que se buscaba al establecer la paga militar y que a ellos no se les había ocultado que aquél iba a ser un regalo envenenado
4 de sus enemigos; que la libertad de la plebe había sido vendida; la juventud, alejada para siempre y mantenida al margen de Roma y de los asuntos públicos, ya ni siquiera se retiraba ante el invierno, ante una estación del año, para volver a ver sus hogares y sus cosas. ¿Cuál creían que era la
5 causa de que no se interrumpiera la milicia? Seguramente no iban a encontrar ninguna otra que el evitar que, merced a la concurrencia de aquellos jóvenes que representaban toda la fuerza de la plebe, se pudiese tratar cosa alguna
6 referente a sus intereses. Además, eran tratados y sujetados mucho más duramente que los veyentes: al menos éstos pasaban el invierno bajo sus techos, contando con sólidas murallas y con la posición natural para defender la ciudad;
7 el soldado romano permanecía en el trabajo y la fatiga, cubierto por la nieve y la escarcha, bajo tiendas de campaña, sin soltar las armas ni siquiera en el período de invierno, durante el cual se detienen todas las guerras en
8 tierra y mar. Ni los reyes, ni aquellos arrogantes cónsules anteriores a la institución de la potestad tribunicia, ni la terrible autoridad dictatorial, ni los insoportables decénvi-

ros habían impuesto aquella forma de esclavitud de convertir en ininterrumpido el servicio militar, tiranía que los tribunos militares ejercían sobre la plebe romana. Pues ¿qué 9
harían como cónsules o dictadores quienes habían convertido en algo tan cruel y tan feroz la imagen proconsular? Pero lo que ocurría estaba bien merecido: ¡no haber tenido cabida, ni siquiera entre ocho tribunos militares, ningún plebeyo! Anteriormente solía costarles a los patricios los 10
mayores esfuerzos ocupar tres plazas; ahora avanzaban ya de ocho en fondo a la consecución del poder, y ni siquiera a una multitud se unía algún plebeyo que, si no otra cosa, 11
cuando menos, recordase a sus colegas que eran personas libres y conciudadanos, no esclavos, quienes servían como soldados, que siquiera durante el invierno era preciso traerlos de vuelta a sus hogares, bajo sus techos, y que durante 12
una temporada al año volviesen a ver a sus padres, hijos y esposas y ejerciesen su libertad y eligiesen a sus magistrados.

Quienes gritaban cosas así y otras por el estilo se encon- 13
traron con un contrincante a su altura en Apio Claudio, dejado en Roma por sus colegas para reprimir las sediciones tribunicias, hombre ejercitado ya desde su juventud en las luchas con los plebeyos; de él ya dijimos que había pro- 14
puesto, algunos años antes, acabar con el poder tribunicio recurriendo a la oposición entre colegas[90].

Discurso de Apio Claudio

Éste, de talante resuelto y, por otra 3
parte, muy experimentado, pronunció un discurso en los términos siguientes: «Si, 2
en alguna ocasión, Quirites, hubo dudas sobre si los tribunos de la plebe promovían sin cesar sediciones por culpa vuestra o suya, yo tengo la seguridad de que eso ha dejado de ser dudoso este año;

[90] Ver IV 48, 5-6.

3 me alegro, por una parte, de que, al fin, hayáis salido de una duda tan prolongada y, por otra, dado que esta duda ha sido disipada precisamente en circunstancias favorables para vosotros, os felicito y, a causa de vosotros, felicito a la
4 república. ¿Hay, acaso, alguien que ponga en duda que ninguna injusticia vuestra —si es que hubo alguna en alguna ocasión— irritó jamás y soliviantó a los tribunos de la plebe tanto como el generoso gesto de los patricios, para con la plebe, cuando se estableció la paga a los combatien-
5 tes? ¿Qué otra cosa creéis que temieron entonces y quieren hoy perturbar sino el entendimiento entre las clases, que interpretan como llamado a acabar por completo con la
6 potestad tribunicia? De esta forma, por Hércules, como los malos obreros se procuran tarea; quieren incluso que el Estado tenga siempre alguna enfermedad, a fin de que haya
7 algo para cuya curación recurráis a ellos. En efecto, tribunos, ¿defendéis o atacáis a la plebe? ¿Sois contrarios a los soldados, o defendéis su causa? A no ser que digáis: 'Nos desagrada todo lo que hacen los patricios, tanto si es a
8 favor como si es en contra de la plebe', y lo mismo que los amos prohíben a sus esclavos que tengan nada que ver con gente extraña e, igualmente, les parece justo que se prescinda de bondades o maldades para con ellos, así también vosotros prohibís a los patricios relacionarse con la plebe, no vaya a ser que la atraigamos con nuestra afabilidad y generosidad, y la plebe preste oídos obedientes a nuestras
9 palabras. Si hubiera en vosotros algo, no digo de civismo, sino de humanidad, ¿cuánto más valdría, a fin de cuentas, que favorecieseis y fomentaseis, en la medida de vuestras posibilidades, la benevolencia de los patricios y la docilidad
10 de la plebe? Si este entendimiento fuera permanente, ¿quién tendría reparos en presagiar a nuestro imperio la primacía entre los vecinos en un futuro cercano?

»En qué medida la determinación de mis colegas, que 4
no quisieron retirar el ejército de Veyos sin haber culmi-
nado la tarea, fue no sólo útil, sino, además, imprescindi-
ble, lo expondré más adelante. Ahora prefiero hablar de las
condiciones mismas de los combatientes. Si este discurso se 2
pronunciase no ante vosotros, sino en el campamento, ante
el veredicto del propio ejército, podría, pienso, parecer
justo. Si entonces no se me ocurriese nada que decir, me
bastaría, sin duda, con los discursos de mis adversarios.
Decían, hace poco, que no se debía dar paga a los solda- 3
dos, porque nunca se les había dado. ¿Cómo pueden,
entonces, indignarse ahora de que, a quienes se les ha dado
alguna ventaja nueva, se les imponga como compensación
un trabajo también nuevo? No hay trabajo sin provecho, ni 4
hay casi provecho que no cueste trabajo. El trabajo y el
placer, lo más opuesto por naturaleza, están unidos entre sí
por una especie de conexión natural. Antes, el soldado lle- 5
vaba a disgusto el prestar, a expensas suyas, el servicio al
Estado; pero también se alegraba de cultivar su tierra
durante una parte del año, y buscar con qué sustentarse en
paz y en guerra él y los suyos. Ahora disfruta sacando pro- 6
vecho del Estado y recibe con alegría la soldada; que sobre-
lleve, por consiguiente, con ecuanimidad el estar alejado
durante un poco más de tiempo de su casa y hacienda, para
la cual no es una carga por sus gastos. Si el Estado lo llama 7
para echar cuentas, ¿no le dirá con toda razón: 'Tienes
una paga anual, presta un trabajo anual; ¿o es que te
parece justo recibir por un servicio militar de seis meses
una soldada completa?'

»No es mi voluntad detenerme, Quirites, en esta parte 8
de mi discurso, pues así deben hacerlo quienes echan mano
de soldados mercenarios; nosotros queremos tratarlos
como a ciudadanos, y nos parece justo que se nos trate
como a la patria. O bien no se debió emprender la guerra, 9

o bien hay que hacerla de acuerdo con la dignidad del pue-
10 blo romano y terminarla cuanto antes. Ahora bien, se ter-
minará, si acosamos a los sitiados, si no nos retiramos
hasta culminar nuestras esperanzas con la toma de Veyos.
Por Hércules, aunque no hubiese ninguna otra razón, el
11 simple pundonor tuvo que imponernos el perseverar. En
una ocasión una ciudad fue atacada durante diez años por
Grecia entera a causa de una sola mujer, y ¡qué lejos de
12 casa!, ¡cuántas tierras, cuántos mares de por medio! Nos-
otros tenemos dificultad en mantener, a menos de veinte
millas, casi a la vista de nuestra ciudad, un año de asedio.
¡Claro, la causa de la guerra es irrelevante y nos falta un
13 agravio justificado para incitarnos a seguir adelante! Siete
veces[91] se levantaron en armas; jamás mantuvieron una
paz leal; saquearon mil veces nuestros campos; forzaron a
los fidenates a separarse de nosotros y mataron allí a nues-
14 tros colonos; aconsejaron la impía matanza de nuestros
embajadores, contraviniendo el derecho de gentes; quisie-
ron concitar en contra nuestra a toda la Etruria, y actual-
mente están empeñados en ello; a nuestros delegados que
presentaban reclamaciones, no faltó mucho para que los
hicieran objeto de violencias[92].

5 »¿Con esta gente hay que hacer una guerra blanda y a
intervalos? Ya que un odio tan justificado no hace mella
alguna en nosotros, ¿ni siquiera estas razones, decidme, nos
2 conmueven? La ciudad está rodeada por obras inmensas
con las cuales el enemigo está constreñido en el interior de
sus muros; no ha cultivado los campos, y los cultivos fue-
3 ron arrasados por la guerra; si retiramos al ejército, ¿quién
puede dudar de que no sólo por afán de revancha, sino
también por ineludible necesidad de saquear lo ajeno al

[91] Ver IV 32, 2.
[92] Ver IV 58, 7.

haber perdido lo suyo invadirán nuestras tierras? Con
semejante estrategia, por consiguiente, no aplazamos la
guerra, sino que le damos entrada en nuestras fronteras.
Y bien, lo que propiamente afecta a los soldados, a los que 4
los buenos tribunos de la plebe quisieron antes arrancar la
paga y de repente ahora quieren atender, ¿en qué consiste?
Hicieron una empalizada y una zanja, trabajos ambos 5
enormemente laboriosos, a lo largo de tan gran trecho;
construyeron fortines, pocos en un principio, muy abun-
dantes después al incrementarse los efectivos; levantaron
fortificaciones mirando no sólo a la ciudad sino a Etruria,
por si llegan refuerzos de allí; ¿para qué hablar de las 6
torres, manteletes y tortugas, y demás aparatos de asedio
de las ciudades? Cuando una tarea tan grande ha sido lle-
vada a cabo y, al fin, se ha llegado al término de las obras,
¿creéis que se debe abandonar todo esto para volver de
nuevo, al llegar el verano, a sudar con el nuevo trabajo de
levantarlo todo de arriba abajo? ¿No es mucho más sencillo 7
proteger las obras hechas e insistir y perseverar y acabar
con el problema? La tarea es, en efecto, corta, con toda
seguridad, si se la lleva a término de un tirón y no damos
largas nosotros mismos a nuestra espera con esas interrup-
ciones y pausas. Me estoy refiriendo a la pérdida de trabajo
y de tiempo; ahora bien: ¿nos permiten acaso olvidarnos 8
del peligro que corremos aplazando la guerra esas asam-
bleas tan frecuentes de Etruria sobre el envío de ayuda a
Veyos? Tal como ahora está la cosa, están irritados, sienten 9
odio, dicen que no la enviarán; por lo que de ellos depende,
se puede tomar Veyos. ¿Quién es capaz de asegurar que,
después, si la guerra se aplaza, su actitud será la misma,
toda vez que, si se les da respiro, se desplazará una delega- 10
ción más importante y numerosa; y el nombramiento de
rey en Veyos, que es lo que ahora tiene descontentos a los
etruscos, si se deja pasar un tiempo puede cambiar, bien

por acuerdo unánime de la ciudad para reconciliarse así con los etruscos, o bien por decisión del propio rey al no querer que su reinado sea un obstáculo para la salvación de
11 sus conciudadanos? Ved cuántas y qué perjudiciales consecuencias se deducen de ese tipo de propuestas: pérdida de unas obras construidas con tanto esfuerzo, devastación inminente de nuestro territorio, estallido de una guerra con
12 Etruria en lugar de con Veyos. Ésos son, tribunos, vuestros consejos, igual, ¡por Hércules!, que si alguien a un enfermo que puede sanar con rapidez, si permite que se le suministre un tratamiento fuerte, lo convierte en un enfermo para largo y, tal vez, incurable por el placer de una comida o bebida de un momento.

6 »¡Válgame el dios de la Buena Fe[93]!: aunque no afectase para nada a esta guerra, importaba enormemente, sin duda, a la disciplina militar el que nuestros soldados se acostumbrasen no sólo a disfrutar de una victoria fácil,
2 sino, incluso en el caso de que las cosas se desarrollen con lentitud, a aguantar el cansancio y esperar el resultado aunque la espera se prolongue, y si la guerra no está terminada durante el verano, esperar al invierno y no buscar en torno, como las aves de verano, nada más comenzar el
3 otoño, un techo donde cobijarse. Por lo que más queráis: la afición y el placer de la caza arrastran a los hombres bajo nieves y escarchas a montes y bosques; por exigencias de la guerra, ¿no vamos a dar muestras del mismo aguante
4 que el juego o el placer suelen suscitar? ¿Es que creemos que los cuerpos de nuestros soldados están afeminados, sus espíritus flojos, hasta el extremo de no poder aguantar durante un solo invierno en el campamento alejados de sus casas?, ¿que, lo mismo que se hace la guerra por mar apro-

[93] *Dius Fidius,* hijo de Júpiter, tenía otra advocación, *Semo Sancus,* en la Sabina, como dios de la Buena Fe.

vechando el buen tiempo y vigilando la estación del año,
no pueden soportar los calores ni los fríos? Se ruborizarán, 5
sin duda, si se les achacan cosas así, se empeñarán en que su espíritu y su cuerpo tienen un aguante viril, y en que ellos pueden hacer la guerra por igual en invierno y en verano, y que no encomendaron a los tribunos la defensa de la molicie y la pereza, y que tienen presente que no fue a la sombra y bajo techo, precisamente, como sus antepasados instituyeron esa potestad.

»Lo que sí es digno del valor de nuestros soldados, 6
digno del nombre romano, es no limitarse a dirigir la vista a Veyos y la guerra en presencia, sino buscar renombre con
vistas a otras guerras y otros pueblos en el porvenir. ¿O es 7
que os parece de escasa importancia la opinión alternativa que se derivará de esta situación: si, en definitiva, los vecinos han de pensar que el pueblo romano es tal que, si una ciudad le aguanta el primer ataque, que dura un instante,
nada tiene que temer luego; o bien nuestro nombre va a 8
provocar el pánico consiguiente al hecho de que al ejército romano ni el cansancio de un prolongado asedio ni el rigor del invierno lo pueden alejar de una ciudad, una vez sitiada, ni conoce otro final para la guerra más que la victoria, ni hace la guerra a impulsos, sino con constancia?
Ésta es necesaria en todo tipo de operaciones militares, 9
pero, de manera especial, en el asedio de las ciudades, a la mayoría de las cuales, inexpugnables debido a sus murallas y su posición natural, el tiempo mismo, con el hambre y la
sed, las vence y las reduce —como reducirá a Veyos, a no 10
ser que los tribunos de la plebe le sirvan de ayuda a los enemigos y los veyentes encuentren en Roma los apoyos que inútilmente buscan en Etruria—.

»¿Es que puede ocurrirles a los veyentes algo tan 11
deseado como que la sedición inunde, primero, la ciudad
de Roma y, luego, como por contagio, los cuarteles? En 12

cambio, ¡por Hércules!, entre los enemigos es tan grande la
disciplina, que ni el cansancio del asedio ni, últimamente,
el de la monarquía los ha llevado a ninguna revolución, ni
el negarles ayuda los etruscos ha soliviantado sus ánimos,
13 pues morirá de inmediato quienquiera que promueva una
revuelta, y a nadie le está permitido decir las cosas que
14 entre vosotros se dicen impunemente. ¡Merece el suplicio
del palo[94] el que deserta o abandona su puesto, y los que
aconsejan desertar y abandonar el campamento, no a uno
o dos soldados, sino a ejércitos enteros, son escuchados
15 públicamente en asamblea! Hasta ese punto estáis habi-
tuados, Quirites, a escuchar cualquier cosa que diga un
tribuno de la plebe, aunque se trate de traicionar a la patria
y desunir al Estado, y cautivados por el atractivo de esa
potestad, dejáis que bajo ella se oculte cualquier clase de
16 crímenes. Sólo falta que lo que aquí dicen a gritos, eso
mismo lo digan en el campamento delante de los soldados
y corrompan a los ejércitos y no les dejen obedecer a los
17 jefes, ¡porque, en último término, en eso consiste la liber-
tad en Roma, en no respetar al senado, ni a los magistra-
dos, ni las leyes, ni las costumbres de los antepasados, ni
las instituciones de nuestros padres, ni la disciplina
militar!»

Reveses durante el asedio de Veyos, y reacciones en Roma

7 Estaba ya Apio, incluso en las asam-
bleas populares, al nivel de los tribunos
de la plebe, cuando, de súbito, del todo
en contra de lo que cualquiera pudiera
creer, un revés sufrido en Veyos hizo
prevalecer la causa de Apio y, además, fortaleció el enten-
dimiento entre las clases y enardeció los ánimos para sitiar
2 Veyos con mayor ahínco. Pues, cuando se había levantado

[94] El tribuno tocaba con un palo al condenado y los demás soldados lo apaleaban y apedreaban, generalmente hasta darle muerte; si sobrevivía, no podía volver a su patria. (Cf. Polibio, VI 37, 1-4.)

un terraplén[95] hasta la ciudad y se estaba a punto de que
los manteletes entrasen en contacto con las murallas, como
se prestaba mayor atención a realizar las obras durante el
día que a vigilarlas durante la noche, se abrió, de repente,
una puerta y una enorme multitud armada sobre todo de
antorchas les prendió fuego, y en cosa de una hora tanto el 3
terraplén como los manteletes, obras de tan lenta construc-
ción, fueron pasto de las llamas, y muchos hombres que
acudieron inútilmente a prestar ayuda perecieron allí por el
hierro y por el fuego. La noticia de esto, llegada a Roma, 4
llenó a todos de tristeza y al senado de preocupación y
temor a que, entonces, no se pudiese ya contener la sedi-
ción en la ciudad ni en el campamento, y que los tribunos
de la plebe se insolentasen como si hubiesen ellos vencido
al Estado. En esto que, de pronto, los que tenían unas ren- 5
tas como para ser caballeros y no se les había asignado
caballo por parte del Estado[96], después de celebrar una
reunión se dirigen al senado y, una vez obtenido permiso
para hablar, se comprometen a cumplir el servicio de
armas con caballos propios. Después que el senado les dio 6
las gracias en los más expresivos términos y el rumor de lo
ocurrido corrió por el foro y la ciudad, de pronto la plebe
se aglomera ante la curia y dicen que ellos constituyen 7
ahora el orden pedestre[97], y prometen su servicio al Estado
como voluntarios, en Veyos o en cualquier otra parte don-
dequiera llevárselos; si se los lleva a Veyos, dicen que no
volverán de allí antes de que sea tomada la ciudad ene-
miga. Trabajo costó entonces contener el desbordamiento 8

[95] Terraplén que iba buscando la altura de las murallas; en su composición entraban materiales combustibles.

[96] Además de los que tenían «caballo oficial», había otros integrantes del *ordo* ecuestre, cada vez más numerosos; servían en una sección de infantería.

[97] Por emulación, con la perspectiva de rango de clase política.

de entusiasmo, pues no se dispuso que se los felicitase
encargando esta misión, como en el caso de los de a caba-
9 llo, a los magistrados; no se llamó a algunos a la curia para
darles la respuesta, ni el senado se mantenía en el recinto
de la curia, sino que cada uno por su parte desde una posi-
ción elevada expresaba con palabras y con gestos a la mul-
10 titud, de pie en el comicio, la pública alegría, diciendo que
la ciudad de Roma era dichosa, e invicta, y eterna, gracias
a aquella unión; alabando a los de a caballo, alabando a la
plebe, alabando incluso el día aquel, reconociendo que se le
11 había ganado al senado en bondad y generosidad. A porfía
derramaban lágrimas de alegría los patricios y la plebe; por
fin, llamados de nuevo a la curia los senadores, sacaron un
12 senadoconsulto disponiendo que los tribunos militares
convocasen la asamblea del pueblo, diesen las gracias a los
de a pie y los de a caballo, dijesen que el senado tendría pre-
sente su patriotismo; que, por otra parte, se tomaba el acuer-
do de que les corriese el sueldo a todos aquellos que se
habían ofrecido voluntariamente para el servicio militar fue-
ra de reemplazo. Y se le asignó a la caballería una cantidad
13 fija como sueldo. Comenzó, entonces, la caballería a prestar
servicio de armas con caballo propio. El ejército de volun-
tarios, conducidos a Veyos, no sólo rehízo las obras des-
truidas, sino que incluso levantó otras nuevas. Desde
Roma se abastecía de provisiones con mayor diligencia que
anteriormente, a fin de que a un ejército tan benemérito no
le faltase nada de lo necesario.

8 El año siguiente[98] fueron tribunos militares con poderes
de cónsul Gayo Servilio Ahala por tercera vez, Quinto Ser-
vilio, Lucio Virginio, Quinto Sulpicio, y Aulo Manlio y
2 Manio Sergio por segunda vez. Durante este tribunado,

[98] El 402 a. C.

mientras la atención general se centraba en la guerra de Veyos, la guarnición de Ánxur, abandonada debido a los permisos de los soldados y llena de mercaderes volscos a los que se daba entrada de forma masiva, cogidos a traición súbitamente los centinelas de las puertas fue aplastada. La pérdida de hombres no fue mayor, debido a que, 3
aparte de los que estaban enfermos, andaban todos traficando, a modo de vivanderos, por los campos y ciudades vecinas. Tampoco fueron mejor las cosas en Veyos, que era 4
entonces el centro de todas las preocupaciones públicas; pues, por una parte, los generales romanos se mostraron más airados unos con otros que enteros frente al enemigo y, por otra, la guerra cobró mayores dimensiones con la llegada repentina de los capenates[99] y los faliscos. Estos 5
dos pueblos de Etruria, como eran los más próximos en el espacio, pensaron que, una vez derrotada Veyos, ellos serían también el próximo objetivo en la guerra de Roma, teniendo, además, los faliscos motivos de hostilidad específicos, 6
porque ya se habían visto anteriormente implicados en la guerra de Fidenas; se comprometieron mutuamente con juramento intercambiando embajadas, y se acercaron inesperadamente a Veyos con sus ejércitos. Coincidió que 7
atacaron el campamento por la zona en que tenía el mando Manio Sergio, tribuno militar, y provocaron un pánico tremendo, porque los romanos creían que toda la Etruria había salido de su territorio y acudía con su gran potencial. El mismo convencimiento exaltó a los veyentes dentro de la ciudad. Se veía, así, el campamento romano atacado por 8
dos frentes y corrían en desorden trasladando sus enseñas de uno a otro, sin poder contener suficientemente a los veyentes en el interior del recinto fortificado ni rechazar el

[99] La población etrusca Capena estaba al norte de Roma, a la derecha del Tíber, cerca del monte Soracte.

9 ataque ni defenderse del enemigo de fuera. Su única espe-
ranza era que llegase ayuda desde el campamento princi-
pal, de forma que las legiones, en frentes diferentes, lucha-
sen, unas, contra los capenates y faliscos y, otras, contra la
10 salida de los sitiados; pero tenía el mando del campamento
Virginio, enemigo personal de Sergio, al que le resultaba
odioso a su vez. Virginio, a pesar de ser informado de que
la mayor parte de los fortines habían sido asaltados, que
las fortificaciones habían sido rebasadas y que el enemigo
avanzaba en ambos frentes, mantuvo a sus hombres sobre
las armas, diciendo que, si su colega necesitaba ayuda, le
11 mandaría aviso. A la arrogancia de éste no le iba en zaga la
testarudez del otro, el cual, con tal de no dar la impresión
de que pedía ayuda alguna a su adversario, prefirió ser
vencido por el enemigo, antes que vencer gracias a un con-
12 ciudadano. Durante largo tiempo los soldados, entre dos
fuegos, fueron destrozados; al fin, abandonadas las fortifi-
caciones, unos cuantos se dirigieron al campamento princi-
pal, la mayor parte y el propio Sergio se dirigieron a
Roma. Allí, como echaba toda la culpa a su colega, se
decidió hacer venir a Virginio del campamento y que,
13 mientras tanto, tuviesen el mando los legados. Se trató,
luego, el tema en el senado y los colegas compitieron en
palabras afrentosas. Pocos tomaron partido en pro del
Estado, alineándose a favor de uno u otro, movidos cada
uno por sus particulares inclinaciones o compromisos.

9 *Se adelantan las elecciones de tribunos militares. Problemas con el impuesto militar*

Fuese por culpa o por mala suerte de
los generales por lo que se había sufrido
una derrota tan ignominiosa, los senado-
res principales fueron del parecer de que
no se debía esperar a la fecha normal de
las elecciones, sino que se debía proceder
de inmediato a la elección de nuevos tribunos militares que
2 entrasen en funciones el primero de octubre. Se tomaba

posición[100] a favor de esta propuesta, y los demás tribunos militares no ponían ninguna objeción, pero he aquí que 3
Sergio y Virginio, por culpa de los cuales estaba bien claro que el senado estaba descontento de los magistrados de aquel año, empezaron por tratar de evitar la humillación a base de ruegos, luego se opusieron al senadoconsulto y dijeron que ellos, antes del trece de diciembre, fecha tradicional de la toma de posesión de las magistraturas, no abandonarían el cargo. A todo esto, los tribunos de la 4
plebe, que se habían visto forzados a guardar silencio mientras había habido entendimiento entre las gentes y a la ciudad le habían marchado bien las cosas, envalentonados de pronto amenazan a los tribunos militares con dar orden de meterlos en prisión, si no acatan la autoridad del senado. Entonces, Gayo Servilio Ahala, tribuno militar, 5
dice: «Por lo que a vosotros, tribunos de la plebe, y a vuestras amenazas se refiere, me gustaría comprobar prácticamente que no hay más base legal en éstas que redaños en vosotros; pero es una impiedad hacer frente a la autoridad 6
del senado. Por consiguiente, en cuanto a vosotros, dejad de buscar en nuestros enfrentamientos cabida para una ilegalidad, y en cuanto a mis colegas, cumplirán la decisión del senado o, en caso de que persistan en su empecinamiento, nombraré inmediatamente un dictador que los obligue a dejar el cargo»[101]. Su intervención fue aprobada 7
con asentimiento unánime y los senadores se alegraron de que, sin recurrir al fantasma de la potestad tribunicia, se hubiera encontrado otra fuerza mayor para obligar a los magistrados; vencidos por la unanimidad de pareceres, 8

[100] Se votaba, en este caso, colocándose a un lado de la sala los que estaban a favor, y al lado opuesto los que estaban en contra.

[101] Constitucionalmente, el Senado no podía obligar a los magistrados a dejar el cargo.

celebraron elecciones de tribunos militares que entrarían en funciones el primero de octubre, y el día anterior a tal fecha dimitieron de su cargo.

10 Siendo tribunos militares con poderes de cónsul[102] Lucio Valerio Potito por cuarta vez, Marco Furio Camilo por segunda, Marco Emilio Mamerco por tercera, Gneo Cornelio Coso por segunda, Cesón Fabio Ambusto y Lucio Julio Julo, se llevaron a cabo muchas cosas en lo civil
2 y en lo militar. En efecto, las guerras fueron muchas al mismo tiempo: en Veyos, en Capena, en Falerios, y en
3 zona volsca para volver a quitarle Ánxur al enemigo; y, en Roma, hubo dificultades con el llamamiento a filas junto con la recaudación del impuesto; hubo también tirantez a propósito de la cooptación de tribunos de la plebe, y una agitación importante fue desencadenada por el doble juicio de los que, poco antes, habían tenido poderes de cónsul.

4 Lo primero de todo para los tribunos militares fue el realizar el reclutamiento; no fueron alistados sólo los jóvenes, sino que los de más edad fueron también obligados a
5 alistarse para llevar a cabo la vigilancia de Roma. Pues bien, cuanto más se incrementaba el número de soldados, tanto mayor era la necesidad de dinero para la soldada; fue éste recaudado mediante un impuesto abonado a regañadientes por los que se quedaban en Roma, porque quienes defendían la ciudad ya tenían que cargar con una contribu-
6 ción militar y un servicio a la patria. Estas cargas, pesadas ya de por sí, los tribunos de la plebe las hacían parecer más sublevantes con discursos sediciosos, argumentando que para eso se había establecido la paga militar, para extenuar a una parte de la plebe con el servicio militar y a la otra
7 con el impuesto; una sola guerra se prolongaba ya por tres años y era mal dirigida a propósito, con el fin de hacerla

[102] Año 401 a. C.

durar más tiempo; después, en una sola leva se habían alistado ejércitos para cuatro guerras, e incluso los niños y los ancianos habían sido llevados a la fuerza; ya no se hacían 8
diferencias entre verano e invierno para que en ningún momento tuviese el menor respiro la desdichada plebe, a la cual ahora se la hacía tributaria hasta el último céntimo, de 9
forma que, cuando volviesen agotados sus cuerpos por la fatiga, las heridas, y la edad en último término, y en casa lo encontrasen todo sin cultivar por la larga ausencia del amo, de su malparada hacienda tenían que pagar el impuesto, y su paga de soldado, como si la hubiesen recibido en préstamo de un usurero, devolverla con creces al Estado.

Cooptación de tribunos de la plebe, en contra de la ley Trebonia. Virginio y Sergio, juzgados y condenados

Entre leva de tropas, impuesto y pre- 10
ocupación de los ánimos por más graves asuntos, no se pudieron cubrir todas las plazas en las elecciones de tribunos de la plebe. Hubo, a continuación, una pugna 11
para cubrir las vacantes por cooptación de patricios. Toda vez que esto no fue posible conseguirlo, se logró no obstante, para echar por tierra la ley Trebonia[103], que fuesen cooptados tribunos de la plebe Gayo Lacerio y Marco Acucio, con el apoyo sin duda de los patricios. Dio la casualidad de que aquel año era tribuno **11**
de la plebe Gneo Trebonio, que parecía tener para con su nombre y su familia el deber de asumir la defensa de la ley Trebonia. Éste dice a gritos que lo que habían pretendido 2
los patricios, rechazados tiempo atrás en su primera tenta-

[103] Ver III 64-65. Las elecciones de los comicios por tribus sólo podían durar un día. De ahí la posible maniobra de dejar incompleta la cifra de tribunos electos para dar lugar a la posterior elección por cooptación, en la que podría entrar algún patricio. La ley Trebonia pretendía evitar esto, prescribiendo que las elecciones continuasen sin interrupción hasta completar la lista de los diez tribunos.

tiva, al fin lo han sacado a la fuerza los tribunos militares: la ley Trebonia abolida y los tribunos de la plebe elegidos por cooptación, no por sufragio del pueblo, sino por imperativo de los patricios; que la cuestión se reduce a que hay que tener de tribunos de la plebe a patricios o a secuaces de
3 los patricios; son suprimidas las leyes sagradas y les es arrebatada la potestad tribunicia. Y lanza la acusación de que esto se ha debido a las tretas de los patricios y a la infame traición de sus colegas.

4 Estaban encendidos de odio no sólo los patricios, sino también los tribunos de la plebe, tanto los cooptados como los que habían cooptado, y entonces tres miembros del colegio, Publio Curiacio, Marco Metilio y Marco Minucio, inquietos por su situación, atacan a Sergio y Virginio, tribunos militares del año anterior, y, demandándolos, vuelven de sí hacia ellos la ira y la animosidad de la plebe.
5 Dicen que quienes soportan el peso del reclutamiento, del impuesto, de la prolongada milicia y de la larga guerra, quienes se duelen del desastre sufrido en Veyos, quienes tienen su casa de luto por la pérdida de hijos, hermanos, parientes, allegados, éstos tienen el derecho y la posibilidad, brindada por ellos, de hacerles pagar sus sufrimientos
6 públicos y privados a las dos cabezas culpables; Sergio y Virginio son, en efecto, la causa de todos los males; y esto, más que argumentarlo la acusación, lo confiesan los acusados, los cuales, culpables uno y otro, se echan la culpa mutuamente, censurando Virginio la huida de Sergio, y
7 Sergio la traición de Virginio; su desvarío fue tan increíble que es mucho más verosímil que este asunto haya sido resuelto previo pacto y común maniobra de los patricios:
8 éstos ofrecieron, primero, a los veyentes la ocasión de incendiar las obras para prolongar la guerra y, ahora, han traicionado al ejército, han entregado a los faliscos el cam-
9 pamento romano; todo se hace con vistas a que la juventud

romana llegue a vieja en Veyos y los tribunos no puedan
presentar ante la asamblea del pueblo propuestas sobre tie-
rras y sobre otros intereses de la plebe, ni dar publicidad a
sus mociones ante una gran concurrencia ciudadana, ni
hacer frente a la conspiración de los patricios. Hay ya un 10
juicio sobre los acusados anticipado por el senado y por el
pueblo romano y por sus propios colegas, pues mediante 11
un senadoconsulto se los apartó de la cosa pública, y al
negarse a dimitir de su cargo fueron forzados por sus cole-
gas con la amenaza de un dictador, y el pueblo romano
eligió tribunos que entrasen en funciones no el trece de
diciembre, fecha tradicional, sino de inmediato, el primero
de octubre, porque el Estado no podía mantenerse en pie
por más tiempo si éstos continuaban en su cargo. Y ellos, 12
sin embargo, hundidos y condenados de antemano en tan-
tos juicios, acuden al juicio del pueblo y creen que han
cumplido y que han pagado suficiente castigo, porque, dos
meses antes de la cuenta, se les hizo volver a la vida pri-
vada, y no comprenden que lo que entonces se hizo fue 13
quitarles la posibilidad de seguir haciendo daño, no apli-
carles un correctivo, puesto que también se les quitó el
poder a sus colegas, que, ciertamente, no habían incurrido
en delito alguno. Que los Quirites recobren el estado de 14
ánimo que tenían al recibir la reciente derrota, cuando vie-
ron al ejército huyendo en desbandada, lleno de heridas,
entrando por las puertas aterrorizado, acusando no a la
suerte o a alguno de los dioses, sino a aquellos generales.
Ellos están seguros de que no hay en la asamblea nadie 15
que, aquel día, no haya cubierto de imprecaciones y maldi-
ciones la persona, la casa y los bienes de Lucio Virginio y
Manio Sergio. No está nada bien que contra quienes ha 16
invocado cada cual la ira de los dioses no se utilice el pro-
pio poder cuando es un derecho y un deber. Nunca los
dioses cargan personalmente la mano sobre los culpables;

bastante es si brindan a los perjudicados la oportunidad de vengarse.

12 Incitada por estas palabras, la plebe condena a los acusados a diez mil ases librales[104], a pesar de que Sergio echaba la culpa a los lances comunes de la guerra y a la suerte, y Virginio suplicaba que no lo hiciesen más desgra-
2 ciado en la vida civil que en el ejército. El hecho de volverse las iras del pueblo contra ellos oscureció el recuerdo de la cooptación de tribunos y de la maniobra perpetrada contra la ley Trebonia.

3 Los tribunos, vencedores, para que la plebe tuviese en el acto la recompensa por su juicio, publican un proyecto
4 de ley agraria y no dejan que se cobre el impuesto, siendo así que se necesitaba la paga para tantos ejércitos y los asuntos militares marchaban bien, pero no tanto como para que en alguna de las guerras se estuviese llegando al resultado esperado. En efecto, en Veyos, recuperado el campamento que se había perdido, era asegurado con fortines y guarniciones; el mando lo tenían los tribunos milita-
5 res Manio Emilio y Cesón Fabio. Marco Furio, en zona falisca, y Gneo Cornelio, en territorio de Capena, no encontraron enemigo alguno fuera de las murallas; cogieron botín y asolaron la zona incendiando caserías y cose-
6 chas; atacaron las plazas, pero no las sitiaron. Pero, en zona volsca, devastados los campos, fue infructuosamente atacada Ánxur, situada en lo alto, y, una vez que el ataque resultó inútil, se comenzó a ponerle sitio con empalizada y zanja: le había correspondido a Valerio Potito encargarse
7 de los volscos. Estando así las operaciones militares, estalló una revuelta interna de mayor envergadura que las guerras que había entre manos; y como por culpa de los tribunos no se podía cobrar el impuesto y no se les enviaba la paga

[104] De 273 gr. de bronce.

a los generales y la tropa reclamaba la soldada, poco fal-
taba para que también los cuarteles se viesen revueltos por
contagio de los disturbios de la ciudad. En medio de este 8
movimiento de cólera de la plebe contra los patricios, los
tribunos de la plebe decían que entonces era el momento de
consolidar la libertad y hacer que los más altos cargos
pasasen de los Sergios y Virginios a plebeyos valientes y
esforzados, pero, sin embargo, la cosa no fue más allá de la 9

Un plebeyo elegido tribuno militar. Cinco, al año siguiente. Epidemia. Tretas electorales

elección, por ejercer el derecho a hacerlo,
de un solo plebeyo, Publio Licinio Calvo,
como tribuno militar con poderes de
cónsul; los demás elegidos eran patricios: 10
Publio Manlio, Lucio Titinio, Publio
Melio, Lucio Furio Medulino y Lucio
Publilio Volsco[105]. Se asombraba de haber conseguido un 11
objetivo tan importante la propia plebe, no sólo el que
había sido elegido, un hombre que no había ejercido antes
ningún cargo, simplemente un antiguo senador[106] de edad
ya avanzada; y no está muy claro por qué fue elegido el 12
primero y, precisamente, él para saborear un honor sin
precedentes. Creen unos que fue elevado a tan alto puesto,
debido a la popularidad de su hermano Gneo Cornelio,
que había sido tribuno militar el año anterio y había dado
a la caballería una paga triple; otros, que él en persona
pronunció un dircurso muy oportuno sobre el entendi-
miento entre las clases que fue del agrado de patricios y
plebe. Exultantes por este triunfo en los comicios, los tri- 13
bunos de la plebe cedieron en lo que mayores problemas
creaba al Estado, la cuestión del impuesto. Fue abonado
dócilmente y enviado al ejército.

---

[105] Año 400 a. C.

[106] ¿Pertenencia al Senado por vía indirecta, por haber sido tribuno de la plebe?

13 En zona volsca, Anxur fue recuperada al poco tiempo,
descuidada la vigilancia de la ciudad un día de fiesta. El
año se hizo notar por un invierno de hielo y nieve hasta el
extremo de que las carreteras quedaron cortadas y el Tíber
cerrado a la navegación. El precio de los víveres, debido a
que con anterioridad habían sido acumulados en abundan-
2 cia, no experimentó cambio alguno. Y como Publio Lici-
nio, lo mismo que había ocupado su cargo sin brusqueda-
des con más alegría por parte de la plebe que despecho por
la de los patricios, lo desempeñó también en las mismas
circunstancias, entraron ganas de elegir a plebeyos en los
3 siguientes comicios de tribunos militares. Marco Veturio
fue el único de los candidatos patricios que obtuvo plaza;
los restantes tribunos militares con poderes de cónsul fue-
ron elegidos plebeyos por las centurias casi unánimemente:
Marco Pomponio, Gneo Duilio, Volerón Publilio, Gneo
Genucio y Lucio Atilio [107].

4 El crudo invierno, bien porque el rigor de la tempera-
tura pasó al extremo opuesto bruscamente, o bien por
cualquier otra causa, vino seguido de un verano malsano
5 portador de epidemias para todo ser viviente; como no se
le encontraba ni la raíz ni el final a aquel azote irremedia-
ble, un senadoconsulto dispuso que se acudiese a los libros
6 Sibilinos. Los duúnviros encargados de las celebraciones
religiosas hicieron un lectisternio [108], el primero en la ciu-
dad de Roma; durante ocho días aplacaron a Apolo y
Latona y a Diana, Hércules, Mercurio y Neptuno, ten-
diendo tres lechos con la mayor suntuosidad que por
7 entonces era posible. También en privado se celebró aque-

[107] Año 399 a. C.

[108] Ágape ofrecido a los dioses en solemnidades muy señaladas. Se celebraba en el templo y se colocaban en «lechos» las estatuas de los dioses, que «asistían» al banquete.

lla fiesta. En toda la ciudad las puertas de las casas estaban
abiertas y todos sin distinción podían echar mano a todas
las cosas, puestas a disposición de todo el mundo; se dio,
dicen, hospitalidad indiscriminada a todos los forasteros,
conocidos o desconocidos, y se conversó afable y atenta-
mente incluso con los enemigos; se puso sordina a riñas y
litigios; incluso se les quitaron a los presos las cadenas 8
durante aquellos días y, después, hubo reparos en volver a
encadenar a quienes los dioses habían prestado semejante
auxilio.

Entretanto, ante Veyos el miedo se multiplicó al jun- 9
tarse tres guerras en una sola, pues lo mismo que ante-
riormente, se combatió en torno a las fortificaciones en una
batalla con dos frentes en contra de tres ejércitos, al llegar,
de repente, en socorro los capenates y los faliscos. Lo que 10
resultó de mayor utilidad fue el recuerdo de la condena de
Sergio y Virginio. Las tropas del campamento principal,
que la vez anterior no habían entrado en acción, dan un
rodeo con rapidez y atacan por retaguardia a los capenates,
enfrentados a la empalizada romana; la lucha que se inició, 11
a continuación, sembró el pánico entre los faliscos y,
cuando entre ellos cundía el desconcierto, una salida del
campamento efectuada en el momento preciso los hizo
retroceder. Los vencedores, persiguiéndolos luego en su
retirada, hicieron una enorme matanza; y no mucho des- 12
pués, dispersos, se les presentaron como por azar los que
depredaban el territorio de Capena y liquidaron los restos
de la batalla. También, muchos de los veyentes que huían 13
hacia la ciudad fueron muertos delante de las puertas, pues
por miedo a que con ellos entrasen los romanos, cerradas
las puertas dejaron fuera a los últimos de los suyos.

Esto fue lo que ocurrió aquel año. Se aproximaban ya 14
las elecciones de tribunos militares, que preocupaban a los
patricios casi en mayor medida que la guerra, pues com-

prendían que el más alto poder no sólo lo habían compartido con la plebe, sino que prácticamente lo habían per-
2 dido. Por ello dispusieron premeditadamente la candidatura de los más ilustres varones, convencidos de que daría vergüenza darles de lado, y exactamente como si todos fuesen *personalmente candidatos*, poniendo todos los recursos en juego, hacían intervenir no sólo a los hombres, sino
3 también a los dioses; haciendo objeto de temores religiosos a las elecciones habidas los dos últimos años: el primer año se había presentado un invierno insoportable que tenía el aspecto de un prodigio divino; al año siguiente, no ya prodigios, sino hechos: la peste había invadido los campos y la
4 ciudad, señal indudable de la ira de los dioses, a los que había sido preciso aplacar para alejar aquel azote según revelaron los libros del Destino; en unos comicios que se realizaban después de tomar los auspicios, les había parecido a los dioses una indignidad que los cargos se rebajasen y se diese al traste con la diferenciación social.

5 Aparte de la dignidad de los candidatos, los ánimos se vieron muy afectados también por temores religiosos y eligieron tribunos militares con poderes de cónsul[109] a patricios en su totalidad, y en gran parte a quien más veces había ejercido el cargo: Lucio Valerio Potito por quinta vez, Marco Valerio Máximo, Marco Furio Camilo por segunda vez[110], Lucio Furio Medulino por tercera, y Quinto Servilio Fidenate y Quinto Sulpicio Camerino por
6 segunda vez. Durante su tribunado nada especialmente memorable se hizo en Veyos, todas las fuerzas se aplicaron

---

[109] Año 398 a. C.

[110] Teniendo en cuenta V 1, 2 y 10, 1, debería decir «por tercera vez». Pero en los otros cuatro tribunados consulares de Camilo, Livio es coherente con este «segunda vez». Parece deducirse que se basó en dos fuentes de cronología diferente.

a los saqueos. Dos grandes generales, Potito y Camilo, tra- 7
jeron, el primero de Falerios y el otro de Capena, botines enormes, no dejando intacto nada que pudiese sufrir los efectos del hierro o del fuego.

Prodigio del lago Albano. Guerra de los tarquinienses

Se anunciaban, entretanto, muchos 15
prodigios, a la mayoría de los cuales, por una parte, se les dio poco crédito y no se les hizo caso, porque había un solo testigo, y, por otra, no había arúspices para conjurarlos al ser enemigos los etruscos. Sólo uno fue el 2
centro de la atención general: el lago del bosque sagrado de Alba, sin que hubiese lluvia alguna o cualquier otra causa que pudiese explicar el hecho sin recurrir a lo extraordinario, subió de nivel hasta una altura desacostumbrada. Con 3
el fin de averiguar qué vaticinaban los dioses con un prodigio semejante, se envió una diputación a consultar al oráculo de Delfos. Pero el destino proporcionó un intérprete 4
más cerca: un anciano de Veyos, el cual, en medio de las chanzas que se cruzaban durante las guardias y vigilancias entre los soldados romanos y etruscos, recitó en tono profético que «antes de que el agua rebosase del lago Albano, jamás los romanos se apoderarían de Veyos». En un prin- 5
cipio, estas palabras fueron desdeñadas como algo dejado caer al azar; luego, comenzaron a ser tema de conversación, hasta que un romano que estaba de guardia preguntó al más cercano de los sitiados —pues, debido a la larga duración de la guerra, se daba ya intercambio de frases— quién era el que con rodeos hacía referencia al lago Albano; cuando oyó que era un arúspice, el hombre, de 6
espíritu no impermeable al temor religioso, pretextando que quería consultarle, si le era posible, sobre la manera de conjurar un portento que le interesaba de modo particular, atrajo al adivino a un entrevista. Cuando ambos se habían 7
adelantado a buena distancia de los suyos sin armas y sin

desconfianza alguna, el joven romano, más vigoroso, arrebató al débil anciano a la vista de todos sin que sirviera de nada el alboroto de los etruscos y se lo llevó hacia los
8 suyos. Conducido a presencia del general y enviado después a Roma ante el senado, a los que indagaban qué era lo que había manifestado con relación al lago Albano, les
9 respondió que, sin duda, los dioses estaban irritados con el pueblo de Veyos el día que le habían dado la idea aquella
10 de revelar la ruina fatídica de su patria; por eso, lo que entonces había vaticinado bajo el impulso de un soplo divino no podía revocarlo como no dicho, y por otra parte, si se callaba lo que los dioses inmortales querían que se divulgase, incurría tal vez en un crimen no menor que si
11 revelaba lo que debía permanecer oculto. Pues bien, los libros del Destino, y la ciencia etrusca, referían que cuando el agua de Alba llegase a rebosar, entonces, si los romanos la hacían discurrir conforme a los ritos, se les concedería la victoria sobre los veyentes; antes de ocurrir tal cosa los
12 dioses no abandonarían las murallas de Veyos. A continuación, explicaba cómo era el desvío ritual del agua. Pero los senadores, considerándolo de poca autoridad y escasamente fiable en un asunto de tanta importancia, decidieron que había que esperar a la legación con la respuesta del oráculo pítico.

16 Antes de que los enviados regresasen de Delfos y se encontrase la manera de expiar el prodigio albano, entraron en funciones los nuevos tribunos militares con poderes de cónsul[111], Lucio Julio Julo, Lucio Furio Medulino por cuarta vez, Lucio Sergio Fidenate, Aulo Postumio Regi-
2 lense, Publio Cornelio Maluginense y Aulo Manlio. Surgieron, aquel año, unos enemigos nuevos: los tarquinienses. Éstos, como veían a los romanos ocupados en muchas gue-

[111] Año 397 a. C.

rras simultáneas, la de los volscos en Anxur, cuya guarnición estaba sitiada; la de los ecuos en Labicos, donde atacaban a la colonia romana, y además la guerra de veyentes, faliscos y capenates; y como veían que, en el interior, la situación no era de mayor tranquilidad debido a los enfrentamientos entre patricios y plebe, pensando que en estas 3
circunstancias cabía el desafuero, enviaron unas cohortes ligeras a saquear a territorio romano: o bien los romanos, en efecto, consentían en dejar sin respuesta tal desafuero para no echarse encima el peso de una nueva guerra, o bien enviarían tras ellos un ejército exiguo y, por consiguiente, de escasa fuerza. Entre los romanos hubo más indignación 4
que preocupación por el pillaje de los tarquinienses, por lo cual se tomó la cosa sin gran empeño y sin mayores dilaciones. Aulo Postumio y Lucio Julio, sin hacer un recluta- 5
miento en regla —pues se les oponían los tribunos de la plebe—, sino a base de reunir un grupo prácticamente de voluntarios a los que decidieron a fuerza de animarlos, salieron por caminos transversales a través del territorio de Cere y aplastaron a los tarquinienses que regresaban del pillaje cargados con el botín. Dan muerte a muchos, a 6
todos les quitan su carga, y recuperados los despojos de sus campos retornan a Roma. Se les concedieron a los dueños 7
dos días para identificar sus pertenencias; al tercero, lo no identificado —pues en gran parte era de los propios enemigos— fue vendido en subasta, y lo que se sacó de ello fue repartido entre los soldados.

Las otras guerras, y sobre todo la de Veyos, eran de 8
resultado incierto. Ya los romanos, sin esperar nada de las fuerzas de los hombres, ponían su mira en los dioses, cuando llegó de Delfos la embajada trayendo la respuesta del oráculo, coincidente con la del adivino prisionero: «Romano, cuidado con que el agua de Alba quede retenida 9
en el lago, cuidado con dejar que corra hacia el mar

siguiendo su curso; suéltala por los campos regándolos, y
10 que se consuma repartida en canales; entonces, tú manténte
firme con decisión contra los muros enemigos, consciente
de que, sobre esa ciudad a la que llevas tantos años ase-
diando, te es concedida la victoria por estos hados que en
11 este momento se te revelan. Acabada la guerra traerás vic-
torioso un gran presente a mi templo, y los cultos patrios,
que han sido descuidados, los reinstaurarás según la
tradición.»

Interregno. Movimiento electoral. Reveses militares

17 Desde entonces se comenzó a tomar en
gran consideración al adivino prisionero,
y a recurrir a él los tribunos militares
Cornelio y Postumio para expiar el pro-
digio de Alba y aplacar de forma ritual a
2 los dioses; y se encontró, al fin, dónde manifestaban los
dioses que se habían descuidado los ritos y se había produ-
cido un corte en la tradición: era sencillamente que los
magistrados, en cuya elección había habido un defecto de
forma, no habían fijado de manera ritual las fiestas latinas
3 y el sacrificio en el monte Albano; la única expiación de
todo esto consistía en que los tribunos militares dimitieran
de su cargo, se tomasen de nuevo los auspicios íntegra-
4 mente, y se abriese un interregno. Esto se hizo así por
senadoconsulto. Se sucedieron tres interreyes, Lucio Vale-
5 rio, Quinto Servilio Fidenate y Marco Furio Camilo. En
ningún momento, en aquel entretanto, se cesó de crear
problemas, oponiéndose los tribunos de la plebe a los
comicios, mientras no hubiese el acuerdo previo de que la
mayor parte de los tribunos militares elegidos fuesen
plebeyos.

6 Durante estos acontecimientos se celebró la asamblea
de Etruria en el santuario de Voltumna; a la petición de
capenates y faliscos de que todos los pueblos de Etruria,
con una voluntad y un proyecto común, arrancasen a

Veyos del asedio, se respondió que eso se les había negado 7
antes a los veyentes, porque a quienes no habían pedido
parecer en asunto de tanta importancia no debían tampoco
pedirles ayuda; que en el momento presente era su situa-
ción, no ellos, quien lo negaba, sobre todo en aquella parte
de Etruria: un pueblo nunca visto, los galos, eran nuevos 8
pobladores, con los cuales no había ni paz suficientemente
garantizada ni guerra declarada; sin embargo, debido a la 9
comunión de sangre y de nombre y al peligro en que se
encontraban sus hermanos, se hacía la concesión de que, si
algunos de sus jóvenes querían ir voluntariamente a aquella
guerra, no se les impediría. En Roma corría el rumor de 10
que había acudido un gran contingente de estos enemigos
y, con ello, las discordias intestinas, en razón del peligro
común, comenzaron a apaciguarse, como suele ocurrir.

Sin que ello desagradara a los patricios, la centuria 18
primera en votar eligió tribuno militar sin ser candidato a
Publio Licinio Calvo, hombre que había dado muestras de
moderación en su anterior magistratura, y por entonces de
edad ya muy avanzada, por otra parte; resultaba evidente 2
que, a continuación, serían reelegidos del colegio del
mismo año Lucio Titinio, Publio Menio, Gneo Genucio y
Lucio Atilio. Antes de que éstos fuesen proclamados y lla-
madas las tribus reglamentariamente, Publio Licinio
Calvo, con permiso del interrey, pronunció estas palabras:
«Quirites, veo que en estos comicios buscáis para el año 3
que viene un presagio de concordia, la cosa más valiosa en
las presentes circunstancias, con el recuerdo de nuestra
magistratura. Pero, si bien a mis colegas los reelegís los 4
mismos, mejorados incluso por la experiencia, yo ya no soy
el mismo, lo que queda de Publio Licinio, lo estáis viendo,
es la apariencia y el nombre. Mis fuerzas están quebranta-
das, mi vista y mi oído atrofiados; mi memoria falla, el
vigor de mi espíritu está debilitado. Aquí tenéis —dijo, pre- 5

sentando a su hijo— a un joven que es el vivo retrato de aquel al que vosotros, tiempo atrás, hicisteis tribuno militar, el primero plebeyo. A éste, formado en mis principios, lo entrego y consagro a la república para que ocupe mi puesto en mi lugar, y a vosotros, Quirites, os ruego que el cargo que me concedéis sin pretenderlo se lo confiéis a éste
6 que lo pide y en cuyo favor yo añado mis súplicas.» Se le hizo esta concesión a la petición del padre y su hijo Publio Licinio fue declarado tribuno militar con poderes de cónsul juntamente con los que hemos dicho antes[112].

7 Los tribunos militares Titinio y Genucio marcharon contra los faliscos y capenates, y al dirigir la guerra con más impulsividad que prudencia, se precipitaron en una
8 emboscada. Genucio, pagando su temeridad con una muerte honrosa, cayó en primera línea delante de las enseñas; Titinio, después de reunir a sus hombres, muy desordenados, en una elevación del terreno, los volvió a formar pero, sin embargo, no se midió con el enemigo en el llano.
9 Más que una derrota se había sufrido una afrenta, que a punto estuvo de convertirse en un enorme desastre: tan grande fue el pánico que se siguió no sólo en Roma, a donde llegaban rumores múltiples, sino también en el cam-
10 pamento de Veyos. Trabajo costó impedir que los soldados huyesen cuando se propagó por el campamento el rumor de que después de batir a generales y ejército, los vencedores, capenates y faliscos y la juventud toda de Etruria,
11 estaban a corta distancia de allí. En Roma se daba crédito a rumores más alarmantes aún que éstos: que el campamento de Veyos había sido ya asaltado, que ya una parte de los enemigos se dirigía a Roma en son de ataque. Hubo carreras hacia las murallas, y las matronas, a las que el

112 Año 396 a. C.

pánico colectivo había hecho salir de sus casas, recitaron
plegarias en los templos y con súplicas pidieron a los dioses 12
que alejasen la destrucción de las casas y templos de Roma
y de las murallas romanas y volviesen contra Veyos aquella
amenaza, si es que se habían restablecido de forma ritual
las ceremonias religiosas, si los prodigios habían sido
expiados.

Camilo dictador. Toma de Veyos

Habían sido ya reiniciados los juegos y 19
las fiestas latinas, se había hecho ya
correr por los campos el agua del lago
Albano, y los hados acosaban a Veyos.
Así, pues, el jefe señalado por el destino 2
para exterminar aquella ciudad y salvar a su patria, Marco
Furio Camilo, nombrado dictador, nombró jefe de la caba-
llería a Publio Cornelio Escipión. El cambio de general 3
supuso un cambio inmediato en todo: otras eran las espe-
ranzas, otro el ánimo de las gentes, incluso la suerte de
Roma parecía otra. Antes de nada, castigó según el código 4
militar a los que habían huido de Veyos, en aquel movi-
miento de pánico, e hizo que no fuese el enemigo lo más
temible para un soldado. Luego, fijado el reclutamiento
para un día determinado, corre entretanto a Veyos para
fortalecer la moral de la tropa; vuelve, a continuación, a 5
Roma para alistar un nuevo ejército, no rehusando nadie el
servicio. Incluso la juventud extranjera, latina y hérnica,
vino a ofrecer su colaboración para aquella guerra; después 6
de darles las gracias en el senado el dictador, con todo ya
suficientemente dispuesto para aquella guerra, hizo voto,
con un senadoconsulto de por medio, de celebrar grandes
juegos tras la toma de Veyos y dedicar, una vez recons-
truido, el templo de Mater Matuta, dedicado ya anterior-
mente por el rey Servio Tulio. Parte de Roma con el ejér- 7
cito, quedando la gente más a la expectativa que esperan-

zada, y traba combate por primera vez en territorio de
8 Nepe[113] con los faliscos y capenates. La suerte vino también a sumarse, como de costumbre, a la planificación y la prudencia puestas en práctica en aquella ocasión. No sólo batió al enemigo en combate, sino que lo dejó sin el campamento y se hizo con un enorme botín, que, en su mayor parte, fue enviado al cuestor y, en menor cantidad, se les
9 dio a los soldados. De allí el ejército fue conducido a Veyos y se intensificó el número de fortines, y prohibiendo que nadie pelease sin que se le ordenase, se apartó a los soldados de las escaramuzas que en gran número se producían a la ligera entre el muro y la empalizada, dedicándolos al tra-
10 bajo. De todas las obras la más importante y trabajosa con mucho, cuya realización se inició, fue una galería en direc-
11 ción a la ciudadela enemiga. Para que esta obra no se viese interrumpida y el trabajo continuo bajo tierra no agotase siempre a los mismos, dividió en seis grupos el contingente de zapadores; se les asignaron seis horas de trabajo por turno, sin cesar ni de día ni de noche antes de abrir paso hasta la ciudadela.

20 Viendo el dictador que la victoria estaba ya al alcance de la mano, que se tomaba una ciudad muy opulenta y que el botín iba a ser tan grande como no lo había sido el de
2 todas las guerras anteriores juntas, no quiso atraerse ni las iras de los soldados por un reparto mezquino del botín, ni la enemiga de los patricios por una largueza desmedida;
3 escribió al senado que, gracias a la benevolencia de los dioses inmortales, a su planificación y al aguante de los soldados, Veyos iba a caer en poder del pueblo romano. ¿Qué

[113] Actual Nepi. Su destino estuvo unido al de Veyos. Al caer ésta, Nepe se alió con Roma, pero los etruscos la recuperaron al debilitarse el poder de Roma por la invasión de los galos.

les parecía que se debía hacer con el botín? El senado 4
estaba dividido entre dos pareceres: el de Publio Licinio el
viejo, el cual, preguntado el primero por su hijo, manifestó,
dicen, que se decretase públicamente que, por acuerdo del
pueblo, quien quisiese participar en el botín fuese al cam-
pamento de Veyos; el otro, el de Apio Claudio, el cual, 5
tachando de inusitado, manirroto, injusto y desconsiderado
el reparto, se mostraba partidario de que, si, por una vez,
les parecía una impiedad que el dinero tomado al enemigo
pasase al tesoro público, agotado por las guerras, se abo-
nase de aquel dinero la paga de las tropas para disminuir
así el impuesto de la plebe; en efecto, la participación en 6
aquellos bienes afectaría por igual a todas las casas, y las
manos de los habitantes de la ciudad desocupados, ávidas
de rapiña, no arrancarían la recompensa de los esforzados
combatientes, pues casi siempre ocurre que es más remiso
en el pillaje el que acostumbra a echar sobre sí la mayor
parte del trabajo y el riesgo. Licinio replicaba que aquel 7
dinero siempre suscitaría sospechas y encono, y sería
motivo de acusaciones ante la plebe, y a partir de ahí, de
sediciones y leyes revolucionarias; que mejor era, por con- 8
siguiente, volver a ganarse con aquellos bienes la voluntad
de la plebe, prestar ayuda a los que estaban arruinados y
agotados por el impuesto de tantos años, y saborear el
fruto del botín procedente de aquella guerra en la que casi
habían llegado a viejos; que iba a ser más agradable y pla-
centero llevarse a casa lo que cada uno con sus propias
manos hubiese tomado al enemigo, que recibir mucho más
a voluntad de otro; que el propio dictador rehuía el odio y 9
las acusaciones consiguientes, por eso se había remitido al
senado; el senado, a su vez, debía trasladar a la plebe la
cuestión, recibida de rechazo, y dejar que cada cual tuviese
lo que la suerte de la guerra le deparase. Pareció más 10
seguro este parecer que daba popularidad al senado. Se

decretó, por consiguiente, que, para el saqueo de Veyos, quienes fuesen de ese parecer se dirigiesen al campamento a presencia del dictador.

21 Una enorme multitud se puso en marcha y llenó el campamento. Entonces, el dictador, volviendo de consultar los auspicios, dio orden de que los soldados tomasen las
2 armas y dijo: «Apolo Pítico, bajo tu guía e inspirado por tu voluntad, me encamino a destruir la ciudad de Veyos, y hago voto en este momento de darte la décima parte del
3 botín. También a ti, Juno Reina, que ahora moras en Veyos, te pido que nos sigas, victoriosos a nuestra ciudad, que pronto será la tuya, donde te acogerá un templo digno
4 de tu majestad.» Después de esta plegaria, como contaba con efectivos sobrados, ataca la ciudad desde todos los puntos para que fuese menos perceptible el peligro cada
5 vez mayor procedente de la galería. Los veyentes, ignorantes de que ya habían sido entregados por sus adivinos y por los oráculos extranjeros, de que ya los dioses habían sido llamados a tomar parte en su botín, y que otros, llamados mediante votos a salir de su ciudad, tenían la mira puesta en los templos de los enemigos y en unas moradas nuevas,
6 y de que aquél era el último día para ellos; temerosos de cualquier cosa, menos de que la ciudadela, socavadas las murallas por una galería, estuviera ya llena de enemigos, corren armados hacia las murallas cada uno por su lado,
7 preguntándose, extrañados, cuál sería la razón de que, después que ni un solo romano se había movido de su puesto durante tantos días, corriesen entonces sin tomar precauciones, como presa de repentina locura, hacia las murallas.

8 Se inserta en este punto una historia: cuando el rey de Veyos ofrecía un sacrificio, la voz del arúspice diciendo que, al que cortase las entrañas de aquella víctima, se le concedería la victoria, oída en la galería, impulsó a los soldados romanos a abrir la galería, arrebatar las entrañas y

llevárselas al dictador. Pero, en unos hechos tan antiguos, 9
me parece suficiente con que lo verosímil sea tomado por verdadero: estas cosas más apropiadas para el aparato teatral, que gusta de lo maravilloso, que para la veracidad, no vale la pena asegurarlas ni rechazarlas.

La galería, llena entonces de soldados escogidos, dio 10
salida en el templo de Juno, situado en la ciudadela de Veyos, a los hombres armados; unos se lanzan contra los enemigos vueltos de espaldas sobre las murallas, otros arrancan los cierres de las puertas de la ciudad, otros, como desde las casas las mujeres y los esclavos arrojaban piedras y tejas, les prenden fuego. Un clamor lo llena todo, 11
al mezclarse con los llantos de las mujeres y los niños los gritos diversos de amenaza y de pánico. En cosa de un ins- 12
tante, por todas partes son abatidos de los muros los combatientes, las puertas son abiertas, y los enemigos, unos irrumpiendo en columna, otros escalando las murallas abandonadas, llenan la ciudad; se lucha por todas partes; después, producida ya una gran carnicería, el combate lan- 13
guidece y el dictador manda que los pregoneros den la orden de que no se toque a quien no lleve armas. Así terminó el derramamiento de sangre. Comenzaron, entonces, 14
a rendirse los que no llevaban armas y los soldados corrieron al saqueo con permiso del dictador. Cuando el botín, bastante más importante y de más alto valor de lo que esperaba y creía, fue llevado ante su vista, dicen que, levantando las manos al cielo, pidió que, si a alguno de los dio- 15
ses o de los hombres le parecía excesiva su fortuna y la del pueblo romano, le fuese dado a él aplacar esa envidia con el menor daño posible, suyo particular y público del pueblo romano. Y cuando se daba la vuelta en medio de esta 16
súplica, resbaló, según la tradición, y cayó. Y este presagio hacía referencia, según el parecer de los que hacen conjeturas después de ocurrir las cosas, a la condena del propio

Camilo y, luego, al desastre de la toma de Roma, que ocu-
17 rrió pocos años más tarde. Aquel día fue dedicado a la matanza del enemigo y al pillaje de aquella opulentísima ciudad.

22 Al día siguiente, el dictador vendió en subasta a las personas libres. Fue éste el único dinero que revirtió en el tesoro, y no sin irritación por parte de la plebe. Y el botín que ésta se llevó decía debérselo no al general, que había trasladado al senado un asunto que él debía decidir, en
2 busca de quien se responsabilizase de una cicatería, ni al senado, sino a la familia Licinia, de la cual el hijo había presentado la cuestión al senado y el padre había sido el autor de una propuesta tan popular.

3 Cuando ya habían sido sacadas de Veyos todas las riquezas profanas, se comenzó a desalojar los presentes de los dioses y los propios dioses, pero más a modo de devo-
4 tos que de expoliadores. En efecto, jóvenes escogidos de entre todo el ejército, purificados con agua sus cuerpos, vestidos de blanco, a los que les había sido asignado el traslado a Roma de Juno Reina, entraron en el templo respetuosamente y, en un principio, sintieron escrúpulos de
5 poner su mano sobre ella, porque aquella estatua, de acuerdo con el uso etrusco, no era costumbre que la tocase nadie más que el sacerdote de una determinada familia. Después, al decir uno de ellos, bien a impulso de una inspiración divina bien en plan de broma juvenil: «¿Quieres ir a Roma, Juno?», los demás gritaron al unísono que la diosa
6 había asentido. A partir de ahí se añadió a la historia que se había oído, incluso, una voz que decía «quiero». Lo cierto es, según hemos oído, que fue desplazada de donde estaba asentada por medio de puntales de pequeñas dimensiones, que fue ligera y fácil de transportar como si viniera
7 por sí misma, y fue llevada intacta hasta el Aventino, su morada eterna, a donde la habían llamado los votos del

dictador romano y donde, más tarde, le dedicó un templo el mismo Camilo que lo había prometido.

Así fue la caída de Veyos, la ciudad más opulenta de la 8 nación etrusca, que dio muestras de su grandeza incluso en el desastre final, puesto que, sitiada ininterrumpidamente a lo largo de diez veranos y diez inviernos, después de haber infligido bastantes más reveses de los que había sufrido, al fin, ya bajo la presión del propio destino incluso, fue tomada, sin embargo, no al asalto, sino con obras de asedio.

El triunfo. El presente a Apolo. Guerra con capenates y faliscos. Problemas internos sobre el envío de colonias

Cuando se llevó a Roma la noticia de 23 la toma de Veyos, aunque los prodigios habían sido conjurados, y las respuestas de los adivinos y el oráculo pítico eran conocidos, y aunque en lo posible se había ayudado a la situación con la prudencia humana eligiendo jefe a Marco Furio, el más grande de todos los generales, sin embargo, 2 dado que durante tantos años se había hecho allí la guerra con avatares diversos y se habían sufrido muchas derrotas, la alegría fue inmensa como ante lo inesperado y, antes de 3 que el senado lo decretase, todos los templos estaban llenos de madres romanas dando gracias a los dioses. El senado decretó cuatro días de acción de gracias, número que no había tenido lugar en ninguna guerra anterior. También la 4 llegada del dictador, con todos los estamentos volcados a recibirlo, fue más concurrida que la de ningún otro anteriormente, y el triunfo sobrepasó en buena medida todo lo que es habitual para dar solemnidad a un día semejante. Sobre todo se concentran las miradas en el propio Camilo, 5 llevado por Roma en un carro tirado por caballos blancos, y esto pareció poco en consonancia no ya con un ciudadano, sino incluso con un mortal; se veía, además, con pre- 6 vención, por motivos religiosos, que el dictador hubiese

equiparado sus caballos a los de Júpiter y el Sol, y el
triunfo fue más brillante que bien recibido a causa, sobre
7 todo, de esta circunstancia única[114]. Fijó, a continuación,
el emplazamiento del templo de Juno Reina en el Aventino
y dedicó el de Madre Matuta. Realizadas estas cosas divi-
nas y humanas, dimitió de dictador.

8 Se comenzó, luego, a tratar del don de Apolo. Al decir
Camilo que él le había prometido la décima parte del
botín, y estimar los pontífices que el pueblo debía liberarse
9 de su compromiso sagrado, no era fácil encontrar el modo
de impeler al pueblo a que presentase el botín para apartar
10 la porción debida para la ofrenda sagrada. Al fin se recu-
rrió a lo que parecía más suave: que quien quisiese libe-
rarse a sí y a su casa de la obligación sagrada, después de
valorar personalmente su propio botín llevase al tesoro el
11 valor de la décima parte, a fin de que se hiciese con ello un
presente de oro digno de la importancia del templo y de la
majestad del dios, en consonancia con la dignidad del pue-
blo romano. También esta aportación le enajenó a Camilo
12 las simpatías de la plebe. A todo esto, llegó a negociar la
paz una embajada de los volscos y los ecuos, paz que con-
siguieron más por dar descanso a la población cansada de
una guerra tan larga, que por ser dignos de ella quienes la
pedían.

24 Conquistada Veyos, al año siguiente[115] hubo seis tribu-
nos militares con poderes de cónsul: dos Publios Cornelios
—Coso y Escipión—, Marco Valerio Máximo por segunda
vez, Cesón Fabio Ambusto por segunda vez, Lucio Furio
Medulino por quinta y Quinto Servilio por tercera vez.

---

[114] Pudo haber sido una innovación de Camilo el hecho de llevar caballos blancos, a lo cual cabría atribuir la impopularidad de su ceremonia triunfal.

[115] El 395 a. C.

A los Cornelios les correspondió en suerte la guerra falisca, 2
a Valerio y Servilio la de Capena. Éstos no atacaron las ciudades al asalto ni con obras de asedio, sino que saquearon los campos y se llevaron un botín de bienes agrícolas; no quedó en el campo ningún árbol frutal, nada que diera fruto. Estos estragos hicieron doblar al pueblo de Capena: 3
pidieron la paz y se les concedió; en zona falisca la guerra continuaba.

En Roma, entretanto, había múltiples disturbios; para 4
apaciguarlos se acordó enviar a zona volsca una colonia para la que serían alistados tres mil ciudadanos romanos, y los triúnviros nombrados al efecto habían hecho un reparto de tres yugadas[116] y siete doceavos por cabeza. Tal genero- 5
sidad comenzó a ser desdeñada, porque pensaban que se les ofrecía esta compensación para evitar pretensiones de más alcance; en efecto, ¿por qué relegar a la plebe a donde los volscos, estando a la vista la hermosísima ciudad de Veyos y los campos veyentes, más feraces y extensos que los romanos? Ponían incluso a la ciudad por encima de la 6
ciudad de Roma, tanto por su emplazamiento como por la magnificencia de sus edificios y de sus espacios públicos y privados. Es más, se le daba incluso vueltas a aquella ini- 7
ciativa que, después de la toma de Roma por los galos, fue, sin duda, más discutida: la emigración a Veyos. Se propo- 8
nía que residiesen en Veyos una parte de la plebe y una parte del senado; podían las dos ciudades, formando un solo Estado, ser habitadas por el pueblo romano. Los 9
nobles se oponían a esto, hasta el punto de decir que morirían ante los ojos del pueblo romano, antes de que fuese presentada ninguna proposición de ley sobre tales extremos. Si entonces en una sola ciudad había disensiones tan 10
graves, ¿qué ocurriría en dos? La ciudad vencida ¿alguien

[116] Cerca de 90 a.

la prefería a la patria victoriosa y dejaba que Veyos, con-
11 quistada, corriese mejor suerte que incólume? En último término, ellos podían ser abandonados por sus conciudadanos en su patria; pero no había fuerza que pudiese jamás obligarlos a abandonar su patria y a sus conciudadanos y a marchar detrás de Tito Sicinio (pues era éste el tribuno de la plebe que presentaba aquel proyecto de ley) para fundar Veyos abandonando a Rómulo, dios e hijo de dios, padre y
25 creador de la ciudad de Roma. Siendo estas cuestiones motivo de desagradables enfrentamientos (pues los patricios habían atraído hacia su parecer a una parte de los tri-
2 bunos de la plebe), lo único que contenía a la plebe sin venir a las manos es que, cuando se producía el griterío con que daba comienzo una reyerta, los senadores principales se ofrecían los primeros a las turbas y pedían que se les ata-
3 case, hiriese y diese muerte. Toda vez que, debido a su edad, dignidad y honores se evitaba maltratarlos, también, con relación a los demás intentos por el estilo, el respeto se imponía al encono.

4 Camilo iba repitiendo lo mismo por todos los sitios: que no es de extrañar que esté enloquecida una ciudad que, obligada a cumplir un voto, se preocupa más de cualquier otra cosa que de liberarse de su sagrado compromiso.
5 Nada tiene que objetar a la aportación voluntaria, en realidad más una limosna que un diezmo: al obligarse a sí mismo a ella cada uno en particular, el pueblo habrá que-
6 dado libre de compromiso. Pero lo que, sin embargo, su conciencia no le permite callar es que sólo esté sujeto a diezmo el botín de bienes muebles: de la ciudad y del territorio conquistado, comprendidos también en el voto, no se
7 habla para nada. Como esta discutida cuestión, que el senado no veía clara, fue remitida a los pontífices, el colegio, asesorado por Camilo, decidió que de lo que hubiese pertenecido a los veyentes antes de ser formulado el voto y

hubiese pasado a poder del pueblo romano después del
voto, la décima parte le estaba reservada a Apolo. La ciu- 8
dad y su territorio fueron así objeto de tasación. Se sacó
dinero del tesoro y se les dio a los tribunos militares consulares el encargo de comprar oro con él. Como el oro no abundaba, las matronas, celebradas reuniones para hablar de este tema, de común acuerdo prometieron a los tribunos militares el oro de todos sus objetos preciosos y lo llevaron
al tesoro. Este detalle agradó al senado más que cualquier 9
otro, y por tal generosidad se les concedió, dicen, a las matronas el honor de hacer uso del *pilentum* en los sacrificios y los juegos, y del *carpentum* [117] todos los días, festivos
o laborables. Recibido el oro de cada una y valorado al 10
peso para abonárselo en dinero, se acordó hacer una cratera de oro para llevarla como presente a Apolo a Delfos.

Nada más liberarse los ánimos de los escrúpulos religio- 11
sos, los tribunos de la plebe reinician la revuelta; se incita a la multitud contra todos los notables, sobre todo contra
Camilo por haber reducido a nada el botín de Veyos a base 12
de darlo al Estado y a fines religiosos. A los que están ausentes los increpan con saña; a los presentes, como a su
vez presentan cara a sus iras, los respetan. Al ver que el 13
asunto se prolongaba más allá de aquel año, reeligen por un año a los mismos tribunos de la plebe promotores del proyecto de ley; también los patricios buscan el mismo apoyo en los que se oponían al proyecto: fueron así reelegidos, en gran parte, los mismos tribunos de la plebe.

[117] El *pilentum* era un carruaje más cómodo, de cuatro ruedas, con suspensión. El *carpentum* tenía dos ruedas y una capota cintada.

Guerra falisca: el maestro castigado; rendición de Falerios

26 En los comicios de tribunos militares [118], los patricios, empleándose a fondo, lograron que fuese elegido Marco Furio Camilo. Simulaban aprestar un general, debido a las guerras, pero lo que busca-
2 ban era un adversario de la largueza tribunicia. Con Camilo fueron elegidos tribunos militares con poderes de cónsul Lucio Furio Medulino por sexta vez, Gayo Emilio, Lucio Valerio Publícola, Espurio Postumio y Publio Cor-
3 nelio por segunda vez. Al comienzo del año, los tribunos de la plebe no se movieron en absoluto hasta que Marco Furio Camilo marchase contra los faliscos, guerra que había sido puesta a su cargo. Después, a base de aplazamientos, el asunto se enfrió, y en zona falisca la gloria de
4 Camilo, su contrincante más temido, fue a más. En efecto, como al principio los enemigos se mantenían en sus murallas convencidos de que era lo más seguro, los forzó a salir de la ciudad devastando sus campos e incendiando sus
5 caserías. Pero el miedo les impidió alejarse mucho: aproximadamente a una milla de la plaza establecieron el campamento, contando con que únicamente la dificultad del acceso le daría seguridad suficiente en un entorno escabroso y escarpado con caminos, en parte, angostos y, en
6 parte, pendientes. Pero Camilo, llevando como guía a un prisionero desde el llano, levantó el campamento muy avanzada la noche y, al amanecer, se dejó ver en un enclave
7 bastante más elevado. En tres grupos los romanos levantaban fortificaciones, el resto del ejército estaba dispuesto para el combate. Rechazó y puso en fuga al enemigo cuando trató de impedir las obras; con ello se les infundió tal pánico a los faliscos que huyeron en desbandada, dejaron atrás su propio campamento, que estaba más cerca y se

---

[118] Año 394 a. C.

dirigieron a la ciudad. Muchos fueron muertos o heridos 8
antes de lanzarse temblando sobre las puertas; el campa-
mento fue tomado; el botín fue remitido a los cuestores,
con gran exasperación por parte de los soldados; pero,
dominados por la severidad del mando, odiaban y, a la vez,
admiraban esta cualidad. Vino, a continuación, el asedio 9
de la ciudad y los trabajos de atrincheramiento, y esporádi-
camente, si se presentaba la ocasión, se producían ataques
de los sitiados contra los puestos de guardia romanos y
pequeñas escaramuzas, y se pasaba el tiempo sin que la
esperanza se inclinase hacia ningún bando, pues los sitia-
dos contaban con trigo y demás recursos en mayor abun-
dancia que los sitiadores por haberse aprovisionado con
antelación. Parecía que la tarea iba para largo, tanto como 10
en Veyos, de no haberle dado la Fortuna al general
romano una muestra de su conocido poder en materia
bélica y una pronta victoria.

Tenían por costumbre los faliscos encargar a una 27
misma persona el magisterio y la custodia de sus hijos, y
eran confiados muchos niños a la vez al cuidado de un solo
maestro, lo cual aun en nuestros días sigue dándose en
Grecia. Los hijos de los notables, como casi siempre, eran
instruidos por quien parecía sobresalir por su saber. Tenía 2
éste por costumbre, en tiempo de paz, sacar a los mucha-
chos a jugar y hacer ejercicio fuera de la ciudad, y no
habiendo interrumpido tal práctica durante la guerra, a
base de tiempo los fue alejando de la puerta a distancias
primero más cortas y, luego, más largas con juegos y char-
las diversas; cuando se presentó la ocasión, se alejó más de
lo acostumbrado y los llevó por entre los puestos de guar-
dia enemigos y de allí al campamento romano hasta el pre-
torio, a presencia de Camilo. Allí a su acción infame aña- 3
dió unas palabras más infames aún, diciendo que entregaba 4
Falerios en manos de los romanos, al poner en su poder a

aquellos muchachos cuyos padres estaban en la ciudad al
5 frente del gobierno. Cuando Camilo oyó esto, dijo:
«Infame, tanto tú como tu oferta, no has acudido ni a un
6 pueblo ni a un general semejante a ti. No nos unen con los
faliscos las relaciones que establecen con un pacto los
hombres, pero las que genera la naturaleza las hay y las
habrá entre ellos y nosotros. Existe también un derecho de
guerra, lo mismo que de paz, y hemos aprendido a respe-
7 tarlo tan justa como valerosamente. Tenemos armas no
para dirigirlas contra una edad a la que se respeta incluso
en la toma de las ciudades, sino contra unos hombres,
armados a su vez, que, sin haber recibido daño ni provoca-
ción por nuestra parte, atacaron el campamento romano en
8 Veyos. A ésos, tú los has vencido, en cuanto a ti dependía,
con una infamia sin precedentes; yo los venceré al estilo
romano, a base de valor, trabajo y armas, como a Veyos.»
9 A continuación, se lo entregó a los muchachos desnudo,
con las manos atadas a la espalda, para que lo llevaran de
nuevo a Falerios, y les dio varas para azotar al traidor
10 mientras lo llevaban a la ciudad. Ante este espectáculo,
primero se formó una aglomeración de gente, luego los
magistrados convocaron al senado para tratar del extraño
asunto, y los ánimos experimentaron un cambio tal de acti-
tud que la población, que, momentos antes, presa de un
odio y una cólera feroz, casi prefería un final como el de
Veyos a una paz como la de Capena, pedía unánimemente
11 la paz. La lealtad romana, la equidad del general eran
comentados en el foro y en la curia; por acuerdo general,
parte una embajada a presencia de Camilo al campamento
y, desde allí, con el consentimiento de Camilo, hacia Roma
12 a presencia del senado para entregar Falerios. Introducidos
ante el senado hablaron, dicen, en estos términos: «Padres
conscritos: vencidos por vosotros y vuestro general con una
victoria que no puede provocar el resentimiento de ningún

dios ni de ningún hombre, nos entregamos a vosotros, convencidos, y esto es lo más hermoso para un vencedor, de que viviremos mejor bajo vuestra autoridad que bajo nuestras leyes. El desenlace de esta guerra proporciona dos 13 saludables ejemplos al género humano: vosotros habéis preferido la lealtad en la guerra a una victoria inmediata; nosotros, movidos por vuestra lealtad, os hemos dado la victoria espontáneamente. Estamos en vuestro poder; 14 enviad a alguien a hacerse cargo de las armas, los rehenes, la ciudad: las puertas están abiertas. Ni vosotros vais a tener queja de nuestra lealtad, ni nosotros de vuestra autoridad.» A Camilo le dieron las gracias tanto los enemigos 15 como sus conciudadanos. A los faliscos se les exigió dinero para pagar a los soldados aquel año, a fin de que el pueblo romano quedase exento del impuesto. Ajustada la paz, el ejército volvió a Roma.

Los piratas capturan el presente enviado a Delfos. Guerra con los ecuos. Cónsules. Problemas con el proyecto de emigración a Veyos

Camilo, cubierto de gloria de una 28 naturaleza mucho mejor que cuando los caballos blancos lo habían llevado en triunfo a través de Roma, vencido el enemigo con su equidad y lealtad, regresó a Roma, y el senado no soportó su callado sentimiento de vergüenza sin apresurarse a liberarlo de su voto; Lucio Valerio, 2 Lucio Sergio y Aulo Manlio, enviados a llevar una cratera de oro a Delfos como presente a Apolo en una única nave de guerra, no lejos del estrecho de Mesana fueron capturados por piratas lipariotas y llevados a Lípari[119]. Era una costumbre de esta ciu- 3 dad distribuir el botín logrado en la piratería, digamos, oficial. Casualmente, aquel año era magistrado supremo un

[119] Isla que da nombre al archipiélago, que Roma se anexionó el 252 a. C.

tal Timasíteo, un hombre más del estilo de los romanos
4 que de los suyos; éste, lleno él de respeto hacia el nombre
de los emisarios, el presente, el dios al que era enviado y el
motivo del mismo, hizo que la multitud, que casi siempre
se parece a quien la gobierna, se llenase de justos escrúpu-
los religiosos; recibidos como huéspedes oficiales los lega-
dos, los acompañó, además, a Delfos con una escolta de
navíos y los devolvió, luego, a Roma sanos y salvos.
5 Mediante un senadoconsulto se establecieron con él lazos
de hospitalidad y se le hicieron regalos de manera oficial.

El mismo año se hizo la guerra en zona ecua con resul-
tados diversos, hasta el extremo de que no había certeza ni
en el propio ejército ni en Roma sobre si habían vencido o
6 sido vencidos. De los tribunos militares fueron generales
romanos Gayo Emilio y Espurio Postumio. En un princi-
pio dirigieron las operaciones de manera conjunta; des-
pués, derrotado el enemigo en el frente de batalla, se
acordó que Emilio ocupase Verrugo con una guarnición, y
7 que Postumio asolase el territorio. Entonces, cuando mar-
chaba con su columna en desorden con pocas precauciones
a raíz de su triunfo, los ecuos lo atacaron, le infundieron
pánico y lo rechazaron a las alturas cercanas; el terror con-
siguiente llegó también a Verrúgine al otro cuerpo de ejér-
8 cito. Postumio, puestos a seguro los suyos, reunidos en
asamblea les echó en cara su miedo y su huida en desban-
dada ante los enemigos más cobardes y dados a huir; todo
el ejército gritó al unísono que estaba oyendo lo que se
merecía y reconocía que había incurrido en una deshonra,
pero que iba a rectificar y que aquella alegría no le iba a
9 durar mucho al enemigo. Pidiéndole que los condujese de
inmediato hasta el campamento enemigo —estaba a la
vista, establecido en el llano—, aceptaban cualquier clase
de castigo, si no lo tomaban por asalto antes de aquella
10 noche. Los felicita y les ordena reponer fuerzas y estar pre-

parados para la cuarta guardia. También los enemigos, para evitar que los romanos huyesen durante la noche desde su montículo por el camino que llevaba a Verrúgine, salieron a su encuentro; se trabó combate antes del amanecer —si bien había luna durante toda la noche— y no fue más confuso que un combate diurno. Pero el grito de gue- 11
rra, que llegó hasta Verrúgine, haciendo creer que el campamento romano era atacado, sembró tal pánico que las tropas, a pesar de los ruegos y los intentos de retenerlas por parte de Emilio, huyeron en desbandada a Túsculo. De 12
allí llegó a Roma el rumor de que Postumio y su ejército habían sido muertos. Postumio, cuando las primeras luces le hicieron perder el miedo a una emboscada si iniciaba una persecución sin guardar la formación, recorrió a caballo el frente clamando lo prometido y le infundió tal ardor que los ecuos no pudieron resistir su ataque por más tiempo. Luego, la matanza de fugitivos, como siempre que 13
uno se deja llevar de la ira más que del valor, se llevó a cabo hasta el exterminio del enemigo; y tras la funesta noticia procedente de Túsculo que había aterrado a la población sin motivo, llega una carta laureada[120] de Postumio diciendo que la victoria ha correspondido al pueblo romano y que el ejército de los ecuos ha sido destruido.

Como las proposiciones de los tribunos de la plebe no 29
habían llegado a término, la plebe ponía empeño en mantener en el tribunado a los promotores del proyecto de ley, y los patricios en reelegir a los que se oponían al mismo; pero la plebe en los comicios suyos pudo más. Los patri- 2
cios se tomaron la revancha de este revés sacando un senadoconsulto disponiendo que se eligiesen cónsules, magistratura odiosa a la plebe. A la vuelta de quince años se

[120] Carta ornada de laurel, que remitía el general victorioso.

nombraron cónsules: Lucio Lucrecio Flavo y Servio Sulpicio Camerino[121].

3 A principios de este año, los tribunos de la plebe se lanzaron a la lucha, con audacia porque nadie del colegio se les iba a oponer, para llevar adelante el proyecto de ley, y los cónsules les iban a la contra no menos activamente, precisamente por la misma razón, y toda la población tenía puesta su atención en este único problema, cuando los ecuos asaltaron Vitelia, colonia romana dentro de su terri-
4 torio. La mayor parte de los colonos, sanos y salvos, porque, al ser tomada la plaza de noche a traición, habían tenido la posibilidad de huir libremente por la parte de
5 atrás de la ciudad, se refugiaron en Roma. Le correspondió en sorteo este menester al cónsul Lucio Lucrecio. Salió éste con su ejército, venció al enemigo en el frente de batalla y retornó victorioso a Roma para una confrontación bas-
6 tante más importante. Habían sido demandados los tribunos de la plebe del bienio anterior Aulo Virginio y Quinto Pomponio, y el senado por unanimidad hacía de su defensa una cuestión de honor, pues nadie presentaba contra ellos ninguna acusación referente a su vida privada o a su gestión del cargo, aparte de su veto al proyecto de ley de los
7 tribunos, para quedar bien con los senadores. Pudo más, sin embargo, el despecho de la plebe que el favor del senado y, sentándose un malísimo precedente, fueron condenados, siendo inocentes, a pagar diez mil ases librales
8 cada uno. A los senadores, esto los disgustó mucho; Camilo acusaba públicamente de delito a la plebe que no comprendía, vuelta ya en contra de los suyos, que, con su inicua sentencia, les había quitado a los tribunos el derecho a veto y, suprimido el derecho a veto, había echado por
9 tierra la potestad tribunicia. Pues, si esperaban que los

[121] Año 393 a. C.

senadores iban a tolerar la licencia sin freno de aquella magistratura, estaban equivocados: si no se podía rechazar la violencia tribunicia con la ayuda de los tribunos, los senadores encontrarían otra arma. E increpaba a los cónsu- 10
les, porque habían consentido, sin decir palabra, que les fallase la asistencia oficial a aquellos tribunos que habían secundado las indicaciones del senado. A base de repetir abiertamente cosas así en sus intervenciones, cada día se atraía en mayor medida las iras de la gente.

Además, no cesaba de incitar al senado en contra de la 30
ley: que, cuando llegase el día de la presentación del proyecto, descendiesen al foro exclusivamente en la actitud de quien tiene presente que había que batirse en pro de sus altares y hogares, y de los templos de los dioses, y del suelo en que habían nacido. Pues, en lo referente a él particular- 2
mente (si es lícito pensar en la propia gloria cuando la patria está en juego), para él sería un timbre de gloria más el que se afluyese a una ciudad conquistada por él; cada día disfrutaría del recuerdo de su gloria y tendría ante los ojos una ciudad que había estado representada en su triunfo, y todos pisarían las huellas de sus hazañas; pero consideraba 3
una impiedad que fuese habitada una ciudad que los dioses habían dejado y abandonado, y que el pueblo romano morase en una tierra conquistada, y se cambiase una patria victoriosa por otra vencida.

Concitados los notables con estas exhortaciones, los 4
patricios, viejos y jóvenes, al ser presentado el proyecto de ley, formando filas acudieron al foro y se distribuyeron por tribus y, abordando cada uno a los de la suya, comenzaron a pedirles entre lágrimas que no abandonasen una patria 5
por la que habían luchado con gran valentía y fortuna ellos y sus padres, mostrándoles el Capitolio, el templo de Vesta y todos los demás templos de alrededor; que no llevasen al 6
pueblo romano desterrado, expulsado del suelo patrio, ni a

los dioses penates a una ciudad enemiga, ni llevasen las cosas al extremo de que hubiese sido preferible que Veyos no fuese tomada, para que Roma no fuese abandonada.
7 Como no actuaban por la fuerza, sino a base de ruegos, y en medio de sus súplicas se hacían muchas referencias a los dioses, a la inmensa mayoría le entraron escrúpulos y fueron una más las tribus que rechazaron la ley que las que la
8 aprobaron. Esta victoria fue tan del agrado de los senadores, que, al día siguiente, a propuesta de los cónsules, se decretó por senadoconsulto que se distribuyesen a la plebe siete yugadas[122] de las tierras de Veyos por cabeza y que entrasen en el cómputo no sólo los cabezas de familia, sino
9 todas las personas libres de la casa, y con esta perspectiva se decidiesen a criar hijos.

Guerra con volsinienses y sapinates. Exilio de Camilo

31 Calmada la plebe con esta dádiva, no hubo oposición ninguna a que se celebra-
2 sen comicios consulares[123]. Fueron elegidos cónsules Lucio Valerio Potito y Marco Manlio, que más tarde recibió el sobrenombre de Capitolino. Estos cónsules celebraron los grandes juegos de que había hecho voto el dictador Marco
3 Furio durante la guerra de Veyos. El mismo año fue dedicado el templo de Juno Reina, ofrecido por el mismo dictador y durante la misma guerra, y dicen que la dedicación se señaló por el enorme fervor de las matronas.

4 Una guerra poco memorable tuvo lugar en el Álgido contra los ecuos: los enemigos fueron rechazados casi antes de trabarse el combate. Por haber puesto mayor empeño en destrozarlos durante la huida, a Valerio se le concedió
5 por decreto el triunfo, a Manlio la ovación. El mismo año estalló una guerra nueva: con los volsinienses; debido al

[122] Unas 175 a.

[123] Año 392 a. C.

hambre y la epidemia que se extendieron por el territorio
romano a causa de la sequía originada por el exceso de
calor, no se pudo llevar un ejército contra ellos. Por eso los
volsinienses, a los que se unieron los sapinates, henchidos
de arrogancia, hicieron incluso incursiones en territorio
romano; se les declaró por eso la guerra a los dos pueblos. 6
El censor Gayo Julio murió; para ocupar su lugar fue
nombrado sustituto Marco Cornelio —circunstancia que
provocó, después, temores religiosos, porque durante aquel
lustro fue tomada Roma, y en adelante nunca se nombra 7
censor sustituto para ocupar la plaza de uno que ha
fallecido—. Al ser alcanzados por la enfermedad los cónsu-
les, se acordó renovar los auspicios por vía de interregno.
Por consiguiente, dimitidos de su cargo los cónsules a raíz 8
del senadoconsulto, fue nombrado interrey Marco Furio
Camilo, que proclamó interrey a Publio Cornelio Escipión
y éste, después, a Lucio Valerio Potito. Por este último 9
fueron nombrados seis tribunos militares con poderes de
cónsul, con el objeto de que el Estado tuviese magistrados
bastantes aun en caso de que alguno de ellos tuviese pro-
blemas de salud.

El primero de julio[124] tomaron posesión de su cargo 32
Lucio Lucrecio, Servio Sulpicio, Marco Emilio, Lucio Furio
Medulino por séptima vez, Agripa Furio, y Gayo Emilio
por segunda vez. De éstos, les correspondió a Lucio Lucre- 2
cio y Gayo Emilio encargarse de los volsinienses, y a
Agripa Furio y Servio Sulpicio, de los sapinates. Se luchó
primero con los volsinienses. La guerra fue de gran enver- 3
gadura por el número de enemigos, pero la batalla no fue
realmente muy dura. Al primer choque se les deshizo el
frente; durante la huida, ocho mil combatientes copados
por la caballería depusieron las armas y se rindieron. El 4

[124] Del año 391 a. C.

rumor de aquella contienda produjo el efecto de que los
sapinates no entrasen en liza; sus combatientes se mante-
nían a cubierto en sus murallas. Los romanos se llevaron
botín por doquier tanto del territorio sapinate como del
5 volsiniense sin que nadie atajase su acción violenta; al fin, a
los volsinienses, cansados de la guerra, con la condición de
que le devolviesen al pueblo romano lo que habían
saqueado y aportasen el dinero para pagar al ejército aquel
año, se les concedió una tregua de veinte años.

6 El mismo año un plebeyo, Marco Cedicio, manifestó a
los tribunos que, en la calle Nueva —donde ahora se halla
una capilla más arriba del templo de Vesta—, él había oído
en el silencio de la noche una voz, más clara que la de un
hombre, que mandaba anunciar a los magistrados que los
7 galos se estaban acercando. Como de ordinario, no se hizo
ningún caso de ello, debido a la baja condición de la
fuente, y, además, se trataba de un pueblo lejano y, por
ello, bastante poco conocido. Y no sólo se despreciaron,
bajo la presión del destino, las advertencias de los dioses:
también la ayuda humana, que era sólo una, Marco Furio,
8 la apartaron de la ciudad. Éste, demandado por el tribuno
de la plebe Lucio Apuleyo por causa del botín [125] de Veyos,
habiendo perdido, además, un hijo adolescente por aque-
llas mismas fechas, reunió en su casa a los miembros de su
tribu y a sus clientes, que era una buena parte de la plebe,
queriendo sondear su estado de ánimo, y recibió la res-
puesta de que ellos abonarían la suma a que fuese conde-
nado, pero que absolverlo no era posible; marchó al exilio,
9 pidiendo a los dioses inmortales que, si se cometía con él, y
no tenía culpa, aquella injusticia, hiciesen cuanto antes que

[125] Hay varias hipótesis, como haberse reservado para su uso personal una parte del botín (¿unas puertas de bronce?), o haber negado a los soldados la décima parte que en derecho les correspondía.

aquella ingrata población lo echase de menos. Fue condenado, en ausencia, a quince mil ases librales.

Los galos: presentación, paso a Italia, llegada a Clusio, que pide ayuda a Roma

Expulsado un ciudadano cuya perma- 33
nencia, en la medida en que humanamente se puede estar cierto de algo, hubiera hecho imposible la toma de Roma, echándose ya encima de la Urbe su desastre fatal, llegan unos legados de
Clusio a pedir ayuda contra los galos. Este pueblo, según la 2
tradición, cautivado por el atractivo de los frutos de nuestra tierra y de manera especial del vino, placer que entonces les resultaba nuevo, pasaron los Alpes y tomaron posesión de las tierras cultivadas anteriormente por los
etruscos; Arrunte de Clusio había introducido en la Galia 3
el vino para atraer a aquel pueblo, porque estaba irritado por la seducción de su esposa por parte de Lucumón, del que él había sido tutor, joven de alta posición al que no se
podía castigar a no ser buscando ayuda exterior; Arrunte 4
les sirvió de guía en la travesía de los Alpes y fue el instigador del ataque a Clusio.

Bien es verdad que no voy a negar que los galos hayan sido conducidos a Clusio por Arrunte o por cualquier otro
clusino; pero que quienes atacaron Clusio no fueron los 5
primeros que cruzaron los Alpes es un hecho comprobado. En efecto, doscientos años antes de atacar Clusio y tomar
Roma, pasaron los galos a Italia; y los primeros etruscos 6
con los que lucharon, a menudo, los ejércitos galos no fueron los clusinos, sino, mucho antes, los que habitaban
entre los Apeninos y los Alpes. Antes del Imperio Romano, 7
el poderío etrusco estuvo muy extendido por tierra y mar. Una prueba de su potencia la constituyen los nombres de los mares superior e inferior, que bordean Italia casi como
una isla, porque los itálicos llamaron a uno mar Etrusco, 8

por la denominación común de toda la nación, y al otro
mar Hatriático, de Hatria, colonia toscana; los griegos lla-
9 man a los mismos mares Tirreno y Adriático. Y se asenta-
ron en las tierras que dan a uno y otro mar en doce ciu-
dades[126]: primero, a este lado de los Apeninos hacia el mar
inferior; después, al otro lado de los Apeninos enviando
tantas colonias cuantas eran las poblaciones de origen,
10 colonias que ocuparon toda el área del lado de allá del
Pado hasta los Alpes, a excepción del ángulo de los véne-
11 tos que habitan en torno al entrante del mar. También la
población alpina tiene el mismo origen sin duda, sobre
todo los retos, a los que la propia naturaleza de los parajes
volvió salvajes hasta el punto de no conservar nada de lo
que eran antiguamente, a excepción del acento, y éste
desvirtuado.

34 Sobre el paso de los galos a Italia nos ha llegado lo
siguiente: cuando en Roma reinaba Tarquinio el Antiguo,
el dominio sobre todos los celtas, que constituyen la tercera
parte de la Galia, lo tenían los bitúriges; eran éstos quienes
2 daban rey a la Céltica. Era éste Ambigato, muy poderoso
debido a los méritos y a la fortuna tanto personal como de
su colectividad, porque durante su reinado la Galia era tan
rica en frutos y hombres que la sobreabundante multitud
3 parecía difícil de gobernar. El rey, de avanzada edad él,
deseando descargar su reino de la turba que lo sobrecar-
gaba, manifestó que iba a enviar a Beloveso y Segoveso,
hijos de su hermana, jóvenes emprendedores, a asentarse a
4 los lugares que los dioses señalasen con sus augurios; que
se llevasen el número de hombres que quisieran, para que
ningún pueblo pudiese rechazarlos a su llegada. La suerte

---

[126] La Liga de las Doce Ciudades estaba integrada por Arrecio, Perusia, Volsinios, Cere, Tarquinios, Vetulonia, Vulcos, Volaterras, Clusio, Ruselas, Cortona y Veyos, reemplazada luego por Populonia esta última.

le asignó, pues, a Segoveso los bosques de Hercinia[127]; a
Beloveso le asignaban los dioses una ruta bastante más
agradable: hacia Italia. Llamó éste al excedente de la 5
población del rey: bitúriges, arvernos, sénones, heduos,
ambarros, carnutes, aulercos. Se puso en marcha con tro-
pas muy numerosas de infantería y caballería y llegó al
territorio tricastino. A partir de allí tenía delante los Alpes; 6
la verdad es que no me sorprende que le pareciesen infran-
queables, pues ningún paso, al menos del que quede
recuerdo, los había salvado, a no ser que se dé crédito a las
leyendas de Hércules. La altura de los montes retenía allí a 7
los galos como cercados y avizoraban, en torno, a través de
cuál de las cimas que tocaban el cielo podrían pasar a otro
mundo; los retuvo, además, un escrúpulo religioso, porque
les llegó noticia de que unos forasteros en busca de tierra
eran atacados por el pueblo de los saluos. Eran éstos los 8
masilienses, que habían salido embarcados de Focea. Los
galos, considerando aquello como un presagio de su suerte,
les ayudaron a fortificar, sin que los saluos se opusieran, el
primer enclave que habían ocupado al saltar a tierra. Ellos
cruzaron los Alpes a través de los Taurinos y los desfilade-
ros de Julia[128], y, después de derrotar a los etruscos en el 9
frente no lejos del río Ticino[129], habiendo oído que el terri-
torio en que se habían asentado se llamaba Insubrio[130],
homónimo de la circunscripción de los ínsubres de los
heduos, secundando lo que el lugar presagiaba fundaron
allí una ciudad; la llamaron Mediolano[131].

---

127 Zona de Germania considerada tradicionalmente como originaria de los celtas, desde donde habrían emigrado a la Galia.

128 Los Alpes Julianos están al NE. de Italia, pero el itinerario galo que Livio describe corresponde al NO., a los Alpes Cotienos, y es similar al de Aníbal. Parecen mezcladas dos tradiciones.

129 En la Galia Cisalpina (Tesino).

130 En la Transpadana, no lejos de Milán.

131 Milán.

35 A continuación, otro contingente de cenómanos conducido por Etitovio, siguiendo las huellas de los anteriores, cruzó los Alpes por el mismo desfiladero con la ayuda de Beloveso y ocupó los parajes donde actualmente se encuen-
2 tran Brixia[132] y Verona. Los libuos se asientan después de éstos y también los saluvios, cerca del antiguo pueblo de los levos lígures que habitan en torno al río Ticino. Después, los boyos y los língones, atravesando los Alpes Peninos[133], como toda la zona entre el Pado y los Alpes estaba ocupada, después de cruzar el Pado en lanchas desalojan de su territorio no sólo a los etruscos sino también a los umbros, manteniéndose, sin embargo, sin ir más allá del
3 Apenino. Entonces los sénones, los últimos en llegar, ocuparon la zona desde el río Utente hasta el Esis[134]. Tengo comprobado que fue este pueblo el que llegó a Clusio, y de allí a Roma; lo que no es muy seguro es si fue él solo o contó con la ayuda de todos los pueblos de la Galia cisalpina.

4 Los clusinos, aterrados por esta extraña guerra, al ver la multitud, el aspecto nunca visto de aquellos hombres y la naturaleza de sus armas, y al oír que, repetidas veces, las legiones etruscas habían sido derrotadas por ellos a uno y otro lado del Pado, enviaron unos emisarios a Roma a pedir ayuda al senado, aunque con relación a los romanos no tenían ningún otro derecho de alianza y amistad que el haberse abstenido de defender a sus parientes de Veyos en
5 contra de los romanos. En lo referente a ayuda, nada consiguieron; pero fueron enviados tres delegados, hijos de

---

132 Al oeste del lago Garda (Brescia). PLINIO (*Hist. Nat.* III 130) confirma su pertenencia al territorio de los cenómanos.

133 Desde el Gran San Bernardo hasta el San Gotardo.

134 El Utente, cerca de Ravenna. El Esis (Esino), cerca de Ancona, desembocando en el Adriático.

Marco Fabio Ambusto, a negociar con los galos en nom-
bre del senado y el pueblo romano para que no atacasen a
unos aliados y amigos del pueblo romano de los cuales no
habían recibido provocación alguna; los romanos los 6
tenían que proteger, recurriendo incluso a la guerra si las
circunstancias lo requerían; pero les parecía preferible que
la guerra fuese descartada, a ser posible, y que los galos, un
pueblo nuevo, fuesen conocidos en paz más que por las
armas.

La embajada era pacífica, de no haber contado con 36
unos embajadores especialmente fieros que más parecían
galos que romanos. Después que éstos expusieron su man-
dato en la asamblea de los galos, se les responde que, aun- 2
que es la primera vez que oyen hablar de los romanos,
creen, no obstante, que son luchadores valientes, puesto
que los clusinos han pedido su ayuda en circunstancias crí-
ticas; y, dado que han preferido proteger a sus aliados con- 3
tra ellos enviando una embajada en lugar de recurrir a las
armas, tampoco ellos desdeñan la paz que les brindan, a
condición de que los clusinos, que tienen más de lo que
pueden cultivar, les cedan a los galos, faltos de tierras, una
porción de su territorio: en caso contrario, no se podrá
conseguir la paz. Que quieren recibir una respuesta en pre- 4
sencia de los romanos, y si se les niegan las tierras, lucha-
rán, en presencia de los mismos romanos, para que puedan
llevar a su patria noticia de cuánto sobrepasan en valor los
galos al resto de los hombres. Les preguntaron los romanos 5
cuál era el derecho en que se basaban para pedirles tierras
a sus propietarios y amenazarlos con sus armas, y qué se
les había perdido a los galos en Etruria; respondieron ellos
con fiereza que llevaban el derecho en sus armas, y que a
los luchadores aguerridos les pertenece todo. Se acaloran
los ánimos por ambas partes, se corre a las armas y se
traba combate. Entonces, como ya el destino acosaba a la 6

ciudad de Roma, los emisarios, contraviniendo el derecho de gentes, toman las armas. No pudo esto pasar desapercibido, pues delante de las enseñas de los etruscos combatían tres de los más nobles y valientes jóvenes romanos: tanto
7 descollaba el valor de aquellos extranjeros. Es más, Quinto Fabio, saliendo del frente a caballo, dio muerte a un jefe de los galos atravesándole el costado con la lanza cuando se arrojaba osadamente sobre las enseñas mismas de los etruscos; al quitarle los despojos fue reconocido por los galos, y a lo largo de todo el frente se señaló que era un
8 legado romano. Acto seguido, olvidando sus iras contra los clusinos, tocan a retirada amenazando a los romanos. Había quienes opinaban que se debía marchar sobre Roma inmediatamente; se impusieron los de más edad, en el sentido de enviar primero unos legados a quejarse del desafuero y exigir que, en compensación por la violación del derecho de gentes, les fuesen entregados los Fabios.
9 Cuando los emisarios de los galos expusieron esto tal como se les había encomendado, al senado no le gustó lo que habían hecho los Fabios y le parecía justa la petición de los bárbaros; pero su condescendencia con tan nobles varones era un obstáculo para que acordase lo que le parecía
10 correcto. Por consiguiente, para no cargar ellos con las culpas de una eventual derrota sufrida en una guerra con los galos, remiten al pueblo el examen de las peticiones de los galos. La fuerza de la popularidad y el dinero fue entonces aún mayor, hasta el extremo de que aquellos cuya condena estaba en juego fueron elegidos tribunos militares
11 con poderes de cónsul para el año siguiente[135]. Los galos, ofendidos por este hecho tal como era de razón, amenazando abiertamente con la guerra retornaron con los suyos. Los tribunos militares elegidos juntamente con los tres

[135] El 390 a. C.

Fabios fueron Quinto Sulpicio Longo, Quinto Servilio, por cuarta vez, y Publio Cornelio Maluginense.

Los galos hacia Roma; batalla del Alia. Los galos a las puertas de Roma: dramática dispersión de la población

37 A pesar de la enormidad del peligro que amenazaba (hasta ese extremo la Fortuna ciega por completo las mentes, cuando no quiere que se rompa su fuerza que se viene encima), la ciudad, que contra los enemigos fidenates y veyentes y contra otros pueblos vecinos poniendo en juego sus recursos extremos había nombrado dictador en multitud de ocasiones, esa misma ciu- 2
dad, ante la ofensiva bélica de un enemigo nunca visto ni oído venido del Océano y los últimos confines de la tierra, no recurrió a ninguna autoridad, a ningún apoyo de excepción. Los tribunos por cuya temeridad se había originado 3
la guerra estaban en el gobierno y efectuaban un reclutamiento no más cuidadoso, en absoluto, que el acostumbrado para las guerras de tipo medio, quitando incluso importancia a los rumores referentes a la guerra. Entre- 4
tanto, los galos, cuando se enteraron de que se había tomado la iniciativa de conceder honores a los que habían violado los derechos humanos y de que su legación había sido objeto de burla, encendidos en la ira que este pueblo es incapaz de dominar, arrancan inmediatamente sus enseñas y a marchas forzadas emprenden el camino. Como ante 5
el tumulto de su paso presuroso las poblaciones aterradas corrían a las armas y se producía la huida de los campesinos, por dondequiera que pasaban daban a entender con gestos y a voz en grito que iban a Roma, ocupando con su columna desplegada a lo largo y ancho un enorme espacio con hombres y caballos. Pero, aunque iban por delante el 6
rumor y los mensajeros de los clusinos, y a continuación, los de otros pueblos, la celeridad del enemigo fue la que llevó a Roma el pánico más intenso, y así fue como se salió 7

a su encuentro sacando precipitadamente un ejército, por
así decir, de aluvión, llegando a duras penas hasta el milia-
rio undécimo, donde el Alia[136], que baja desde los montes
de Crustumeria[137] en un lecho muy hondo, se une al río
8 Tíber un poco más abajo de la carretera. En frente y en
derredor, todo estaba ya lleno de enemigos, y aquel pueblo,
dado por naturaleza a hacer vanos alardes, con cantos sal-
vajes y gritos diversos lo llenaba todo de horribles sonidos.

38 Entonces, los tribunos militares, sin elegir previamente
un emplazamiento para el campamento, sin atrincherar
una empalizada a donde poder retirarse, sin pensar al
menos en los dioses, ya que no en los hombres, sin tomar
los auspicios ni ofrecer un sacrificio favorable, forman el
frente de batalla estirándolo hacia las alas para que el ene-
2 migo con su multitud no pudiese rodearlos; no podían,
empero, igualar su frente, mientras que a base de estirarlo
tenían un centro escasamente consistente y a punto de
romperse. Había a la derecha una pequeña elevación de
terreno que acordaron ocupar con las fuerzas de reserva, y
esta maniobra, que supuso el comienzo del pánico y la
huida, supuso también la única salvación para los fugiti-
3 vos. En efecto, Breno, reyezuelo[138] de los galos, temeroso,
sobre todo, de la habilidad del enemigo dado que el
número era escaso, pensando que la elevación de terreno
había sido ocupada con una finalidad, la de que, cuando
los galos fuesen a chocar de frente contra el frente de las
legiones, las fuerzas de reserva lanzasen el ataque por la
espalda y por el flanco, vuelve su carga sobre los de reserva
4 convencido de que, si los desalojaba de aquella posición, la
victoria en terreno llano sería fácil dada su gran superiori-

---

136 Actual Aja, afluente del Tíber.

137 Cerca de Nomento.

138 Rey de una facción.

dad numérica. Hasta ese punto estaban del lado de los bárbaros no sólo la suerte, sino también el cálculo. En el 5
otro frente los romanos no parecían serlo en absoluto, ni los generales ni los soldados. El pánico y la idea de la huida se habían adueñado de los ánimos y tan profundamente se olvidaron de todo, que huyeron a Veyos, ciudad enemiga, estando el Tíber de por medio, en número mucho mayor que a Roma por camino recto en dirección a sus mujeres e hijos. Durante un corto espacio de tiempo la 6
posición les sirvió de protección a los de reserva; en el resto del frente, tan pronto como oyeron el grito de guerra, por el flanco los más cercanos y por la espalda los más alejados, casi antes de ver a su desconocido enemigo huyeron enteros e ilesos sin intentar luchar, es más, sin devolver siquiera el grito de guerra. Nadie fue muerto en combate; 7
se hirieron por la espalda enzarzados entre sí al impedirles la huida la aglomeración. En torno a la ribera del Tíber, a 8
donde huyó toda el ala izquierda después de arrojar las armas, se produjo una gran matanza; a muchos que no sabían o no tenían fuerzas para nadar, bajo el peso de las corazas y otros elementos de protección se los tragaron las aguas; sin embargo, la mayor parte huyeron sanos y salvos 9
a Veyos desde donde no se envió a Roma refuerzo alguno, es más, ni tan siquiera un mensajero. Desde el ala derecha, 10
que se había situado lejos del río y más hacia el pie del montículo, se dirigieron todos a Roma y, sin cerrar siquiera las puertas de la ciudad, se refugiaron en la ciudadela.

Por su parte, los galos, ante lo extraordinario de una 39
victoria tan repentina, quedaron como estupefactos, y también ellos, en un principio, se detuvieron, paralizados de pánico, como no comprendiendo qué había ocurrido; después, temieron una celada; al fin recogieron los despojos de los muertos y formaron montones con las armas,

2 como tienen por costumbre; entonces, por último, como no había a la vista por ninguna parte ni rastro del enemigo, emprenden la marcha y, poco antes de la puesta del sol, llegan ante la ciudad de Roma. Allí, cuando unos jinetes que marchaban delante volvieron diciendo que las puertas no estaban cerradas, que no había centinelas haciendo guardia ante las puertas, que no había hombres armados en las murallas, una nueva sorpresa similar a la anterior los
3 dejó en vilo; por temor a la noche y al desconocimiento de la situación de la ciudad, se detuvieron entre Roma y el Anio, después de enviar exploradores en torno a las murallas y las otras puertas a ver qué planes tenía el enemigo en
4 aquella situación desesperada. Por parte de los romanos, como se había dirigido a Veyos una proporción mayor que a Roma, nadie creía que hubiera más supervivientes que los que se habían refugiado en Roma y fueron llorados todos por igual, vivos y muertos, llenándose de lamentos
5 prácticamente toda la ciudad. Después, los duelos privados enmudecieron ante el pánico general, cuando se anunció la presencia del enemigo; al poco se oían los alaridos y los cantos disonantes de los bárbaros, que vagaban en grupos
6 en derredor de las murallas. A partir de entonces, durante todo el tiempo hasta el amanecer siguiente, estuvieron los ánimos tan en suspenso que en cada momento se tenía la impresión de que se iba a producir el ataque a la ciudad: cuando acababan de llegar, porque se habían acercado a la ciudad —pues se hubieran quedado junto al Alia, de no
7 haber tenido tal propósito—; después, hacia la puesta de sol, porque no quedaba mucho día —atacarían preferiblemente antes de la noche—; luego, que habían diferido sus planes para la noche con el fin de provocar mayor pánico;
8 finalmente, al acercarse el alba se morían de miedo y, al temor ininterrumpido, sucedió el propio mal cuando las enseñas enemigas avanzaron hacia las puertas. No obs-

tante, durante la noche aquella y durante el día siguiente la
población no se pareció lo más mínimo a aquella que había
huido con tanto pánico junto al Alia. En efecto, como no 9
había esperanza alguna de que la ciudad pudiese ser defen-
dida con tan escasos efectivos como quedaban, se acordó
que, juntamente con las mujeres e hijos, los jóvenes en
edad militar y los senadores más vigorosos se retirasen a la
ciudadela y al Capitolio, y, trasladados allá armas y trigo, 10
desde aquella posición fortificada defendiesen los dioses,
los hombres y el nombre de Roma; el *flamen*[139] y las 11
sacerdotisas de Vesta alejarían de la destrucción y el incen-
dio los objetos del culto público, y no sería abandonado el
culto divino mientras quedase alguien para administrarlo.
Si la ciudadela y el Capitolio, morada de los dioses; si el 12
senado, cabeza del plan de gobierno; si la juventud en edad
militar sobrevivían a la catástrofe que se cernía sobre la
ciudad, sería llevadera la pérdida de la multitud de ancia-
nos que eran abandonados en la ciudad y que, en cualquier
caso, estaban abocados a morir. Y, con el objeto de que la 13
multitud plebeya lo sobrellevase con mayor ecuanimidad,
los ancianos triunfadores y excónsules decían públicamente
que ellos morirían juntamente con los otros, y que sus
cuerpos, incapaces de llevar armas y de defender a la
patria, no serían una carga que añadir a la escasez de
combatientes.

De este modo se consolaban entre sí los ancianos desti- **40**
nados a la muerte. Después, sus palabras de aliento se diri-
gieron a la columna de jóvenes a los que acompañaban en
dirección al Capitolio y la ciudadela, encomendando a su
valor y juventud la suerte, cualquiera que fuese, que le
quedara a la ciudad que, a lo largo de trescientos sesenta
años, había vencido en todas las guerras. Al separarse los 2

---

139 ¿El de Quirino (40, 7), o el de Júpiter (52, 13)?

que eran portadores de toda la esperanza y la fuerza de los que habían decidido no sobrevivir a la toma y destrucción
3 de la ciudad, la propia situación y su manifestación eran dignas de lástima, pero, además, el llanto de las mujeres y sus carreras sin rumbo en pos, unas veces, de unos y, otras, de otros, preguntando, una y otra vez, a sus maridos y a sus hijos a qué suerte las entregaban, agotaban las posibili-
4 dades de los males humanos. Una gran parte de ellas, sin embargo, fueron tras los suyos hasta la ciudadela sin que nadie las invitase a entrar ni se lo impidiese, porque lo que era útil para los sitiados con miras a disminuir el número
5 de no combatientes, era escasamente humano. El resto de la multitud, plebeyos en su mayoría, a los que una colina de tan reducidas dimensiones no podía albergar ni alimentar dada la escasez de trigo, se salieron fuera de la ciudad y ya como una columna única se dirigieron al Janículo.
6 Luego, unos se dispersaron por los campos, otros se dirigieron a las ciudades vecinas, sin ningún jefe ni propósito común, siguiendo cada uno su propia esperanza, sus pro-
7 pios planes, desesperando de los comunes. Entretanto, el *flamen* de Quirino y las vírgenes vestales, sin preocuparse de sí mismos, preguntándose cuáles de los objetos sagrados debían llevar consigo y cuáles debían dejar porque no tenían fuerzas para llevárselos todos, y qué escondrijo les
8 serviría de protección segura, opinaron que lo mejor era meterlos en tinajas y enterrarlos en una capilla próxima a la casa del *flamen* de Quirino, donde aún hoy es una profanación escupir. Se llevan los objetos restantes, repartiéndose la carga, por el camino que conduce al Janículo por el
9 puente Sublicio[140]. En aquella pendiente vio a las sacerdotisas Lucio Albinio, un plebeyo que llevaba en un carro a su mujer e hijos en medio del resto de la turba que, al no

[140] El puente de madera de I 33, 6 y II 10, 2.

servir para combatir, abandonaba la ciudad; teniendo 10 clara, aun en tales circunstancias, la diferencia entre lo divino y lo humano, sintió escrúpulos de que unas sacerdotisas públicas fueran andando y los objetos de culto del pueblo romano fuesen transportados a pie, mientras a él y a los suyos se los veía en vehículo, mandó bajarse a su mujer y a los niños, hizo subir al carro a las vírgenes y los objetos sagrados y los transportó hasta Cere, a donde se dirigían las sacerdotisas.

Los galos entran en Roma

En Roma, entretanto, dispuesto ya 41 todo, a tenor de la situación, para la defensa de la ciudadela, la multitud de ancianos, vueltos a sus casas, estaban a la espera de la llegada del enemigo en actitud resuelta a morir. Los que habían desempeñado magis- 2 traturas curules, con el objeto de morir con los distintivos de su antigua grandeza, de sus cargos y sus méritos, vestidos con la indumentaria más solemne, la de los que conducen el carro sagrado o de los que triunfan, se sentaron en medio de sus casas en sus sillas de marfil. Hay quien sos- 3 tiene que, repitiendo la fórmula que iba pronunciando delante el pontífice máximo Marco Folio, se ofrecieron a morir por la patria y los ciudadanos de Roma. Los galos, 4 debido a que con una noche de por medio sus ánimos habían remitido en su ardor por pelear y debido a que nunca se habían batido en un combate incierto, y además tomaban la ciudad sin tener que asaltarla a la fuerza, entraron en la ciudad al día siguiente sin ira, sin enardecimiento, por la puerta Colina, abierta, llegando hasta el foro, volviendo sus miradas en torno hacia los templos de los dioses y hacia la ciudadela, que era la única que presentaba aspecto bélico. A continuación, dejando un pequeño 5 destacamento, no fuese a ser que desde la ciudadela o el Capitolio se produjese algún ataque una vez dispersados, se

pierden en busca de botín por las calles vacías de gente;
unos corren en tropel hacia los edificios más próximos;
otros se dirigen a los alejados, considerándolos por esa
6 razón intactos y repletos de botín; asustados, luego, por la
misma soledad, de nuevo, temiendo que una trampa ene-
miga los cazase dispersos, volvían agrupados hacia el foro
7 y las zonas cercanas al mismo. Al encontrar allí atrancadas
las casas de los plebeyos y abiertos de par en par los atrios
de los nobles, sentían casi mayor recelo en internarse en las
8 casas abiertas que en las cerradas: hasta ese extremo sólo
con respeto miraban a los hombres sentados en los vestíbu-
los de sus casas, muy parecidos a los dioses no sólo por su
vestimenta y su porte de una majestuosidad más que
humana, sino también por la dignidad que emanaba de su
9 rostro y de la serenidad de su semblante. Al quedarse
parados ante ellos como si fueran estatuas, dicen que
Marco Papirio, uno de ellos, golpeó en la cabeza con su
bastón de marfil a un galo que le acariciaba la barba, larga
como entonces la llevaba todo el mundo, y provocó su
cólera, dando comienzo por él la matanza; los demás fue-
10 ron pasados a cuchillo sobre sus asientos; después de la
muerte de los notables ya no se perdona a ningún ser
viviente, las casas son objeto de pillaje y, una vez vaciadas,
se les prende fuego.

42 Ahora bien, o no todos los galos tenían deseos de des-
truir la ciudad, o sus jefes habían decidido, por una parte,
que se hiciesen bien visibles algunos incendios con el fin de
asustar por si se podía empujar a los sitiados a rendirse por
2 cariño hacia sus hogares, y por otra, que no se quemasen
todas las casas, para mantener lo que quedase en pie de la
ciudad como prenda para doblegar la actitud del enemigo:
durante el primer día no se extendió el fuego por todas
partes y ampliamente como cuando es tomada una ciudad.
3 Los romanos, que desde la ciudadela veían la ciudad llena

de enemigos corriendo sin rumbo por todas las calles, como primero en un sitio y luego en otro se originaba algún nuevo desastre, no eran capaces de razonar debidamente, es más, ni siquiera podían controlar lo suficiente sus oídos y sus ojos. Hacia cualquier punto a donde los gritos 4
del enemigo, los llantos de las mujeres y los niños, el crepitar de las llamas y el estruendo de los edificios al derrumbarse atraían su atención, volvían sus espíritus llenos de pavor, su rostro, sus ojos, como si la Fortuna los hubiese puesto de espectadores de la ruina de su patria y no quedasen para defender ninguno de sus bienes, a excepción de sus cuerpos; eran más dignos de lástima que cualesquiera 5
otros que hayan sido nunca sitiados, porque sufrían el asedio aislados de su patria, viendo todo lo suyo en poder del enemigo. La noche que sucedió a aquel día transcurrido en 6
medio de tanto horror no fue más tranquila; tras ella vino luego un amanecer agitado, y no había instante en que no se produjese el espectáculo de algún desastre, distinto cada vez. Sin embargo, abrumados bajo el peso de tantos males, 7
no se doblegó ni un ápice su resuelta actitud, y aun viéndolo todo arrasado por las llamas y los derrumbamientos, a pesar de lo desasistida que estaba y lo reducida que era la colina que ocupaban, la defendieron con valentía como reducto de su libertad. Y al irse repitiendo día tras día los 8
mismos hechos, como si se habituaran a la desgracia sus ánimos, se fueron insensibilizando al sentimiento por sus bienes, y ponían sus miras únicamente en las armas y el hierro que empuñaban como único reducto de su esperanza.

Fracaso del asalto a la ciudadela: bloqueo. Árdea: Camilo

43 También los galos, después de hacer infructuosamente la guerra durante varios días exclusivamente a los edificios de la ciudad, viendo que entre incendios y derrumbamientos nada quedaba en pie en la ciudad conquistada, salvo los enemigos armados, y

que no estaban en modo alguno aterrados por tantos desastres ni iban a doblegar su decisión para rendirse, si no se recurría a la fuerza, deciden probar un último resorte y ata-
2 car la ciudadela. Al rayar el alba, dada la señal, toda la multitud se forma en el foro; desde allí, lanzando el grito de guerra y formando la tortuga, empiezan a subir. Los romanos les hacen frente ordenada y serenamente: refuerzan la guardia en todas las entradas, sitúan a sus mejores hombres en los puntos que son blanco del ataque, permiten que el enemigo ascienda, en la idea de que cuanto más avance pendiente arriba tanto más fácilmente podrá empu-
3 jársele cuesta abajo. Aproximadamente a mitad de la colina hicieron alto y, a continuación, desde lo alto de aquella posición que los lanzaba casi por sí misma contra el enemigo, atacaron y dispersaron a los galos abatiéndolos y causándoles estragos tales que jamás en lo sucesivo intentaron, ni en grupo ni todos juntos, un ataque parecido a
4 aquél. Renunciando, por consiguiente, a la esperanza de llegar arriba por la fuerza de las armas, preparan el asedio, en el que hasta entonces no habían pensado, y en los incendios de la ciudad habían acabado con el trigo que había en la misma, mientras que el de los campos había sido llevado a Veyos en su totalidad por aquellas mismas
5 fechas. Dividiendo, pues, el ejército, decidieron que una parte saquease por los pueblos vecinos y la otra sitiase la ciudadela, de forma que los que saqueasen los campos proporcionasen trigo a los sitiadores.

6 A los galos que salían de Roma, la propia Fortuna, para hacerles experimentar el valor romano, los encaminó
7 hacia Árdea, donde estaba exiliado Camilo. Éste, más apenado por la suerte pública que por la suya, pasaba la vida acusando a los dioses y a los hombres, preguntándose con indignación y sorpresa dónde estaban aquellos guerreros con los que había conquistado Veyos y Falerios y que

habían hecho las guerras restantes siempre con más valen-
tía que suerte. De repente oye que el ejército de los galos 8
está llegando y que los ardeates deliberan, asustados, sobre
ello. Como tocado por una inspiración divina, se lanzó en
medio de la asamblea, él que anteriormente solía abste-
nerse de participar en tales reuniones, y dijo: «Ardeates, 44
viejos amigos, nuevos conciudadanos míos además, ya que
vuestro favor así lo quiso y mi suerte lo requirió: que nadie
de vosotros vaya a creer que me he presentado aquí por
olvido de mi condición; pero la situación y el peligro
común obligan a que cada uno ponga a contribución la
colaboración que pueda en unas circunstancias críticas.
Y ¿cuándo voy a mostraros mi agradecimiento por tan 2
grandes servicios como me habéis prestado, si no hago
nada en estos momentos? ¿En qué vais a recurrir a mis
servicios, si no es en la guerra? Gracias al arte militar me
mantuve en mi patria, invicto en la guerra, y fue durante la
paz cuando me expulsó la ingratitud de mis conciudada-
nos. Pues bien, a vosotros, ardeates, se os presenta la oca- 3
sión de mostrar vuestro agradecimiento al pueblo romano
por los servicios tan grandes que vosotros mismos recor-
dáis (pues no es preciso hacer memoria de ellos ante quien
los tiene en la mente) y de lograr, a costa del enemigo
común, una enorme gloria para esta ciudad. Los que se 4
acercan a la desbandada son gentes a las que la naturaleza
dotó de gran estatura y decisión, pero no de constancia,
por eso en todos los enfrentamientos se muestran más
amenazantes que sólidos. La catástrofe de Roma lo 5
demuestra: tomaron una ciudad que tenía las puertas abier-
tas; desde la ciudadela y el Capitolio se les hace frente con
una pequeña partida de hombres; vencidos por el cansan-
cio del asedio, se alejan ya y se dispersan vagando a través
de los campos[141]. Hartos de comida y vino engullidos a

[141] Parece contradecir a 43, 5.

6 toda prisa, cuando cae la noche, junto a los arroyos, sin
atrincheramiento, sin puestos de guardia ni centinelas, se
tienden por doquier como animales salvajes, y ahora con
menos precauciones aún que de costumbre, debido a sus
7 éxitos. Si estáis dispuestos a defender vuestras murallas y
no dejar que todo esto pase a ser Galia, durante la primera
guardia empuñad las armas y seguidme en masa a matar,
no a combatir. Si no os los entrego agobiados por el sueño
para que los degolléis como corderos, acepto que mi situación tenga el mismo final que en Roma.»

Ofensiva contra los galos desde Árdea y desde Veyos. Anécdota de un Fabio sitiado. Camilo dictador

45 Tanto los que estaban a favor como
los que estaban en contra, tenían el convencimiento de que era el hombre de más
talla guerrera de su tiempo. Disuelta la
asamblea, reponen fuerzas atentos a la
inminente señal. Dada ésta, en el silencio
de los primeros momentos de la noche se pusieron a las
2 órdenes de Camilo junto a las puertas. Al salir, no lejos de
la ciudad como estaba previsto, se encuentran con el campamento de los galos, sin protección ni vigilancia por ninguna parte, y lo atacan dando un tremendo grito de guerra.
3 En ningún punto hay combate, en todos una carnicería:
son degollados los cuerpos desnudos y rendidos de sueño.
No obstante, a los más alejados el pánico los hace levantarse de sus lechos sin saber cuál es la naturaleza o el origen del ataque, y los lanza a la fuga y a algunos, incluso,
sin darse cuenta, los lanza sobre los propios enemigos. Una
gran parte se ve empujada hasta el territorio de Ancio, y
los habitantes de la plaza hacen una salida y los envuelven.
4 En territorio de Veyos se les causaron estragos similares
a los etruscos, los cuales sintieron tan poca conmiseración
por una ciudad vecina suya desde hacía cuatrocientos años
aplastada por un enemigo inusitado, desconocido, que en
aquellas circunstancias hacían incursiones en territorio

romano y, cargados de botín, tenían incluso el propósito de atacar Veyos y su guarnición, esperanza suprema del nombre romano. Los soldados romanos los habían visto 5
diseminados por los campos y, después, agrupados en columna llevando delante las presas, y veían su campamento situado no lejos de Veyos. Primero se compadecie- 6
ron de sí mismos, después fueron presa de indignación y, de ésta, pasaron a la ira: ¿es que los etruscos, de los que habían desviado la guerra con los galos atrayéndola sobre sí mismos, iban a tomar a broma sus desastres? Trabajo les 7
costó controlarse y no lanzar el ataque de inmediato; contenidos por el centurión Quinto Cedicio, al que ellos mismos habían nombrado jefe suyo, dejaron así las cosas hasta la noche. Tan sólo faltó una cabeza como Camilo: lo 8
demás se sucedió por el mismo orden y con el mismo final afortunado; es más, tomando como guía a los prisioneros supervivientes a la matanza nocturna, marcharon contra otra partida de etruscos a Salinas[142], por sorpresa a la noche siguiente hicieron una matanza aún mayor, y entre vítores por la doble victoria regresan a Veyos.

En Roma, entretanto, el asedio se desarrollaba, gene- 46
ralmente, con poca actividad y había silencio por ambas partes, pendientes los galos únicamente de que ni un enemigo pudiese salir por entre los puestos de guardia, cuando, de pronto, un joven romano se convirtió en el centro de la admiración de conciudadanos y enemigos. Era 2
una institución un sacrificio de la familia de los Fabios sobre el Quirinal. Para ofrecerlo, Gayo Fabio Dorsuo, con la toga ceñida al estilo de los gabinos[143] y llevando en sus manos los objetos de culto, descendió del Capitolio, salió por entre los puestos de guardia enemigos sin inmutarse

[142] En la margen derecha del Tíber, junto a su desembocadura.

[143] Según el ritual de los sacrificios, una parte de la toga pasa sobre el hombro izquierdo por la espalda y se anuda en la cintura.

ante las voces o las amenazas de ninguno de ellos y llegó
3 hasta el Quirinal; realizadas allí todas las ceremonias solemnes, volviendo por el mismo camino con semblante y paso igualmente inmutable, suficientemente confiado en que los dioses cuyo culto no había abandonado ni siquiera ante el obstáculo del miedo a la muerte le serían propicios, retornó al Capitolio con los suyos, bien porque los galos se quedaran pasmados ante su prodigiosa audacia o bien porque hubiesen sentido temor religioso, al que este pueblo no es, en modo alguno, indiferente.

4 En Veyos, entretanto, iban aumentando de día en día no sólo la moral sino también las fuerzas. No solamente se concentraban allí los romanos procedentes de los campos en los que habían andado errantes tras una batalla adversa o tras la catástrofe de la toma de Roma, sino que afluían
5 del Lacio voluntarios para tomar parte en el botín; parecía llegado ya el momento de reconquistar la patria y arrancarla de las manos del enemigo; pero aquel cuerpo lleno de
6 fuerza estaba falto de una cabeza. El propio lugar les hacía recordar a Camilo, y era grande la porción de soldados que bajo su guía y auspicios había tenido éxitos; además, Cedicio declaraba que él no daría pie a que algún dios o algún hombre pusiese término a su mando antes de reclamar él mismo, consciente de cuál era su graduación, un general.
7 Por unanimidad se decidió llamar a Camilo de Árdea, pero consultando antes al Senado que estaba en Roma: hasta ese punto el respeto lo dominaba todo, y se guardaban las distancias cuando todo estaba prácticamente perdido.
8 Había que cruzar con enorme riesgo por entre los centinelas enemigos. Un joven intrépido, Poncio Comino, se ofreció para esta misión. Tendido sobre una corteza, es llevado
9 hacia Roma por la corriente del Tíber. Luego, por el lugar más cercano a la orilla, sube por unas rocas escarpadas, y por ello poco vigiladas por el enemigo, hasta el Capitolio y,

conducido ante los magistrados, expone el encargo del
ejército. Provisto, después, de un senadoconsulto dispo- 10
niendo que Camilo, llamado del exilio por los comicios
curiados, por mandato del pueblo fuese nombrado dictador de inmediato y los soldados tuviesen el general que
querían, el mensajero volvió a bajar por el mismo camino y
se dirigió a Veyos. Enviada a Árdea una legación a presen- 11
cia de Camilo lo trajo a Veyos, o bien —lo cual es más
creíble— no salió de Árdea antes de saber con seguridad que la ley había sido votada, porque no podía cambiar su residencia sin un mandato del pueblo ni podía tomar los auspicios en el ejército, si antes no era nombrado dictador, y la ley fue votada por las curias y fue nombrado dictador en ausencia.

Peligro en el Capitolio, conjurado. Hambre. Rendición de la ciudadela

Mientras ocurría esto en Veyos, la ciu- 47
dadela de Roma y el Capitolio corrieron
un tremendo peligro. En efecto, los ga- 2
los, bien por haber advertido las huellas humanas por donde había pasado el mensajero de Veyos, o bien porque ellos mismos vieron junto al templo de Carmente[144] una roca fácil de escalar, en una noche no muy clara enviaron, primero, por delante un hombre sin armas para que tantease el terreno; luego, pasándose las armas cuando había algún paso difícil, apoyándose unos en otros, aupándose por turno y tirando unos de otros según lo exigía la naturaleza
del terreno, llegaron hasta la cima en tan profundo silencio 3
que no sólo burlaron a los centinelas, sino que ni siquiera despertaron a los perros, animales atentos a los ruidos nocturnos. No pasaron desapercibidos a los gansos, a los que 4
no se tocaba, a pesar de la agudísima falta de alimentos, porque estaban consagrados a Juno. Esta circunstancia significó la salvación, pues sus gañidos y el sonoro batir de

[144] La vaticinadora, madre de Evandro (I 7, 8).

sus alas despertaron a Marco Manlio, notable hombre de guerra que había sido cónsul dos años antes; cogiendo velozmente las armas mientras empuja a los demás por las suyas, se lanza y, al tiempo que los restantes se agitan, golpea con la bloca del escudo a un galo que ya había hecho
5 pie en la cima y lo abate. Su caída arrastra a los que le siguen de inmediato; a otros que, asustados, abandonadas las armas, se abrazaban con las manos a las rocas de las que colgaban, les da muerte Manlio. Los otros romanos, reunidos al fin, arrojando piedras y dardos rechazan a los enemigos cuya caída arrastra consigo a todo el grupo pre-
6 cipitándose pendiente abajo. Calmado luego el tumulto, el resto de la noche fue dedicado al descanso en la medida en que lo hacía posible la agitación de los ánimos, que estaban
7 inquietos incluso una vez pasado el peligro. Al amanecer, la trompeta llama a los soldados a reunirse en presencia de los tribunos, y como se debía dar su merecido al buen y al mal proceder, fue primero alabado Manlio por su valor, no sólo por los tribunos militares, sino por todos los soldados
8 unánimemente: todos y cada uno le llevaron media libra de harina y un cuarto[145] de vino a su casa, que estaba en la ciudadela; detalle que no tiene importancia a la hora de contarlo, pero que la escasez convertía en una gran prueba de afecto, al ser una aportación que hacía cada uno a costa de su ración, quitándolo a su cuerpo y a sus necesidades,
9 para honrar a un solo hombre. A continuación, fueron llamados a comparecer los centinelas del sitio por donde había pasado desapercibida la subida del enemigo. Quinto Sulpicio, tribuno militar, declaró que los iba a castigar a
10 todos de acuerdo con las ordenanzas, pero ante el clamor unánime de los soldados, que echaban la culpa a uno solo de los centinelas, no les hizo nada a los demás, y al acu-

[145] Algo más de un octavo de litro. El *quartarius* era la cuarta parte del *sextarius*, o sexta parte del *congius*.

sado, cuya culpabilidad no ofrecía duda, mandó que lo
arrojaran desde lo alto de una roca y todos lo aprobaron.
A partir de entonces la vigilancia era más intensa por 11
ambas partes; de los galos, porque estaba corrido que circulaban mensajeros entre Veyos y Roma, y de los romanos,
por el recuerdo del peligro de aquella noche.

Pero por encima de todos los males del asedio y de la 48
guerra, a ambos ejércitos los acuciaba el hambre, y a los 2
galos, además, una epidemia, porque tenían su campamento en una hondonada entre colinas, abrasada a causa
de los incendios, llena de bocanadas de aire caliente, en la
que entraban las cenizas, no sólo el polvo, cuando se levantaba un soplo de viento; todo esto era completamente 3
insoportable para aquel pueblo acostumbrado a la humedad y el frío, y martirizados por el calor atosigante morían
como el ganado al extenderse la enfermedad; faltos de
ánimos para enterrarlos de uno en uno, los apilaban de
forma indiscriminada y quemaban los cuerpos en montones, dando pie a que el lugar fuese conocido en adelante
con el nombre de «Piras de los galos». Hicieron, luego, una 4
tregua con los romanos y se entablaron conversaciones con
permiso de los generales. Como en ellas los galos continuamente hacían referencia al hambre llamándolos a rendirse debido a esta necesidad, dicen que, para sacarlos de
aquella idea, tiraron pan desde lo alto del Capitolio en
muchos sitios en dirección a los puestos de guardia enemigos. Pero el hambre ya no podía ser disimulada ni sopor- 5
tada por más tiempo. Por eso, mientras en Árdea el dictador efectúa personalmente una leva, ordena al jefe de la
caballería Lucio Valerio que lleve el ejército a Veyos, hace
preparativos y toma medidas para atacar al enemigo en
igualdad de condiciones; mientras tanto, el ejército del 6
Capitolio, agotado por las guardias y vigilias, sobreponiéndose, sin embargo, a todas las desdichas humanas,

como el hambre era lo único a lo que la naturaleza no les permitía vencer, día tras día miraba a lo lejos a ver si apa-
7 recía alguna ayuda de parte del dictador. Al fin, faltos también de esperanza, no sólo ya de alimentos y, cuando salían a hacer la guardia, casi abrumado su cuerpo bajo el peso de las armas, decidieron rendirse o pagar rescate en cualesquiera condiciones que fuese posible, mientras los galos hacían ver claramente que con una suma no muy grande se les podía convencer para que abandonasen el
8 asedio. Entonces se reunió el senado y se encargó a los tribunos militares de pactar. Luego, entre Quinto Sulpicio, tribuno militar, y Breno, reyezuelo de los galos, se llevó a término la negociación en una entrevista y se fijó en mil libras de oro[146] el precio del pueblo que bien pronto iba a
9 mandar en el mundo. A este hecho, ya de por sí muy vergonzoso, se sumó una humillación: los galos trajeron pesos falseados y, al rechazarlos el tribuno, el galo añadió insolentemente su espada a los pesos y pronunció una frase intolerable para los romanos: «¡Ay de los vencidos!»

Llegada, victorias, triunfo de Camilo. Primeras medidas, de ámbito religioso

49 Pero los dioses y los hombres impidieron que los romanos viviesen rescatados, pues dio la casualidad de que, antes de que el execrable pago se efectuase, no estando aún pesado el oro en su totalidad debido al altercado, se presenta el dictador y ordena que se quite de enmedio el
2 oro y que los galos se retiren. Al negarse éstos, alegando que se había hecho un trato, dice que un pacto que ha sido convenido después de ser él nombrado dictador, sin orden suya, por un magistrado de rango inferior, no tiene validez,
3 y advierte a los galos que se apresten al combate. Ordena a los suyos que pongan en un montón los bagajes y preparen

[146] 327 kg.

las armas, y reconquisten la patria con el hierro, no con el oro, teniendo a la vista los templos de los dioses, las esposas e hijos, y el suelo patrio destrozado por los males de la guerra, y todo aquello que es un deber sagrado defender, recuperar y vengar. Forma, luego, a las tropas en orden de 4 batalla, en la medida en que lo permitían las condiciones del terreno en el suelo de una ciudad medio derruida y de conformación accidentada, y toma todas las medida favorables a los suyos que sus conocimientos bélicos le permitían adoptar y disponer. Los galos, desconcertados por lo 5 inesperado de la situación, toman las armas y se lanzan contra los romanos con más ira que reflexión. La fortuna ya había cambiado, ya la ayuda de los dioses y la prudencia de los hombres favorecía a Roma. Así, al primer choque fueron dispersados los galos en no más tiempo del que les había llevado vencer en el Alia. Después, en otra batalla 6 más regular, en el miliario ocho de la vía Gabinia, donde se habían reagrupado después de la huida, son vencidos bajo el mando y los auspicios del mismo Camilo. Allí la carnicería fue total; el campamento fue tomado y no quedó ni siquiera quien pudiese llevar la noticia del desastre. El dic- 7 tador, recuperada la patria de manos del enemigo, volvió en triunfo a Roma, y en los rudos cantos de burla que profieren los soldados le llamaban Rómulo, y padre de la patria, y segundo fundador de Roma, elogios que no carecían de fundamento.

Después de salvar a la patria en la guerra, la volvió a 8 salvar sin duda en la paz cuando impidió la emigración a Veyos, proyecto que los tribunos impulsaban con mayor empeño después del incendio de Roma y hacia el que ya de por sí la plebe se inclinaba en mayor medida; ésta fue la 9 razón de que no dimitiese como dictador después del triunfo, al pedirle encarecidamente el senado que no abandonase al Estado en una situación de incertidumbre.

50 Antes de nada, como era un observante muy escrupuloso de las prácticas religiosas, hizo un informe de lo referente a los dioses inmortales y promovió el siguiente sena-
2 doconsulto: todos los templos, en la medida en que hubiesen estado en poder del enemigo, serían reconstruidos, restablecido su recinto, purificados, y la forma de su expia-
3 ción sería buscada por los duúnviros en sus libros; se establecerían relaciones oficiales de hospitalidad con Cere, porque había dado acogida a los objetos sagrados del pueblo romano y a sus sacerdotes y, gracias al servicio prestado por aquel pueblo, no se había interrumpido el culto
4 de los dioses inmortales; se celebrarían juegos Capitolinos, porque Júpiter Óptimo Máximo había protegido su morada y la ciudadela del pueblo romano en circunstancias críticas; a este fin, el dictador Marco Furio formaría un colegio integrado por habitantes del Capitolio y la ciuda-
5 dela. También, en orden a la expiación de la voz nocturna que se había oído anunciando la catástrofe antes de la guerra con los galos, y de la que no se había hecho caso, fue presentada una moción, y se decidió erigir en la calle
6 Nueva un templo[147] a Ayo Locucio. El oro que se les había quitado a los galos y que, en medio del revuelo, había sido trasladado al santuario de Júpiter desde los demás templos, como no se recordaba con claridad a qué templos debía ser llevado, fue declarado sagrado en su totalidad y se dispuso
7 que fuese depositado bajo el sitial de Júpiter. Ya anteriormente la religiosidad de la ciudad había quedado de manifiesto en que, faltando oro estatal para reunir la suma acordada como rescate con los galos, se había aceptado el aportado por las matronas con la finalidad de que no se tocase el oro sagrado. Se les dieron las gracias a las matro-

[147] Parece tratarse de una capilla, según 32, 2.

nas y se les concedió el honor de tener, al igual que los hombres, un elogio fúnebre solemne después de la muerte. Una vez cumplimentado lo que hacía referencia a los dioses 8
y que era competencia del senado, finalmente, como los tribunos con sus continuas arengas incitaban a la plebe a que abandonase las ruinas y emigrase a Veyos, ciudad bien preparada, Camilo se presentó en la asamblea seguido por el senado en pleno y habló en estos términos:

Discurso de Camilo oponiéndose a abandonar Roma

«Ciudadanos de Roma: las pugnas con 51
los tribunos de la plebe me resultan tan enojosas que, en el profundo abatimiento de mi destierro, mi único consuelo, mientras duró mi estancia en Árdea, fue el estar alejado de estos enfrentamientos, y por esta misma razón no pensaba regresar jamás, aunque reclamaseis mil veces mi vuelta mediante un senadoconsulto o un mandato del pueblo. Y en los momentos actuales me impulsó a vol- 2
ver un cambio no en mi actitud sino en vuestra suerte; lo que estaba en juego, efectivamente, era que la patria se mantuviese sobre su base, no que yo estuviese en mi patria a toda costa. Y ahora de buen grado me mantendría tranquilo y guardaría silencio, si no fuese ésta también una lucha por la patria; fallarle a ésta mientras quede vida, para otros es una vergüenza, para Camilo es, además, una impiedad. Pues ¿para qué la reconquistamos, para qué la 3
arrancamos de las manos del enemigo que la asediaba, si, una vez recuperada, nosotros mismos la abandonamos? Y si, cuando los galos vencían y estaba ocupada por completo la ciudad, sin embargo el Capitolio y la ciudadela los ocupaban, los habitaban los dioses y los hombres de Roma, ¿serán abandonados precisamente la ciudadela y el Capitolio, cuando vencen los romanos y la ciudad ha sido recuperada, y será mayor la desolación que le causen a esta ciudad nuestros éxitos que nuestros reveses?

4 »Ciertamente, aun en el caso de que no tuviésemos ins-
tituciones religiosas establecidas al mismo tiempo que la
ciudad y transmitidas de mano en mano, la voluntad de los
dioses ha asistido a Roma en las presentes circunstancias
de forma tan evidente que, a mi entender, cualquier clase
de negligencia con relación al culto divino le ha sido
5 vedada al hombre. Fijaos, en efecto, bien en los éxitos o
bien en los reveses de estos últimos años: os encontraréis
con que todo ha ido bien cuando hemos seguido a los dio-
6 ses, y mal cuando les hemos dado de lado. En primer lugar,
la guerra de Veyos —¡cuántos años, cuántos trabajos
supuso!—: no finalizó hasta que por admonición de los
7 dioses se le dio salida al agua del lago Albano. ¿Qué decir,
en fin, de esta reciente catástrofe de nuestra ciudad? ¿Se
produjo, acaso, antes de que fuese despreciada la voz
venida del cielo referente a la llegada de los galos; antes de
que nuestros legados violasen el derecho de gentes; antes de
que pasásemos por alto, cuando debíamos castigarla, esta
8 falta, con igual desprecio de los dioses? En consecuencia,
vencidos, hechos prisioneros y rescatados, fuimos castiga-
dos por los dioses y los hombres hasta el extremo de servir
de escarmiento al orbe entero. La adversidad nos hizo
9 luego acordarnos de la religión. Fuimos a refugiarnos al
Capitolio al lado de los dioses, al lado de la morada de
Júpiter Óptimo Máximo; los objetos sagrados, cuando lo
nuestro se venía abajo, unos los ocultamos bajo tierra,
otros los trasladamos a las ciudades vecinas, apartándolos
de la vista del enemigo; abandonados por los dioses y los
hombres, no interrumpimos, sin embargo, el culto de los
10 dioses. Nos devolvieron por ello la patria y la victoria y la
antigua gloria bélica perdida, y volvieron el terror, la huida
y la muerte en contra del enemigo, que, cegado por la ava-
ricia, quebrantó el tratado y la palabra empeñada, al pesar
el oro.

»Viendo en las cosas humanas tan acusados efectos del 52
culto o el menosprecio de la voluntad de los dioses, ¿es que
no os dais cuenta, Quirites, de qué gran impiedad estamos
propiciando, cuando apenas hemos salido a flote del desas-
troso naufragio consecuencia de la falta anterior? Tenemos 2
una ciudad fundada después de tomar los auspicios y los
augurios; no hay en ella rincón alguno que no esté lleno de
cultos y dioses; los sacrificios solemnes tienen fijados tan-
tos lugares como días para su celebración. A todos estos 3
dioses públicos y privados, Quirites, ¿los vais a abandonar?
¿En qué se asemeja vuestro comportamiento al ejemplo que
dio, hace poco, durante el asedio, un joven singular, Gayo
Fabio, admirado por el enemigo tanto como por vosotros,
cuando salió de la ciudadela en medio de las armas galas y
ofreció el sacrificio solemne de la familia Fabia sobre el
Quirinal? ¿Os parece bien que el culto familiar no se inte- 4
rrumpa ni siquiera durante la guerra y que el culto público
y los dioses romanos sean abandonados incluso en tiempo
de paz; que los pontífices y flámines descuiden las ceremo-
nias públicas en mayor medida que un particular el culto
solemne de su familia? Tal vez alguien diga o bien que 5
realizaremos las ceremonias en Veyos, o bien que desde allí
enviaremos aquí a nuestros sacerdotes para que las reali-
cen: ninguna de las dos cosas se puede hacer sin detrimento
de las mismas. Y para no enumerar una por una todas las 6
ceremonias sin distinción y todos los dioses, en el banquete
ritual ofrecido a Júpiter ¿se puede preparar un lectisternio
en otro sitio que no sea el Capitolio? ¿Para qué hablar del 7
fuego eterno de Vesta y de la estatua que se mantiene cus-
todiada en su templo como prenda del imperio? ¿Y de
vuestros escudos sagrados, Marte Gradivo, y tú, Quirino,
padre nuestro? Todos estos objetos sagrados, tan antiguos
como Roma, anteriores algunos a los orígenes de Roma,
¿os parece bien abandonarlos en lugar profano?

8 »Ved la diferencia que hay entre nosotros y nuestros antepasados. Ellos nos hicieron llegar algunos sacrificios que debíamos ofrecer en el monte Albano y en Lavinio. ¿Es que fue contra religión trasladar aquí a Roma desde las ciudades enemigas los sacrificios, y nosotros los trasladaremos de aquí a Veyos, una ciudad enemiga, sin incurrir en
9 impiedad? ¡Vamos!, recordad cuántas veces se vuelven a comenzar los sacrificios porque se ha omitido, por descuido o por azar, alguno de los ritos patrios. Hace poco, después del prodigio del lago Albano, ¿cuál fue el remedio para la república, quebrantada por la guerra con Veyos, más que la repetición de los sacrificios y de la toma de los
10 auspicios? Pero, además, como teníamos presentes las viejas tradiciones religiosas, trasladamos a Roma dioses extranjeros e instauramos otros nuevos. Juno Reina, traída de Veyos al Aventino recientemente, ¡en qué día más señalado, debido al fervor acendrado de las matronas y a la concurrencia, fue objeto de la dedicación de un templo!
11 A Ayo Locucio dispusimos que se le construyera un templo a causa de la voz celestial oída en la calle Nueva; incorporamos los juegos Capitolinos a nuestras solemnidades y fundamos, con ese objeto, un nuevo colegio por iniciativa
12 del senado; ¿qué necesidad había de estos compromisos, si íbamos a abandonar la ciudad de Roma a la vez que los galos, si nos mantuvimos en el Capitolio durante tantos meses no por propia voluntad, sino retenidos por el miedo
13 al enemigo? Estoy hablando de ceremonias y de templos; ¿y qué decir, en fin, de los sacerdotes? ¿No caéis en la cuenta de la gran impiedad que se comete? Porque es que las Vestales no tienen más que una única residencia, de donde nada las apartó nunca, excepto la toma de la ciudad; al *flamen* de Júpiter no le está permitido, sin incurrir en impiedad, permanecer fuera de la ciudad ni una sola noche.
14 ¿Vais a convertir a éstos en sacerdotes veyentes en vez de

romanos, y tus Vestales, Vesta, te abandonarán, y el *fla-
men*, habitando en el extranjero, cada noche incurrirá y
hará incurrir al Estado en tan enorme impiedad? ¿A qué 15
olvido, a qué abandono relegamos los demás actos que
realizamos tomando los auspicios, casi todos en el interior
del pomerio? Los comicios curiados, de los que dependen 16
los asuntos militares; los comicios centuriados, en los que
elegís cónsules y tribunos militares, ¿dónde se pueden cele-
brar, de acuerdo con los auspicios, sino donde suelen[148]?
¿Los trasladaremos a Veyos? ¿O, para celebrar los comi- 17
cios, vendrá el pueblo a reunirse, con inconvenientes tan
graves, a esta ciudad abandonada por los dioses y por los
hombres?

»Resulta, pues, evidente que todo queda mancillado y 53
no puede ser purificado con ninguna clase de expiación.
Pero las propias circunstancias, se dirá, fuerzan a abando-
nar una ciudad asolada por los incendios y las ruinas y
emigrar a Veyos, donde todo está intacto, en lugar de
abrumar a la plebe edificando aquí. Pues bien, creo, Quiri- 2
tes, que veis con claridad, sin que tenga yo que decirlo, que
ésta es una razón que se airea, pero que no es verdad, por-
que recordáis que, antes de la llegada de los galos, cuando
los edificios públicos y privados no habían sufrido daño,
cuando la ciudad estaba en pie e intacta, se trató este
mismo tema de la emigración a Veyos. Y ved qué gran dis- 3
tancia media entre mi opinión y la vuestra, tribunos. Voso-
tros, a pesar de ser algo que entonces no debía hacerse,
opináis que debe hacerse ahora por encima de todo; yo,
por el contrario —y no os extrañéis antes de oír de qué se
trata—, aun en el caso de que entonces hubiese sido obli-
gado emigrar, cuando toda la ciudad estaba intacta, no
sería del parecer de que ahora se deban abandonar estas

148 Ordinariamente, en el Campo de Marte.

4 ruinas. Y es que entonces para emigrar a una ciudad con-
quistada tendríamos una razón en la victoria, gloriosa para
nosotros y para nuestros descendientes; ahora tal emigra-
ción es para nosotros una desdicha y una vergüenza, para
5 los galos un timbre de gloria. No vamos a dar la impresión,
en efecto, de que hemos abandonado victoriosos nuestra
patria, sino de que, vencidos, la hemos perdido; de que la
huida en el Alia, la toma de la ciudad, el asedio del Capito-
lio nos han impuesto la necesidad de abandonar nuestros
penates y decidirnos al destierro y la huida lejos de un
lugar que no podíamos defender. ¿Pudieron los galos des-
truir Roma, y van a parecer los romanos incapaces de
6 reconstruirla? Lo único que falta es que, si vienen con nue-
vas tropas —pues hay constancia de que son una multitud
casi increíble— y quieren habitar en esta ciudad tomada
7 por ellos y abandonada por vosotros, se lo consintáis. Y si
no son los galos quienes se trasladan a Roma, sino vuestros
viejos enemigos los ecuos y los volscos, ¿querréis que ellos
sean romanos y vosotros veyentes? ¿O preferiréis que esto
sea un desierto vuestro antes que una ciudad del enemigo?
La verdad es que no veo qué sería más impío. ¿Estáis dis-
puestos a aceptar estos crímenes, estas deshonras, porque
8 os cuesta reedificar? Aun en el caso de que en toda la ciu-
dad no se pudiese construir ninguna vivienda mejor ni más
amplia que la famosa choza de nuestro fundador, ¿no es
preferible vivir en chozas, como los pastores y campesinos,
entre nuestros objetos de culto y nuestros penates, a mar-
9 char al exilio por decisión oficial? Nuestros antepasados,
extranjeros de aluvión y pastores, cuando en estos parajes
no había más que bosques y marismas, levantaron en poco
tiempo una ciudad nueva; a nosotros, con el Capitolio y la
ciudadela intactos, con los templos de los dioses en pie,
¡nos cuesta reconstruir lo quemado!, y lo que cada uno de
nosotros hubiera estado dispuesto a hacer si su casa

hubiera sido pasto de las llamas, ¿nos negamos a hacerlo
todos juntos cuando el incendio es general?
»En fin, si en Veyos se produce un incendio, provocado 54
o casual, y con el viento, como puede ocurrir, las llamas se
propagan devorando una gran parte de la ciudad, ¿vamos a
buscar otro sitio después, Fidenas o Gabios o cualquier
otra ciudad a donde trasladarnos? ¿Hasta ese extremo ni el 2
suelo patrio ni esta tierra que llamamos madre nos retiene
lo más mínimo, sino que nuestro apego a la patria se cir-
cunscribe a su cara externa y a las vigas de las casas? Y, la 3
verdad —os lo confesaré, a pesar de que es menos agrada-
ble recordar vuestra injusticia que mi desdicha—, cuando
estaba ausente, cada vez que me asaltaba el recuerdo de mi
patria, se me representaba todo esto, las colinas, los llanos,
el Tíber, el paisaje familiar a la vista y este cielo bajo el que
había nacido y crecido. ¡Que todo esto, Quirites, os inspire
afecto para que permanezcáis ahora en vuestro sitio, en
lugar de atormentaros después con su añoranza cuando lo
hayáis abandonado! No sin razón los dioses y los hombres 4
eligieron este sitio para fundar la ciudad, unas colinas tan
sanas, un río a mano por el que transportar los productos
desde las zonas del interior y recibir el tráfico marítimo, un
mar cercano para nuestra comodidad y no expuesto por su
excesiva proximidad al peligro de las flotas extranjeras; en
el centro de Italia, en un enclave único hecho a propósito
para el crecimiento de la ciudad. La prueba está en la pro- 5
pia amplitud de una ciudad tan reciente. Transcurre, Quiri-
tes, el año 365 de Roma; en medio de tantos pueblos tan
antiguos hacéis la guerra desde hace tanto tiempo, y entre-
tanto, y para no hablar de las ciudades una por una, ni los
volscos unidos a los ecuos, con tantas plazas tan fuertes, ni
la Etruria entera, tan poderosa por tierra y por mar y que
ocupa toda la anchura de Italia de mar a mar, se os pueden
comparar en la guerra. Siendo esto así, ¿qué maldita razón 6

hay para otra experiencia después de haber tenido ésta, dado que, aunque vuestro valor pueda trasladarse a otro sitio, la Fortuna de este lugar seguro que no puede ser des-
7 plazada? El Capitolio está aquí, donde en otro tiempo fue encontrada una cabeza humana y se predijo que allí estaría la cabeza del mundo y el centro del imperio[149]; aquí, cuando fue liberado el Capitolio de acuerdo con los augurios, la Juventud y Término no se dejaron desplazar, con la mayor alegría por parte de vuestros padres. Aquí está el fuego de Vesta, aquí los escudos enviados desde el cielo, aquí los dioses todos, propicios si os quedáis.»

Comienza la reconstrucción de Roma

55 Dicen que Camilo los conmovió, tanto con el resto de su discurso como, especialmente, con la parte que hacía referencia a la religión; pero las vacilaciones las zanjó una frase pronunciada en el momento justo, porque, cuando un poco más tarde se celebraba una sesión del senado en la curia Hostilia sobre este tema y casualmente unas cohortes que volvían de una guarnición cruzaban el foro en fila, el centurión, en el
2 comicio, gritó: «Abanderado, hinca tu enseña; aquí estaremos perfectamente.» Oídas estas palabras, los senadores salieron de la curia y gritaron al unísono que ellos aceptaban el presagio, y la plebe situada en torno dio su aprobación. Rechazada luego la ley, todos sin distinción comenza-
3 ron a reconstruir la ciudad. La teja fue proporcionada por el Estado; se dio permiso para sacar piedra y cortar madera donde cada uno quisiese, a condición de comprometerse
4 bajo fianza a terminar los edificios durante aquel año. Las prisas eximieron de la preocupación por alinear los barrios, a la vez que se edificaba donde había sitio libre sin distin-

[149] Véase I 55, 3-6. Allí no aparecía la Juventud, que se menciona a continuación.

guir entre terreno propio y ajeno. Éste es el motivo de que el antiguo alcantarillado, que en un principio pasaba bajo la vía pública, en la actualidad pase generalmente bajo casas particulares y que la ciudad presente un aspecto más de apelmazamiento que de distribución regular.

LIBRO VI

SINOPSIS

Cap. 1, 1-3: PREÁMBULO.
Introducción.

Cap. 1, 4-10: SECUELAS DEL DESASTRE, TRAS LA RETIRADA GALA.
De la dictadura al tribunado consular. Primeras medidas de ámbito religioso (1, 4-12).
Nueva dictadura de Camilo: victoria sobre volscos, ecuos, etruscos; triunfo (2-4, 6).
Tribunos consulares. Exterior: toma de Cortuosa y Contenebra. Interior: cuatro nuevas tribus (4, 7-5).
Camilo, tribuno consular: guerrea con Ancio, toma Sátrico y recupera Sutrio y Nepete (6-10).

Caps. 11-20: MARCO MANLIO CAPITOLINO.
Amenaza interior por las deudas: Marco Manlio Capitolino. Amenaza exterior de los volscos: Cornelio Coso dictador los vence (11-13).
Agitación social promovida por Manlio Capitolino, que se enfrenta al dictador y es encarcelado (14-16).
Manlio en libertad; encabeza el movimiento plebeyo frente a los patricios; demandado, juzgado, condenado, ejecutado (17-20).

Caps. 21-33: GUERRAS EXTERIORES.
Amenaza de guerra en varios frentes. Victoria sobre Vélitras. Camilo vence a los volscos en Sátrico (21-24).

Estrategia de Túsculo para mantenerse en paz (25-26).
Los problemas de las deudas dan pie a una ofensiva prenestina aplastada por el dictador Tito Quincio Cincinato (27-29).
Guerra con los volscos, con alternativas (30-31).
Los latinos son derrotados, Ancio se rinde, Sátrico es incendiada, Túsculo tomada por los latinos recuperada por los romanos (32-33).

Caps. 34-42: LAS «LEGES LICINIAE-SEXTIAE».

Deudas. En escena los proyectos de ley de los tribunos Licinio y Sextio (34-35).
Ligera ofensiva de Vélitras. La acción de Licinio y Sextio, apoyada por Fabio, progresa (36-37).
Como último recurso, la dictadura. Camilo, dictador, deja el cargo; Manlio, dictador (38-39).
Discurso de Apio Claudio Craso (40-41).
Camilo, dictador de nuevo, vence a los galos. Aprobadas las leyes Licinias-Sextias. Lucio Sextio, primer cónsul plebeyo. Primer pretor y ediles curules, patricios (42).

Introducción

1 La historia de los romanos desde la fundación de la ciudad hasta la toma de la misma, primero, bajo los reyes y, después, bajos los cónsules y los dictadores, decénviros y tribunos consulares, guerras exteriores y sediciones internas, la he desarrollado en cinco
2 libros; acontecimientos oscurecidos, en parte, por su excesiva lejanía en el tiempo, como cuando se vislumbra con dificultad algo que está muy distante en el espacio, y en parte, porque durante aquel período eran escasos los testimonios escritos, únicos guardianes fieles de los hechos históricos; por otro lado, porque, si bien algunos estaban recogidos en los *Comentarios* de los pontífices y en otros documentos públicos y privados, la mayoría de ellos se

perdieron en el incendio de la ciudad. A partir de ahora se 3
expondrá con mayor claridad y seguridad la historia civil y
militar de la Urbe, renacida a partir de sus segundos oríge-
nes con mayor lozanía y fecundidad, como el brote nuevo
de un tronco.

De la dictadura al tribunado consular. Primeras medidas de ámbito religioso

Pues bien, afianzándose en la principa- 4
lía de Marco Furio, apoyo con que había
comenzado a reincorporarse, se mantuvo
en pie; y no se le dejó a éste que dimitiera
de dictador hasta transcurrir el año[150].
Se decidió que los comicios para el año 5
siguiente no los celebrasen los tribunos durante cuya
magistratura había sido tomada la ciudad; la situación des-
embocó en un interregno[151]. Mientras que la población 6
estaba ocupada en la laboriosa y ardua tarea de reconstruir
la ciudad, Quinto Fabio, nada más dejar el cargo, fue
demandado por Gneo Marcio, tribuno de la plebe, porque,
contraviniendo el derecho de gentes, siendo embajador
había combatido contra los galos ante los que había sido
enviado para negociar[152]. Del juicio lo libró una muerte 7
tan oportuna que muchos la creyeron voluntaria. Dio 8
comienzo el interregno; fue interrey Publio Cornelio Esci-
pión, y después Marco Furio Camilo; éste nombra tribunos
militares con poderes de cónsul a Lucio Valerio Publícola
por segunda vez, Lucio Virginio, Publio Cornelio, Aulo
Manlio, Lucio Emilio y Lucio Postumio[153].

Habiendo entrado éstos en las funciones de su magis- 9
tratura inmediatamente a continuación del interregno, de

---

[150] El año oficial, que finalizaba el 30 de junio.

[151] Destinado a la renovación total de los auspicios.

[152] Ver V 35 y 36.

[153] Año 389 a. C.

lo primero que consultaron al senado fue acerca de los
10 asuntos religiosos. En primer lugar mandaron buscar los tratados y las leyes que se pudiese encontrar —se trataba de las Doce Tablas y algunas leyes reales—; algunas de ellas fueron divulgadas incluso entre la masa, pero las concernientes al ámbito religioso fueron ocultadas por los pontífices, sobre todo con el objeto de tener sujetas las mentes
11 de la multitud por medio de la religión. Se comenzó entonces a tratar la cuestión de los días «prohibidos»[154], y el día dieciocho de julio, señalado por un doble desastre: fecha en que los Fabios habían muerto junto al Crémera[155], y fecha en que, después, se había sufrido en el Alia una derrota seguida de la ruina de la Urbe, en razón de este segundo desastre lo llamaron «día del Alia» y lo declararon inhábil para el desarrollo de cualquier clase de actividad pública o
12 privada. Como el dieciséis de julio el tribuno militar Sulpicio no había obtenido señales favorables al ofrecer el sacrificio, y sin haberse conseguido la aquiescencia de los dioses, dos días más tarde el ejército romano había sido enfrentado al enemigo, creen algunos que de ahí surgió la tradición de prescribir la abstención de cultos religiosos también el dieciséis de julio y que, después, la misma prohibición religiosa se hizo extensiva, asimismo, a los días dos y ocho de julio.

Nueva dictadura de Camilo: victoria sobre volscos, ecuos, etruscos; triunfo

2 Pero no se pudo dedicar mucho tiempo a barajar con tranquilidad planes para levantar el Estado de una crisis tan
2 grave. De un lado los volscos, viejos enemigos, habían tomado las armas para borrar el nombre de Roma; de otro, los mercaderes traían

[154] Estos *dies religiosi* eran *nefasti* (sin actos públicos), pero señalados además por alguna calamidad pública importante. Ni siquiera se ofrecían sacrificios.

[155] Ver II 50-51.

noticias de que todos los pueblos de Etruria se habían conjurado en el templo de Voltumna para hacer la guerra. Una 3
nueva amenaza había venido a sumarse a esto: la defección de los latinos y los hérnicos, los cuales, después de la batalla librada en el lago Regilo[156], se habían mantenido, a lo largo de casi cien años, en amistad con el pueblo romano sin sombra de deslealtad. Por consiguiente, ante la presen- 4
cia en torno y en todas direcciones de tan graves amenazas, y como para todos era evidente que el nombre de Roma estaba expuesto no sólo al odio de sus enemigos sino también al desprecio entre sus aliados, se decidió confiar la 5
defensa del Estado a los auspicios del mismo que lo había reconquistado y nombrar dictador a Marco Furio Camilo. Éste, dictador, nombró a Gayo Servilio Ahala jefe de la 6
caballería y, proclamada la suspensión de la administración de la justicia, llevó a efecto el reclutamiento de los jóvenes, pero de forma que también a los de más edad que contasen con algunas fuerzas los incorporó después que le prestaron juramento.

Alistado y armado el ejército, lo dividió en tres cuerpos: 7
uno lo situó de cara a Etruria en territorio de Veyos, a otro le dio orden de acampar delante de Roma. A éste le puso al 8
frente al tribuno militar Aulo Manlio; al otro, que se dirigía contra los etruscos, al tribuno militar Lucio Emilio. El tercer contingente lo dirigió él personalmente contra los volscos, y no lejos de Lanuvio, en el lugar llamado «junto a Mecio», emprendió el ataque contra su campamento.

Los volscos, que habían emprendido la guerra contra 9
Roma por infravalorarla, debido a que creían destruida por los galos casi toda su juventud, habían pasado a ser presa de un pánico tal al enterarse de que el general en jefe era Camilo, que se rodearon de un atrincheramiento y éste

[156] Ver II 19, 3.

lo rodearon con árboles amontonados, con el fin de que el enemigo no tuviese por dónde entrar en sus fortificaciones.
10 Cuando Camilo lo advirtió, dio orden de prender fuego al cercado que les cerraba el paso; casualmente el viento
11 soplaba con gran fuerza en dirección al enemigo, y de este modo no sólo abrió una brecha con el incendio, sino que, al propagarse las llamas en dirección al campamento, con el calor y el humo y el crepitar de la madera verde que era pasto del fuego aterró de tal forma al enemigo que, para entrar en el campamento volsco, les costó menos trabajo a los romanos salvar la empalizada defendida por los soldados, que cruzar el cercado consumido por las llamas.
12 Puesto en fuga y destrozado el enemigo, el dictador, después de tomar a la carga su campamento, dio el botín a los soldados, lo cual fue tanto más del agrado de éstos cuanto
13 que no lo esperaban de un jefe nada dadivoso. Persiguiendo, después, a los fugitivos devastó todo el territorio volsco y, al fin, después de setenta años, forzó a los volscos
14 a rendirse. Victorioso, de los volscos pasó a los ecuos, que a su vez preparaban la guerra; aplastó a su ejército en Bolas, y habiendo atacado no sólo su campamento sino también la ciudad, la tomó al primer asalto.

3 Mientras en la zona en que se encontraba Camilo, cabeza del Estado romano, era ésta la suerte, un tremendo
2 peligro había sobrevenido en otra parte: armada casi toda Etruria, ponía sitio a Sutrio [157], aliada del pueblo romano; los legados de ésta, que habían acudido al senado pidiendo ayuda ante lo comprometido de su situación, se llevaron un decreto disponiendo que el dictador prestase cuanto antes
3 ayuda a los sutrinos. La situación de los sitiados no pudo soportar la larga espera, y el reducido número de habitan-

[157] Esta población etrusca se encontraba al este de Nepe, en la que después sería vía Casia.

tes de la plaza, agotados por el trabajo, las vigilias y las heridas, cuyo peso recaía siempre sobre los mismos, capitularon entregando la ciudad al enemigo y salieron desarmados sin más ropas que las puestas, formando un grupo que
daba lástima, abandonando sus penates precisamente en el 4
momento en que Camilo se presentó con el ejército romano. La abatida multitud se arrojó a sus pies y a las palabras de súplica de los ciudadanos más importantes, arrancadas por una necesidad extrema, siguió el llanto de las mujeres y los niños que arrastraban consigo como compañeros de destierro. Les dijo a los sutrinos que cesasen en sus lamentos, que era a los etruscos a quienes él traía el
luto y las lágrimas. A continuación ordena que se posen los 5
bagajes, que los sutrinos se queden allí protegidos por un pequeño destacamento y que los soldados lleven consigo sus armas. De este modo, saliendo hacia Sutrio con un ejército sin impedimenta, se encuentra, tal como pensaba, con una falta total de precauciones, como suele ocurrir cuando las cosas van bien: ni un centinela delante de las murallas, las puertas de la ciudad abiertas, los vencedores
desperdigados sacando botín de las casas enemigas. Por 6
segunda vez, pues, en el mismo día es tomada Sutrio; los etruscos victoriosos son destrozados por el nuevo enemigo y no se les da ocasión de formar pelotones, de agruparse
todos juntos o de tomar las armas. Al dirigirse cada uno 7
por su cuenta hacia las puertas, por si podían salir al campo por algún sitio, las encuentran cerradas, pues ésa
era la primera orden que había dado el dictador. Entonces, 8
unos toman las armas; otros, que casualmente estaban armados en el momento en que los había sorprendido el ataque, llaman a los suyos para que entren en la lucha; ésta hubiera sido ardiente, dada la desesperación del enemigo, de no haberse mandado por la ciudad pregoneros transmitiendo la orden de deponer las armas y respetar a los iner-

9 mes atacando únicamente a los hombres armados. Enton-
ces, incluso los que se habían obstinado en luchar resuel-
tamente como última esperanza, cuando se les brindó la
esperanza de vivir, arrojaban las armas por doquier y se
entregaban al enemigo desarmados, cosa que la fortuna
10 había hecho más segura. Una gran multitud fue distribuida
en grupos de prisioneros; la plaza, antes de la noche, les fue
devuelta a los sutrinos intacta y libre de cualquiera de los
estragos de la guerra, porque no había sido tomada por la
fuerza, sino entregada por vía de pacto.

4 Camilo entró en Roma en triunfo, vencedor en tres
2 guerras a la vez. La inmensa mayoría de los prisioneros
que llevó delante de su carro eran etruscos; vendidos éstos
en subasta se recaudó tal cantidad de dinero, que, después
de abonar a las matronas el valor de su oro[158], con lo que
3 sobraba se hicieron las tres páteras de oro que antes del
incendio del Capitolio, como es cosa sabida, estaban colo-
cadas en la capilla de Júpiter a los pies de Juno con una
inscripción con el nombre de Camilo.

4 Aquel año se les concedió la ciudadanía a los veyentes,
capenates y faliscos que, durante aquellas guerras, se
habían pasado a los romanos, y como nuevos ciudadanos,
5 se les asignaron tierras. También fueron llamados de
Veyos a Roma por senadoconsulto los que, por pereza de
edificar en Roma, se habían trasladado a Veyos donde
habían ocupado las casas vacías. Al principio hubo mur-
mullos menospreciando la orden; después, cuando se fijó
un plazo, esto, unido a la pena capital para los emigrados
que no volviesen a Roma, hizo que, de la altivez colectiva,
pasasen a la obediencia individual, cada uno por su propio
6 miedo. Así, pues, Roma, por una parte, crecía en población

[158] Referencia a V 50, 6-7.

y, por otra, se alzaba toda ella en edificios simultáneamente; además, el Estado cooperaba en los gastos, los ediles impulsaban el trabajo como si fuese una obra pública, y los propios particulares se daban prisa por terminar las obras, pues los estimulaba el deseo de hacer uso de ellas; dentro del año se levantó la nueva ciudad.

Tribunos consulares. Exterior: toma de Cortuosa y Contenebra. Interior: cuatro nuevas tribus

7 Al finalizar el año, se celebraron las elecciones de tribunos militares con poderes de cónsul. Los elegidos[159], Tito Quincio Cincinato, Quinto Servilio Fidenate por quinta vez, Lucio Julio Julo, Lucio Aquilio Corvo, Lucio Lucrecio Tricipitino y Servio Sulpicio Rufo, dirigieron uno de los ejércitos contra los ecuos, no para la guerra —pues los ecuos se reconocían vencidos—, sino para arruinar por completo su país, por re- 8
sentimiento, con el objeto de que no les quedasen las más mínimas fuerzas para nuevas empresas; el otro ejército lo llevaron a territorio tarquiniense. Aquí fueron tomadas por 9
la fuerza las plazas etruscas de Cortuosa y Contenebra. En Cortuosa no hubo lucha: atacando de improviso, la tomaron al primer grito de combate; la plaza fue saqueada e incendiada. Contenebra aguantó el ataque durante pocos 10
días; el esfuerzo ininterrumpido, sostenido día y noche, los doblegó. El ejército romano dividido en seis partes se relevaba por turno de seis en seis horas; a los moradores de la plaza, la escasez numérica los obligaba a hacer frente los mismos siempre, agotados, a unos combatientes continuamente en plenitud de fuerzas; al fin cedieron y dieron lugar a que los romanos penetrasen en la ciudad. Los tribunos 11
querían que el botín pasase al Estado, pero las órdenes fueron más lentas que el propósito; mientras andaban

[159] Año 388 a. C.

dudando, ya el botín estaba en manos de los soldados y no se les podía quitar sin incurrir en sus odios.

12 Aquel mismo año, para que Roma no creciese sólo con edificaciones privadas, también se pusieron los cimientos del Capitolio con piedra de sillería, obra digna de ver incluso en la actual magnificencia de la ciudad.

5 Ya los tribunos de la plebe ponían empeño en que la población, a pesar de estar ocupada en edificar, afluyese a
2 sus asambleas sobre las leyes agrarias. Se ofrecía la perspectiva del territorio Pontino[160], cuya posesión estaba asegurada por primera vez entonces, después de que Camilo
3 había arruinado el poderío volsco. Lanzaban la acusación de que aquel territorio lo hacían mucho más hostil los nobles que los volscos, pues éstos se habían limitado a hacer incursiones en él mientras habían tenido fuerzas y
4 armas, pero los nobles iban dando pasos en la posesión de las tierras públicas y, de no hacerse el reparto antes de que lo cogieran todo, allí no iba a quedar sitio para la plebe.
5 No hicieron mucha mella en la plebe, que frecuentaba poco el foro en su preocupación por edificar y, por eso mismo, estaba arruinada por los gastos y, consiguientemente, no pensaba en tierras para cuyo laboreo no tendría medios.

6 Llena la ciudad de escrúpulos religiosos, y de superstición incluso los ciudadanos más importantes a raíz de la reciente catástrofe, la situación derivó a un interregno a fin de renovar los auspicios. Fueron interreyes, sucesivamente, Marco Manlio Capitolino, Servio Sulpicio Camerino,
7 Lucio Valerio Potito[161]. Por fin, éste celebró elecciones de tribunos militares con poderes de cónsul[162], nombrando a

[160] Entre Ancio y Circeyos.

[161] Eran nombrados, por el grupo de senadores a que pertenecían, para cinco días consecutivos cada uno.

[162] Año 387 a. C.

Lucio Papirio, Gayo Sergio, Lucio Emilio por segunda vez,
Licinio Menenio, y Lucio Valerio Publícola por tercera
vez. Ocupan éstos el cargo a continuación del interregno.
Aquel año el templo de Marte prometido cuando la guerra 8
con los galos fue dedicado por Tito Quincio, duúnviro para
las ceremonias del culto. Se añadieron otras cuatro tribus
formadas por los nuevos ciudadanos: la Estelatina, la Tro-
mentina, la Sabatina y la Arniense[163]; con éstas se com-
pletó la cifra de veinticinco tribus.

Camilo, tribuno consular: guerrea con Ancio, toma Sátrico y recupera Sutrio y Nepete

El tribuno de la plebe Lucio Sicinio 6
trató el tema de las tierras del Pontino
ante un público ya más numeroso y más
sensible a la ambición de tierras que
anteriormente. La moción presentada en 2
el senado con respecto a la guerra latina
y hérnica fue aplazada ante la preocupación por una guerra
más importante, porque Etruria estaba en armas.

La situación desembocó en el tribunado militar de 3
Camilo con poderes de cónsul[164]; se le sumaron como
colegas estos cinco: Servio Cornelio Maluginense, Quinto
Servilio Fidenate por sexta vez, Lucio Quincio Cincinato,
Lucio Horacio Pulvilo y Publio Valerio. A principios del 4
año las preocupaciones se desviaron de la guerra etrusca,
porque una columna de fugitivos, procedente del país Pon-
tino, que entró repentinamente en Roma, trajo la noticia
de que los anciates se habían levantado en armas y que los
pueblos del Lacio habían enviado a sus juventudes como
ayuda para aquella guerra, diciendo que no había habido 5
un acuerdo oficial y que se habían limitado únicamente a
no impedir que los voluntarios prestasen servicio de armas
donde quisieran.

---

[163] De nombres geográficos de Etruria: llanura de Estela, territorio de Tromento, lago Sabatino, río Arno.

[164] Año 386 a. C.

6 Habían dejado ya de menospreciar guerra alguna. Por
lo tanto, el senado dio gracias a los dioses porque Camilo
era magistrado, y es que hubiesen tenido que nombrarlo
dictador, si no ocupase ningún cargo. Sus colegas manifes-
taban que la dirección de todos los asuntos, al sobrevenir
7 una amenaza de guerra, incumbía a un solo hombre y que
ellos tenían el firme propósito de someter su autoridad a la
de Camilo, y que no creían perder nada de su majestad por
el hecho de inclinarse ante la majestad de un hombre seme-
jante. El senado elogió vivamente a los tribunos, y el pro-
8 pio Camilo, emocionado, les dio las gracias. Muy pesada
era la carga, dijo a continuación, que le había sido
impuesta por el pueblo romano que lo había elegido por
cuarta vez; pesada la que le había impuesto el senado, con
semejantes juicios de dicho estamento acerca de su per-
sona, y pesadísima la que le imponían, con su deferencia,
9 tan estimados colegas; por consiguiente, si podía aportar
algún trabajo y algunas vigilias más, superándose a sí
mismo se esforzaría por hacer también duradera tan uná-
nime opinión, la mejor que podía darse, acerca de su per-
10 sona por parte de la ciudad. En lo concerniente a la guerra
y a los anciates, se trataba más de una amenaza que de un
peligro por ese lado, pero él, no obstante, era partidario de
11 que no se descuidase nada, aunque nada se temiese. La
ciudad de Roma estaba cercada por la envidia y el odio de
sus vecinos, por lo tanto los asuntos públicos debían ser
12 dirigidos por varios jefes y con varios ejércitos. «Tú, Publio
Valerio —dijo—, quiero que participes en el mando y las
decisiones, dirigiendo conmigo el ejército contra los enemi-
13 gos anciates; tú, Quinto Servilio, con un segundo ejército
preparado y dispuesto, acamparás cerca de Roma, atento a
si entretanto se mueven, bien sea la Etruria, como hace
poco, o bien esa nueva fuente inquietud, los latinos y los
hérnicos; estoy seguro de que harás las cosas de una forma

digna de tu padre, de tu abuelo, y de ti mismo y tus seis tribunados. Que Lucio Quincio aliste, entre los exentos[165] 14
por inútiles o por la edad, un tercer ejército para proteger la ciudad y las murallas. Que Lucio Horacio apreste armas defensivas y ofensivas, trigo y todo lo demás que las circunstancias de la guerra exigirán. A ti, Servio Cornelio, tus 15
colegas te conferimos la presidencia de este Consejo de Estado, la custodia de la religión, de los comicios, de las leyes, y de todos los asuntos de la ciudad.»

Todos prometieron su colaboración de buen grado en 16
lo que de su cargo dependía, y Valerio, escogido para compartir el mando, añadió que Marco Furio sería para él como un dictador y él sería como su jefe de la caballería; por consiguiente, que con relación a la guerra abrigasen 17
unas esperanzas parejas a la buena opinión que tenían del jefe único. Los senadores, puestos de pie de alegría, exclaman de forma tumultuosa que, realmente, abrigan buenas esperanzas sobre la guerra y sobre la paz y sobre el Estado en su conjunto, y que nunca la república necesitará 18
un dictador, si cuenta con hombres semejantes en las magistraturas, unidos por un sentir tan acorde, dispuestos por igual a obedecer y a mandar, y más dados a poner en común la gloria que a apropiarse cada uno la de los demás.

Declarada la suspensión de las actividades públicas y 7
efectuado el reclutamiento, Furio y Valerio marcharon a Sátrico[166], donde los anciates habían concentrado no sólo a la juventud volsca, seleccionada entre la nueva generación, sino a una gran cantidad de latinos y hérnicos, pue-

---

[165] Los *causarii* (exentos del servicio de armas por diversos motivos específicos) eran incorporados a filas en circunstancias de excepcional gravedad.

[166] Situada en la llanura en Ancio y Vélitras, junto al río Astura, Sátrico ocupaba una posición estratégica muy disputada entre romanos, latinos y volscos.

blos en total plenitud de fuerzas debido a una larga paz. Y, así, la unión del nuevo al viejo enemigo hizo mella en el
2 ánimo de los soldados romanos. Cuando Camilo ordenaba ya el frente de batalla, los centuriones vinieron a manifestarle que las mentes de los soldados estaban conturbadas, que las armas habían sido empuñadas con desgana, que habían salido del campamento entre vacilaciones y resistencias, es más, que incluso habían oído voces de que iban a batirse cada uno con cien enemigos y que, a una multitud tan numerosa, a duras penas se la podría resistir desar-
3 mada, cuanto más armada. Monta en su caballo de un salto y, cabalgando de fila en fila vuelto hacia el ejército delante de las enseñas, dice: «¿Qué desaliento es éste, soldados, qué extraña indecisión? ¿No conocéis al enemigo, o a mí, o a vosotros mismos? ¿Qué otra cosa es el enemigo más que pábulo permanente de valor y gloria para voso-
4 tros? Vosotros, por el contrario, a mis órdenes —sin mencionar la toma de Falerios y Veyos y la masacre de las legiones de los galos en la patria conquistada—, hace poco os llevasteis el triple triunfo de tres victorias sobre estos
5 mismos volscos y sobre los ecuos y sobre Etruria. ¿O es que no reconocéis mi jefatura porque no os di la señal como dictador, sino como tribuno? Ni yo echo de menos un poder ilimitado sobre vosotros, ni está bien que vosotros veáis en mí ninguna otra cosa aparte de mí mismo, pues la dictadura nunca me incrementó el valor, así como el exilio
6 no me lo quitó. Por consiguiente, todos somos los mismos, y si a esta guerra aportamos completamente lo mismo que a las anteriores, esperemos el mismo resultado de ella. Tan pronto como lleguéis al choque, cada uno hará lo que aprendió y es habitual en él: vosotros venceréis, ellos huirán.»

8 Dada la señal a continuación, salta del caballo y, cogiendo de la mano al abanderado más próximo, lo arras-

tra consigo en dirección al enemigo gritando: «Adelante la
bandera, soldado.» Al ver al propio Camilo, falto de fuer- 2
zas su cuerpo por la vejez, avanzando contra el enemigo,
todos a una, después de dar el grito de combate, corren
hacia adelante gritando cada cual por su parte: «Sigue al
general.» Cuentan, incluso, que la enseña, por orden de 3
Camilo, fue lanzada en medio del ejército enemigo y los
soldados de primera línea incitados a recobrarla; que, 4
entonces, los anciates comenzaron a ser rechazados y que
el pánico cundió no sólo en su frente sino ante sus fuerzas
de reserva. Y no era sólo el empuje de los romanos, enar- 5
decidos por la presencia de su jefe, lo que los impresio-
naba: lo más terrorífico para los volscos era la figura del
propio Camilo, si coincidía que se les ponía delante; de esta 6
forma, por dondequiera que pasaba arrastraba en pos de sí
una victoria incontestable. Esto resultó evidente sobre todo
cuando, cogiendo de repente un caballo, se trasladó con un
escudo de infantería al ala izquierda que estaba a punto de
retroceder y se restableció el combate sólo con verle dando
a entender que el resto del ejército estaba venciendo. La 7
situación se decantaba ya, pero el enemigo, debido a su
gran número, veía obstaculizada la huida y eran unos sol-
dados cansados los que tenían que acabar con una multi-
tud tan grande mediante una prolongada matanza; enton-
ces, súbitamente, la lluvia caída en medio de una violenta
tempestad puso fin a lo que más que una batalla era una
victoria segura. Dada a continuación la señal de retirada, 8
la noche que siguió llevó la guerra a su término sin que los
romanos se movieran, pues los latinos y los hérnicos,
abandonando a los volscos, marcharon a sus casas ha-
biendo obtenido unos resultados en consonancia con su
desafortunada decisión. Los volscos, cuando se vieron 9
abandonados por aquellos en los que habían confiado para
reemprender la guerra, abandonando el campamento se

encierran tras las murallas de Sátrico; Camilo, por lo pronto, comenzó por rodearlos con una empalizada y
10 ponerles sitio con terraplén y trabajos de asedio. Al ver que ninguna salida trata de entorpecer los mismos, convencido de que el enemigo no tiene tanta moral como para tener que mantenerse a la expectativa de una victoria tan a largo plazo, exhortó a los soldados a que no se agotasen en trabajos de larga duración como si estuvieran sitiando Veyos, que la victoria estaba al alcance de la mano; atacó con escalas las murallas por todos los puntos con enorme ardor por parte de los soldados y tomó la plaza. Los volscos, arrojando las armas, se rindieron sin condiciones.

9 Por otra parte, el general tenía puesta la mira en un objetivo más importante: Ancio; ésta era la capital de los volscos, allí había tenido sus orígenes la última guerra.
2 Pero, dado que no se podía tomar una ciudad tan fuerte, a no ser con un gran aparato de máquinas de lanzar proyectiles y otras, dejó a su colega en el ejército y marchó a Roma
3 para animar al senado a destruir Ancio. En el transcurso de su intervención oral (creo que los dioses tuvieron la voluntad de que el poderío de Ancio durase por más tiempo), llegan unos delegados de Nepete [167] y Sutrio pidiendo ayuda contra los etruscos, advirtiendo que hay poco tiempo para auxiliarles. Con ello la Fortuna desvió
4 de Ancio los golpes de Camilo. En efecto, como aquellas posiciones estaban enfrente de Etruria y, consiguientemente, servían como de cierre y, a la vez, de puerta, los etruscos cada vez que emprendían una ofensiva tenían interés en ocuparlas y los romanos en recuperarlas y defender-
5 las. Por lo tanto, el senado acordó hablar con Camilo para que dejase Ancio y se hiciese cargo de la guerra etrusca. Se le asignaron por decreto las legiones urbanas que habían

[167] Ver *supra*, n. 113.

estado a las órdenes de Quincio. A pesar de que hubiese 6
preferido el ejército experimentado y acostumbrado a su mando que estaba en zona volsca, no dijo que no a nada; únicamente reclamó a Valerio como adjunto en el mando. Quincio y Horacio fueron enviados a zona volsca para reemplazar a Valerio.

Furio y Valerio marcharon de Roma a Sutrio y se 7
encontraron con una parte de la ciudad tomada ya por los etruscos y con que, desde la parte restante, los habitantes de la plaza, a base de interceptar las calles, a duras penas mantenían a raya el ataque del enemigo. La llegada de los 8
refuerzos romanos, así como el nombre de Camilo, muy célebre entre los enemigos y los aliados, mantuvo la situación sin que empeorase y dio tiempo para hacer efectiva la ayuda. Así, pues, dividiendo el ejército, Camilo ordena a su 9
colega que dé un rodeo con sus tropas en dirección a la parte de la ciudad que tenía en su poder el enemigo y que ataque las murallas, no tanto porque esperase que se pudiera tomar la ciudad con escalas como para hacer disminuir, al volverse los enemigos en aquella dirección, la presión sobre los habitantes cansados ya de la lucha y tener él tiempo de entrar en el interior de las murallas sin combatir. Al hacerse ambos movimientos simultáneamente y 10
verse los etruscos rodeados por un peligro con dos frentes, y al ver que las murallas eran atacadas con violencia extrema y que el enemigo se encontraba en el interior de las murallas, de forma atropellada se lanzaron al exterior en una sola columna por una puerta, la única que casualmente no estaba bloqueada. Hubo una gran matanza de 11
enemigos tanto en la ciudad como en los campos: en el interior de las murallas mataron más los hombres de Furio, los de Valerio se mostraron más expeditos en la persecución y no pusieron fin a la masacre hasta que la noche no dejó ver.

12 Recuperada Sutrio y devuelta a los aliados, el ejército fue conducido a Nepete, que estaba por entero en poder de los etruscos porque se les había rendido sin condiciones.
10 Parecía que aquella ciudad iba a costar más trabajo recuperarla, no sólo porque estaba en manos del enemigo en su totalidad, sino porque, además, la rendición se había
2 producido por la traición de una parte de los nepesinos. No obstante, se acordó mandar decir a sus dirigentes que se separasen de los etruscos y que la lealtad que habían
3 implorado de los romanos la guardasen ellos. Como llegó de su parte la respuesta de que nada dependía de ellos, que los etruscos ocupaban las murallas y los puestos de guardia de las puertas, se empezó por llevar el pánico a los habitan-
4 tes de la plaza con saqueos en su territorio. Después, toda vez que era más sagrada su fidelidad al acuerdo de rendición que al de alianza, se reunieron haces de sarmientos recogidos en el campo, se llevó al ejército hacia las murallas, se rellenaron las zanjas, se adosaron escalas, y entre
5 los gritos del primer ataque fue tomada la ciudad. Se conmina, a continuación, a los nepesinos a que depongan las armas y se da orden de respetar a quien esté desarmado. Los etruscos, tanto los que estaban armados como los que no, fueron muertos. También los nepesinos que habían sido promotores de la rendición cayeron bajo el hacha. A la masa no culpable se le devolvieron sus bienes y se dejó
6 una guarnición en la ciudad. De esta forma, recobradas de manos del enemigo dos ciudades aliadas, los tribunos llevaron de vuelta a Roma con gran gloria un ejército victorioso.

El mismo año se presentó una reclamación a los latinos y hérnicos y se les preguntó por qué durante los últimos años no habían suministrado tropas de acuerdo con lo pac-
7 tado. Una asamblea muy concurrida, tanto de uno como de otro pueblo, respondió que no había habido responsabilidad ni determinación oficial en el hecho de que algunos

de sus jóvenes prestasen servicio de armas con los volscos; que esos tales, no obstante, tenían el castigo de su culpable 8
decisión y que ninguno de ellos estaba de vuelta; y que la causa de no haber proporcionado soldados había sido la permanente amenaza que suponían los volscos, espina ésta clavada en su costado que no habían podido arrancarse con tantas guerras sucesivas. Comunicado esto a los sena- 9
dores, les pareció que la guerra, más que injustificada, era inoportuna.

Amenaza interior por las deudas: Marco Manlio Capitolino. Amenaza exterior de los volscos: Cornelio Coso dictador los vence

Al año siguiente[168], siendo tribunos 11
con poderes de cónsul Aulo Manlio, Publio Cornelio, Tito y Lucio Quincio Capitolino, y Lucio Papirio Cursor y Gayo Sergio por segunda vez, estalló una guerra importante en el exterior y una sedición más grave en el interior: guerra 2
de los volscos unida a la defección de latinos y hérnicos, sedición nacida donde menos se podía temer, en un hombre de familia patricia y de fama insigne, Marco Manlio Capitolino.

Éste, de un orgullo desmedido, menospreciaba al resto 3
de los personajes importantes y envidiaba a uno solo, eminente tanto por sus honores como por sus méritos, Marco Furio, y decía indignado que sólo él ocupaba cargos, sólo él mandaba ejércitos; que estaba tan por encima de los 4
demás que, a quienes habían sido nombrados bajo idénticos auspicios, los tenía no por colegas sino por ayudantes, siendo así que, si se quería valorar debidamente las cosas, Marco Furio no hubiera podido liberar la patria del asedio del enemigo, si antes él, Manlio, no hubiese mantenido a

---

[168] El 385 a. C.

5 salvo el Capitolio y la ciudadela; Camilo había atacado a
los galos cuando su atención estaba relajada mientras reci-
bían el oro y estaban esperando la paz, él los había recha-
zado cuando estaban armados y tomando la ciudadela; de
la gloria de Camilo una parte les correspondía a todos y
cada uno de los que habían vencido con él, pero en la vic-
toria suya no tenía parte nadie de entre todos los mortales.
6 Henchido de orgullo con ideas semejantes, impetuoso e
incapaz, además, de dominarse por una tara de su manera
de ser, cuando advirtió que entre los patricios su papel no
7 era todo lo destacado que él creía justo, se pasó, el primero
de todos entre los patricios[169], al partido popular, y hacía
planes en común con los magistrados plebeyos; acusando a
los patricios, atrayéndose a la plebe con halagos, se iba
dejando llevar no por la reflexión, sino por el soplo de la
popularidad, y prefería que su fama fuese amplia a que
8 fuese buena. Y no contento con las leyes agrarias, que
siempre habían dado a los tribunos de la plebe materia
para las sediciones, comenzó a tomarla con el crédito: peor
era, en efecto, el aguijón de las deudas, que no sólo amena-
zan con la indigencia y la ignominia, sino que aterran al
cuerpo del hombre libre con las cuerdas y las cadenas.
9 Había gran cantidad de deudas, contraídas al edificar, cosa
muy ruinosa incluso para los ricos. Por eso, la guerra con
los volscos, grave de por sí y agravada por la defección de
los latinos y hérnicos, fue presentada a modo de justifica-
10 ción para recurrir a una forma de autoridad más fuerte;
pero fueron, más bien, los planes revolucionarios de Man-
lio los que impulsaron al senado al nombramiento de un
dictador. Nombrado Aulo Cornelio Coso, nombró jefe de
la caballería a Tito Quincio Capitolino.

---

[169] En II 8, 1-2 y en II 41, 1 se dice algo parecido sobre otros personajes.

Aunque el dictador veía que tenía delante una lucha 12
mayor en el interior que en el exterior, sin embargo, bien porque era necesaria la rapidez para la guerra, bien por entender que con una victoria y un triunfo daría más fuerza a la propia dictadura, efectuado el reclutamiento se dirige al territorio Pontino, donde había oído que los volscos habían ordenado que se concentrase su ejército. No me 2
cabe duda de que los lectores, aparte del hastío de leer en tantos libros ya guerras continuas con los volscos, se preguntarán extrañados, como a mí me sorprendió al examinar con detenimiento los historiadores de estos acontecimientos más cercanos a la época, de dónde sacaron soldados bastantes los volscos y ecuos tantas veces vencidos. Como los antiguos se lo callaron y pasaron por alto la 3
cuestión, ¿de qué otra cosa me voy a responsabilizar yo, en definitiva, más que de una opinión, como cualquiera, puesto a hacer conjeturas, la puede tener? Es verosímil que 4
o bien gracias a los paréntesis entre las guerras recurriesen, como se hace en la actualidad en los reclutamientos romanos, a generaciones sucesivas de jóvenes cada vez que había que recomenzar la guerra, o bien que no alistasen siempre los ejércitos en los mismos pueblos, aunque fuese siempre la misma la nación la que hacía la guerra, o bien que 5
hubiese una multitud innumerable de hombres libres en aquellos parajes en los que ahora queda apenas un exiguo vivero de soldados y que, si no están desiertos, es gracias a los esclavos romanos. Lo cierto es, y todos los autores 6
están de acuerdo en ello, que el ejército volsco era enorme a pesar de que, hacía poco, había sido hecho trizas bajo la dirección y los auspicios de Camilo; a esto había que sumar a latinos y hérnicos y algunos circeyenses y también colonos romanos de Vélitras. El dictador, aquel día, asentó el 7
campamento; al siguiente, después de salir de consultar los auspicios e implorar el favor de los dioses con la inmola-

ción de una víctima, avanzó contento en dirección a los
soldados que, con las primeras luces, tomaban ya las
armas, como se había ordenado, a la espera de la señal de
8 combate. «Nuestra es la victoria, soldados —dijo—, si los
dioses y los intérpretes de su voluntad tienen alguna visión
del futuro. Por consiguiente, como corresponde a quienes
están llenos de firme esperanza y van a trabar combate con
inferiores, depositando a nuestros pies el arma arrojadiza,
armemos nuestras diestras únicamente con la espada. No
quisiera ni tan siquiera que corráis hacia adelante desde el
frente de batalla, sino que impertérritos esperéis a pie firme
9 el ataque de los enemigos. Cuando éstos hayan arrojado
inútilmente sus proyectiles y se lancen en desorden contra
vosotros que estaréis a pie firme, que brillen entonces las
espadas y cada uno recuerde que son los dioses los que
ayudan a los romanos, los dioses los que con sus favorables
10 augurios los envían al combate. Tú, Tito Quincio, contén
la caballería atento al momento inicial de trabarse la lucha;
cuando veas que ya el frente se fija con el cuerpo a cuerpo,
dirige, entonces, el pánico de la caballería contra los ene-
migos absortos en otro peligro y, cargando, desbarata las
11 formaciones de sus combatientes.» Los soldados de a pie,
los de a caballo, se baten tal como les había ordenado; ni el
general les falló a las legiones ni la Fortuna al general.

13 La multitud de enemigos, que confiaba exclusivamente
en el número y medía con la vista uno y otro frente, entró
2 en combate a la ligera y a la ligera lo dejó. Fiera única-
mente durante el grito de guerra, el lanzamiento de las
armas arrojadizas y la carga inicial de la lucha, no pudo
aguantar las espadas, el cuerpo a cuerpo ni la expresión del
3 rostro del enemigo que echaba chispas de coraje. Fue
rechazado su frente de vanguardia y el desconcierto cundió
entre sus fuerzas de reserva; la caballería provocó el pánico
correspondiente; se rompió entonces la formación por

muchos puntos, la conmoción se generalizó y el frente
parecía moverse en vaivén. Después, cuando al caer los de
delante veía cada uno que la muerte iba a llegar hasta él,
emprenden la huida. Los romanos los acosan; mientras se 4
retiraban armados y agrupados, la tarea de perseguirlos le
correspondió a la infantería; cuando se advirtió que arro-
jaban las armas por doquier y que, en su huida, el ejército
enemigo se dispersaba por los campos, entonces fueron
lanzados los escuadrones de caballería dándoseles la con-
signa de que no se entretuviese en matanzas individuales
dando lugar a que, entretanto, se escapase la multitud; era 5
suficiente con que, con armas arrojadizas y metiéndoles
miedo, les impidiesen correr y, cabalgando delante de ellos,
los mantuviesen agrupados hasta que la infantería pudiese
darles alcance y acabar con ellos con una masacre en toda
regla. La huida y la persecución no terminaron hasta la 6
noche. Fue también tomado y saqueado el mismo día el
campamento de los volscos, y todo el botín, excepto los
hombres libres[170], se les dejó a los soldados. La mayor 7
parte de los prisioneros eran latinos y hérnicos, y no sólo
plebeyos, de los que podría pensarse que habían combatido
como mercenarios; se encontraron algunos jóvenes de las
familias más importantes, prueba evidente de que se había
ayudado a los enemigos volscos por decisión oficial. Fue- 8
ron también reconocidos algunos circeyenses y colonos de
Vélitras. Todos fueron enviados a Roma y, a las preguntas
insistentes de los senadores más destacados, respondieron
lo mismo que al dictador, denunciando sin rodeos cada
uno la defección del pueblo a que pertenecía.

---

[170] Éstos debían de ser vendidos como esclavos, pasando al tesoro público el fruto de la subasta.

14 *Agitación social promovida por Manlio Capitolino, que se enfrenta al dictador y es encarcelado*

El dictador mantenía al ejército en los cuarteles sin dudar en lo más mínimo que el senado ordenaría la guerra con aquellos pueblos, cuando un peligro más grave surgido en el interior forzó a llamarlo a Roma, al ir tomando cuerpo de día en día la sedición, más de temer que
2 de costumbre en razón de su promotor. En efecto, no había que fijarse ya tan sólo en la intención de los discursos de Marco Manlio, sino en la de sus hechos, aparentemente favorables al pueblo, en realidad generadores de disturbios.
3 Viendo que se llevaban a un centurión, insigne por sus hazañas militares, condenado por deudas, corrió con su pandilla por mitad del foro en su dirección y puso sobre él la mano [171]; después de hablar a voz en grito de la soberbia de los patricios, la crueldad de los usureros, las miserias de la plebe, y de los méritos y el infortunio de aquel hombre,
4 dijo: «Entonces, realmente, habré salvado inútilmente con esta diestra el Capitolio y la ciudadela, si he de ver a un conciudadano mío, a un camarada de armas conducido a los hierros de la esclavitud, cautivo como si los galos fue-
5 ran vencedores.» A continuación, le paga al acreedor en presencia del pueblo y, libertado por la balanza y el dinero [172] el centurión, lo deja marchar rogando a los dioses y los hombres que recompensen a Marco Manlio, su
6 libertador, padre de la plebe de Roma. Acogido inmediatamente por una tumultuosa turba, avivaba también él el tumulto, mostrando con orgullo las cicatrices de las heridas recibidas en la guerra con Veyos, en la de los galos y en
7 otras posteriores: él, combatiendo, él, levantando su hogar

[171] Expresión de una especie de toma de posesión jurídica.

[172] La forma solemne del «rescate» consistía en golpear con una moneda la balanza y pronunciar una fórmula consagrada.

derruido, después de pagar ya varias veces el importe del principal continuamente desbordado por los intereses, se había hundido bajo la usura; veía la luz, el foro, el rostro de sus conciudadanos gracias a Marco Manlio; de él había recibido todos los beneficios que se reciben de los padres; a 8
él le dedicaba cuanto le restaba de cuerpo, de vida y de sangre; todos cuantos lazos lo habían ligado a la patria, a los penates públicos y privados, lo unían a un solo hombre. La plebe, instigada por estas palabras, pertenecía ya a un 9
solo hombre, y entonces vino a sumarse otro hecho de intencionalidad más desestabilizadora en orden a una conmoción completa: puso a la venta en subasta pública 10
una finca, lo principal de su patrimonio, en territorio de Veyos, «para no consentir, Quirites —dijo—, que ninguno de vosotros, mientras me quede algo de mis bienes, sea llevado por decisión judicial o asignación por deudas[173].» Esto enardeció los ánimos de tal forma que parecían dispuestos a seguir por cualquier medio, permitido o no, al adalid de su libertad.

Además de esto, en su casa, como si estuviera en una 11
asamblea pública, tenía conversaciones cargadas de acusaciones contra los senadores; en ellas, sin pararse a discernir si era verdad o no lo que dejaba caer, dijo que los senadores ocultaban los tesoros del oro de los galos[174] y que ya no se contentaban con la posesión de las tierras del Estado, que querían también escamotear el dinero de todos; si esto pasaba a dominio público, se podía liberar por completo a la plebe de sus deudas. Cuando se presentó esta esperanza, 12
pareció francamente indignante que cuando se había tenido que aportar el oro para rescatar la ciudad de manos de los

---

173 El deudor era adjudicado al acreedor treinta días después de producirse la condena judicial.

174 El oro destinado a pagarles el rescate a los galos.

galos y se había llevado a cabo una contribución pública, ese mismo oro tomado al enemigo hubiese venido a con-
13 vertirse en botín de unos pocos. Consiguientemente, lo acosaban preguntándole dónde se ocultaba un robo de tal calibre; y como daba largas y decía que en su momento lo descubriría, las preocupaciones de todos, desentendiéndose de cualquier otra cosa, se centraban en esta cuestión, y resultaba claro que no iba a haber término medio entre el agradecimiento, si lo denunciado era verdad, y la hostilidad, si era falso.

15 Estando así en suspenso la situación, el dictador, llamado del ejército, llegó a Roma. Al día siguiente reunió al senado y, después de sondear lo suficiente las disposiciones de ánimo de sus componentes, ordenó a los senadores que no se separasen de él y, flanqueado por aquella multitud, colocó su silla en el comicio[175] y envió a un subalterno por
2 Marco Manlio. Éste, llamado por orden del dictador, después de advertir a los suyos que la lucha estaba a la vista, se presentó ante el tribunal con un enorme acompaña-
3 miento. A un lado el senado, al otro la plebe, fija la mirada cada uno en su jefe, se habían situado como en un frente de
4 batalla. Entonces el dictador hizo guardar silencio y dijo: «Ojalá en las demás cosas estemos el senado romano y yo tan de acuerdo con la plebe como confío plenamente que vamos a estarlo en lo que se refiere a ti y a lo que voy a
5 preguntarte. Observo que le has hecho concebir esperanzas a la población de que, sin menoscabo del crédito[176], se pueden saldar las deudas con los tesoros galos que los

---

[175] En el foro, en el lugar donde se celebraban las asambleas del pueblo.

[176] Traducimos por «crédito» la palabra latina *fides*, que encierra más matices. Es un vínculo que, en su origen, tiene connotaciones mágico-religiosas y que liga, en este caso, a deudor y acreedor: el deudor se confía a la *fides* de su acreedor.

patricios principales ocultan. Estoy yo tan lejos de obstaculizar tal medida que, por el contrario, te conmino, Marco Manlio, a que liberes de la usura a la plebe romana y hagas rodar de encima de su presa clandestina a esos que están cubriendo con su cuerpo los tesoros públicos. Si no lo 6
haces, bien por tener tú mismo parte en el botín o bien por carecer de base la denuncia, ordenaré que te lleven a la cárcel y no consentiré por más tiempo que concites a la multitud con una esperanza engañosa.»

A esto, Manlio replicó que no le había pasado desaper- 7
cibido que no era contra los volscos, enemigos siempre que a los senadores les convenía, ni contra los latinos y hérnicos, a los que impulsaban a tomar las armas a base de falsas acusaciones, contra quienes se había nombrado dictador, sino contra él y la plebe romana; se dejaba ya a un 8
lado la guerra simulada y se le atacaba a él; ya el dictador se declaraba defensor de los usureros en contra de la plebe; se buscaba ya en el favor de la multitud un motivo para acusarlo y destruirlo a él. «¿Te molesta, Aulo Cornelio 9
—dijo—, y a vosotros, padres conscritos, la multitud que me rodea flanqueándome? ¿Por qué no la apartáis de mí cada uno de vosotros con vuestros favores personales sirviendo de mediadores, librando de las ligaduras a vuestros conciudadanos, impidiendo que se los lleven por decisión judicial o adjudicación por deudas, aliviando con lo que os sobra de vuestras riquezas las necesidades de los demás? Pero, ¿por qué animaros a gastar de lo vuestro? Llevaos el 10
principal originario, deducid del capital lo que se ha pagado en intereses, y entonces mi acompañamiento no se hará notar lo más mínimo más que el de nadie. Pero 11
bueno, ¿por qué sólo yo me preocupo de esta forma por mis conciudadanos? La respuesta que puedo dar es, ni más ni menos, la misma que si se me pregunta por qué también solo salvé el Capitolio y la ciudadela. Entonces presté a

todos en conjunto la ayuda que me fue posible, y ahora se
12 la prestaré a cada uno en particular. Y por lo que se refiere
a los tesoros galos, la cuestión, simple por sí misma, la
vuelve complicada el hecho de preguntar por ella. ¿Por qué
preguntáis, en efecto, lo que sabéis? ¿Por qué mandáis que
se haga caer lo que está en vuestro regazo en lugar de
ponerlo a la vista, a no ser que haya una trampa debajo?
13 Cuanto más me mandáis descubrir vuestros juegos de
manos, más me temo que les hayáis incluso quitado la vista
a los que os observan. Por lo tanto, no es a mí a quien hay
que forzar para que denuncie vuestras rapiñas, sino a vosotros para que las pongáis a disposición de todos.»

16 Como el dictador le mandaba que se dejase de rodeos y
lo forzaba a que llevase hasta el final una denuncia en
regla, o confesase el delito de haber incriminado al senado
con una acusación falsa haciéndolo blanco de hostilidad
por un robo ilusorio, mientras que él decía que no hablaría
a capricho de sus enemigos, mandó que lo metieran en la
2 cárcel. Agarrado por el subalterno, dijo: «Júpiter Óptimo
Máximo, Juno Reina, y Minerva, y demás dioses y diosas
que moráis en el Capitolio y la ciudadela: ¿así dejáis que
vuestro soldado y defensor sea objeto de malos tratos por
parte de sus enemigos? Esta diestra con la que rechacé de
vuestros santuarios a los galos ¿va a estar, dentro de un
3 instante, atada con cadenas?» Nadie soportaba el ver ni
escuchar aquella indignidad; pero la población, muy respetuosa con la autoridad legítima, se había impuesto a sí
misma algunos principios inquebrantables, y ante la prepotencia dictatorial ni los tribunos de la plebe ni la propia
4 plebe se atrevían a levantar la vista o abrir la boca; encarcelado Manlio, hay constancia suficiente de que gran parte
de la plebe se vistió de luto, que muchos hombres se dejaron crecer el pelo y la barba, y que una multitud abatida se
situó a la entrada de la prisión.

El dictador celebró el triunfo sobre los volscos, triunfo 5
que le supuso más hostilidad que gloria; y es que se murmuraba que se lo había ganado en la ciudad, no en el ejército, y lo había celebrado sobre un ciudadano, no sobre el enemigo. No le había faltado a tanta arrogancia más que
un detalle: llevar a Marco Manlio delante de su carro. Y ya 6
la situación no estaba muy lejos de una sedición. Para apaciguarla, el senado, sin que nadie lo pidiese, se volvió, de repente y por propia voluntad, generoso y ordenó el envío a Sátrico de una colonia de dos mil ciudadanos romanos; se les asignaron dos yugadas y media de tierra a cada uno.
Como se consideró que esto era poco, y concedido a pocos, 7
y que era el pago por abandonar a Marco Manlio, con el
remedio se exaspera la sedición. Ya la turba de partidarios 8
de Manlio se hacía notar en mayor medida por su atuendo de luto y su aspecto de acusados; y la dimisión del cargo, después del triunfo, había hecho desaparecer el miedo a la dictadura y había dejado libres las lenguas y los ánimos de las gentes.

Manlio en libertad; encabeza el movimiento plebeyo frente a los patricios; demandado, juzgado, condenado, ejecutado

Se oían, así, abiertamente, las voces de 17
quienes increpaban a la multitud, porque, con su favor, llevaba siempre a sus defensores al borde del abismo y, después, los dejaba desasistidos en el momento
mento mismo del peligro: así había sido 2
aplastado Espurio Casio, que llamaba a la plebe a la propiedad de las tierras; así, Espurio Melio, que a expensas suyas eliminaba el hambre de la boca de sus conciudadanos[177]; así, Marco Manlio, que arrastraba hacia la libertad y hacia la luz a una porción de la población hundida bajo el peso de la usura, había sido entregado a sus enemigos; la plebe a sus

[177] Véase, sobre Espurio Casio, II 41; y sobre Melio, IV 13, 1 ss.

3 fautores los cebaba para ser degollados. ¿Se había tenido que soportar aquello, porque un personaje consular no había contestado a una insinuación de un dictador? Suponiendo que hubiese mentido anteriormente y que, por eso, no había tenido qué contestar: ¿a qué esclavo se le había
4 castigado nunca con las cadenas por una mentira? ¿No les había venido a la mente el recuerdo de aquella noche que casi había sido la última, la noche eterna para Roma, ni la imagen del ejército de los galos escalando la roca Tarpeya, ni la del propio Marco Manlio, tal como lo habían visto con sus armas, bañado en sudor y sangre, después de arrancar, como si dijéramos, al propio Júpiter de las
5 manos del enemigo? ¿Es que con media libra de harina habían dado su recompensa al salvador de la patria? Y aquel a quien habían hecho casi morador del cielo, y al que sin casi habían colocado, con el sobrenombre, al nivel de Júpiter Capitolino, ¿consentían que, encadenado en la cárcel, en las tinieblas, llevase una vida sometida al capricho del verdugo? ¿De tal modo uno solo había representado ayuda suficiente para todos, y entre tantos no había ayuda
6 ninguna para uno solo? Ya ni siquiera durante la noche abandonaba la multitud aquel lugar, y amenazaba con echar abajo la cárcel; entonces, concediéndole lo que estaba a punto de arrancar, Manlio es puesto en libertad por senadoconsulto, acto con el que no se puso fin a la sedición, sino que se le dio un jefe.

7 Por aquellos mismos días los latinos y hérnicos, así como los colonos de Circeyos y Vélitras, exculpándose de su participación en la guerra de los volscos reclamaron los prisioneros para tomar medidas contra ellos de acuerdo con sus leyes, y se les respondió con dureza, con dureza mayor a los colonos, porque, siendo ciudadanos romanos,
8 se habían trazado el infame plan de atacar a su patria. No sólo se les dijo que no, por consiguiente, en lo de los pri-

sioneros, sino que se les comunicó por orden del senado —cosa que no se había hecho, sin embargo, con los aliados— que debían darse prisa en salir de Roma cuanto antes, lejos de la presencia y de la vista del pueblo romano, no fuese a ocurrir que no les alcanzase el derecho de embajada, establecido para los extranjeros, no para los ciudadanos.

Mientras que la sedición manliana resurgía con fuerza, 18
hacia finales de año se celebraron los comicios y fueron elegidos tribunos militares con poderes de cónsul[178] Servio Cornelio Maluginense por segunda vez, Publio Valerio Potito por segunda vez, Marco Furio Camilo por quinta, Servio Sulpicio Rufo por segunda, Gayo Papirio Craso, y Tito Quincio Cincinato por segunda vez. A principios del 2
año les vino muy a propósito la paz en el exterior tanto a los patricios como a la plebe: a la plebe, porque, al no ser llamada a incorporarse a filas, cobró esperanzas de acabar con la usura contando con tan poderoso jefe[179]; a los patricios, porque ningún peligro exterior distraería su atención de poner remedio a los males domésticos. Así pues, como 3
ambas partes se manifestaban bastante más enardecidas, el enfrentamiento era ya inminente. Manlio, llamando a su casa a la plebe, día y noche discute con sus miembros más cualificados unos planes de cambio revolucionario, con bastante más coraje y cólera que anteriormente. La reciente 4
humillación había encendido la ira en su ánimo, que no había probado las afrentas hasta entonces; le daba bríos el hecho de que el dictador no se había atrevido a hacer lo que Cincinato Quincio en el caso de Espurio Melio, y el que la hostilidad por su encarcelamiento había tenido que renunciar a su cargo el dictador para evitarla, y, por otra

[178] Año 384 a. C.

[179] M. Manlio Capitolino.

parte, ni siquiera el senado había sido capaz de afrontarla.
5 Envanecido y, a la vez, exacerbado por ello, excitaba los ya
de por sí caldeados ánimos de la plebe:

«Hasta cuándo vais a ignorar vuestras fuerzas, cuando
la naturaleza quiso que ni siquiera los animales salvajes
ignorasen las suyas? Al menos, contad cuántos sois voso-
tros, cuántos adversarios tenéis. Pues tantos como fuisteis
clientes en torno a un solo patrono, tantos seréis ahora en
6 hacer frente a un solo enemigo. Aunque tuvierais que ata-
carlos uno contra uno, creo, sin embargo, que lucharíais
más duramente vosotros por la libertad que ellos por la
7 dominación. Simplemente, mostrad la guerra: tendréis la
paz. Que os vean dispuestos a emplear la fuerza: ellos mis-
mos cederán de su derecho. Hay que tener algo de osadía
todos en conjunto, o sufrirlo todo cada uno en particular.
8 ¿Hasta cuándo vais a andar a mi alrededor contemplán-
dome? Yo, bien es verdad, no le fallaré a ninguno de voso-
tros, pero mirad que no falle mi suerte. Yo, el defensor de
vuestra libertad, cuando a mis adversarios les pareció, dejé
al instante de ser alguien, y todos en conjunto visteis que
era encadenado yo que había rechazado de cada uno de
9 vosotros las cadenas. ¿Qué puedo esperar, en caso de que
mis enemigos tengan algún nuevo golpe de audacia contra
mí? ¿Debo esperar, acaso, el final de un Casio y de un
Melio? Bien hacéis en rechazar horrorizados esta posibili-
dad. Los dioses lo impedirán; pero nunca bajarán del cielo
por mi causa: es preciso que os den a vosotros la voluntad
de impedirlo, como a mí me dieron la de defenderos, con
las armas o vestido de toga, de los enemigos bárbaros, de
los conciudadanos soberbios.

10 »¿Tan poco coraje tiene tan gran pueblo, que siempre os
es suficiente con que os ayuden contra vuestros enemigos
particulares, y no conocéis ninguna lucha contra los patri-
cios, a no ser acerca de los límites dentro de los cuales

consentís que se os domine? Y ni siquiera esto lo lleváis
dentro de vosotros por naturaleza, sino que lo debéis a la
práctica. ¿Por qué, en efecto, contra los extranjeros tenéis 11
tanto valor, que os parece justo dominar sobre ellos? Por-
que contra ellos estáis acostumbrados a luchar por la
supremacía, y contra éstos a tantear más que a defender la
libertad. Sin embargo, como quiera que fuesen los jefes que 12
habéis tenido, como quiera que hayáis sido vosotros mis-
mos, hasta ahora todo cuanto os propusisteis la conseguis-
teis, se debiese a vuestra fuerza o a vuestra suerte. Es 13
tiempo de abordar empresas aún mayores. Poned tan sólo
a prueba vuestra fortuna y ponedme a mí mismo, probado,
según espero, con éxito; menor trabajo os costará imponer-
les a los patricios quien los domine que el que os costó
imponerles cuando dominaban quien se les resistiese. Hay 14
que reducir al nivel del suelo dictaduras y consulados, para
que la plebe romana pueda levantar cabeza.

»Por consiguiente, prestad vuestra asistencia; impedid
que se dicten sentencias en cuestión de deudas. Yo me pro-
clamo patrono de la plebe, título de que me invisten mis
desvelos y lealtad. En caso de que vosotros llaméis a vues- 15
tro jefe con un nombre que haga resaltar en mayor medida
su autoridad y su honor, lo haréis más poderoso en orden a
lograr lo que queréis.»

A partir de ahí se comenzó, dicen, a tratar acerca de la 16
monarquía; pero la tradición no es suficientemente explí-
cita en lo que se refiere a con quiénes y hasta qué extremos
se desarrolló el plan.

Pero, en la otra parte, el senado discute acerca de la 19
secesión de la plebe en una casa particular, situada, ade-
más, casualmente en la ciudadela, y de la amenaza que
pende sobre la libertad. Una gran parte grita que se nece- 2
sita un Servilio Ahala, que no se limite a exasperar a un
enemigo público ordenando que lo metan en la cárcel, sino

que, con el sacrificio de un solo ciudadano, ponga fin a la
3 guerra civil. Se pasa a una propuesta más moderada en la forma, pero que tiene el mismo alcance: que los magistrados cuiden de que la república no sufra daño alguno[180] por
4 los planes subversivos de Marco Manlio. Entonces los tribunos con poderes de cónsul y los tribunos de la plebe —pues también éstos, como veían que su potestad iba a tener el mismo fin que la libertad de todos, se habían remitido a la autoridad del senado—, todos ellos, pues, delibe-
5 ran acerca de la acción a seguir. Como, aparte de la violencia y la muerte, a nadie se le ocurría nada, y como, por otro lado, estaba claro que esto significaría el origen de una tremenda confrontación, entonces Marco Menenio y
6 Quinto Publilio, tribunos de la plebe, dijeron: «¿Por qué razón convertimos en un enfrentamiento entre patricios y plebe lo que debe serlo entre la población y sólo un ciudadano funesto? ¿Por qué atacamos a la plebe juntamente con ese al que es más seguro atacar por medio de la propia plebe para que se derrumbe bajo el peso de sus propias
7 fuerzas? Tenemos intención de demandarlo. Nada hay menos popular que la monarquía. Tan pronto como esa multitud vea que no es contra ella contra quien se lucha, y que de defensores pasan a jueces, y que tienen ante los ojos unos acusadores plebeyos y un acusado patricio, y delante de sí un delito de realeza, actuarán a favor de su propia libertad más que de ninguna otra cosa.»

20 Con la aprobación de todos demandan a Manlio. Cuando ocurrió esto, al principio la plebe sufrió una con-
2 moción, sobre todo cuando vieron al acusado vestido de luto sin que le acompañase nadie, no ya de los patricios, sino ni tan siquiera de sus parientes o allegados, ni

[180] Es la fórmula del *senatus consultum ultimum*, que da a los magistrados poderes absolutos ante una emergencia.

siquiera, en fin, sus hermanos Aulo y Tito Manlio; y es que hasta aquel día nunca los más próximos habían dejado de cambiarse también de indumentaria en una situación tan crítica: cuando Apio Claudio[181] había sido encarcelado, 3 Gayo Claudio, su enemigo personal, y toda la familia Claudia se habían vestido de duelo; había un acuerdo para hundir a un hombre con ascendiente entre el pueblo, porque había sido el primero en pasarse del patriciado a la plebe.

Cuando llegó el día señalado, aparte de las reuniones 4 multitudinarias, las palabras sediciosas, las larguezas y la falsa denuncia, no encuentro en ningún historiador ningún cargo que le fuese imputado al acusado por sus acusadores referente, específicamente, al delito de pretender la monarquía; pero estoy seguro de que no debieron de ser peque- 5 ños, dado que, si bien la plebe tardó en condenarlo, ello se debió no a la causa procesal sino al lugar[182]. Hay algo que parece debe ser subrayado, para que sepan los hombres cuántos y qué importantes méritos volvió inútiles e, incluso, odiosos la vergonzosa ansia de reinar: presentó, 6 dicen, cerca de cuatrocientos hombres a los que había prestado dinero contante sin interés, impidiendo que sus bienes fuesen vendidos y que ellos fuesen adjudicados por deudas; además de esto, no sólo mencionó, sino que, incluso, puso 7 a la vista sus trofeos de guerra, unos treinta despojos de enemigos muertos y cuarenta condecoraciones de sus generales, entre ellas dos coronas murales y ocho coronas cívicas[183]; presentó también ciudadanos a los que había sal- 8

[181] El decénviro.

[182] El Campo de Marte, desde donde se podía ver el Capitolio.

[183] La corona mural la concedía el general al primero que escalaba las murallas de una plaza enemiga, y era de oro. La cívica, concedida por un ciudadano a otro que le había salvado la vida, era de hojas de encina.

vado del enemigo, entre los cuales nombró a Gayo Servilio, jefe de la caballería, que estaba ausente; y después de mencionar también sus hazañas bélicas en un discurso magnífico a tenor de la altura de los hechos, llegando con sus palabras al nivel de sus actos, descubrió el pecho, en el que resaltaban las cicatrices de las heridas recibidas en la gue-
9 rra, y, mirando una y otra vez al Capitolio, pidió a Júpiter y a los demás dioses que acudiesen en ayuda de su suerte y les suplicó que el sentir que le habían inspirado a él cuando cubría con su cuerpo la ciudadela del Capitolio, para la salvación del pueblo romano, se lo inspirasen, en un momento crítico para él, al pueblo romano; y les pidió, a cada uno en particular y a todos en conjunto, que dictasen sentencia sobre él mirando hacia el Capitolio y la ciudadela, de cara hacia los dioses inmortales.

10 Como el pueblo estaba citado en el Campo de Marte por centurias, y el acusado, tendiendo las manos hacia el Capitolio, volvió sus súplicas de los hombres a los dioses, los tribunos vieron claramente que, si no liberaban incluso los ojos de los ciudadanos del recuerdo de una acción tan gloriosa, nunca tendría entrada en sus espíritus, ganados
11 por semejante servicio, el convencimiento de su delito. Así, aplazando el juicio, la asamblea del pueblo fue convocada oficialmente en el bosque sagrado Petelino, fuera de la puerta Flumentana[184], desde donde el Capitolio no era visible. Allí tuvo toda su fuerza la acusación y, debido al endurecimiento de los espíritus, se dictó una sentencia
12 terrible, odiosa hasta para los jueces. Hay quien sostiene que fue condenado por duúnviros, nombrados para instruir las causas de alta traición. Los tribunos lo precipitaron desde lo alto de la roca Tarpeya, y un mismo lugar, en relación con un solo hombre, fue a la vez el recordatorio de

[184] Daba al Tíber. Por ella se salía al Campo de Marte.

una gloria excelsa y el de un suplicio capital. A su muerte 13
se añadieron dos notas infamantes: una de carácter público, porque, como su casa había estado donde está ahora el templo y el taller de Moneta, se le propuso al pueblo la prohibición de que ningún patricio habitase en la ciudadela o el Capitolio; la otra de carácter familiar, por- 14
que, por decisión de la familia Manlia, se previno que ninguno de los suyos en adelante se llamase Marco. Tal fue el final de un hombre memorable, de no haber nacido en una ciudad libre. Al poco tiempo, cuando ya no representaba 15
ningún peligro, el pueblo, recordando únicamente sus virtudes, lo echó de menos. Incluso, al sobrevenir una epidemia poco después y no dar con causa alguna de una calamidad tan grande, les pareció a muchos que su origen estaba en el suplicio de Manlio: el Capitolio había sido 16
profanado por la sangre de su salvador, y a los dioses no les había agradado que se les pusiese casi delante de los ojos el castigo de quien había arrancado sus templos de las manos de los enemigos.

Amenaza de guerra en varios frentes. Victoria sobre Vélitras. Camilo vence a los volscos en Sátrico

A la epidemia siguió la escasez y, tras 21
hacerse públicos ambos azotes, vino, al año siguiente, una guerra con frentes múltiples, siendo tribunos militares con poderes de cónsul[185] Lucio Valerio por cuarta vez, Aulo Manlio por tercera, Servio Sulpicio por tercera, Lucio Lucrecio, Lucio Emilio por tercera vez y Marco Trebonio. Aparte de los volscos, puestos por una especie de fatalidad 2
para mantener activos de forma casi ininterrumpida a los soldados romanos; de las colonias de Circeyos y Vélitras, que llevaban ya largo tiempo tramando la defección, y del

[185] Año 383 a. C.

Lacio, poco de fiar, también Lanuvio, que había sido una ciudad muy fiel, surgió de repente como nuevo enemigo.
3 Los senadores, convencidos de que esto ocurría por menosprecio debido a que la defección de los veliternos, conciudadanos suyos, había quedado impune durante tanto tiempo, decidieron que se presentase al pueblo lo antes
4 posible la propuesta de declararles la guerra. A fin de que la plebe estuviese mejor dispuesta para esta campaña, nombraron quinquéviros para repartir las tierras del Pon-
5 tino y triúnviros para llevar una colonia a Nepete. Se le presentó, entonces, al pueblo la proposición de prescribir la guerra y, aunque los tribunos de la plebe trataron en vano
6 de disuadirlo, todas las tribus votaron la guerra. Los preparativos bélicos se hicieron aquel año, pero, debido a la epidemia, no se sacó al ejército, y esta demora daba tiempo a los colonos[186] para pedir disculpas al senado; gran parte de ellos se inclinaba por el envío a Roma de una embajada
7 de súplica, pero el peligro privado se interfirió en el público, como suele suceder, y los que habían propuesto separarse de Roma, por miedo a ser ellos solos inculpados y entregados a la ira de los romanos como víctimas expia-
8 torias, desviaron a las colonias de los planes de paz. Y no sólo se opusieron al envío de la embajada en el senado, sino que incitaron a una gran parte de la plebe a salir a saquear en territorio romano. Este nuevo desafuero desba-
9 rató cualquier esperanza de paz. También aquel año se comenzó a hablar de la defección de los prenestinos, y cuando los acusaron los tusculanos, los gabinos y los labicanos, en cuyos territorios se habían producido incursiones, el senado respondió con una tranquilidad tal que se veía claro que no daban mucho crédito a las quejas, porque no querían que fuesen verdad.

[186] Los de 21, 2.

Al año siguiente[187], Espurio y Lucio Papirio, nuevos 22
tribunos militares con poderes de cónsul, llevaron las
legiones a Vélitras; sus cuatro colegas, los tribunos Servio
Cornelio Maluginense por tercera vez, Quinto Servilio,
Gayo Sulpicio, Lucio Emilio por cuarta vez, quedaron
para defender Roma y por si se tenía noticia de nuevos
movimientos de parte de Etruria, pues por ese lado todo
era sospechoso.

En Vélitras, contra unas tropas en las que eran casi más 2
importantes los refuerzos prenestinos que los propios efec-
tivos de los colonos, se libró una batalla favorable, de
suerte que la proximidad de la ciudad constituyó para el
enemigo el motivo de una huida más temprana y también
el único refugio a donde huir. Los tribunos se abstuvieron 3
de asediar la plaza, porque el asedio no ofrecía garantías y
porque consideraban que no se debía luchar hasta destruir
la colonia. Con la noticia de la victoria se envió al senado
una carta en términos más duros contra los enemigos pre-
nestinos, que contra los de Vélitras. Consiguientemente, 4
sobre la base de un senadoconsulto y por mandato del
pueblo, se las declaró la guerra a los prenestinos. Éstos,
unidos a los volscos, al año siguiente tomaron por asalto
Sátrico, colonia del pueblo romano, defendida con tesón
por los colonos, y utilizaron vergonzosamente la victoria
sobre los prisioneros. Los romanos, indignados por este 5
proceder, eligieron a Marco Furio Camilo tribuno mili-
tar[188] por sexta vez. Los colegas elegidos fueron Aulo y
Lucio Postumio de Regilo y Lucio Furio, juntamente con
Lucio Lucrecio y Marco Fabio Ambusto. La guerra volsca 6
le fue asignada por decreto a Marco Furio de forma
extraordinaria; por sorteo le es asignado de entre los tribu-

[187] El 382 a. C.

[188] Año 381 a. C.

nos como adjunto Lucio Furio, lo cual no iba a constituir tanto un bien para el Estado como un motivo de gloria para Camilo en todos los sentidos: desde el punto de vista público, porque restableció la situación comprometida por la temeridad del otro, y desde el privado, porque en aquel error buscó el agradecimiento del otro hacia él más que su propia gloria.

7 Camilo era ya de edad avanzada y, cuando se encontraba en los comicios dispuesto a jurar la fórmula acostumbrada para quedar exento por razones de salud, el pueblo de forma unánime se había opuesto a ello; en su robusto pecho estaba en pleno vigor una inteligencia penetrante y conservaba íntegras sus facultades, y si bien ya no le interesaban de manera especial los asuntos civiles, las
8 guerras lo estimulaban. Alistadas cuatro legiones de cuatro mil hombres cada una, dio orden al ejército de que estuviese al día siguiente en la puerta Esquilina y marchó hacia Sátrico. Los que habían tomado por asalto la colonia lo estaban esperando allí, sin la menor inquietud, confiados en el número de sus tropas, en lo cual llevaban bastante
9 ventaja. Cuando se apercibieron de que se acercaban los romanos, inmediatamente avanzan en formación de combate dispuestos a no demorar ni un instante la confrontación decisiva: así, a la escasez de efectivos del enemigo de nada le iba a servir la habilidad de aquel general único, en la que confiaban en exclusiva.

23 Era el mismo el ardor del ejército romano y de uno de sus generales, y lo único que impedía que se corriese el azar de una lucha inmediata era la prudencia y la autoridad de un hombre tan sólo, que, en la dilación de la guerra, buscaba una ocasión para suplir con la razón la inferioridad
2 de fuerzas. Con ello, el enemigo se mostraba más agresivo y ya no se limitaba a desplegar sus líneas delante de su campamento, sino que se adelantaba hasta el centro de la

llanura y, llevando sus enseñas casi hasta la empalizada
enemiga, daba muestras de una orgullosa confianza en sus
fuerzas. Esto indignaba a los soldados romanos y mucho 3
más al otro tribuno militar, Lucio Furio, fogoso por la
edad y por carácter y, por otra parte, engreído con las
esperanzas de la multitud, que cobra bríos de los motivos
más inconsistentes. Éste incitaba a los soldados, ya de por 4
sí excitados, rebajando la autoridad de su colega por el
único camino que le era posible: la edad, repitiendo que las
guerras eran para los jóvenes y que el coraje iba a más y
decaía juntamente con el cuerpo; que un guerrero de lo 5
más aguerrido se había vuelto un contemporizador y el que
solía, nada más llegar, arramblar con campamentos y ciu-
dades al primer choque, estaba inactivo perdiendo el
tiempo en el interior de la empalizada; ¿qué esperaba que
viniese a incrementar sus fuerzas o disminuir las del ene-
migo? ¿Qué oportunidad, qué momento, qué posición para 6
tender una emboscada? La iniciativa de un anciano se hiela
y embota. Pero Camilo había tenido vida y gloria bastante, 7
¿qué necesidad había de dejar que, juntamente con un solo
cuerpo mortal, envejeciesen las fuerzas de una ciudad que
debía ser inmortal?

Con estas manifestaciones había puesto de su parte al 8
campamento entero y, como en todas partes se reclamaba
la lucha, dijo: «Marco Furio, no podemos contener la
fogosidad de los soldados; y el enemigo, cuya moral hemos
acrecido con nuestras vacilaciones, nos insulta con una
insolencia que ya no se puede tolerar en absoluto. Cede tú
solo ante todos y deja que no se imponga tu criterio para
que obtengas con mayor rapidez una victoria bélica.» A esto, 9
Camilo respondía que las guerras hechas hasta aquel día
bajo sus únicos auspicios no habían hecho que se arrepin-
tiesen ni él ni el pueblo romano de sus determinaciones o
de su fortuna; que en el momento presente sabía que tenía

un colega igual a él en derechos y poderes y superior a él en
10 el vigor de la edad; que él, en lo referente al ejército, estaba acostumbrado a dirigir, no a ser dirigido: pero los poderes de un colega no podía obstaculizarlos. Que, con la ayuda de los dioses, hiciese lo que estimase conveniente para el
11 Estado; que él pedía también como concesión a su edad no estar en primera línea; que él no dejaría de desempeñar las funciones que en una guerra corresponden a un anciano; que únicamente suplicaba a los dioses inmortales que ningún infortunio viniese a hacer bueno su criterio.

12 Ni los hombres prestaron oídos a tan sano razonamiento ni los dioses escucharon tan piadosa súplica. El partidario de combatir forma la primera línea en orden de combate; Camilo afianza las tropas de reserva y sitúa delante del campamento una sólida guarnición; personalmente, se coloca en una posición elevada, como observador atento al desarrollo de una táctica ajena.

24 Nada más resonar las armas al primer choque, el ene-
2 migo retrocedió, por astucia, no por miedo. A su espalda había una ligera pendiente entre sus líneas y su campamento y, dado que contaba con efectivos suficientes, había dejado en el campamento unas cuantas cohortes sólidas, armadas y en formación de combate, para que, una vez entablada la lucha, hiciesen la salida cuando el enemigo se
3 aproximase a la empalizada. Los romanos, persiguiendo de forma desordenada al enemigo que retrocedía, fueron arrastrados a terreno desventajoso dando ocasión a esta salida; así, pues, el pánico, vuelto hacia el vencedor en razón del nuevo enemigo y de la pendiente del valle, hizo
4 que el ejército romano volviera la espalda. Presionan las tropas de refresco volscas que habían lanzado el ataque desde el campamento; se reincorporan también a la lucha los que habían retrocedido simulando huir. Los soldados romanos, olvidándose de su fiereza reciente y de su antigua

gloria, ya no es que retrocedieran, es que volvían la espalda
a discreción y se dirigían de nuevo hacia el campamento
corriendo en desbandada; entonces, Camilo, colocado 5
sobre un caballo por los que estaban en torno a él, enfrentó
a toda prisa al enemigo las tropas de reserva: «¿Ésta es
—dijo—, soldados, la lucha que pedisteis? ¿Quién es el
hombre o el dios al que podáis echar las culpas? Vuestra es
aquella temeridad, vuestra esta cobardía. Después de haber 6
seguido a otro jefe, seguid ahora a Camilo y, como soléis
cuando estáis a mis órdenes, venced. ¿Por qué volvéis la
vista hacia la empalizada y el campamento? Nadie de voso-
tros tendrá cabida allí, si no es como vencedor.»

Por lo pronto, la vergüenza contuvo la desbandada; 7
luego, cuando vieron que las enseñas daban la vuelta y el
frente se volvía contra el enemigo, y el jefe, señalado con
tantos triunfos y venerable además por la edad, se expuso
entre las enseñas de primera línea donde el esfuerzo y el
riesgo eran mayores, todos se increpaban a sí mismos y a
los demás, y las palabras de aliento mutuo recorrieron todo
el ejército con un clamor enardecido. Tampoco el otro tri- 8
buno dejó de prestar su colaboración: enviado a la caballe-
ría por su colega dedicado a rehacer las líneas de infante-
ría, no la recriminó —el ser corresponsable de su mal
proceder le había quitado autoridad para hacerlo—, sino
que pasó de las órdenes exclusivamente a las súplicas y les
pidió a cada uno en particular y a todos en conjunto que lo
liberasen de su culpa, pues era responsable de la suerte
corrida aquel día: «A pesar de la negativa y la oposición de 9
mi colega, me uní a la temeridad de todos, en lugar de
hacerlo a la prudencia de uno solo. Camilo tiene a la vista
la gloria, cualquiera que sea vuestra suerte; yo, si no se
restablece la lucha, sufriré el infortunio con todos, y la
deshonra la sufriré yo sólo, lo cual es el colmo de la desdi-
cha.» Se consideró lo más acertado, dada la fluctuación de 10

las líneas, dejar los caballos y lanzarse contra el enemigo combatiendo a pie. Llamando la atención por sus armas y su arrojo, se dirigen al punto en que ven que las tropas de infantería sufren un acoso más intenso. Ni jefes ni tropa cejan lo más mínimo en un coraje en el que van a porfía sin
11 reservas. Por eso, el resultado acusó el valor puesto en el empeño, y los volscos, dispersándose en una huida auténtica por donde hacía poco habían retrocedido simulando miedo, fueron muertos en gran parte en la propia batalla y, después, durante la huida; otros, en el campamento, que fue tomado en la misma carga; fueron más, sin embargo, los prisioneros que los muertos.

Estrategia de Túsculo para mantenerse en paz

25 Como, al hacer recuento de prisioneros, fueron reconocidos algunos tusculanos, fueron separados del resto y conducidos a presencia de los tribunos, y ante sus preguntas confesaron que habían
2 combatido por decisión oficial. Camilo, impulsado por el temor a una guerra tan cercana[189], dice que va a llevar a Roma a los prisioneros inmediatamente, para que los senadores no estén en la ignorancia de que los tusculanos han roto la alianza; entretanto, que su colega, si le parece
3 bien, esté al mando del campamento y del ejército. Un día había bastado para enseñarle a su colega a no anteponer su propio criterio a otros mejores; sin embargo, ni él ni nadie en el ejército imaginaba que Camilo fuese a sobrellevar con ánimo suficientemente indulgente una falta que había
4 puesto al Estado en una situación tan comprometida; y tanto en el ejército como en Roma era opinión general e invariable que, dada la suerte diversa con que se habían llevado las cosas en zona volsca, la culpa de la derrota y de la huida la tenía Lucio Furio, y toda la gloria de la victoria

[189] En el espacio, dada la proximidad de Túsculo.

correspondía a Marco Furio. Después de ser introducidos 5
en el senado los prisioneros, los senadores decidieron que
había que hacerles la guerra a los tusculanos y encargaron
de la misma a Camilo; pidió alguien que le ayudase en esta
tarea y, al permitirle que escogiese a quien quisiese de entre
sus colegas, eligió, en contra de lo que todos esperaban, a
Lucio Furio. Este control de sus sentimientos, de una parte 6
quitó peso al mal nombre de su colega y, de otra, le gran-
jeó a él una inmensa gloria.

Pero no hubo guerra con los tusculanos: con una paz
no interrumpida evitaron el poderío de Roma, cosa que no
podían hacer con las armas. Cuando los romanos penetra- 7
ron en su territorio, ellos no abandonaron los lugares cer-
canos a su marcha, no interrumpieron el cultivo de los
campos; abiertas de par en par las puertas de la ciudad,
salieron en gran número vestidos de toga[190] al encuentro
de los generales; de buen grado se le llevan al ejército al
campamento provisiones desde la ciudad y desde el campo.
Camilo, establecido el campamento ante las puertas, 8
deseando saber si también en el interior de las murallas la
paz presentaba las mismas características que se ponían de
manifiesto en los campos, entró en la ciudad, donde vio 9
abiertas las puertas de las casas y las tiendas con todo su
contenido expuesto a la vista de todo el mundo, y los arte-
sanos concentrados cada uno en su trabajo, y las escuelas
resonando con las voces de los alumnos, así como las
callejuelas llenas de gente, entre ella niños y mujeres, que
iba de acá para allá cada cual en el ajetreo de sus asuntos
de costumbre, sin nada que les hiciese aparentar no ya 10
temor, sino ni siquiera sorpresa. Lo miraba todo en torno
suyo tratando de descubrir con la vista indicios de guerra;
no había el menor vestigio de que cosa alguna hubiese sido 11

[190] La vestimenta civil, de la paz.

cambiada de sitio o puesta a la vista a propósito, sino que todo tenía la tranquilidad de una paz no interrumpida, de forma que difícilmente podía parecer que hasta allí hubieran llegado rumores de guerra.

26 Ganado, pues, por la sumisión de los enemigos, ordenó que fuese convocado su senado. «Sólo vosotros, tusculanos —dijo—, hasta la fecha, habéis encontrado las verdaderas armas y las verdaderas fuerzas con que proteger vuestras
2 casas de la ira de los romanos. Id a Roma a presentaros al senado; los senadores valorarán si os habéis hecho merecedores en mayor medida del castigo antes o del perdón ahora. No voy a adelantarme a una medida oficial de gracia: de mí habréis obtenido la posibilidad de implorar, el senado dará a vuestras súplicas el tratamiento que estime conveniente.»

3 Una vez que los tusculanos llegaron a Roma y, en el vestíbulo de la curia, se vio abatido al senado de unos aliados fieles hacía poco, inmediatamente los senadores, conmovidos, los mandaron llamar más en tono ya de huéspe-
4 des que de enemigos. El dictador tusculano habló en estos términos: «Nosotros, a quienes declarasteis y llevasteis la guerra, padres conscritos, tal como ahora nos veis de pie en el vestíbulo de vuestra curia, así, armados y dispuestos de esta forma, hemos salido al encuentro de vuestros generales
5 y vuestras legiones. Éste fue y será siempre nuestro proceder y el de nuestra plebe, a no ser cuando en un momento dado recibamos armas de vosotros y a favor vuestro. Damos las gracias a vuestros generales y a vuestro ejército, porque dieron más crédito a sus ojos que a sus oídos y donde no había hostilidad alguna tampoco ellos actuaron
6 como enemigos. La paz de que os dimos pruebas la pedimos de vosotros; os rogamos que dirijáis la guerra hacia donde pueda haberla; si nosotros tenemos que comprobar por experiencia cuánto pueden vuestras armas, lo expe-

rimentaremos sin armas. Éstas son nuestras intenciones —¡que los dioses inmortales les den cumplimiento!—, tan fructíferas como sinceras. Por lo que se refiere a las quejas 7
que os movieron a declararnos la guerra, aunque es innecesario refutar con palabras lo que ha sido refutado por los hechos, sin embargo, aun suponiendo que fuesen fundadas, estimamos que incluso el reconocerlas no entraña riesgo por nuestra parte, al haber sido tan evidente nuestro arrepentimiento. Ya pueden cometerse faltas contra vosotros, siempre que seáis dignos de una satisfacción semejante.» Prácticamente así de cortas fueron las palabras pronuncia- 8
das por los tusculanos. Al momento consiguieron la paz, y no mucho después incluso la ciudadanía. Las legiones fueron retiradas de Túsculo.

Los problemas de las deudas dan pie a una ofensiva prenestina aplastada por el dictador Tito Quincio Cincinato

Camilo, que se había distinguido por 27
su prudencia y valor en la guerra contra los volscos, por su fortuna en la expedición contra Túsculo, y en uno y otro caso por su singular tolerancia y moderación en relación con su colega, abandonó el 2
cargo habiendo sido elegidos tribunos militares para el año siguiente[191] Lucio y Publio Valerio —Lucio por quinta vez, Publio por tercera—, Gayo Sergio por tercera vez, Licinio Menenio por segunda, Publio Papirio y Servio Cornelio Malugi-nense. Aquel año hubo necesidad también de censores, a 3
causa, sobre todo, de los inciertos rumores acerca de las deudas, cuya importancia y odiosidad eran exageradas por los tribunos de la plebe, siendo, a su vez, aminoradas por aquellos a quienes interesaba que pareciese que los problemas del crédito se debían más a la mala fe que a la situación económica de los deudores. Fueron nombrados 4

[191] El 380 a. C.

censores Gayo Sulpicio Camerino y Espurio Postumio Regi-
lense, y su tarea, iniciada ya, quedó interrumpida por la
muerte de Postumio, porque había inconvenientes de tipo
5 religioso para darle al censor un colega sustituto. Por con-
siguiente, habiendo dimitido Sulpicio de su cargo, los nue-
vos censores, debido a un defecto de forma en su nombra-
miento, no ocuparon el cargo; escrúpulos religiosos, por si
los dioses no aceptaban la censura aquel año, impidieron
6 nombrar censores por tercera vez. Pues bien, los tribunos
decían que era intolerable aquella burla de la plebe, que el
senado evitaba el testimonio de una relación pública de la
renta de cada cual, porque no querían que se viese a cuánto
ascendían las deudas, cosa que demostraría que una parte
de la población estaba hundida por otra, mientras que se
lanzaba a la plebe, cargada de deudas, contra unos enemi-
7 gos a continuación de otros; se buscaban guerras por todas
partes de forma ya indiscriminada por completo: las legio-
nes habían sido llevadas de Ancio a Sátrico, de Sátrico a
Vélitras, de allí a Túsculo; se dirigían ya las armas hacia los
latinos, hérnicos y prenestinos, más por odio a los ciuda-
danos que al enemigo, con el fin de desgastar a la plebe
bajo las armas y no dejarle tomar aliento en Roma o tener
tiempo de acordarse de la libertad o asistir a una asamblea
en la que escuchar, de vez en cuando, la voz de un tribuno
tratando acerca de la disminución de los intereses y el fin
8 de otras injusticias. Que si la plebe estaba dispuesta a
recordar la libertad de sus mayores, ellos no consentirían
que ningún ciudadano romano fuese adjudicado a causa
del dinero recibido en préstamo ni que se llevasen tropas en
tanto no se realizase una investigación sobre las deudas y
se tomasen medidas para aminorarlas, de forma que cada
cual supiese qué era suyo y qué de otro, si contaba aún con
la libertad de su cuerpo o también éste se debía a las atadu-
9 ras. La recompensa ofrecida a la sedición suscitó la sedi-

ción de inmediato, pues muchos eran adjudicados y, ante los rumores de una guerra prenestina, los senadores habían acordado que se reclutasen nuevas legiones; ambas cosas comenzaron a ser entorpecidas debido a la intervención protectora de los tribunos, a la vez que a un común acuerdo de la plebe, pues ni los tribunos dejaban que se 10
llevasen a los adjudicados por deudas ni los jóvenes se alistaban. Los senadores se preocupaban menos, por el momento, del cumplimiento de la ley de préstamos que del reclutamiento —y es que ya llegaban noticias de que el enemigo había salido de Preneste y se había establecido en territorio de Gabios—. Entretanto, a los tribunos de la 11
plebe aquella misma noticia, en lugar de disuadirlos, los había incitado en mayor medida a la lucha emprendida, y nada tuvo fuerza para apagar la sedición en Roma, salvo la ofensiva bélica llevada casi hasta las propias murallas.

Pues, al habérseles comunicado a los prenestinos que en 28
Roma no se había alistado ningún ejército, que no había ningún general designado, que patricios y plebeyos estaban enfrentados entre sí, convencidos sus jefes de que era el 2
momento apropiado, se pusieron en marcha a toda prisa, arrasaron los campos a medida que avanzaban y llevaron sus enseñas hasta la puerta Colina. En Roma el descon- 3
cierto fue enorme. Todos gritaron «a las armas», y corrieron hacia los muros y las puertas y, volviendo, al fin, la atención de la sedición a la guerra, nombraron dictador a Tito Quincio Cincinato. Éste nombró jefe de la caballería a 4
Aulo Sempronio Atratino. Tan pronto se tuvo noticia de ello —tan grande era el terror que infundía esta magistratura—, simultáneamente los enemigos se alejaron de las murallas y los jóvenes romanos acudieron sin reservas a lo ordenado.

Mientras en Roma se alistaba el ejército, el campa- 5
mento enemigo se estableció no lejos del río Alia; desde

allí, devastando ampliamente los campos, se jactaban de haber ocupado una posición fatal para la ciudad de Roma:
6 allí el pánico y la huida iban a ser iguales que cuando la guerra de los galos; en efecto, si los romanos temían el día afectado de impureza religiosa y señalado con el nombre de aquel lugar[192], ¿cómo no iban a temer, más que el «día del Alia», al Alia mismo, recordatorio de tamaño desastre? Sin la menor duda, a sus ojos y oídos acudirían las imágenes
7 hoscas de los galos y el sonido de su voz. Dando vueltas a estos pensamientos, vanos ellos mismos, referentes a cosas sin fundamento, habían depositado sus esperanzas en la Fortuna del lugar. Los romanos, por el contrario, sabían bien que, dondequiera que se encontrara el enemigo latino, era el mismo al que habían derrotado en el lago Regilo y
8 mantenido en una paz humillante durante cien años; un lugar marcado por el recuerdo de un desastre, más que hacerles temer que hubiese algún terreno fatal para su victoria, les iba a servir de acicate para borrar el recuerdo de
9 su deshonra; es más, si los propios galos se ponían a su alcance en aquel lugar, ellos iban a combatir igual que habían combatido en Roma para reconquistar la patria, igual que lo habían hecho en Gabios al día siguiente, cuando habían conseguido que, de los enemigos que habían franqueado las murallas de Roma, no quedase ni uno para llevar a su tierra la noticia de la suerte favorable y de la adversa.

29 Con este estado de ánimo por ambas partes, se llegó al Alia. El dictador romano, cuando estaban a la vista los enemigos formados y atentos, dijo: «¿Ves, Aulo Sempronio, cómo, confiados en la Fortuna del lugar, se han situados junto al Alia? Ojalá los dioses inmortales no les hayan dado un motivo más sólido de confianza ni cosa alguna
2 que les sirva de mayor ayuda. Pero tú, confiado en las

[192] Ver VI 1, 11.

armas y el coraje, lánzate con los caballos al galope contra el centro de sus líneas; yo, con las legiones, los atacaré cuando estén en pleno desconcierto. Asistidnos, dioses testigos de la alianza, y exigid el castigo que os deben a vosotros, ultrajados, y a la vez a nosotros, engañados bajo vuestra protección.» Los prenestinos no aguantaron ni a la caballería ni a la infantería. Al grito de guerra del primer 3
choque, sus filas se rompieron; después, cuando el frente no tenía ya consistencia en ningún punto, vuelven la espalda y, aterrados y llevados por el pánico más allá incluso de su propio campamento, no se detuvieron en su desenfrenada carrera hasta que Preneste estuvo a la vista.
Allí, una vez reagrupados después de la huida, ocupan una 4
posición para fortificarla con trabajos hechos a toda prisa, con el fin de evitar que, si se refugiaban en el interior de las murallas, fuese quemado el campo de inmediato y, después de un saqueo completo, se le pusiese cerco a la ciudad.
Pero, cuando los romanos vencedores se presentaron, des- 5
pués de saquear el campamento del Alia, también aquella posición fortificada fue abandonada y, considerando escasamente seguras las murallas, se encerraron en el interior de la ciudad de Preneste. Había otras ocho plazas bajo el 6
dominio de los prenestinos; a todas ellas se fue llevando la guerra y, una vez tomadas sin mayor lucha, el ejército fue conducido a Vélitras, que también fue tomada al asalto. Se 7
llegó entonces a Preneste, punto capital de la guerra. No fue tomada por la fuerza, sino que se rindió. Tito Quincio, 8
vencedor una vez en batalla regular, tomados dos campamentos enemigos y nueve plazas al asalto, tomada Preneste por vía de capitulación, volvió a Roma y, en su triunfo, llevó al Capitolio una estatua de Júpiter Imperator traída de Preneste. Fue dedicada entre la capilla de Júpiter y la de 9
Minerva y, en su parte inferior, se fijó una tablilla, recordatorio de sus hazañas, en la que se grabaron, sobre poco

más o menos, estas palabras: «Júpiter y todos los dioses concedieron que Tito Quincio, dictador, conquistase nue-
10 ve ciudades.» A los diecinueve días de haber sido nombrado dictador, dejó el cargo.

Guerra con los volscos, con alternativas

30 Se celebraron, a continuación, los comicios para elegir tribunos militares con poderes de cónsul[193], eligiéndose igual número de patricios y de plebeyos. Pa-
2 tricios fueron elegidos Publio y Gayo Manlio, juntamente con Lucio Julio; aportación de la plebe fueron Gayo Sextilio, Marco Albinio y Lucio Anti-
3 tio. A los Manlios, dado que superaban a los plebeyos en cuna y a Julio en popularidad, se les encargó de los volscos sin echarlo a suertes, sin acuerdo previo, sin seguir el procedimiento ordinario, de lo cual, poco después, se arrepintieron tanto ellos mismos como los senadores que se lo
4 habían encomendado. Sin un reconocimiento previo del terreno enviaron las cohortes a forrajear; como si éstas estuviesen cercadas, de lo cual habían recibido un informe, falso, salieron a prestarles ayuda a toda prisa sin siquiera retener al autor de la información, un enemigo latino que se había hecho pasar por romano engañándolos, y cayeron
5 en una emboscada. Mientras en posición desventajosa se mantenían a pie firme, gracias exclusivamente al valor de los soldados recibiendo y devolviendo los golpes, desde el otro lado los enemigos asaltaron el campamento romano
6 situado en plena llanura. En uno y otro punto la situación se vio comprometida por la temeridad y la impericia de los generales; el resto de Fortuna del pueblo romano que sobrevivió fue defendido por el valor de los soldados,
7 inquebrantable incluso sin la dirección de un jefe. Cuando llegó a Roma la noticia de esto, en un principio se quería nombrar dictador; después, al llegar noticias de que la

193 Año 379 a. C.

situación del lado volsco estaba tranquila y quedar bien claro que no sabían aprovechar la victoria ni la oportunidad, incluso se retiró de allí a ejércitos y generales; y a partir de entonces hubiera habido paz, al menos por lo que a los volscos se refiere. Se vio perturbada únicamente, a 8
finales del año, porque los prenestinos, después de concitar a los pueblos latinos, se levantaron en armas de nuevo.

Aquel mismo año fueron enviados nuevos colonos a 9
Secia[194], cuyos propios habitantes se quejaban de la escasez de su población. Los asuntos bélicos, que no fueron demasiado bien, se vieron aliviados por la tranquilidad interior, lograda gracias al favor y al respeto entre los suyos con que contaban los tribunos militares de procedencia plebeya.

Nada más comenzar el año siguiente[195], prendieron las 31
llamas de una tremenda sedición, siendo tribunos militares con poderes de cónsul Espurio Furio, Quinto Servilio por segunda vez, Licio Menenio por tercera, Publio Clelio, Marco Horacio y Lucio Geganio. Pues bien, el alimento y 2
el motivo de la sedición eran las deudas; nombrados censores Espurio Servilio Prisco y Quinto Clelio Sículo para elaborar un informe sobre el tema, la guerra les impidió llevarlo adelante, pues, primero, los mensajeros asustados 3
y, después, el éxodo de los campos anunciaron que las legiones volscas habían invadido las fronteras y estaban devastando en todas direcciones el territorio romano. En 4
medio del consiguiente desconcierto, la amenaza exterior estuvo tan lejos de sofocar las luchas civiles que, bien al contrario, la potestad tribunicia se mostró más violenta en la obstaculización del llamamiento a filas, en tanto que los senadores no aceptasen las condiciones de que nadie, mien-

194 Secia (Sezza): en la Campania, a la izquierda de la vía Apia, junto a la margen izquierda del río Ufente (Ofanto).

195 El 378 a. C.

tras durase la guerra, pagase el tributo ni la justicia se pro-
5 nunciase en materia de deudas. Conseguido este respiro
para la plebe, no se causó retraso en el reclutamiento. Alis-
tadas las nuevas legiones, se acordó repartirlas en dos ejér-
citos y enviarlos a territorio volsco. Espurio Furio y Marco
Horacio se dirigen, por la derecha, hacia la costa y hacia
Ancio; Quinto Servilio y Lucio Geganio, por la izquierda,
6 hacia la montaña y hacia Écetra. Ni en una ni en otra
dirección les salió al encuentro el enemigo. La devastación,
por consiguiente, no se pareció a la que habían hecho de
forma desordenada, deprisa y corriendo, los volscos, con-
fiados en las desavenencias de sus enemigos y temerosos de
su valor, ni dispersa, al estilo de los salteadores, sino que
fue llevada a cabo con una cólera sistemática por un ejér-
cito en toda regla, agravada, además, por el tiempo que
7 duró. Los volscos, en efecto, por temor a que, entretanto,
saliera de Roma un ejército, habían hecho incursiones en la
zona cercana a las fronteras; los romanos, por el contrario,
tenían incluso una razón para entretenerse en territorio
8 enemigo: la de atraerlo al combate. Así, pues, reducidas a
cenizas en todas direcciones las casas del campo e, incluso,
algunas aldeas, sin dejar ni un árbol frutal ni sembrados de
los que esperar fruto, todo el botín de hombres y animales
que había fuera de las murallas se lo llevaron, y los ejérci-
tos retornaron a Roma cada uno por su lado.

32 *Los latinos son derrotados, Ancio se rinde, Sátrico es incendiada, Túsculo tomada por los latinos recuperada por los romanos*

Después del corto paréntesis de respiro concedido a los deudores y cuando del lado enemigo la situación era de tranquilidad, de nuevo los procesos judiciales se hacen frecuentes; tan lejos estaba la esperanza de que las antiguas deudas se vieran aliviadas, que hubo que contraer otras nuevas, debido a un impuesto para una muralla de piedras de sillería cuya construcción habían

adjudicado los censores. La plebe se vio forzada a some- 2
terse a este gravamen, porque los tribunos de la plebe no
tenían un reclutamiento que impedir. Además, presionada 3
por el dinero de los ciudadanos más importantes, eligió tri-
bunos militares patricios en su totalidad: Lucio Emilio,
Publio Valerio por cuarta vez, Gayo Veturio, Servio Sulpi-
cio, Lucio y Gayo Quincio Cincinato[196]. El mismo poder 4
económico consiguió que, contra latinos y volscos, que con
sus legiones unidas acampaban junto a Sátrico, todos los
jóvenes, sin que nadie lo impidiese, se sometiesen al jura-
mento militar y se alistasen tres ejércitos: uno, para defen- 5
der Roma; otro, con vistas a que, si en algún punto se pro-
ducía algún movimiento, pudiese ser enviado para los
imprevistos de la guerra; el tercero, el más fuerte con
mucho, Publio Valerio y Lucio Emilio lo llevaron a
Sátrico. Al encontrar allí al enemigo formado en el llano, 6
se entabló combate inmediatamente; una lluvia caída en
medio de violentas borrascas puso fin a una lucha que
ofrecía perspectivas halagüeñas, si bien la victoria no era
aún del todo clara. Al día siguiente se repitió la lucha, y las 7
legiones, sobre todo las latinas, que durante una prolon-
gada alianza habían aprendido el arte militar de los roma-
nos, resistían desde hacía bastante tiempo con tanto valor
como fortuna. Pero la caballería, a la carga, desbarató sus 8
filas; sembrado el desconcierto, se lanzaron contra ellos las
enseñas de infantería, y tanto como avanzó el frente
romano, otro tanto retrocedió el enemigo. El empuje de los
romanos, una vez que la batalla se inclinó a su favor, era
ya irresistible. Como los enemigos, derrotados, no se diri- 9
gieron al campamento, sino a Sátrico, que estaba a dos
millas de distancia, fueron destrozados sobre todo por la
caballería; su campamento fue tomado y saqueado. Desde 10

[196] Año 377 a. C.

Sátrico, la noche siguiente al combate, se dirigen a Ancio
en una marcha semejante a una huida, y aunque el ejército
romano los seguía casi pisándoles los talones, fue, sin
11 embargo, más rápido el miedo que la ira, y de esta forma
los enemigos franquearon las murallas antes de que los
romanos pudiesen hacer presa en su retaguardia o hacer
que se retrasase. A continuación se emplearon unos cuan-
tos días en devastar los campos, pues ni los romanos esta-
ban suficientemente provistos de maquinaria bélica para
atacar las murallas, ni ellos en condiciones de correr el
riesgo de una batalla.

33 Entonces surgió la discordia entre los anciates y los
latinos, pues los anciates, abrumados por las desdichas y
bajo el peso de una guerra en la que habían nacido y se
2 habían hecho viejos, ponían sus miras en la rendición; los
latinos, cuya defección era reciente después de una larga
paz y cuyo coraje estaba aún intacto, mostraban más fie-
reza para continuar la guerra. El fin del enfrentamiento
tuvo lugar cuando unos y otros vieron con claridad que la
parte contraria no suponía ningún obstáculo para la reali-
3 zación de sus propósitos. Los latinos se marcharon consi-
derándose no comprometidos a compartir una paz que
creían deshonrosa; los anciates, libres de censores incómo-
dos de sus planes para salvarse, entregan a los romanos la
ciudad y los campos.

4 La ira y la rabia de los latinos por no haber podido
hacer daño a los romanos con la guerra ni mantener en
armas a los volscos estalló de forma tan violenta que redu-
jeron a cenizas la ciudad de Sátrico, que había constituido
su primer refugio tras la derrota. Como arrojaron sus
teas por igual sobre los edificios sagrados y los profanos,
5 ninguno se salvó, a no ser el templo de *Mater Matuta,* y
dicen que no fue un escrúpulo religioso ni el respeto a los
dioses lo que los desvió de éste, sino una voz terrible que

salió del templo cargada de siniestras amenazas, si no alejaban del santuario su fuego sacrílego.

Aquel acaloramiento de rabia los empujó hasta Tús- 6
culo, airados porque sus habitantes habían abandonado la asamblea confederal de los latinos y se habían pasado no sólo a una alianza con Roma, sino a su ciudadanía.
Estando abiertas las puertas de la ciudad, cayeron de 7
improviso sobre ella y, al primer grito de guerra, fue tomada la plaza, a excepción de la ciudadela. Los habitantes fueron a refugiarse a la ciudadela con sus mujeres e hijos y enviaron a Roma mensajeros a poner en conocimiento del senado su desgracia. Con toda la celeridad que 8
correspondía a la lealtad del pueblo romano, se envió un ejército a Túsculo; el mando lo tenían Lucio Quincio y Servio Sulpicio, tribunos militares. Ven las puertas de Tús- 9
culo cerradas y a los latinos que, en actitud a la vez de sitiadores y de sitiados, por una parte defienden las murallas y, por otra, atacan la ciudadela, infunden pánico a la vez que lo experimentan. La llegada de los romanos había 10
supuesto un cambio en la moral de uno y otro bando: a los tusculanos les había hecho pasar de un miedo cerval al mayor entusiasmo; a los latinos, de una confianza casi absoluta en que pronto tomarían la ciudadela, puesto que eran dueños de la ciudad, a una esperanza muy débil con respecto a su propia suerte. Se alza desde la ciudadela el 11
grito de guerra de los tusculanos; es acogido con otro bastante más fuerte por el ejército romano. Los latinos son acosados por los dos lados: ni resisten el ataque de los tusculanos que bajan a la carrera desde una posición dominante, ni pueden alejar a los romanos que se llegan al pie de las murallas y fuerzan los cierres de las puertas. Primero 12
fueron tomadas con escalas las murallas, después fueron rotos los cerrojos de las puertas, y como el enemigo desde dos frentes los acosaba de cara y por la espalda y no les

quedaba ni fuerza alguna para luchar ni lugar alguno al que huir, todos hasta el último son muertos allí mismo. Tomado de nuevo Túsculo a los enemigos, el ejército fue llevado otra vez a Roma.

Deudas. En escena los proyectos de ley de los tribunos Licinio y Sextio

34 Cuanto más tranquilo estaba todo en el exterior aquel año gracias a las felices circunstancias de las guerras, tanto más iban en aumento de día en día la violencia de los patricios y las miserias de la plebe, pues la misma necesidad de pagar
2 las deudas le quitaba la posibilidad de hacerlo. Así, pues, cuando ya no podían entregar ninguna cosa, después de ser juzgados y adjudicados por deudas daban satisfacción a sus acreedores con su reputación y su cuerpo, y la obligación
3 de la deuda había sido sustituida por el castigo. Consecuentemente, los plebeyos, no sólo los más humildes, sino incluso los notables, se habían doblegado y estaban abatidos de tal manera que ni para presentarse candidato al tri-
4 bunado militar juntamente con los patricios, derecho por el que se habían empeñado con tanto afán, ni siquiera para desear y pretender las magistraturas plebeyas, tenía ánimo ningún hombre enérgico y experimentado, y los patricios parecían haber recuperado para siempre la propiedad de un cargo que la plebe se había limitado a ejercer durante unos pocos años.

5 Para que esto no constituyese una alegría excesiva para una de las partes, un hecho pequeño, como ocurre la mayor parte de las veces, vino a desencadenar otro de mayor envergadura. Marco Fabio Ambusto, hombre poderoso, tanto entre la gente de su clase, como entre la plebe porque ésta no lo tenía en modo alguno por despreciativo hacia ella, tenía dos hijas casadas: la mayor, con Servio Sulpicio, y la menor, con Gayo Licinio Estolón, hombre

brillante aunque plebeyo; y el hecho de no menospreciar
este parentesco le había granjeado a Fabio el favor del
vulgo. Quiso la casualidad que, estando en casa de Servio 6
Sulpicio, tribuno militar, las hermanas Fabias pasando el
rato charlando como es corriente, el lictor de Sulpicio,
cuando se retiraba del foro a su casa, golpeó la puerta con
la vara según la costumbre. Como la menor de las Fabias,
no habituada a semejante práctica, se asustó de esto, fue
motivo de burla para su hermana, sorprendida de su igno-
rancia. Pero aquella risa se clavó como un aguijón en su 7
espíritu mujeril, impresionable ante cosas sin importancia.
Además, ante el gran número de los que acompañaban al
tribuno y le preguntaban si deseaba algo, creo que le pare-
ció afortunado el matrimonio de su hermana y lamentó el
suyo por esa mala disposición debido a la cual nadie quiere
de ningún modo que sus allegados le pasen delante. Estaba 8
aún confusa como consecuencia de la reciente punzada de
su espíritu, cuando casualmente la vio su padre, le pre-
guntó si se encontraba bien y, aunque ella trataba de encu-
brir la causa de su malestar —realmente poco cariñosa en
relación con su hermana y no demasiado honrosa para su
marido—, la llevó, a base de preguntas amables, a confesar 9
que el motivo de su congoja era el estar unida a alguien
inferior, casada en una casa en la que no podían tener
entrada ni los honores ni la influencia. Entonces Ambusto, 10
consolando a su hija, la exhortó a tener ánimo, que bien
pronto vería en su casa los mismos honores que veía en la
de su hermana. Comenzó luego a hacer planes con su 11
yerno, recurriendo también a Lucio Sextio, joven esfor-
zado con unas posibilidades de futuro en las que única-
mente faltaba un origen patricio.

Parecía llegado el momento de una revolución, debido 35
al enorme alcance de las deudas, mal para el que la plebe
no esperaba ningún alivio, mientras no situase a los suyos

en el poder supremo: había que prepararse para esta idea;
2 con su empeño y su acción los plebeyos habían ya avanzado hasta un punto desde el que podrían, si continuaban esforzándose, llegar a lo más alto e igualarse a los patricios
3 tanto en dignidad como en mérito[197]. De momento, acordaron convertirse en tribunos de la plebe, magistratura en la que abrirse por sí mismos el camino hacia los otros
4 honores. Elegidos tribunos Gayo Licinio y Lucio Sextio, hicieron públicos unos proyectos de ley dirigidos, todos ellos, en contra del poder de los patricios y a favor de los intereses de la plebe: uno, sobre las deudas, disponiendo que se dedujese del principal lo que se había pagado en intereses y que el resto fuese abonado en tres años por par-
5 tes iguales; otro, sobre la extensión de las propiedades rústicas, prohibiendo que nadie fuese propietario de más de quinientas yugadas de tierra; el tercero, disponiendo la no celebración de comicios para elegir tribunos militares, y que al menos uno de los cónsules fuese elegido entre la plebe: todas ellas, medidas de muy largo alcance y que no podían lograrse sin los mayores enfrentamientos.

6 Así, pues, al ser puestas en cuestión simultáneamente todas las cosas que los mortales ambicionan de forma desmedida: tierras, dinero y honores, los patricios, llenos de espanto, al no encontrar en el desconcierto de sus reuniones públicas y privadas ninguna otra solución más que el veto tribunicio, para hacer frente a las proposiciones de ley
7 de los tribunos se ganaron a sus colegas. Cuando éstos vieron que las tribus eran llamadas para emitir su voto por Licinio y Sextio, rodeados por una escolta de patricios no dejaron ni que se leyesen las proposiciones de ley ni que se llevase a cabo ninguna de las demás formalidades de los
8 plebiscitos. Y después de haber sido convocada en vano

[197] Son reflexiones de los plebeyos, no del historiador.

repetidas veces la asamblea, como las proposiciones de ley se las daba ya por rechazadas, Sextio dijo: «Está bien; puesto que se quiere que tenga tanta fuerza el veto, con esa misma arma defenderemos a la plebe. Vamos, senadores, 9
fijad la fecha de los comicios para la elección de tribunos militares; yo me encargaré de que no os guste esa palabra, 'veto', que ahora con tanto regocijo habéis oído cantar a coro a nuestros colegas.» Sus amenazas no cayeron en el 10
vacío: no hubo ninguna clase de comicios, a no ser los de la elección de ediles y tribunos de la plebe. Licinio y Sextio, reelegidos tribunos de la plebe, no permitieron que se eligiese ningún magistrado curul, y al reelegir la plebe a los dos tribunos y suprimir éstos los comicios de tribunos militares, la falta de magistrados se prolongó en Roma durante cinco años[198].

Ligera ofensiva de Vélitras. La acción de Licinio y Sextio, apoyada por Fabio, progresa

Afortunadamente, las otras guerras 36
estuvieron tranquilas, pero los colonos de Vélitras, impacientes con la inactividad, como no había ningún ejército romano hicieron incursiones varias veces en territorio romano e intentaron el ataque a Túsculo. Esta circunstancia, el que los tusculanos, aliados 2
de antiguo y conciudadanos después, pidieran ayuda, hizo que sintieran la mayor vergüenza no sólo los patricios sino también la plebe. Cediendo los tribunos de la plebe, se 3
celebraron los comicios presididos por un interrey y fueron elegidos tribunos militares Lucio Furio, Aulo Manlio, Servio Sulpicio, Servio Cornelio, y Publio y Gayo Valerio. No se encontraron, en absoluto, con una plebe tan dócil en el reclutamiento como en los comicios; alistado el ejército a 4
costa de enormes tensiones, se puso en marcha y no se limitó a desalojar de Túsculo al enemigo, sino que lo

[198] Pasamos al año 370 a. C.

5 empujó hasta el interior de sus propias murallas y Vélitras fue asediada con mucha más fuerza que lo había sido Túsculo. Sin embargo, no la pudieron asaltar los mismos que
6 habían iniciado el asedio; antes fueron elegidos nuevos tribunos militares[199] Quinto Servilio, Gayo Veturio, Aulo y Marco Cornelio, Quinto Quincio y Marco Fabio. Tampoco estos tribunos hicieron nada memorable en Vélitras.
7 Las cosas tomaban en el interior unos derroteros de mayor gravedad. Pues, aparte de Sextio y Licinio, firmantes de los proyectos de ley, reelegidos ya por octava vez tribunos de la plebe, también Fabio, tribuno militar, suegro de Estolón, declaraba su apoyo indudable a unas leyes
8 de las que había sido promotor; y mientras que, primeramente, habían sido ocho los miembros del colegio de tribunos de la plebe que habían puesto el veto a las leyes, entonces eran sólo cinco, y, como hacen casi siempre los que se separan de los suyos, faltos de iniciativa y aturdidos, como cobertura para justificar su veto aducían, con palabras prestadas, únicamente lo que se les había indicado en
9 privado: que una gran parte de la plebe estaba fuera, en Vélitras, en el ejército; que se debían retrasar los comicios hasta la vuelta de los soldados, para que la plebe en su
10 totalidad votase acerca de sus intereses. Sextio y Licinio, juntamente con parte de sus colegas y uno de los tribunos militares, Fabio, maestros en el tratamiento de las actitudes de la plebe gracias a la experiencia ya de tantos años, hacían comparecer a los patricios más notables y los agobiaban a preguntas sobre cada una de las cuestiones que se
11 sometían a la decisión del pueblo: si iban a tener la osadía de postular que, mientras a la plebe se le asignaban dos yugadas a cada uno en el reparto de tierras, a ellos les fuese permitido tener más de quinientas yugadas; poseer cada

[199] Año 369 a. C.

uno de ellos las tierras de casi trescientos ciudadanos, y que
al hombre de la plebe su tierra apenas le diese para el techo
que necesitaba o para albergar su sepultura; si les parecía 12
bien que la plebe, acosada por la usura, en lugar de pagar
más bien el principal prestado, entregase su cuerpo a las
ataduras y a los suplicios, y que cada día fuesen llevados
del foro en rebaño los adjudicados por deudas y que las
casas de los nobles se llenasen de encadenados y, donde-
quiera que habitase un patricio, hubiese una cárcel privada.

Después de proferir estas expresiones que provocaban 37
la indignación y movían a compasión al oírlas, ante un
auditorio que ya de por sí temblaba con mayor indignación
que ellos mismos, aseguraban que sin duda los patricios no 2
iban a dejar jamás de ocupar las tierras ni de hacer trizas a
la plebe con la usura, a no ser que los plebeyos eligiesen de
entre los suyos a uno de los cónsules como salvaguarda de
su libertad. Había que olvidarse ya de los tribunos de la 3
plebe, puesto que esta potestad rompía ella misma su pro-
pia fuerza a base de vetos. No se podía hablar de igualdad 4
jurídica, cuando los otros tenían en sus manos el poder
supremo, y ellos únicamente la «intercesión»[200]; sin partici-
pación en el poder supremo, nunca la plebe estaría a nivel
de igualdad en el Estado. Y que nadie fuese a creer que
bastaba con que, en los comicios consulares, se tuviese en
cuenta a los plebeyos; en caso de no ser obligado que uno
de los cónsules indefectiblemente fuese un plebeyo, nadie lo
iba a ser. ¿O es que ya se les había olvidado que, después 5
de haberse tomado el acuerdo de que se eligiesen tribunos
militares, en vez de cónsules, precisamente para que la más
alta magistratura fuese accesible a los plebeyos, en cua-
renta y cuatro años ningún plebeyo había sido elegido tri-
buno militar? ¿Cómo era creíble que, siendo ahora dos las 6

[200] Intervención a favor de individuos.

plazas, iban a compartir con la plebe el cargo por propia
voluntad quienes, en la elección de tribunos militares, esta-
ban acostumbrados a copar los ocho puestos, y que iban a
consentir que se abriese una vía hacia el consulado quienes,
durante tanto tiempo, habían mantenido cercado al tribu-
7 nado? Había que conseguir mediante ley lo que no era
posible como favor en los comicios y dejar fuera de discu-
sión uno de los consulados, al que la plebe tuviese acceso,
porque, si se lo dejaba en lid, el premio iba a ser siempre
8 del más poderoso. Y ya no se podía decir lo que anterior-
mente se solía propalar: que no había entre los plebeyos
hombres idóneos para las magistraturas curules. ¿Es que,
acaso, había sido menos inteligente o menos diligente la
gestión pública después del tribunado de Publio Licinio
Calvo, el primer plebeyo[201] elegido, que durante aquellos
años en que, salvo los patricios, nadie había sido tribuno
9 militar? Bien al contrario, después de ser tribunos habían
sido condenados unos cuantos patricios, ningún plebeyo.
También los cuestores, igual que los tribunos militares, se
había comenzado hacía pocos años a elegirlos entre la
plebe, y nunca el pueblo romano se había arrepentido por
10 causa de ninguno de ellos. Les faltaba a los plebeyos el
consulado; ésa era la ciudadela de su libertad, ése su sos-
tén. Si se alcanzaba ese objetivo, entonces el pueblo
romano estimaría que, de verdad, se había expulsado de la
Ciudad a los reyes y que su libertad estaba consolidada;
11 realmente, a partir de ese día, recaería sobre la plebe todo
lo que daba superioridad a los patricios: poder y honor,
gloria militar, cuna, nobleza, de lo cual iban a disfrutar
ellos en gran medida, y en mayor medida lo iban a legar a
sus hijos.

[201] Ver V 12, 7.

Cuando vieron que tenían buena acogida los discursos 12
de este género, hacen pública una nueva proposición de ley estipulando que, en lugar de duúnviros encargados del culto, se nombren decénviros, de forma que una mitad pertenezca a la plebe y la otra mitad a los patricios; y aplazan los comicios sobre todos estos proyectos de ley hasta el regreso del ejército que estaba sitiando Vélitras.

Como último recurso, la dictadura. Camilo, dictador, deja el cargo; Manlio, dictador

Terminó la rueda del año antes de que 38
volvieran de Vélitras las legiones; quedó así en el aire la cuestión de los proyectos de ley, siendo remitida a los nuevos tribunos militares, pues tribunos de la plebe ésta reelegía siempre a los mismos dos sin la menor duda porque eran los proponentes de las leyes. Fueron elegidos tribunos militares[202] 2
Tito Quincio, Servio Cornelio, Servio Sulpicio, Espurio Servilio, Lucio Papirio y Lucio Veturio.

Nada más comenzar el año, se llegó a la lucha definitiva 3
a propósito de las leyes y, al ser convocadas las tribus y no constituir obstáculo para los que proponían las leyes el veto de sus colegas, los senadores, asustados, acuden a los dos recursos últimos: el más alto poder y el ciudadano de mayor altura. Se acuerda nombrar dictador; es nombrado 4
Marco Furio Camilo, que escoge para jefe de la caballería a Lucio Emilio. También los promotores de las leyes, ante tales preparativos de sus adversarios, arman, a su vez, la causa de la plebe con un enorme coraje y, después de convocar la asamblea de la plebe, llaman a las tribus a votar.

El dictador, escoltado por los patricios en fila, tomó 5
asiento lleno de ira y amenazador; la acción daba comienzo con el acostumbrado tira y afloja entre los tribunos de la plebe que proponían las leyes y los que ponían el veto, y

[202] Año 368 a. C.

cuanto mayor era la fuerza jurídica del veto, en mayor
medida quedaba superada por la aceptación popular de las
leyes en sí y de sus promotores, y las primeras tribus vota-
6 ban «sí»; entonces Camilo dijo: «Puesto que ahora, Quiri-
tes, es el capricho de los tribunos y no su potestad lo que
os rige, y el derecho de veto, conseguido en otro tiempo
mediante una secesión de la plebe, lo dejáis sin valor con la
misma violencia con que lo hicisteis nacer, yo, dictador, en
pro de vuestra causa no menos que de la causa de todo el
Estado, prestaré mi apoyo al derecho de veto y, con mi
autoridad, protegeré vuestra salvaguarda que ha sido
7 echada por tierra. Por consiguiente, si Gayo Licinio y
Lucio Sextio ceden ante el veto de sus colegas, yo no haré
intervenir, en absoluto, una magistratura patricia en una
asamblea de la plebe; pero si, contraviniendo el veto, tratan
de imponer las leyes como en una ciudad conquistada, yo
no consentiré que la fuerza del tribunado se destruya a sí
8 misma.» Como, a pesar de esto, los tribunos de la plebe,
sin hacer caso, continuaban su labor con el mismo desplie-
gue de actividad, Camilo, montando en cólera, envió a los
lictores a disolver a la plebe y añadió la amenaza de que, si
continuaban, haría prestar juramento militar a todos los
9 jóvenes y sacaría inmediatamente de Roma al ejército. A la
plebe le infundió un miedo pánico; a los jefes de la plebe el
enfrentamiento, en lugar de desanimarlos, los enardeció.
Pero, sin que la situación se definiese en un sentido ni en
otro, dimitió de dictador, bien porque había habido un
defecto de forma en su nombramiento, como escribieron
algunos, o bien porque los tribunos de la plebe propusieron
a la plebe, y ésta lo aprobó, que si Marco Furio tomaba
alguna medida como dictador, tendría una multa de qui-
nientos mil ases.

10 Pero me inclino, más bien, a creer que fueron los auspi-
cios, más que una proposición sin precedentes, lo que lo

disuadió, basándome, por una parte, en el carácter del propio personaje; por otra, en el hecho de que lo reemplazó de inmediato Publio Manlio como dictador —¿qué interés iba a haber en nombrar a éste para una lucha en la que Marco Furio habría sido vencido?— y en el hecho de 11
que, al año siguiente, fue dictador el mismo Marco Furio, que con toda seguridad habría tenido reparos en retomar un poder que el año anterior se había quebrado en sus manos; además, en el momento en que se dice que se pre- 12
sentó la propuesta de multarle, pudo oponerse a esta proposición con la que veía que se le degradaba, o bien no pudo impedir tampoco aquellas a causa de las cuales se había presentado ésta; y también está el hecho de que, 13
hasta nuestra época, la lucha se dio entre las fuerzas del tribunado y las del consulado, pero el nivel de la dictadura estuvo siempre más alto.

Entre la dimisión de la dictadura anterior y la entrada 39
en funciones de Manlio en la siguiente, los tribunos, como si fuera un interregno, celebraron una asamblea de la plebe y quedó patente cuáles de los proyectos de ley hechos públicos eran más del agrado de la plebe y cuáles del de sus promotores; en efecto, las proposiciones referentes a la 2
usura y al reparto de tierras las aprobaban, la relativa al cónsul plebeyo la rechazaban; unas y otras hubiesen llegado hasta el final, si los tribunos no hubiesen dicho que pedían el pronunciamiento de la plebe sobre todas en bloque. Después, Publio Manlio, el dictador, inclinó la 3
balanza a favor de la causa de la plebe al nombrar jefe de la caballería a un plebeyo, Gayo Licinio, que había sido tribuno militar. Tengo referencias de que los patricios lo 4
tomaron a mal y de que el dictador solía excusarse ante los patricios con su estrecho parentesco con Licinio, a la vez que decía que el poder de un jefe de la caballería no era mayor que el de un tribuno consular.

5 Licinio y Sextio, una vez señalada la fecha de los comi-
cios para elegir tribunos de la plebe, diciendo que no quie-
ren ya que se les prorrogue el cargo actúan de una forma
que suscita en la plebe un ardiente deseo de lo que ellos
6 pretendían de forma disimulada: que era ya su noveno año
de mantenerse firmes como si estuvieran en un frente de
batalla contra la aristocracia, corriendo el mayor riesgo
personal, sin ningún provecho público. Que, a la vez que
ellos, habían envejecido ya los proyectos de ley hechos
7 públicos y toda la fuerza de la potestad tribunicia. Que, en
un primer momento, se les había dado la batalla a sus leyes
por medio del veto de sus colegas; después, alejando a la
juventud para la guerra de Vélitras; por último, se había
8 blandido contra ellos el rayo de la dictadura. Ahora el obs-
táculo no estaba ya ni en los colegas ni en la guerra ni en el
dictador, es más, éste incluso había proporcionado un pre-
sagio a favor del consulado plebeyo al nombrar jefe de la
caballería a un plebeyo: era la propia plebe la que detenía
9 su avance y el de sus intereses. Podía, si quería, liberar al
instante de acreedores la ciudad y el foro, liberar de posee-
10 dores injustos los campos. ¿Cuándo iban a valorar, por fin,
estas ventajas con ánimo suficientemente agradecido, si en
el momento en que aceptaban las leyes relativas a sus inte-
reses les cercenaban a los promotores de las mismas la
esperanza de los honores? No era propio de la mesura del
pueblo romano el pedir ser él aliviado de la usura y tener
entrada en las tierras que los poderosos poseían injusta-
mente, mientras dejaba que aquellos por cuya mediación lo
había conseguido se hicieran viejos como extribunos no ya
11 sin honores, sino incluso sin esperanza de honores. Que,
por consiguiente, ellos, primero, tomasen clara conciencia
de qué querían y, después, manifestasen su voluntad en los
comicios tribunicios. Si querían que ellos presentasen en
bloque los proyectos de ley que habían hecho públicos,

había razón para que reelegiesen tribunos de la plebe a los mismos, pues llevarían hasta el final los proyectos de ley; pero, si únicamente querían aprobar lo que a cada uno en 12
particular le interesaba, no había ninguna necesidad de una odiosa prórroga en el cargo: ni ellos tendrían el tribunado, ni la plebe las leyes propuestas.

Discurso de Apio Claudio Craso

Ante tan resuelto discurso de los tri- 40
bunos, los demás patricios quedaron paralizados de estupor y en silencio, debido a lo indignante de su contenido; pero Apio Claudio Craso, nieto del decénvi- 2
ro, dicen que, más bien por odio y cólera, que por esperanza de disuadir, se adelantó y habló, más o menos, en estos términos: «No sería para mí, Quirites, ni una 3
novedad ni una sorpresa el escuchar también yo, en el día de hoy, la única cosa que siempre le achacaron a nuestra familia los tribunos sediciosos: que para la familia Claudia nunca hubo en el Estado nada más importante que la majestad de los patricios, y que siempre se opuso a los intereses de la plebe. Lo primero no lo niego ni lo rebato: nos- 4
otros, desde que fuimos admitidos simultáneamente como ciudadanos y como patricios, nos hemos esforzado con empeño para que se pudiese decir con verdad que, a través de nosotros, había sido incrementada, más que disminuida, la majestad de las familias entre las que quisisteis que nos integrásemos; en cuanto a lo segundo, en nombre mío y en 5
el de mis antepasados me atrevo a asegurar, Quirites, que —a menos que lo que se hace en pro del Estado en su conjunto alguien lo considere contrario a la plebe, como si ésta habitase en una ciudad distinta—, ni como particulares ni como magistrados, hemos hecho a sabiendas nada que fuese en perjuicio de la plebe, ni puede ser aducido con razón ningún hecho ni dicho nuestro contrario a vuestros intereses, aunque alguno haya habido contrario a vuestros

6 deseos. Si no fuera miembro de la familia Claudia ni
tuviera sangre patricia, sino que fuera uno cualquiera de
los Quirites, simplemente sabiendo que he nacido de padre
y madre libres y que vivo en una ciudad libre, ¿podría
7 callarme que ese Lucio Sextio y ese Gayo Licinio, tribunos
a perpetuidad si los dioses lo quieren, han llegado, después
de nueve años de reinado, a un grado tal de falta de barre-
ras, que afirman que os negarán la posibilidad de votar
libremente tanto en los comicios como en la votación de las
leyes?
8 »'Con una condición, dice uno[203], nos reelegiréis tribu-
nos por décima vez.' ¿Qué otra cosa es esto más que decir:
'lo que otros solicitan nosotros lo desdeñamos hasta el
extremo de que no lo aceptaremos, si no es a cambio de
9 una gran recompensa?' Pero ¿cuál es, en fin, esa recom-
pensa gracias a la cual os tendremos a vosotros siempre de
tribunos de la plebe? 'Que deis vuestro voto, dice, a nues-
tros proyectos de ley, a todos en bloque, tanto si os gustan
como si os disgustan, tanto si son útiles como si son inúti-
10 les.' Os lo ruego, Tarquinios tribunos de la plebe, imagi-
naos que yo, un ciudadano de tantos, os digo a gritos en
medio de la asamblea: con vuestro permiso, déjesenos
escoger de entre estos proyectos de ley los que considera-
11 mos saludables para nosotros y rechazar los demás. 'No,
dice, no se dejará que votes los relativos a la usura y a las
tierras, que es lo que os afecta a todos vosotros, ni que no
tenga lugar en la ciudad de Roma esa monstruosidad que
te llena de indignación, de la que abominas, de ver a Lucio
Sextio y a ese Gayo Licinio de cónsules. Acéptalo todo, o
12 no presento ningún proyecto.' Como si, a quien está acu-
ciado por el hambre, se le presenta un veneno juntamente

[203] En la dramatización oratoria se cruza un diálogo en el que intervienen la plebe, los tribunos y el orador.

con el alimento y se le pide que, o bien se abstenga de lo
que es vital para él o mezcle lo que produce la muerte con
lo que causa la vida. Pues, si esta población fuese libre, ¿no
te hubiesen gritado repetidas veces: vete de aquí con tus
tribunados y tus proyectos de ley? ¿Qué? Si tú no presentas
lo que al pueblo le interesa aceptar, ¿no va a haber nadie
que lo presente? Si un patricio, si un Claudio —cosa que 13
ellos pretenden más odiosa aún— dijese: 'Acéptalo todo o
no presento nada', ¿quién de vosotros, Quirites, lo tolera-
ría? ¿Es que nunca vais a prestar más atención a las cosas 14
que a quienes las proponen, sino que todo lo que diga esa
magistratura lo vais a escuchar con oídos atentos y vais a
cerrar los oídos a todo lo que diga alguno de los nuestros?

»'Pero, por Hércules, ese lenguaje no es en absoluto el 15
de un ciudadano.' Pues ¿qué? ¿Cómo es el proyecto de ley
cuyo rechazo por parte vuestra les llena de indignación? Es
lo más parecido, Quirites, a mis palabras. 'Yo pido, dice,
que no se os permita elegir cónsules a quienes queráis.'
¿Acaso actúa de otra forma quien ordena que, por encima 16
de todo, uno de los dos cónsules sea plebeyo y no os deja la
posibilidad de elegir a dos patricios? Si hoy hubiese una 17
guerra como fue la de los etruscos, cuando Porsena se
asentó en el Janículo; como la de los galos, hace poco,
cuando, a excepción del Capitolio y la ciudadela, todo esto
era del enemigo, y juntamente con Marco Furio, aquí pre-
sente, y cualquier otro de los patricios fuese candidato al
consulado ese Lucio Sextio, ¿podríais soportar que Sextio
fuese cónsul sin posibilidad de duda y que Camilo corriese
el riesgo de una derrota? ¿Esto es reclamar que los honores 18
sean un bien común, el que esté permitido que dos plebe-
yos sean cónsules, pero no lo esté que lo sean dos patricios;
que sea obligatorio elegir entre los plebeyos a uno de los
cónsules, y esté permitido que los patricios queden preteri-
dos para los dos puestos? ¿Qué sociedad, qué comunidad es

ésa? ¿Parece poco empezar a participar en lo que nunca se
tuvo parte alguna, si no se lleva el todo mientras que se
19 reclama una parte? 'Temo, dice, que si se permite que se
elija a dos patricios, no elijáis a ningún plebeyo' ¿No equi-
vale esto exactamente a decir: 'Puesto que por propia
voluntad no estáis dispuestos a elegir a quienes no son dig-
nos de ello, os voy a imponer la obligación de elegir a
20 quienes no queréis'? ¿Qué se sigue de ahí, sino que ni
siquiera deberá el favor al pueblo un plebeyo que en solita-
rio se presente candidato junto con dos patricios, y dirá
que ha sido elegido por la ley, no por los sufragios?

41 »Andan buscando la manera de arrancar por la fuerza
los honores, no la de optar a ellos; y están dispuestos a
conseguir lo máximo, de forma que no deban nada ni
siquiera por lo mínimo; y prefieren ser candidatos a los
2 honores a base de oportunidades más que de mérito. ¿Hay
alguien a quien moleste ser examinado, ser valorado; a
quien le parezca justo que los honores estén asegurados
para él solo, mientras que los demás se enfrentan compi-
tiendo; que se sustraiga a vuestro veredicto, que convierta
vuestros votos voluntarios en obligatorios, libres en escla-
3 vos? Prescindo de Licinio y Sextio, cuyos años en una
potestad ininterrumpida los contáis ¡como los de los reyes
en el Capitolio! [204]. ¿Qué ciudadano existe hoy de tan baja
condición social que, con la oportunidad que brinda una
ley semejante, no tenga abierto hacia el consulado un
camino más fácil que nosotros y nuestros hijos, puesto que
a nosotros no nos podréis elegir ni aunque queráis, y a ésos
los tendréis que elegir aunque no queráis?

4 »De la indignidad del proyecto ya se ha hablado lo sufi-
ciente —en efecto, la dignidad es cosa de los hombres—.
¿Qué voy a decir de lo que se refiere a la religión y los

[204] Cf. VII 3.

auspicios, terreno en el que constituye un auténtico despre-
cio a los dioses inmortales y una injusticia? ¿Quién no sabe
que mediante auspicios se fundó esta ciudad, mediante
auspicios se realiza todo, en guerra y en paz, en la vida
política y en la militar? Pues bien: ¿quiénes son los deposi-
tarios de los auspicios de acuerdo con la tradición de nues-
tros antepasados? Sin duda, los patricios; pues, evidente- 5
mente, ningún magistrado plebeyo es nombrado previa
consulta de los auspicios. Los auspicios son algo tan nues- 6
tro, que no sólo los magistrados patricios que elige el pue-
blo no pueden ser elegidos más que consultando previa-
mente los auspicios, sino que incluso nosotros mismos, sin
que haya sufragio del pueblo, proclamamos interrey des-
pués de tomar los auspicios, y tenemos para uso privado
unos auspicios que ésos no tienen ni tan siquiera en sus
magistraturas. ¿Qué otra cosa hace, pues, más que suprimir 7
de la ciudad los auspicios quien con la elección de cónsules
plebeyos se los quita a los patricios, los únicos que los pue-
den tener? Pueden burlarse ahora de las cosas de la reli-
gión. '¿Qué importa, en efecto, si los pollos no comen, si 8
tardan más en salir de la jaula, si un ave emite un canto de
mal agüero?' Poca importancia tienen estas cosas; pero fue
a base de no despreciar esas cosas poco importantes como
vuestros antepasados engrandecieron al máximo nuestro
poderío; ahora, nosotros, como si ya no se necesitase para 9
nada la paz de los dioses, profanamos todas las prácticas
religiosas. Que se nombren, pues, de forma indiscriminada
pontífices, áugures, reyes de los sacrificios; pongámosle
sobre la cabeza a cualquiera, con tal que sea un hombre, el
casquete de *flamen* de Júpiter; entreguemos los escudos
sagrados, los secretos de los santuarios, los dioses, el servi-
cio de los dioses, a quienes no lo permita la religión;
vótense las leyes, elíjanse los magistrados sin auspicios pre- 10
vios, no sean validados por el senado los comicios centu-

riados ni curiados; Sextio y Licinio, como si fueran Rómulo y Tacio, reinen en la ciudad de Roma porque
11 regalan dinero ajeno, tierras ajenas: tan grande es el placer de depredar los bienes ajenos. Y no se piensa que, con una de esas leyes, se crean grandes desiertos en los campos expulsando de sus lindes a los dueños y, con otra, se acaba con el respeto a los compromisos contraídos, junto con el
12 cual se elimina toda relación social entre los hombres. Por todas estas razones, creo que debéis rechazar esas proposiciones de ley. Desearía que los dioses sean favorables a lo que hiciereis.»

Camilo, dictador de nuevo, vence a los galos. Aprobadas las leyes Licinias-Sextias. Lucio Sextio, primer cónsul plebeyo. Primer pretor y ediles curules, patricios

42 El discurso de Apio sirvió únicamente para retrasar el momento de dar el voto
2 favorable a las leyes propuestas. Reelegidos tribunos por décima vez los mismos, Sextio y Licinio, sacaron adelante la ley sobre el nombramiento de decénviros del culto en parte plebeyos. Fueron nombrados cinco del patriciado y cinco de la plebe, y con este paso parecía que ya estaba abierto el camino hacia el consu-
3 lado. Satisfecha con este triunfo la plebe, concedió a los patricios que, sin hacer mención a los cónsules por el momento, se eligieran tribunos militares[205]. Fueron elegidos Aulo y Marco Cornelio por segunda vez, Marco Geganio, Publio Manlio, Lucio Veturio, y Publio Valerio por sexta vez.

4 A excepción del sitio de Vélitras, cuyo desenlace era más lento que dudoso, la situación exterior estaba tranquila para los romanos, cuando la noticia que llegó, de pronto, de una guerra gala conmovió a la población decidiéndola a nombrar a Marco Furio dictador por quinta

[205] Año 367 a. C.

vez. Éste nombró a Tito Quincio Peno jefe de la caballería.
Claudio[206] sostiene que, aquel año, se les hizo la guerra a 5
los galos en las cercanías del río Anio y se libró sobre un
puente el famoso combate en que Tito Manlio, provocado
por un galo, vino a las manos con él a la vista de los dos
ejércitos, lo mató y lo despojó del collar. Más bien me 6
inclino a creer, con numerosos historiadores, que todo eso
tuvo lugar por lo menos diez años más tarde y que, aquel
año, por el contrario, se combatió con los galos en territo-
rio albano, siendo dictador Marco Furio. La victoria de los 7
romanos no ofreció duda ni fue difícil, a pesar de que los
galos habían provocado un tremendo pánico por el
recuerdo del antiguo desastre. Fueron muchos los miles de
bárbaros muertos en el frente, muchos al ser tomado el
campamento; los demás, desperdigados, dirigiéndose sobre 8
todo a Apulia, se pusieron a cubierto del enemigo huyendo
muy lejos y también debido a que el pánico, unido a la
desorientación, los diseminó en todas direcciones. Al dic-
tador, por acuerdo de patricios y plebe, se le concedió por
decreto el triunfo.

Apenas había liquidado la guerra, una sedición civil 9
más terrible lo recibió en Roma, y, después de muy duros
enfrentamientos, el dictador y el senado fueron vencidos,
en el sentido de ser aprobados los proyectos de ley de los
tribunos; y, a pesar de la oposición de la nobleza, se cele-
braron comicios consulares en los que Lucio Sextio, el
primer plebeyo, fue elegido cónsul. Y ni siquiera así termi- 10
naron los enfrentamientos. Como los patricios declaraban
que ellos no iban a validar la elección, la situación llegó
casi a una secesión de la plebe y a otras terribles amenazas
de luchas civiles. No obstante, por mediación del dictador 11
se aplacaron las discordias por transacción: la nobleza

[206] Claudio Cuadrigario.

cedió ante la plebe en lo referente al cónsul plebeyo, la plebe ante la nobleza en lo referente a nombrar un pretor
12 patricio que administrase justicia en Roma[207]. Pasando así los estamentos al entendimiento después de un prolongado resentimiento, el senado consideró que el acontecimiento bien merecía —y con más razón que en ninguna otra ocasión se les iban a dar las gracias a los dioses inmortales— que se celebrasen los juegos más solemnes y se añadiese un
13 día a los tres acostumbrados; y como los ediles de la plebe no quisieron hacerse cargo de ello, los jóvenes patricios gritaron a una que ellos lo harían con gusto para honrar a los
14 dioses inmortales. Después de darles todos las gracias, se sacó un senadoconsulto disponiendo que el dictador pidiese al pueblo un duunvirato de ediles patricios y disponiendo que el senado validase todos los comicios de aquel año.

---

[207] Los plebeyos tendrán acceso a la pretura urbana a partir del año 337 a. C.

LIBRO VII

Sinopsis

Caps. 1-8: Epidemia, expiación. Otros hechos.

Nuevas magistraturas. Consulado mixto. Epidemia (1-2, 2).
En torno a los orígenes del teatro en Roma (2, 3-13).
El clavo (3).
El dictador dimitido, Manlio el Imperioso, procesado y salvado por su hijo (4-5).
Socavón en el foro. Muerte del cónsul plebeyo Marco Curcio. Victoria sobre los hérnicos (6-8).

Caps. 9-15, 8: Guerra con los galos.

Guerra con los galos: combate singular de Manlio Torcuato (9-10).
Batalla con los galos, tiburtes y hérnicos. Amenazas tiburtina y tarquiniense (11-12, 6).
Guerra con los galos: triunfo del dictador Gayo Sulpicio (12, 7-15, 8).

Caps. 15, 9-28: Tensiones constitucionales. Guerras menores.

Otros resultados bélicos menores. Tribus nuevas, leyes nuevas (15, 9-16).
Guerras varias. Gayo Marcio primer dictador plebeyo (17).
Consulado de dos patricios a pesar de las tensiones. Relaciones bélicas con tiburtes, tarquinienses, samnitas, etruscos y volscos (18-20).
Tensiones por el carácter mixto del consulado. Medidas sobre las deudas. Primer censor plebeyo (21-22).
Un cónsul plebeyo triunfa sobre los galos (23-24).

Nuevas magistraturas. Consulado mixto. Epidemia

1 Será éste un año[208] señalado por el consulado de un hombre nuevo[209], y señalado por dos magistraturas nuevas, la pretura[210] y la edilidad curul[211]. Los patricios reclamaron para sí estas dignidades, a cambio de la concesión a la plebe de uno de los

[208] El 366 a. C.

[209] El *homo nouus* es el que accede al cargo sin que ninguno de sus antepasados haya sido magistrado curul, pues en caso contrario hay *nobilitas* en su familia y la hereda. Hasta el momento de esta ampliación eran curules la dictadura y el consulado.

[210] Pasa a ser competencia de esta magistratura la jurisdicción civil, que hasta ahora había correspondido a los cónsules.

[211] Con funciones de policía general, organización de los grandes juegos, control de los aprovisionamientos, etc.

puestos de cónsul. La plebe le dio a Lucio Sextio, cuya ley 2
lo había conseguido, el consulado; los patricios cogieron la pretura para Espurio Furio Camilo, hijo de Marco, y la edilidad para Gneo Quincio Capitolino y Publio Cornelio Escipión, hombres de su mismo rango familiar que gozaban de popularidad en el Campo de Marte. El colega de Lucio Sextio, por parte patricia, fue Lucio Emilio Mamerco. A principios de año se habló repetidas veces de 3
los galos, en relación con los cuales corría el rumor de que, después de andar dispersos por Apulia, se estaban ya reagrupando, y de la defección de los hérnicos. Como todo 4
era aplazado intencionadamente con el objeto de no gestionar nada a través de un cónsul plebeyo, hubo una quietud total y una falta de actividad similar a la suspensión de los asuntos públicos, exceptuando el que los tribunos no 5
soportaron en silencio que, a cambio de un solo cónsul plebeyo, la nobleza hubiese llevado a su favor tres magistrados patricios sentados en sillas curules como cónsules con toga pretexta; y en cuanto al pretor, que incluso admi- 6
nistrase justicia, colega de los cónsules nombrado bajo los mismos auspicios[212]; por ello, el senado tuvo reparos en disponer que se nombrase de entre los patricios a los ediles curules. En un principio se llegó al acuerdo de nombrarlos de entre la plebe un año sí y otro no; más adelante[213], lo fueron indistintamente.

A continuación, durante el consulado de Lucio Genucio 7
y Quinto Servilio[214], la situación era de tranquilidad por lo que respecta tanto a luchas intestinas como a la guerra, pero para que en ningún momento se viesen libres del

---

[212] Los de los comicios centuriados, que eligen a unos y otros. No quiere decir que sus auspicios personales sean del mismo rango.

[213] Siglo II a. C.

[214] Año 365 a. C.

miedo y los peligros, se originó una terrible epidemia.
8 Murieron, dicen, un censor, un edil curul, tres tribunos de la plebe, y entre la multitud hubo otras muertes, muchas en proporción; y de forma especial hizo memorable aquella peste la muerte de Marco Furio, tan madura como tem-
9 prana. Fue, en efecto, un hombre realmente único en todas las situaciones, el primero en la paz y en la guerra antes de exilarse; más brillante en el exilio, bien por la añoranza de la ciudad que, una vez en poder del enemigo, imploró su ayuda cuando estaba ausente, o bien por la suerte con que, devuelto a su patria, a la vez que su persona la propia
10 patria fue devuelta por él; luego, a lo largo de veinticinco años —pues tantos fueron los que vivió después—, estuvo a la altura de semejante título de gloria y fue digno de que se le considerase el segundo fundador de la ciudad de Roma contando a Rómulo.

2 Durante aquel año y durante el siguiente, en que fueron cónsules Tito Sulpicio Petico y Gayo Licinio Estolón[215], siguió la epidemia. Por eso, no se llevó a cabo nada que
2 mereciese ser recordado, si exceptuamos que, para conseguir la paz de los dioses, hubo un lectisternio, el tercero
3 desde la fundación de Roma. Y, como la virulencia de la enfermedad no se aliviaba ni con remedios humanos ni con la ayuda divina, dominadas las mentes por la superstición, entre otros recursos para aplacar la cólera divina se organizaron también, dicen, unas representaciones teatrales; era una novedad para un pueblo guerrero, pues su único espectáculo había sido el circo.

En torno a los orígenes del teatro en Roma

4 Por lo demás, se trató de un hecho de poca monta, como suelen ser todos los comienzos, y además de origen

[215] El 364 a. C.

extranjero. Sin ningún texto en verso, sin acción escenifi-
cadora de textos en verso, unos *ludiones,* traídos de Etru-
ria, danzando al son de la flauta ejecutaban unos movi-
mientos no carentes de gracia al estilo etrusco.
Comenzaron luego los jóvenes a imitarlos, a la vez que 5
se intercambiaban chanzas en versos toscos acompasando
los gestos a las palabras. Recibió así aceptación el espectá- 6
culo y, al ser practicado con frecuencia, cobró impulso. A los
actores vernáculos se les dio el nombre de histriones, pues
al *ludión* en etrusco se le llamaba *ister*. Éstos no se cruza- 7
ban, como anteriormente, de forma improvisada unos ver-
sos toscos y sin ritmo, como los fesceninos, sino que repre-
sentaban *saturas* con música ininterrumpida, con un canto
regulado ya por la flauta y un movimiento acompasado.
Algunos años más tarde, Livio[216], que fue el primero en 8
decidirse a dejar la *satura* y dar unidad a la obra mediante
un argumento, representaba, como es lógico, sus propias
obras —cosa que hacían todos por entonces— y se cuenta
que, al ser llamado para actuar con mucha frecuencia, se le 9
debilitó la voz, pidió permiso y colocó delante del flautista
a un muchacho para que cantase, y él representó la parte
cantada con bastante más fuerza en el gesto, porque no
tenía el impedimento de tener que utilizar la voz. A partir 10
de ahí los histriones comenzaron a tener a mano un cantor
y su voz quedó reservada exclusivamente para los diálogos.
Una vez que, con este sistema, las representaciones teatra- 11
les se fueron apartando de la risa y la chanza incontrolada
y el juego se fue transformando en arte, los jóvenes dejaron
a los histriones la representación de las obras de teatro y
comenzaron ellos a intercambiar, según la vieja costumbre,
bromas mezcladas con versos; de ahí lo que, después, se

[216] Livio Andrónico, cuya primera obra se estrena en Roma el año 240 a. C.

llamó *exodia* y se incorporó, sobre todo, a las atelanas[217].
12 Este tipo de representación, importado de los oscos, lo tuvo en sus manos la juventud, que no consintió que lo contaminaran los histriones; por eso se mantiene la norma de que los actores de atelanas no sean separados de sus tribus y cumplan el servicio militar como quien no tiene
13 que ver con la profesión de comediante[218]. Entre los humildes comienzos de otras instituciones me pareció que debía reseñar también el origen de los juegos escénicos, para que quedase patente de qué sensato principio se llegó a esta insensatez de ahora, apenas soportable por los reinos más opulentos.

El clavo

3 Sin embargo, la puesta en práctica inicial de los juegos escénicos, encaminada a conjurar los temores religiosos, no liberó las mentes del miedo ni los cuerpos
2 de las enfermedades. Es más, coincidió que el Tíber se desbordó inundando el circo en plenos juegos, interrumpiéndolos, y esto provocó un enorme pánico, al ser interpretado como aversión de los dioses y desprecio
3 de los medios empleados para aplacar sus iras. En consecuencia, durante el segundo consulado de Gneo Genucio y de Lucio Emilio Mamerco[219], cuando estaban más agobiados los espíritus por la búsqueda de sacrificios de expiación que los cuerpos por las enfermedades, dicen que los más viejos, rebuscando en su memoria, recordaron que, en cierta ocasión, un dictador había contenido una epidemia
4 clavando un clavo. El senado, llevado por esta creencia,

---

[217] Atela estaba en la Campania al sur de Capua y al norte de Nápoles.

[218] Los actores solían estar clasificados como «erarios», la categoría más baja de ciudadanos, excluidos del voto y del servicio militar.

[219] Año 363 a. C.

dispuso que se nombrase un dictador para que clavase el
clavo. Nombrado Lucio Manlio el Imperioso, nombró jefe
de la caballería a Lucio Pinario.

Hay una ley antigua, escrita con letras y palabras arcai- 5
cas, disponiendo que el que sea «pretor supremo» clave el
clavo en los idus de septiembre; estuvo fijada en el lateral
derecho del templo de Júpiter Óptimo Máximo, del lado
del santuario de Minerva. Dicho clavo, debido a que, por 6
aquella época, la escritura era rara, dicen que sirvió para
llevar la cuenta del número de años, y como los números
son una invención de Minerva, por eso la ley fue dedicada
al templo de Minerva. También en Volsinios[220] aparecían 7
hincados en el santuario de Norcia, diosa etrusca, clavos
indicadores del número de años según asegura Cincio[221],
garante cuidadoso de esta clase de monumentos. El cónsul 8
Marco Horacio dedicó, de acuerdo con esta ley, el templo
de Júpiter Óptimo Máximo el año siguiente a la expulsión
de los reyes; posteriormente, la ceremonia de clavar el
clavo pasó de los cónsules a los dictadores, porque su
poder era mayor. Tras interrumpirse esta costumbre, pare-
ció una práctica que merecía, incluso por sí sola, que se
nombrase un dictador. Nombrado por esta razón, Lucio 9
Manlio, como si se le hubiese nombrado para gobernar y
no para borrar una impiedad, con la mira puesta en una
guerra contra los hérnicos atosigó a la juventud con unas
drásticas levas de tropas. Al fin, al alzarse contra él todos
los tribunos de la plebe, vencido por fuerza o por ver-
güenza dejó el cargo de dictador.

---

220 Actualmente, Bolsena.

221 L. Cincio Alimento, el autor de los *Annales*, o, según otros (Heurgon), Cincio el Anticuario, del siglo I a. C.

El dictador dimitido, Manlio el Imperioso, procesado y salvado por su hijo

4 Ello, no obstante, a principios del año siguiente[222] bajo el consulado de Quinto Servilio Ahala y Lucio Genucio, el tribuno de la plebe Marco Pomponio pre-
2 senta demanda contra Manlio. Se le odiaba por el rigor mostrado en el alistamiento, dañando a los ciudadanos no sólo en sus bienes, sino incluso en sus cuerpos, pues los que no habían respondido al llamamiento habían sido, unos, azotados y,
3 otros, llevados a la cárcel. Y más que ninguna otra cosa le hacía odioso su mismo carácter implacable y su sobrenombre de «Imperioso», difícil de soportar para una población libre y que se lo había ganado por las manifestaciones de crueldad de que daba muestras, tanto como hacía los
4 extraños, para con sus allegados y consanguíneos. El tribuno lo acusaba de que, entre otras cosas, a su propio hijo, joven que no había sido hallado convicto de ninguna falta, lo había desterrado de la ciudad, de su casa, de sus penates, del foro, de la luz, lo había apartado del trato con los de su edad, lo había entregado a un trabajo de esclavo, a la cár-
5 cel casi y al ergástulo[223], donde, después de haber nacido en la más alta cuna, aquel joven hijo de un dictador aprendía con su diaria desdicha que realmente había nacido de un padre autoritario. ¿Y por qué crimen? Por tener dificul-
6 tad para hablar, por trabársele la lengua. Un padre que tuviese un mínimo de humanidad ¿debía haber cuidado este defecto natural, o debía haberlo reprendido y subrayado a base de malos tratos? Ni siquiera las bestias, privadas de la palabra, alimentan y miman en menor medida a
7 aquellas de sus crías que valen poco; en cambio, ¡por Hércules!, Lucio Manlio aumentaba con el mal el mal de su

[222] El 362 a. C.

[223] Lóbrego recinto de trabajos forzados.

hijo y ponía trabas a su entendimiento, ya de por sí torpe,
y si había en él algo de vigor natural, por poco que fuera,
lo ahogaba con una vida de campesino y una crianza rús-
tica manteniéndolo entre el ganado.

Tales acusaciones exacerbaron los ánimos de todos en 5
mayor medida que el del propio joven; éste, por el contra-
rio, disgustado por ser también él motivo de odio y de acu-
saciones contra su padre, con el fin de que todos los dioses 2
y los hombres supiesen que él prefería haber servido de
ayuda a su padre antes que a sus enemigos, toma una
determinación propia de un corazón indudablemente rudo
y aldeano, aunque no ejemplar para un ciudadano, sí
encomiable, no obstante, por su piedad filial. Sin que nadie 3
lo supiese, una mañana, armado con un cuchillo, va a
Roma y, desde la puerta de la ciudad, se dirige de inme-
diato a casa del tribuno Marco Pomponio; le dice al por-
tero que necesita hablar inmediatamente con su amo, que
le anuncie que se trata de Tito Manlio el hijo de Lucio. Se 4
le hizo pasar enseguida —pues se esperaba que, en un arre-
bato de ira contra su padre, aportase o bien algún nuevo
cargo o bien alguna idea para el tratamiento del asunto—;
fue saludado, saludó a su vez y le dijo al tribuno que había
cosas que quería tratar con él sin testigos. Una vez que se 5
les mandó a todos salir de allí, saca el cuchillo y, por
encima del lecho, blandiendo el hierro lo amenaza con que
si no jura, con las palabras que él le dicte, que nunca
reunirá a la asamblea de la plebe para acusar a su padre, lo
apuñalará en el acto. El tribuno, aterrado, puesto que veía 6
brillar el hierro ante sus ojos, veía que él estaba solo,
inerme, que el otro era joven, muy robusto y, lo que no era
menos de temer, estaba estólidamente orgulloso de su
fuerza, prestó juramento en los términos que le fueron
impuestos; y, después, puso bien en claro que había desis-
tido de su propósito forzado por aquel acto de violencia.

7 Y si bien la plebe hubiera preferido que se le diese a ella la posibilidad de pronunciarse sobre la suerte de un acusado tan cruel y orgulloso, no por ello le desagradó que un hijo se hubiese atrevido a tanto en favor de su padre; y ello era tanto más de alabar, por cuanto toda la dureza paterna no había apartado lo más mínimo de su ánimo el cariño filial.
8 Consiguientemente, no sólo se dispensó al padre de tener que defenderse en juicio, sino que incluso aquella acción
9 constituyó un honor para el propio joven, y como aquel año por vez primera se había acordado que los tribunos militares de las legiones fueran elegidos por el pueblo —pues anteriormente, como en la actualidad a los llamados Rúfulos, los nombraban personalmente los generales—, obtuvo la segunda plaza de seis[224] sin tener merecimiento alguno militar ni civil que le granjease tal favor, puesto que había pasado la juventud en el campo y apartado del trato con la gente.

Socavón en el foro. Muerte del cónsul plebeyo Marco Curcio. Victoria sobre los hérnicos

6 El mismo año, debido a un temblor de tierra o a alguna otra causa violenta se hundió, según dicen, el foro casi en el centro con un gran socavón de enorme
2 profundidad; y no se pudo rellenar aquella sima echando tierra, que cada uno por su cuenta traía, hasta que, por aviso de los dioses, se comenzó a buscar «lo que constituía la mayor
3 fuerza del pueblo romano»; esto era, en efecto, lo que había que sacrificar en aquel lugar, según vaticinaban los adivinos, si se quería la perpetuidad de la república romana. Entonces, Marco Curcio, joven distinguido en la guerra, dicen que reprendió a los que ponían en duda que

[224] Seis por legión —y entonces solían movilizarse cuatro legiones—. Los elegidos por el pueblo se llamaban *concitati*, y los nombrados por los generales, *Rufuli* o *Rutuli*.

hubiese algún bien romano superior a las armas y el valor; cuando se guardó silencio, fijando la vista en los templos 4
de los dioses inmortales que dominan el foro, y en el Capitolio, y tendiendo las manos en dirección ya al cielo ya a la sima abierta en tierra hacia los dioses manes, se ofreció a sí mismo en sacrificio; después, montado en un caballo enga- 5
lanado con la mayor magnificencia, se precipitó con sus armas en la hendidura, y una multitud de hombres y mujeres depositaron sobre él un montón de ofrendas y frutos; y el lago Curcio recibió el apelativo no de aquel antiguo soldado de Tito Tacio, Curcio Metio[225], sino de éste. Yo no 6
hubiera ahorrado esfuerzos, si hubiese algún camino que llevase al investigador hasta la verdad. Pero hay que atenerse a la tradición, cuando la lejanía en el tiempo impide la certeza. Y el nombre del lago cobra mayor realce a partir de este relato legendario, más reciente.

Después de conjurar un prodigio tan importante, el 7
mismo año se consultó al senado sobre los hérnicos y, una vez enviados los feciales[226] a presentar una reclamación sin resultado, acordó que el primer día se presentase al pueblo la propuesta de declarar la guerra a los hérnicos, y el pueblo, masivamente, aprobó esta guerra. Le tocó en suerte a 8
Lucio Genucio encargarse de ella. Como era él el primer cónsul plebeyo que iba a hacer la guerra bajo sus propios auspicios, la población estaba a la expectativa, de forma que, según saliesen las cosas, consideraría un acuerdo bueno o malo el haber puesto en común las magistraturas. Quiso el azar que Genucio, que marchó a toda prisa en 9
dirección al enemigo, cayese en una emboscada; las legiones, con el pánico de la sorpresa, fueron derrotadas, y el

225 Véase I 13, 5.

226 Un colegio de 20 sacerdotes que negociaban la formulación de los tratados de paz y formulaban las declaraciones de guerra.

cónsul, rodeado por quienes ignoraban a quién habían sor-
10 prendido, fue muerto. Cuando llegó la noticia de esto a Roma, los patricios, llenos más de arrogancia ante lo desafortunado del mando del cónsul plebeyo que de tristeza ante la calamidad pública, gruñen por todas partes que adelante, que nombren cónsules plebeyos, que transfieran
11 los auspicios a donde la piedad no lo permite; que se pudo, mediante un plebiscito, desalojar a los patricios de sus magistraturas, pero ¿acaso una ley votada sin tomar previamente los auspicios tuvo valor también para los dioses inmortales? Ellos mismos reivindicaron el respeto a su voluntad, a sus auspicios; apenas puso la mano sobre éstos quien no tenía derecho ni divino ni humano a ello, la destrucción el ejército, juntamente con la de su jefe, ha servido de advertencia para que en adelante no se celebren comi-
12 cios confundiendo el derecho de las familias. Con expresiones de este estilo retumba la curia y el foro. Apio Claudio, como había desaconsejado la aceptación de la ley, ahora con mayor autoridad reprueba el resultado de una decisión que él había censurado; es nombrado dictador, con el consentimiento de los patricios, por el cónsul Servilio y se decreta el llamamiento a filas y la suspensión de los asuntos públicos.

7 Antes de que el dictador y las nuevas legiones llegasen hasta los hérnicos, se presentó una oportunidad y, a las órdenes del legado Gayo Sulpicio, se obtuvo un éxito
2 notable. Los hérnicos, debido a la muerte del cónsul, se acercaban fanfarroneando al campamento romano con esperanzas evidentes de asaltarlo; contra ellos, alentados los soldados por el legado[227] y llenos de coraje y de indignación sus ánimos, se hizo una salida. El resultado quedó muy lejos de las esperanzas que tenían los hérnicos de asal-

[227] El legado asume el mando al morir el cónsul.

tar la empalizada, dado el desbarajuste en sus filas con que se alejaron de allí. Después, a la llegada del dictador, el 3
nuevo ejército se une al antiguo y las fuerzas se duplican. Delante de la asamblea de tropas el dictador, con alabanzas al legado y a los soldados con cuyo valor se había defendido el campamento, levanta la moral de los que escuchan unos elogios que han merecido y, al mismo tiempo, incita a los demás a emular su valor. Tampoco 4
pone menos empeño en preparar la guerra el enemigo, el cual, recordando la gloria alcanzada anteriormente y sabiendo que las fuerzas de su adversario se han incrementado, acrecienta, a su vez, sus propias fuerzas. Todo el pueblo hérnico, todos los que están en edad militar, son llamados a filas; se alistan ocho cohortes de cuatrocientos hombres, los guerreros más selectos. Decretando, además, 5
que se le diese paga doble a esta flor y gala de la juventud, la llenaron de esperanza y de coraje; estaban, asimismo, rebajados de las faenas militares, de forma que comprendieran que, al estar reservados exclusivamente para el esfuerzo del combate, tendrían que poner un empeño mayor del que a cada uno le correspondía. Fueron incluso 6
colocados fuera de las filas en el frente de combate, para que su valor quedase más a la vista.

Una llanura de dos millas separaba el campamento romano del de los hérnicos; allí en medio, más o menos a igual distancia por un lado y otro, se libró la batalla. En un 7
principio la lucha se mantuvo en una expectativa incierta, intentando en vano repetidas veces la caballería romana desbaratar con sus cargas el frente enemigo. Cuando se vio 8
que los resultados del ataque de la caballería tenían menos entidad que sus esfuerzos, los soldados de a caballo, primero, consultan al dictador y, después, con su permiso, abandonan los caballos y, en medio de un enorme clamor, se colocan al vuelo delante de las enseñas y entablan la

9 lucha de nuevo. No se les hubiera podido contener, de no haberse interpuesto en su camino las cohortes especiales, dotadas de tanta fuerza moral como física.

8 Se desarrolla, entonces, la lucha entre los mejores de los dos pueblos: cualquiera que sea el número de los que, en uno u otro bando, la suerte común de la guerra arrebata de la pelea, la pérdida tiene una trascendencia no mensurable por la cantidad. La masa restante de combatientes, como si hubieran encomendado la lucha a los primeros, cifra su suerte en el valor de otros. En ambos bandos son muchos
2 los muertos, más aún los heridos. Los soldados de a caballo se increpan unos a otros preguntándose qué otra cosa falta, si ni a caballo rechazaron al enemigo ni a pie están haciendo nada que valga la pena; qué tercer tipo de lucha están esperando; por qué se lanzaron llenos de fiereza delante de las enseñas y luchan en un terreno que no les es
3 propio. Con tales expresiones se incitan unos a otros, lanzan de nuevo el grito de guerra y avanzan; primero le hicieron perder pie al enemigo, después le hicieron retroceder, por último le hicieron emprender abiertamente la huida.
4 Y no es fácil decir qué fue lo que desequilibró unas fuerzas tan igualadas, salvo que la fortuna inmutable de ambos
5 pueblos pudo acrecer en uno y bajar en otro la moral. Los romanos persiguen a los hérnicos en su huida hasta el campamento; se abstuvieron de atacarlo, porque el día estaba ya muy avanzado: el hecho de no obtener resultados favorables en los sacrificios durante largo rato había retenido al dictador, de forma que no había podido dar la señal de combate antes del mediodía; por eso, la lucha se había prolongado hasta la noche.

6 Al día siguiente se encontró el campamento de los hérnicos abandonado por la huida, y se encontraron algunos heridos abandonados. Los habitantes de Signia[228] vieron

[228] En las montañas volscas, a la derecha del río Trero.

pasar por delante de sus murallas las enseñas rodeadas de escasos efectivos y dispersaron la columna de fugitivos haciéndolos huir en desbandada a través de los campos.
Pero también fue sangrienta la victoria de los romanos: se 7
perdió la cuarta parte de los soldados, y cayeron cierto número de jinetes, lo cual significó una pérdida no menos sensible.

Guerra con los galos: combate singular de Manlio Torcuato

Al año siguiente[229], los cónsules Lucio 9
Sulpicio y Gayo Licinio Calvo llevaron al ejército contra los hérnicos; como no encontraron al enemigo en el campo, le tomaron al asalto la ciudad de Ferentino; pero, al volver de allí, los de Tíbur[230] les cerraron las puer-
tas de la ciudad. Esto último, después de un intercambio de 2
quejas presentadas anteriormente por ambas partes en multitud de ocasiones, fue el motivo de declararle la guerra al pueblo de Tíbur después de presentada una reclamación por medio de los feciales.

Está bien constatado que aquel año fue dictador Tito 3
Quincio Peno y jefe de la caballería Servio Cornelio Malu-
ginense. Licinio Macro escribe que su nombramiento tuvo 4
por objeto la celebración de los comicios y fue hecho por el cónsul Licinio, porque, como su colega a fin de ser reelegido cónsul se apresuraba a dar prioridad a los comicios sobre la guerra, tuvo que salir al paso de su torcida ambi-
ción. Esta búsqueda de la gloria de la propia familia hace 5
de Licinio un aval de poco peso; como en los anales más antiguos no encuentro ninguna mención de esta circunstancia, me inclino más a pensar que el nombramiento de
dictador tuvo por objeto la guerra contra los galos. Con 6

[229] El 361 a. C.

[230] Actualmente, Tívoli.

seguridad, aquel año, los galos estuvieron acampados junto
al tercer miliario de la vía Salaria[231] al lado de allá del
puente del Anio.

El dictador decretó la suspensión de los asuntos públi-
cos a causa del ataque de los galos, hizo que prestaran
juramento militar todos los ciudadanos movilizables, salió
de Roma con un ejército enorme y acampó en la ribera de
7 este lado del Anio. De por medio estaba el puente, sin que
ni unos ni otros lo destruyeran para no dar señales de
miedo. Las refriegas por la ocupación del puente eran fre-
cuentes y, al ser variables las fuerzas, no se podía vislum-
8 brar con claridad quién se apoderaría de él. Entonces, un
galo de estatura muy notable avanzó hasta el puente
desierto y, con la voz más fuerte que pudo, dijo: «Que el
guerrero más valeroso con que cuenta Roma en la actua-
lidad acuda ya al combate, para que la suerte de nosotros
dos ponga en claro cuál de los dos pueblos es mejor en la
guerra.»

10 Entre los jóvenes romanos de más valía hubo un largo
silencio, pues, por una parte, les daba vergüenza rehusar el
combate y, por otra, no querían ser los primeros en ofre-
2 cerse para un lance tan lleno de peligro. Entonces, Tito
Manlio, hijo de Lucio, que había librado a su padre de la
persecución del tribuno, avanza desde su puesto hasta
delante del dictador. «Sin una orden tuya, jefe —dijo—,
jamás lucharía fuera de las filas, ni aun viendo la victoria
3 segura; pero, si tú lo permites, quiero yo demostrarle a esa
fiera, que con tanta arrogancia se pavonea delante de las
enseñas enemigas, que soy descendiente de la familia que
arrojó al ejército de los galos de lo alto de la roca Tar-
4 peya.» Dijo entonces el dictador: «Honor a tu valor y a tu
afecto filial para con tu padre y tu patria, Tito Manlio.

---

[231] En dirección a la Sabina. Por ella se transportaba la sal.

Marcha adelante y, con la ayuda de los dioses, deja invicto
el nombre romano.» A continuación, sus compañeros le 5
dan las armas al joven: toma el escudo del soldado de
infantería, se ciñe la espada hispana[232], apropiada para la
lucha cuerpo a cuerpo. Lo conducen, armado y equipado,
en dirección al galo, que se alegra de una forma estúpida y
que —ya que los antiguos lo consideraron un detalle que
merecía ser recordado— incluso saca la lengua en son de
burla. Se retiraron, luego, a sus puestos y los dos comba- 6
tientes se quedan solos en medio, de acuerdo más con la
práctica del espectáculo que con la ley de la guerra, nada
parejos a juzgar por el aspecto que presentan a la vista. De 7
una estatura muy notable uno de ellos, con su indumenta-
ria de diversos colores, cubierto con una brillante arma-
dura pintada y cincelada en oro; el otro, de la estatura del
soldado medio, de aspecto corriente sus armas, más prácti-
cas que hermosas; sin cantar, sin saltar de alegría ni agitar 8
vanamente las armas, pero rebosante el pecho de coraje y
de ira contenida: toda su fiereza la había reservado para el
momento mismo del combate. Cuando se detuvieron en 9
medio de los dos ejércitos, con tantos hombres en torno
con el alma en vilo entre el miedo y la esperanza, el galo,
que desde su altura dominaba como una mole, adelan-
tando el escudo con la izquierda asestó con la espada sobre
las armas de su enemigo que se acercaba un tajo muy rui-
doso, pero sin efecto. El romano, la punta de la espada 10
ligeramente alzada, golpeó con su escudo la parte inferior
del escudo y, con todo su cuerpo a cubierto del peligro de
una herida, se coló entre el cuerpo y las armas de su ene-
migo y, con un golpe seguido de otro más, le traspasó el
vientre y la ingle y tendió por tierra al adversario, que, en
su caída, cubrió un trecho enorme. A continuación despojó 11

[232] Más corta.

al cadáver, al que no infligió ningún otro ultraje, únicamente del collar, que colocó, salpicado de sangre, alrede-
12 dor de su propio cuello. El terror, unido a la sorpresa, había dejado clavados a los galos; los romanos, enardecidos, dejaron sus puestos saliendo al encuentro de su héroe y, entre felicitaciones y alabanzas, lo llevan a presencia del
13 dictador. Entre las agudezas que, a modo de versos rudimentarios le soltaron, según tienen por costumbre los soldados, se oyó el sobresombre de Torcuato[233], que, después, tuvo éxito y representó un honor incluso para los descen-
14 dientes de su familia. El dictador añadió el regalo de una corona de oro y, ante la asamblea militar, puso por las nubes aquel combate a base de elogios.

Batalla con los galos, tiburtes y hérnicos. Amenazas tiburtina y tarquiniense

11 Y, por Hércules, aquel combate tuvo tanta trascendencia en orden al resultado de la guerra en su totalidad, que el ejército galo la noche siguiente abandonó a toda prisa el campamento y pasó a territorio de Tíbur y de allí, después de formalizar una alianza de guerra y recibir de los tiburtes una generosa ayuda en víveres, pasó enseguida a la Campania.
2 Ésta fue la razón de que, al año siguiente[234], el cónsul Gayo Petelio Balbo llevase por mandato del pueblo un ejército contra los tiburtes, habiéndole correspondido a su colega Marco Fabio Ambusto hacerse cargo de la guerra
3 con los hérnicos. Los galos volvieron de la Campania para prestar ayuda a los tiburtes, y en territorio de Labicos, de Túsculo y de Alba se llevaron a cabo los horrores de la devastación, siendo, sin la menor duda, los tiburtes los ins-
4 tigadores. Si bien, para hacer frente a Tíbur, la república se había contentado con que tuviese el mando un cónsul, la

233 De *torques*, «collar», que le quitó al cadáver de su enemigo.

234 El 360 a. C.

amenaza gala obligó a nombrar un dictador. Nombrado
Quinto Servilio Ahala, nombró éste, a su vez, jefe de la
caballería a Tito Quincio y, con la autorización del senado,
hizo voto de celebrar unos grandes juegos si aquella guerra
terminaba bien. El dictador, después de dar orden de que el 5
ejército del cónsul se quedase donde estaba para contener a
los tiburtes en su propia guerra, hizo que prestasen el
juramento militar todos los jóvenes sin que ninguno de
ellos se mostrase reacio al servicio de las armas. Todas las 6
fuerzas de la Urbe combatieron no lejos de la puerta
Colina a la vista de sus padres, mujeres e hijos; estos seres,
que aun sin su presencia significan un gran aliento, al
alcance de la vista en aquella ocasión enardecían a los sol-
dados por pundonor, a la vez que por piedad. Después de 7
una gran matanza por ambas partes, al fin el ejército galo
vuelve la espalda. En su huida se dirige a Tíbur como ciu-
dadela de guerra de los galos; recibidos por el cónsul
Petelio cuando están dispersos no lejos de Tíbur, salen a
ayudarles los tiburtes y, juntamente con éstos, son recha-
zados al interior de la ciudad. Tanto el cónsul como el dic- 8
tador hicieron las cosas admirablemente. También el otro
cónsul, Fabio, a base, primero, de refriegas de poca monta
y, finalmente, en una sola batalla notable —pues el ene-
migo atacó con la totalidad de sus tropas— derrotó por
completo a los hérnicos. El dictador colmó de elogios a los 9
cónsules en el senado y delante del pueblo, atribuyéndoles,
además, la gloria de sus propias hazañas, y dimitió de su
cargo. Petelio obtuvo un triunfo doble, sobre los galos y
los tiburtes; a Fabio se consideró suficiente concederle la
ovación a su entrada en Roma.

Se burlaron los tiburtes del triunfo de Petelio: ¿dónde, 10
en efecto, se había enfrentado con ellos en batalla regular?
Unos cuantos espectadores de la huida en desbandada de
los galos, que habían salido fuera de las puertas de la ciu-

dad, cuando vieron que se les atacaba también a ellos y se daba muerte indiscriminadamente a cuantos se encontraba,
11 se habían refugiado en el interior de la ciudad: ¡ésa era la hazaña que a los romanos les había parecido merecedora de un triunfo! Para que no considerasen una gran cosa, extraordinaria en demasía, provocar un alboroto a las puertas de una ciudad enemiga, ellos mismos iban a ver un desconcierto mayor ante sus propias murallas.

12 Y así, al año siguiente[235], durante el consulado de Marco Popilio Lenate y Gneo Manlio, en el silencio de las primeras horas de la noche una columna enemiga salió de
2 Tíbur y llegó hasta la ciudad de Roma. Lo inesperado del hecho y el miedo de la noche infundieron pánico a quienes despertaban súbitamente del sueño, a lo cual se unió el desconocimiento, por parte de muchos, de la identidad o la
3 procedencia de los enemigos. No obstante, por todas partes se gritó enseguida «a las armas» y se reforzaron los puestos de guardia de las puertas y los dispositivos de protección de las murallas. Y cuando la incipiente luz del día dejó ver un pequeño contingente ante las murallas y no puso al descubierto más enemigos que los tiburtes, los dos cónsules salen por dos puertas y atacan por los lados al ejército que
4 ya se llegaba a los muros. Quedó claro que habían acudido confiados más en la ocasión que en el valor: apenas aguantaron el primer ataque de los romanos. Es más, era un hecho que su llegada les había venido bien a los romanos, ya que el enfrentamiento que se estaba empezando a producir entre patricios y plebe había quedado sofocado por el miedo a una guerra tan cercana.

5 La llegada de otros enemigos fue más terrible para los
6 campos que la precedente: los tarquinienses recorrieron el territorio romano, sobre todo la zona que limita con Etru-

[235] 359 a. C.

ria, saqueándolo, y después de presentarles la reclamación sin resultado, los cónsules Gayo Fabio y Gayo Plaucio[236] por mandato del pueblo les declararon la guerra. Le tocó en suerte a Fabio hacerse cargo de ésta, y a Plaucio de la de los hérnicos.

Guerra con los galos: triunfo del dictador Gayo Sulpicio

También los rumores de una guerra 7
gala iban tomando consistencia. Pero, en medio de tantas amenazas, constituyeron un motivo de alivio la concesión de la paz a los latinos a petición suya y el gran contingente de tropas proporcionado por ellos a tenor de un antiguo tratado que se habían saltado durante muchos
años. Reforzado el potencial romano con este apoyo, fue 8
más llevadera la noticia de que los galos acababan de llegar a Preneste y, a continuación, se habían establecido cerca de
Pedo. Se tomó el acuerdo de nombrar dictador a Gayo 9
Sulpicio; lo nombró el cónsul Gayo Plaucio, al que se hizo venir con ese objeto; el jefe de la caballería adjunto al dictador fue Marco Valerio. Éstos seleccionaron los mejores soldados de los dos ejércitos consulares y, al frente de ellos,
marcharon contra los galos. Aquella guerra se desarrolló 10
con bastante más lentitud de lo que unos y otros deseaban. Si bien, en un principio, sólo los galos estaban ansiosos de pelea, después los soldados romanos, corriendo a las armas
y la lucha, superaban bastante la fogosidad de los galos. El 11
dictador no quería en modo alguno, mientras ninguna circunstancia obligase a ello, aventurarse a la suerte contra un enemigo al que el tiempo iba dejando en peores condiciones cada día que pasaba, detenido en territorio extranjero sin tener dispuesto el aprovisionamiento, sin un atrincheramiento sólido y, además, cuyas fuerzas físicas y morales

[236] Año 358 a. C.

se cifraban, todas, en un primer ataque, pero flaqueaban con una pequeña espera.

12 Debido a estas consideraciones, el dictador daba largas a la guerra y había anunciado un severo castigo para el caso de que alguien luchase sin orden suya. Los soldados, que soportaban esto a disgusto, empezaron por atacar de palabra, entre ellos, al dictador en los puestos de guardia y centinela; a veces increpaban a todos los senadores, en general, por no haber dispuesto que la guerra fuese dirigida
13 por los cónsules: se había elegido a un eximio general, a un jefe sin par, que creía que, sin él hacer nada, le iba a llegar volando a sus brazos la victoria. Después, esto mismo y otras cosas más atrevidas las soltaban a pleno día públicamente: ellos iban a combatir sin la orden del general o iban
14 a marchar en formación a Roma. Y a los soldados se sumaban los centuriones, y no sólo se murmuraba en círculos aislados, sino que ya en el centro mismo del campamento y junto a la tienda del general las conversaciones se confundían en una sola, y la masa tomaba las proporciones de una asamblea, y por todas partes se decía a gritos que se acudiese de inmediato al dictador, que en nombre del ejército hablase Sexto Tulio de un modo digno de su valor.

13 Tulio era ya primipilo[237] por séptima vez y no había en el ejército, al menos entre los que servían en infantería, ningún hombre más célebre por sus hazañas.

2 Éste, a la cabeza de una columna de soldados, se adelanta hacia la tribuna del general y le dice a Sulpicio, sorprendido ante aquella multitud y no menos ante quien la encabeza, Tulio, un soldado de lo más obediente a las
3 órdenes: «Con tu permiso, dictador, todo el ejército, considerándose declarado por ti culpable de cobardía y desprovisto casi de sus armas para avergonzarlo, me ha pedido

[237] Primer centurión.

que defendiese su causa ante ti. La verdad, aunque se nos 4
pudiese echar en cara el haber abandonado el puesto en
alguna parte, haber dado la espalda al enemigo, haber perdido las enseñas de forma vergonzosa, no obstante me parecería justo conseguir de ti que nos permitieras corregir nuestro fallo a base de valentía y borrar el recuerdo de
nuestra vergüenza con una nueva gloria. Incluso las legio- 5
nes derrotadas junto al Alia recuperaron con su valentía la misma patria que habían perdido por miedo, saliendo de Veyos más adelante. Nosotros, gracias a la bondad de los dioses, a tu buena suerte y a la del pueblo romano, tene-
mos entera la guerra y la gloria. Y eso que de gloria apenas 6
me atrevo a hablar, cuando los enemigos se burlan de nosotros, que estamos escondidos igual que mujeres detrás de la empalizada, con toda suerte de injurias, y cuando tú, nuestro general —lo cual nos duele más—, consideras que tu ejército no tiene coraje, ni armas, ni manos y, antes de ponernos a prueba, depositaste en nosotros tan poca con-
fianza que te creíste jefe de mancos y enfermos. En efecto, 7
¿cuál otra vamos a creer que es la razón de que siendo un jefe experimentado, muy esforzado en la guerra, estés sentado de brazos cruzados, como se suele decir? Pues, como quiera que sea, es más verdad que tú pareces haber dudado
de nuestro valor que nosotros del tuyo. Ahora bien, si ésta 8
no es una decisión tuya sino oficial, y si es un acuerdo de los senadores y no la guerra contra los galos lo que nos tiene alejados de Roma, de nuestros penates, te ruego que lo que voy a decir lo consideres dicho no al general por los soldados, sino a los senadores por la plebe —si ésta, igual que vosotros tenéis vuestros propósitos, dice que ella va a tener los suyos, ¿quién en definitiva va a indignarse por
ello?—. Somos soldados, no esclavos vuestros; enviados a 9
la guerra, no al exilio; si alguien da la señal, si nos hace salir al frente de batalla, pelearemos como es digno de

hombres y de romanos. Pero, si no se necesitan para nada
las armas, mejor descansaremos en Roma que en un cam-
10 pamento. Que esto se les diga a los senadores. A ti, general,
tus soldados te pedimos que nos des oportunidad de
luchar; estamos ávidos de vencer, y de vencer a tus órde-
nes, de conseguir para ti el laurel de la gloria, de entrar
contigo triunfalmente en Roma, de ir, detrás de tu carro,
hasta el templo de Júpiter Óptimo Máximo felicitándote y
11 ovacionándote.» Al discurso de Tulio siguieron los ruegos
de la multitud y por todas partes gritaban que diese la
señal, que ordenase empuñar las armas.

14 El dictador, aunque veía que el planteamiento, siendo
bueno, no constituía un precedente digno de aprobación,
pensaba, sin embargo, hacer lo que los soldados quisieran:
2 se retira y, en privado, pregunta a Tulio qué significa aque-
llo y de qué manera se ha gestado. Tulio pide encarecida-
mente al dictador que no crea que él se ha olvidado de la
disciplina militar, ni de su propia condición, ni de la majes-
tad del general. A una masa soliviantada, que suele ser un
reflejo de sus agitadores, no ha rehusado capitanearla para
evitar que surgiese algún otro como los que suele poner a
su frente una multitud amotinada; pues él, realmente, no
3 iba a hacer nada sin contar con su general; éste, sin
embargo, debía poner los cinco sentidos para que el ejér-
cito no se le fuera de las manos: concitados como estaban
los ánimos, no se podían dar largas; ellos mismos busca-
rían el lugar y el momento de atacar, si no se lo proporcio-
4 naba el general. Mientras tenía lugar esta conversación, a
un galo que se llevaba unas bestias de carga que, casual-
mente, pastaban fuera de la empalizada se las quitaron dos
soldados romanos. Los galos les tiraron piedras, acto
seguido se elevó un griterío del puesto de guardia romano y
5 por ambas partes acudieron a la carrera. Y ya la situación
estaba al borde de una batalla en regla, cuando los centu-

riones con toda rapidez pusieron fin a la refriega. En todo
caso, aquel incidente hizo más consistente la credibilidad
de Tulio ante el dictador; y como la situación no admitía
ya demora, se anuncia para el día siguiente una batalla en
línea.

El dictador, no obstante, como que entraba en combate 6
confiando más en el coraje que en las fuerzas de los suyos,
comenzó a examinarlo todo y a darle vueltas a cómo
infundir pánico al enemigo con alguna artimaña. Su mente
despierta discurre una estratagema nueva, a la que, des-
pués, recurrieron muchos jefes, romanos y extranjeros,
incluso en nuestra época. Manda que les quiten las albar- 7
das a los mulos y, dejándoles tan sólo dos mantas, que los
monten los acemileros, equipados, unos, con las armas
tomadas al enemigo y, otros, con las de los enfermos. Dis- 8
puestos de esta forma alrededor de un millar, mezcla entre
ellos cien soldados de a caballo y les ordena que, por la
noche, se dirijan a las montañas que dominan el campa-
mento y se oculten en los bosques y que no se muevan de
allí antes de que él les dé la señal. Al amanecer, él comenzó 9
a desplegar sus líneas de forma ostensible al pie de las
montañas, para que el enemigo se situase de cara a las
mismas, una vez organizado el dispositivo de un terror 10
infundado, pero que, realmente, le fue casi de mayor utili-
dad que las fuerzas auténticas. Los jefes galos creyeron, en
un principio, que los romanos no descenderían al llano;
después, cuando vieron que bajaban de forma súbita, ávi-
dos también ellos de combate, se lanzaron a la lucha y la
batalla comenzó antes de que los jefes diesen la señal.

Los galos atacaron con mayor violencia el ala derecha, 15
y no se les hubiese podido resistir, de no haberse encon-
trado, casualmente, allí el dictador; llamaba a Sexto Tulio
increpándolo y acosándolo a preguntas: si era así como
había asegurado que iban a combatir los soldados; dónde 2

estaba aquel clamor exigiendo las armas, dónde las amenazas de que entablarían combate sin que el jefe lo ordenase; allí estaba el propio general llamando a la lucha con voz inconfundible y avanzando, armado, delante de las primeras enseñas; ¿le seguía alguno de los que hacía poco iban a ir delante, terribles en el campamento y asustados en
3 el frente de batalla? Eran verdades lo que oían; por eso, la vergüenza los acicateó de tal forma que se lanzaron hacia los proyectiles del enemigo borrándose de su mente la conciencia del peligro. Primeramente, este ataque como enloquecido sembró la confusión entre el enemigo; después, una vez desordenados, la carga de la caballería les hizo
4 volver la espalda. El dictador, personalmente, cuando vio que el frente enemigo se deshacía por aquel lado, trasladó las enseñas al ala izquierda, donde veía que el enemigo se concentraba de forma masiva, y dio a los que estaban en el
5 monte la señal convenida. Cuando también de allí surgió un nuevo clamor y se les vio dirigirse por el monte de través hacia el campamento de los galos, por miedo a quedar bloqueados dejaron éstos de combatir y, en carrera desen-
6 frenada, se desplazaban al campamento. Como allí les salió al paso Marco Valerio, el jefe de la caballería, que, después de destrozar su ala derecha, cabalgaba delante de las defen-
7 sas enemigas, vuelven la huida en dirección a los montes y bosques, donde, en su mayoría, fueron recibidos por aquella especie engañosa de caballería de acemileros; y la matanza entre los que el pánico había empujado hasta los
8 bosques fue atroz después de finalizado el combate. Después de Marco Furio nadie consiguió un triunfo sobre los galos más merecido que Gayo Sulpicio. También sacó de los despojos galos un peso bastante considerable de oro y lo consagró en el Capitolio rodeándolo de piedras de sillería.

Otros resultados bélicos menores. Tribus nuevas, leyes nuevas

Aquel mismo año también los cónsules 9
hicieron la guerra con resultados diver-
sos. En efecto, los hérnicos fueron derro-
tados por completo y sometidos por
Gayo Plaucio, y Fabio, su colega, enta-
bló combate sin tomar precauciones y de forma impru-
dente con los tarquinienses. Y no fue tan grave la derrota 10
sufrida en el frente de batalla, como el hecho de que los
tarquinienses sacrificaron a trescientos siete soldados
romanos hechos prisioneros; el horror de este suplicio dio
relieve, en bastante mayor medida, a la ignominia del pue-
blo romano. A este desastre vino a sumarse la devastación 11
del territorio romano llevada a cabo en una incursión
repentina por los privernates y, después, por los veliternos.

El mismo año se crearon dos nuevas tribus, la Pontina 12
y la Publilia; se celebraron los juegos votivos que había
ofrecido Marco Furio; y, por primera vez, entonces se le
presentó al pueblo, por el tribuno de la plebe Gayo Petelio
con la autorización del senado, una proposición de ley
sobre la intriga electoral. Con este proyecto de ley se creía 13
que se ponía freno a las intrigas especialmente de los hom-
bres nuevos, que tenían por costumbre recorrer los merca-
dos y las reuniones.

No fue tan del agrado de los patricios la proposición de 16
ley que, al año siguiente[238], durante el consulado de Gayo
Marcio y Gneo Manlio, presentaron los tribunos de la
plebe Marco Duilio y Lucio Menenio referente al interés
del uno por ciento anual[239]. Y la plebe se mostró bastante
más diligente en aprobar esta ley.

Además de las nuevas guerras decididas el año anterior, 2
también los faliscos se constituyeron en enemigos nuevos

---

238 El 357 a. C.

239 Es decir, fijando en el 1 % el tipo máximo de interés.

por doble culpa: sus jóvenes habían combatido al lado de los tarquinienses y, a los que tras la derrota habían huido a Falerios, se habían negado a entregarlos, a pesar de recla-
3 marlos los feciales romanos. Le correspondió esta tarea a Gneo Manlio. Marcio llevó el ejército a territorio privernate, intacto debido a una larga paz, y cargó a los soldados de botín. A la abundancia de bienes añadió la generosidad, porque, al no apartar nada para el erario público, favoreció el incremento de los bienes privados de los soldados.
4 Como los privernates se habían situado delante de sus murallas en un campamento muy bien fortificado, reunió a los soldados en asamblea y les dijo: «Os doy, desde este momento, como botín, el campamento del enemigo y su ciudad, si me aseguráis que os emplearéis a fondo con toda valentía en el campo de batalla y que no estáis más dis-
5 puestos para el botín que para la pelea.» Piden la señal de combate con enorme griterío y se lanzan a la lucha con fiereza, con confianza y seguridad. Entonces, delante de las enseñas, Sexto Tulio, del que ya se ha hablado, dice a gritos: «Observa, general, cómo tu ejército cumple lo que te prometió.» Y, posando la jabalina, carga sobre el enemigo
6 con la espada desenvainada. Siguen a Tulio todos los soldados de armamento ligero y, con la primera carga, hicieron volver la espalda al enemigo; después, una vez derrotado, lo persiguieron hasta la plaza y, cuando ya estaban arrimando escalas a los muros, se les rindió la ciudad. Se celebró un triunfo sobre los privernates.

7 El otro cónsul no hizo nada digno de mención, a no ser la presentación de una ley a los soldados, en una innovación sin precedentes, en el campamento de Sutrio, para que la votaran por tribus, referente a un impuesto del cinco por ciento sobre las manumisiones. Los senadores, como una ley semejante proporcionaba al erario, escaso de fondos,
8 unos ingresos nada despreciables, la ratificaron. Pero los

tribunos de la plebe, preocupados no tanto por la ley como por el precedente[240], prohibieron bajo pena capital que, en adelante, nadie reuniese la asamblea del pueblo fuera de la ciudad: si se permitía esto, en efecto, no habría nada, ni aunque fuese funesto para el pueblo, que un cónsul no pudiese hacer aprobar por unos soldados que le habían prestado juramento militar.

Aquel mismo año, Gayo Licinio Estolón, a tenor de su 9
propia ley, fue condenado por Marco Popilio Lenate a una multa de diez mil ases, porque era propietario, juntamente con su hijo, de mil yugadas de tierra y, emancipando al hijo, había escamoteado la ley.

Guerras varias. Gayo Marcio, primer dictador plebeyo

Los nuevos cónsules que vinieron a 17
continuación[241], Marco Gabio Ambusto y Marco Popilio Lenate, ambos por se-
gunda vez, tuvieron dos guerras, una de 2
ellas fácil, contra los tiburtes, dirigida por Lenate, que, después de encerrar al enemigo en la ciudad, arrasó sus campos; faliscos y tarquinienses derrotaron
al otro cónsul en un primer combate. El pánico fue allí 3
tremendo, porque sus sacerdotes, blandiendo antorchas encendidas y serpientes, avanzando igual que furias, con su inusitado aspecto sembraron el desconcierto entre los soldados romanos. En un instante, como presa de frenesí y pasmo, se precipitaron en confuso tropel en su atrinchera-
miento; después, cuando el cónsul y los legados y tribunos 4
se burlaban de quienes se asustaban como niños de vanos prodigios y los increpaban, la vergüenza hizo que cambiaran súbitamente de actitud y se precipitaban ciegos sobre lo

[240] Competía a los tribunos presidir las asambleas por tribus, y por otra parte, no podían alejarse de Roma más de una milla, de ahí el peligro de un posible escamoteo de sus atribuciones.

[241] En el año 356 a. C.

5 mismo de lo que habían huido. Disuelto así el vano artifi-
cio del enemigo, se lanzaron contra los propios combatien-
tes, pusieron en fuga a todo su ejército y, después de adue-
ñarse también aquel día de su campamento logrando un
enorme botín, regresaron victoriosos haciendo objeto de
sus invectivas, con chanzas soldadescas, tanto el artificio
6 del enemigo como a su propio pánico. Se subleva, después,
toda la nación etrusca y, con los tarquinienses y faliscos a
la cabeza, llegan hasta Salinas. Para hacer frente a esta
amenaza, Gayo Marcio Rútulo, primer plebeyo nombrado
dictador, nombró jefe de la caballería a Gayo Plaucio, ple-
7 beyo también. Pero a los senadores les parecía indignante
que también la dictadura fuese ya algo compartido y, con
todo empeño, impedían que el dictador lograse alguna
decisión o preparativo para aquella guerra. Por ello, el
pueblo votó con mayor prontitud todas las proposiciones
8 que presentó el dictador. Salió de la Urbe, trasladó en bal-
sas al ejército de una a otra margen del Tíber a todos aque-
llos puntos en que había rumores de presencia de enemi-
gos, y aplastó a un gran número que saqueaban los campos
9 y andaban desperdigados sin rumbo fijo. Tomó también el
campamento en un ataque por sorpresa y, después de hacer
prisioneros a ocho mil enemigos siendo bajas o habiendo
huido de territorio romano los demás, obtuvo el triunfo sin
autorización del senado por mandato del pueblo.

10 Como no se quería que ni un dictador ni un cónsul ple-
beyos celebrasen los comicios consulares y como al otro
cónsul, Fabio, lo retenía la guerra, se desembocó en un
11 interregno. Fueron interreyes, sucesivamente, Quinto Servi-
lio Ahala, Marco Fabio, Gneo Manlio, Gayo Fabio, Gayo
Sulpicio, Lucio Emilio, Quinto Servilio y Marco Fabio
12 Ambusto. Durante el segundo interregno surgió un con-
flicto, porque iban a ser elegidos dos cónsules patricios;
ante el veto de los tribunos, el interrey Fabio manifestaba

que había en las Doce Tablas una ley, según la cual cual-
quier decisión que, en última instancia, tomase el pueblo
sería de derecho y válida, y que también las elecciones eran
una decisión del pueblo. Como el veto de los tribunos no 13
tuvo otro efecto que el de aplazar los comicios, fueron ele-
gidos cónsules[242] dos patricios, Gayo Sulpicio Petico por
tercera vez y Marco Valerio Publícola, y el mismo día
entraron en funciones de su cargo, el año cuatrocientos de

Consulado de dos patricios a pesar de las tensiones. Relaciones bélicas con tiburtes, tarquinienses, samnitas, etruscos y volscos

la fundación de Roma, treinta y cinco 18
años después de reconquistarla de los
galos y once después del acceso de la
plebe al consulado. Aquel año se les 2
tomó Empulo a los tiburtes en un com-
bate poco memorable, guerra ésta que o
bien se llevó a cabo bajo los auspicios
de los dos cónsules como escribieron
algunos, o bien el cónsul Sulpicio devas-
tó los campos tarquinienses, mientras que
Valerio llevó sus legiones contra los tiburtes.

Había en el interior una confrontación más importante 3
entre los cónsules y la plebe y sus tribunos. Consideraban
aquéllos que era una cuestión de lealtad, no sólo de mérito,
por su parte, el transmitir el consulado a dos patricios,
igual que dos patricios lo habían recibido; es más, o bien 4
había que cederlo en su totalidad si el consulado se conver-
tía en una magistratura plebeya, o había que conservar
completa su posesión, como íntegra la habían recibido de
sus padres. Por el contrario, la plebe murmura: para qué 3
vivir, para qué figurar en la nómina de los ciudadanos, si lo
que se consiguió gracias al valor de dos hombres, Lucio
Sextio y Gayo Licinio, eso mismo no son capaces de con-

[242] Año 355 a. C.

6 servarlo entre todos juntos; es preferible soportar reyes, decénviros, o cualquier otra dominación, si es que la hay con un nombre más funesto, antes que ver de cónsules a
7 dos patricios. Y que el mando y la obediencia no sean alternativos, sino que una de las partes, instalada a perpetuidad en el mando, se crea que la plebe no ha nacido más que
8 para la esclavitud. No faltan tribunos para promover disturbios, pero, en medio del espontáneo enardecimiento
9 general, apenas se hacen notar los agitadores. Después de bajar varias veces inútilmente al Campo de Marte y transcurrir entre desórdenes muchos días de comicios, al fin el dolor de la plebe, vencida por la insistencia de los cónsules, se desbordó de tal forma que siguió, entristecida, a los tribunos, cuando gritaron que la libertad se había acabado y había que abandonar no sólo el Campo de Marte, sino la propia Roma, tomada y oprimida por la tiranía de los
10 patricios. Los cónsules, abandonados por una parte de la población, llevan a término los comicios, a pesar de la escasa concurrencia. Fueron elegidos, ambos patricios, Marco Fabio Ambusto por tercera vez y Tito Quincio[243]. En algunos anales aparece como cónsul Marco Popilio, en lugar de Tito Quincio.

19 Hubo aquel año dos guerras dirigidas con éxito. Se combatió contra los tarquinienses y los tiburtes hasta su rendición; se les tomó a éstos la ciudad de Sásula, y el resto de sus plazas hubieran corrido la misma suerte, de no ser porque la nación entera depuso las armas y se acogió a la
2 lealtad del cónsul. Se celebró un triunfo sobre los tiburtes; por lo demás, la victoria fue benigna. Contra los tarquinienses se procedió con crueldad: después de haber masacrado a gran número de hombres en el frente, de entre la enorme multitud de prisioneros se escogieron trescientos

[243] Año 354 a. C.

cincuenta y ocho, los más nobles, para enviarlos a Roma; la masa restante fue degollada. Tampoco el pueblo se mos- 3
tró más blando con los que habían sido enviados a Roma: en medio del foro fueron todos azotados con varas y decapitados. Se le infligió este correctivo al enemigo por la inmolación de los romanos en el foro tarquiniense. Los éxi- 4
tos bélicos hicieron que también los samnitas solicitaran la amistad romana. El senado respondió de buenas maneras a sus embajadores; fueron admitidos como aliados por medio de un tratado.

La suerte de la plebe romana no era la misma en el 5
plano civil que en el militar, pues aunque al fijar el tipo de interés en un uno por ciento se había aliviado la usura, los indigentes se veían abrumados por la propia amortización del capital y caían en la esclavitud por deudas. Por eso la plebe no podía ni prestar atención al hecho de que ambos cónsules fueran patricios, ni preocuparse de los comicios ni de ningún otro asunto de interés público debido a sus problemas privados. Ambos puestos de cónsul siguen siendo 6
ocupados por patricios; son elegidos cónsules Gayo Sulpicio Petico por cuarta vez y Marco Valerio Publícola por segunda[244].

Cuando la ciudad tenía centrada la atención en la guerra etrusca, porque corrían rumores de que el pueblo de Cere se había unido a los tarquinienses por conmiseración hacia unos consanguíneos, le hicieron volverse hacia los volscos unos emisarios latinos que anunciaron que un ejército había sido alistado y armado y estaba a punto de invadir sus fronteras, y que de allí pasaría a saquear el territorio romano. En consecuencia, el senado fue del pare- 7
cer de que no se podía descuidar ninguno de los dos frentes y dispuso que, para uno y otro, se alistasen legiones y se

244 353 a. C.

8 echase a suertes entre los cónsules. Después, la preocupación recayó, principalmente, sobre la guerra etrusca, cuando, por una carta del cónsul Sulpicio, al que había correspondido hacerse cargo del frente tarquiniense, se tuvo conocimiento de que el territorio en torno a la Salinas romana había sido devastado, que parte del botín había sido llevado a los confines de Cere y que, sin lugar a dudas, la juventud de este pueblo había figurado entre los saquea-
9 dores. En consecuencia, el senado mandó llamar al cónsul Valerio, que se estaba enfrentando a los volscos y tenía su campamento en las proximidades del territorio de Túsculo, y le mandó nombrar un dictador. Nombró a Tito Manlio,
10 hijo de Lucio. Éste, después de nombrar jefe de la caballería a Aulo Cornelio Coso, se conformó con un ejército consular y, por mandato del pueblo, con el refrendo del senado, declaró la guerra a los cérites.

20 Fue entonces cuando comenzó a entrarles verdadero pánico a la guerra contra los cérites, como si las palabras de su enemigo significasen la guerra en mayor medida que sus propios actos, que con su devastación habían hostigado a los romanos; y veían en qué medida aquella confronta-
2 ción iba más allá de sus fuerzas. Se arrepentían del saqueo y echaban maldiciones contra los tarquinienses, instigadores de su defección; y nadie preparaba armas ni guerra, sino que cada uno de por sí reclamaba el envío de embaja-
3 dores a pedir perdón por su equivocación. Los embajadores se dirigieron al senado, el senado los remitió al pueblo y rogaron a los dioses, cuyos objetos de culto habían acogido y a los cuales habían dado culto con el rito debido cuando la guerra con los galos, que los romanos en la prosperidad diesen cabida a los mismos sentimientos de piedad que ellos habían albergado en otro tiempo cuando a los roma-
4 nos les iban mal las cosas. Y, vueltos hacia el santuario de Vesta, invocaban la hospitalidad dada a los flámines y las

vestales que ellos habían observado pura y piadosamente; 5
¿podía nadie creer que quienes se habían hecho acreedores
a tales cosas, de forma repentina y sin motivo se hubiesen
convertido en enemigos? ¿O que, si en algo habían actuado
como enemigos, lo habían hecho por una decisión pensada,
más que por un arrebato de locura? ¿Echar a perder con
malas acciones del momento unos servicios de antiguo,
prestados además a una gente tan agradecida; y tomar
como enemigo a un pueblo romano floreciente y lleno de
fortuna en la guerra, cuya amistad habían asumido cuando
estaba en desgracia? Que no llamasen decisión pensada a lo
que debía llamarse imperativo de la necesidad. Al pasar 6
por su territorio con su columna en son de guerra, los tar-
quinienses no habían pedido nada más que paso y habían
arrastrado consigo a algunos campesinos que les acompa-
ñaron a aquel saqueo que se les imputaba a ellos. Si su 7
deseo es que éstos les sean entregados, están dispuestos a
entregarlos; si que se les castigue, los castigarán; pero a
Cere, santuario del pueblo romano, asilo de sus sacerdotes
y refugio del culto romano, que la conserven intacta y libre
de la acusación de haber hecho la guerra, por la hospitali-
dad brindada a las vestales y por el culto tributado a sus
dioses. Hicieron mella en el pueblo no tanto su razón 8
actual como sus servicios pasados, de forma que pensó
menos en su mal comportamiento que en el bueno. En con-
secuencia, se le concedió la paz al pueblo de Cere y se
acordó incluir en el senadoconsulto una tregua de cien
años. El peso de la guerra derivó hacia los faliscos, culpa- 9
bles del mismo delito, pero no se encontró al enemigo en
ninguna parte. Después de recorrer sus campos asolándo-
los, se evitó atacar sus ciudades; las legiones fueron lleva-
das de nuevo a Roma y se pasó el resto del año reparando
muros y torres; se dedicó el templo de Apolo.

Tensiones por el carácter mixto del consulado. Medidas sobre las deudas. Primer censor plebeyo

21 A finales del año un enfrentamiento entre patricios y plebe interrumpió los comicios consulares: los tribunos decían que no permitirían que se celebrasen los comicios, si no se celebraban conforme a la ley Licinia; el dictador estaba empeñado en que eliminaba, de raíz, de la república el consulado antes de hacerlo
2 común a patricios y plebe. Así, al ir retrasándose los comicios, el dictador cesó en su cargo y se volvió a un interregno. Como los interreyes, a partir de entonces, se encontraban con una plebe hostil a los patricios, hubo enfrentamientos con
3 motines hasta el undécimo interregno. Los tribunos ponían por delante la defensa de la ley Licinia, a la plebe la afectaba más de cerca el incremento progresivo del peso de los intereses, y los problemas privados estallaban en conflictos
4 públicos. Cansados de éstos, los senadores mandaron al interrey Lucio Cornelio Escipión que, para que hubiese concordia, se atuviese a la ley Licinia en los comicios consulares. Publio Valerio Publícola tuvo de colega a un plebeyo, Gayo Marcio Rútulo[245].

5 Una vez inclinados los ánimos a la concordia, los nuevos cónsules trataron de aliviar también el problema de los intereses de los préstamos, el único que parecía dividir los ánimos; convirtieron en obligación pública el pago de las deudas, nombrando una comisión de cinco miembros a los que llamaron «mensarios» por su misión de distribuidores
6 del dinero. Merecieron, por su equidad y celo, que sus nombres figurasen en todos los anales: fueron Gayo Duilio, Publio Decio Mus, Marco Papirio, Quinto Publilio y Tito
7 Emilio. Tuvieron a su cargo una cuestión de muy difícil

---

[245] Año 352 a. C.

tratamiento y penosa, las más de las veces, para ambas partes, siempre al menos para una de ellas con toda seguridad; actuaron con sentido de la medida por una parte, y por otra, con lo que fue más una inversión que una pérdida por
parte del Estado. En efecto, los pagos estaban retrasados y 8
entorpecidos más por abandono que por falta de medios por parte de los deudores; o bien los efectuó el tesoro colocando mesas con dinero en el foro, tomando previamente las debidas garantías en favor de los intereses públicos, o bien exoneró de los mismos a los deudores valorando en un precio justo los bienes que aportaban, de suerte que se saldó una suma enorme de deudas no sólo sin injusticia, sino incluso sin quejas de ninguna de las partes.

Después, la alarma infundada de una guerra etrusca, al 9
circular el rumor de una conjura de los doce pueblos, forzó a que se nombrase un dictador. Nombrado Gayo Julio en el campamento —pues allí les fue remitido a los cónsules el decreto del senado—, le fue adscrito Lucio Emilio como jefe de la caballería. Por lo demás, reinó una total tranquilidad en el exterior.

Al intentar el dictador en Roma que se nombrasen dos 22
cónsules patricios, se desembocó en un interregno. Los dos 2
interreyes intercalados, Gayo Sulpicio y Marco Fabio, al estar la plebe más calmada, debido a la reciente gracia del alivio de la deudas, consiguieron lo que el dictador había intentado en vano, que se eligiera a dos cónsules patricios.
Fueron elegidos el propio Gayo Sulpicio Petico, que ocupó 3
el cargo de interrey el primero, y Tito Quincio[246]. Algunos le atribuyen a Quincio el prenombre de Cesón; otros, el de
Gayo. Salieron ambos para la guerra: contra los faliscos 4
Quincio y contra los tarquinienses Sulpicio; en ninguna parte se encontraron con el enemigo en el campo de bata-

246 351 a. C.

lla, e hicieron la guerra más que a los hombres a los cam-
5 pos, quemando y saqueando; la tenacidad de ambos pue-
blos fue vencida por el agotamiento debido a esta especie
de carcoma paulatina, de forma que pidieron, primero, a
los cónsules y, después, con su consentimiento al senado
una tregua. La consiguieron para cuarenta años.

6 Libres, así, de la preocupación por la amenaza de las
dos guerras, mientras las armas permitieron algún descanso
se acordó realizar un censo, debido a que el abono de las
deudas había hecho que muchos bienes cambiaran de
7 dueño. Pero, al fijar la fecha de los comicios para la elec-
ción de censores, la declaración de Gayo Marcio Rútulo,
que había sido el primer dictador plebeyo, de que se pre-
sentaba candidato a la censura dio al traste con el enten-
8 dimiento entre las clases. Daba la impresión de que había
escogido un momento poco apropiado, porque, casual-
mente entonces, los dos cónsules eran patricios y decían
9 que no iban a tener en cuenta su candidatura; pero él logró
su propósito y los tribunos colaboraron con todas sus fuer-
zas para recuperar el derecho perdido en los comicios con-
sulares. Y, por una parte, no había dignidad alguna para la
que el prestigio de aquel hombre no diese la talla y, por
otra, la plebe quería tomar parte en la censura por medio
del mismo que había abierto el camino hacia la dictadura.
10 Y no hubo desviación de votos en los comicios, de suerte
que se eligió censor a Marcio, juntamente con Manlio.

Este año hubo también dictador, Marco Fabio, no por-
que amenazase guerra alguna, sino para evitar que se cum-
11 pliese la ley Licinia en los comicios consulares. El jefe de la
caballería adscrito al dictador fue Quinto Servilio. Sin
embargo, la dictadura no hizo más eficaz la postura uná-
nime de los patricios en las elecciones de cónsules de lo que
había sido en las de censores.

Un cónsul plebeyo triunfa sobre los galos

Por la plebe fue cónsul Marco Popilio Lenate, por los patricios Lucio Cornelio Escipión[247]. 23

La suerte dio, incluso, mayor brillantez 2
al cónsul plebeyo, pues al recibirse la noticia de que un ejército galo muy numeroso había acampado en territorio latino, encontrándose Escipión aquejado de una grave enfermedad, como medida de excepción se le encomendó a Popilio la guerra contra los galos. Alistó éste 3
un ejército con toda diligencia; dio orden de que todos los mozos se reuniesen armados en el exterior de la puerta Capena junto al templo de Marte, y que los cuestores llevasen allí las enseñas desde el tesoro público; completó cuatro legiones y los soldados restantes se los entregó al pretor Publio Valerio Publícola, proponiendo al senado que se 4
alistase un segundo ejército que sirviese de reserva al Estado frente a las eventualidades de la guerra. Él, después 5
de alistarlo y prepararlo todo suficientemente, marcha contra el enemigo. Con el fin de tantear sus fuerzas antes de correr la suerte definitiva, en una elevación del terreno que pudo ocupar cerca del campamento de los galos se puso a levantar la empalizada. Aquel pueblo fogoso y de talante 6
sediento de pelea, una vez avistadas a lo lejos las enseñas romanas desplegó su frente de batalla pensando entrar en combate de inmediato; cuando vio que el ejército romano no bajaba al llano y se protegía con lo elevado de su posición e, incluso, con una empalizada, pensando que era presa del pánico y también que era más fácil de vencer, porque en esos momentos estaba atento sobre todo al trabajo, acomete con un griterío terrible. Los romanos no 7
interrumpieron la tarea —los que fortificaban eran los soldados de tercera línea—, y los de primera y segunda línea,

[247] Año 350 a. C.

que estaban apostados, atentos y armados, delante de los
8 que trabajaban, iniciaron el combate. Aparte del valor, les
ayudó también lo ventajoso de su posición, pues las jabali-
nas, todas, y las lanzas, en lugar de caer al suelo sin dar en
el blanco, como ocurre con mucha frecuencia cuando son
lanzadas desde el llano, mantenidas en equilibrio por el
9 peso se clavaban en su totalidad. Los galos, abrumados por
los proyectiles que les atravesaban el cuerpo o les hacían
terriblemente pesados los escudos al clavarse en ellos,
cuando habían casi remontado, a la carrera, la pendiente
que tenían en frente, empezaron por detenerse indecisos;
10 después, como esta misma vacilación les bajó la moral y se
la acreció al enemigo, rodaron rechazados unos encima de
otros causando entre los suyos unos estragos más horribles
que la propia matanza de la lucha: en tanto mayor número
fueron destrozados en el desbarajuste de la caída que muer-
tos por el hierro.

24 Pero todavía no tenían los romanos asegurada la victo-
2 ria; otro peligro les aguardaba cuando bajaron al llano. En
efecto, la multitud de galos, superando del todo el impacto
de semejantes pérdidas, como si volviese a surgir un nuevo
ejército empujaba contra el enemigo victorioso unos solda-
3 dos en plenitud de facultades. Los romanos, contenido su
ímpetu, se pararon, porque tenían que afrontar, cansados,
un nuevo combate, y porque al cónsul, al moverse entre la
vanguardia de forma imprudente, le habían casi traspasado
el hombro izquierdo con una lanza y se había retirado unos
4 instantes del frente de batalla. Y ya la victoria se escapaba
debido a la indecisión, cuando el cónsul, vendada la herida,
trasladado a primera línea exclama: «¿Por qué estáis ahí
parados, soldados? El enemigo con que os las veis no es el
latino o el sabino, al que poder convertir de enemigo en
5 aliado una vez vencido con las armas; hemos desenvainado
la espada contra animales salvajes; hay que verter toda su

sangre o entregar la nuestra. Lo habéis rechazado del campamento, le hicisteis rodar pendiente abajo hasta el fondo del valle, estáis de pie sobre los cuerpos abatidos del enemigo: cubrid la llanura con un montón de cadáveres igual que cubristeis los montes. No esperéis hacerles huir, si os 6
estáis ahí quietos; hay que hacer avanzar las enseñas y lanzarse contra el enemigo.» Con esta arenga se ponen de 7
nuevo en movimiento y hacen retroceder a los primeros manípulos de los galos; después, en formación de cuña, rompen el frente enemigo por el centro. A partir de ese 8
momento se dispersan los bárbaros, que no tenían órdenes ni jefes fijos, y vuelven su ímpetu en dirección a los suyos. Desperdigados por la llanura y empujados por la huida más allá incluso de su propio campamento, se dirigen a lo más elevado que tenían a la vista entre otras alturas del mismo nivel, la ciudadela de Alba. El cónsul no fue tras 9
ellos más allá del campamento, porque la herida le pesaba y, además, no quería llevar al ejército al pie de unas alturas ocupadas por el enemigo; les dio a los soldados todo el botín del campamento y llevó de nuevo a Roma al ejército victorioso y enriquecido con los despojos galos. La herida 10
del cónsul hizo que el triunfo se retrasase y este mismo motivo hizo que el senado echase de menos un dictador, para que hubiese quien celebrase los comicios durante la enfermedad de los cónsules. Nombrado dictador Lucio 11
Furio Camilo, con Publio Cornelio Escipión como jefe de la caballería, devolvió a los patricios la antigua posesión del consulado. Él mismo, en razón de este servicio, fue elegido cónsul con enorme afán por parte de los patricios y proclamó como colega a Apio Claudio Craso[248].

[248] Año 349 a. C.

25 *Defección de los latinos. Guerra con los galos: combate singular de Marco Valerio y el cuervo. Los piratas griegos*

Antes de que los nuevos cónsules
entrasen en funciones, Popilio celebró su
triunfo sobre los galos con gran alegría
de la plebe, y entre murmullos se pregun-
taban si alguien estaba pesaroso de haber
tenido un cónsul plebeyo; al mismo
2 tiempo increpaban al dictador, que había
recibido la paga por haberse saltado la
ley Licinia, deshonrado más por su ambición personal que
por su público desafuero al nombrarse a sí mismo cónsul
3 siendo dictador. Fue un año notable por numerosos y
variados movimientos: los galos bajaron de los montes de
Alba, porque no podían soportar el rigor del invierno y
andaban errantes por el campo y las zonas marítimas
4 entregados al pillaje; el mar estaba infestado de flotas grie-
gas, así como la orilla de la costa de Ancio y el territorio
laurentino y las bocas del Tíber, de suerte que se produjo
un choque entre los piratas del mar y los bandidos de tierra
y, en una ocasión, libraron un combate de resultado tan
incierto que se retiraron los galos a su campamento y los
griegos de vuelta a sus naves, con la duda de si debían
5 considerarse vencidos o vencedores. Entre estos motivos de
alarma surgió otro de mucho mayor envergadura: las
asambleas de los pueblos latinos celebradas en el bosque
sagrado de Ferentina[249], y la respuesta nada ambigua dada
a los romanos que exigían soldados: que se abstuviesen de
6 dar órdenes a aquellos cuya ayuda necesitaban, que los
latinos empuñarían las armas en pro de su propia libertad
7 más que en favor del imperio de otro. Preocupado el
senado por la defección de los aliados en medio de las dos
guerras extranjeras simultáneas, viendo que debía retener
por miedo a quienes no había contenido la palabra

[249] Centro de la Liga Latina. Al sur de la actual Ariccia.

dada[250], dio orden a los cónsules de que ampliasen el conjunto de las fuerzas del imperio realizando una leva, y es que había que mantenerse con un ejército de ciudadanos, puesto que el conjunto de los aliados los abandonaba. A base 8
de una juventud de todas partes, no sólo de la ciudad, sino también del campo, se alistaron, dicen, diez legiones de cuatro mil doscientos soldados de infantería y trescientos de caballería cada una; un ejército improvisado como 9
aquel, si en la actualidad tomase cuerpo algún peligro exterior, difícilmente lo formarían reunidas todas las fuerzas del pueblo romano, que apenas tienen cabida en el orbe entero; hasta ese grado nos hemos desarrollado únicamente en lo que constituye un problema para nosotros, la riqueza y el lujo.

Además de los otros acontecimientos luctuosos de 10
aquel año, uno de los cónsules, Apio Claudio, muere en plenos preparativos bélicos. Volvía el gobierno a Camilo, 11
cónsul sin colega al que el senado no estimó muy procedente asociar un dictador, bien porque sus merecimientos no debían ser subordinados a una dictadura, o bien porque su sobrenombre constituía un augurio favorable en caso de un ataque de los galos. El cónsul, dejando dos legiones 12
para la defensa de la ciudad, se repartió con el pretor Lucio Pinario las otras ocho y, recordando el valor de su padre, se hizo cargo de la guerra de los galos sin echarlo a suertes, y dio orden al pretor de que protegiese la costa y alejase a 13
los griegos del litoral. Y después de bajar a territorio pontino, como no quería trabar combate en campo abierto, si las circunstancias no le obligaban, y como estaba convencido de que bastaba con impedirle saquear para reducir a un enemigo al que la necesidad obligaba a vivir de la

250 La *fides*, vínculo que, en este caso, ligaba a los pueblos sometidos con Roma.

rapiña, eligió un emplazamiento a propósito para acuartelarse.

26 Mientras, sin realizar ningún movimiento, pasaban allí el tiempo haciendo guardias, se adelantó un galo que se hacía notar por su corpulencia y su armamento, y después de lograr silencio golpeando el escudo con la lanza, por mediación de un intérprete desafía a cualquier romano a
2 que se bata con él con el hierro. Había un tribuno militar, un muchacho, Marco Valerio, que no se consideró menos digno que Tito Manlio de aquel honor y, después de averiguar la voluntad del cónsul, se adelantó armado en medio
3 de los dos ejércitos. La intervención de la voluntad de los dioses quitó brillantez al combate de los hombres. En efecto, cuando ya el romano iniciaba la lucha, repentinamente un cuervo se posó en su casco mirando hacia el
4 enemigo. El tribuno, contento, empezó por recibirlo como un augurio enviado del cielo y, después, rogó que, si era un dios o una diosa quien le había enviado el ave de buen
5 agüero, le asistiese con su voluntad propicia. Cosa sorprendente de contar: el volátil no sólo se mantuvo en el sitio que había ocupado en un principio, sino que, a cada nuevo lance del combate, *elevándose sobre sus alas*, atacó con su pico y sus uñas los ojos y el rostro del enemigo, hasta que, aterrado a la vista de semejante prodigio y con los ojos tan obnubilados como la mente, es degollado por Valerio. El cuervo desaparece de la vista y se dirige hacia Oriente.

6 Hasta ese momento los puestos de guardia de uno y otro lado se mantuvieron quietos; pero, cuando el tribuno comenzó a despojar el cuerpo del enemigo muerto, los galos no se contuvieron en su puesto, y la carrera de los romanos hacia el vencedor fue más veloz aún. Entablando allí combate en torno al cadáver del galo tendido se concita
7 una terrible lucha. Se desarrolla ésta no ya entre los maní-

pulos de los puestos de guardia más cercanos, sino entre las legiones, que por ambas partes se lanzan en tropel. Camilo da orden de entrar en combate a una tropa contenta por la victoria del tribuno, contenta por sentir tan presentes y propicios a los dioses; y señalando al tribuno adornado con los despojos, decía: «Imitadlo, soldados, y en derredor del jefe abatido tended galos a montones.» Dioses y hombres 8
prestaron su concurso a aquella pelea y se luchó hasta el final con los galos en un combate cuyo resultado no dejaba lugar a dudas: hasta ese extremo la forma en que habían terminado las cosas para los dos soldados que se habían enfrentado entre sí había sido una premonición en el ánimo de uno y otro ejército. El combate entre los primeros, cuyo 9
choque había incitado a los demás, fue muy duro; la multitud restante antes de llegar a ponerse a tiro de los dardos emprendió la huida. Se dispersaron, primero, por la zona volsca y el territorio de Falerno[251]; de allí se dirigieron a Apulia y el mar inferior.

El cónsul, convocada la asamblea de soldados, elogia al 10
tribuno y lo galardona con diez bueyes y una corona de oro; él, recibida del senado la orden de atender a la guerra marítima, unió su campamento al del pretor. Como allí las 11
cosas parecían ir para largo, debido a la falta de ganas de los griegos de librar una batalla en regla, a propuesta del senado nombró dictador para celebrar los comicios a Tito Manlio Torcuato. El dictador, después de nombrar jefe de 12
la caballería a Aulo Cornelio Coso, celebró los comicios consulares y proclamó cónsul en ausencia al que emulaba su gloria, Marco Valerio Cuervo —pues éste fue en adelante su sobrenombre—, elegido en medio del mayor favor popular, a la edad de veintitrés años. A Cuervo le fue asig- 13

[251] Entre la vía Apia y la costa, entrando ya en la Campania por el Norte. Territorio limitado por el monte Másico y el río Volturno.

nado como colega el plebeyo Marco Popilio Lenate, que iba a ser cónsul por cuarta vez[252]. Nada memorable hizo Camilo contra los griegos: ni ellos batallaban en tierra ni
14 los romanos en el mar. Al fin, como se les mantenía alejados de la costa, faltos también de agua, aparte de las demás
15 cosas necesarias, abandonaron Italia. Nada hay seguro sobre cuál era el pueblo o la nación a que pertenecía aquella flota. Me inclinaría, más bien, a creer que se trató de los tiranos de Sicilia, pues en aquella época la Grecia ulterior, agotada por una guerra intestina[253], estaba ya atemorizada ante el poderío de los macedonios.

Epidemia, lectisternio, pacto con Cartago, créditos, guerra con los volscos, con los auruncos, dedicación del templo de Juno Moneta, prodigios

27 Licenciados los ejércitos, dado que en el exterior había paz y en el interior tranquilidad gracias al entendimiento entre las clases, para que la felicidad no fuese completa una epidemia atacó a la población y obligó al senado a ordenar a los decénviros que consultasen los libros sibilinos; siguiendo una indicación suya
2 tuvo lugar un lectisternio. Aquel mismo año los anciates enviaron una colonia a Sátrico y fue restaurada la ciudad que los latinos habían destruido. Y se firmó en Roma un tratado con los embajadores de Cartago que habían venido a pedir alianza y amistad.

3 La misma tranquilidad en el interior y en exterior persistió durante el consulado de Tito Manlio Torcuato y Gayo Plaucio[254]. La tasa de interés se redujo del uno a sólo el medio por ciento, y el pago de las deudas se repartió en cuatro plazos iguales, a lo largo de tres años, abonándose
4 el primero en el acto. Y, a pesar de que, aun así, una parte

---

252 Año 348 a. C.

253 La primera Guerra Sagrada.

254 Año 347 a. C.

de la plebe seguía agobiada, sin embargo el crédito público
tuvo un peso mayor que las dificultades de los particulares
como fuente de preocupación del senado. El alivio mayor
se debió a la suspensión del tributo y de la leva de tropas.
Dos años después de la reconstrucción de Sátrico por 5
los volscos, siendo cónsul por segunda vez Marco Valerio
Cuervo juntamente con Gayo Petelio[255], llegó del Lacio la
noticia de que unos delegados de Ancio estaban reco-
rriendo los pueblos latinos para suscitar la guerra. Recibió 6
orden Cuervo de hacerles la guerra a los volscos antes de
que el número de los enemigos se incrementase, y con un
ejército presto al combate se dirigió a Sátrico. Allá acudie-
ron los anciates y otros volscos con unas tropas preparadas
de antemano por si se realizaba algún movimiento por
parte de Roma, y la lucha entre quienes estaban enfrenta-
dos por un odio de largo tiempo no se hizo esperar ni un
instante. Los volscos, pueblo más bravo para la rebelión 7
que para la guerra, vencidos en el combate se dirigen en
una huida incontrolada a las murallas de Sátrico; y, al no
confiar suficientemente ni siquiera en los muros, como la
ciudad rodeada por un cinturón de soldados era ya tomada
con escalas, se rindieron en número de cuatro mil, aparte
de la multitud de no combatientes. La ciudad fue arrasada 8
e incendiada: únicamente se libró del fuego el templo de
Mater Matuta. El botín les fue entregado en su totalidad a
los soldados. Se dejó aparte del botín a los cuatro mil que
se rindieron; el cónsul los llevó encadenados delante del
carro del triunfo; vendidos luego, entregó al tesoro una
suma importante de dinero. Según algunos escritores, esta 9
multitud de prisioneros era de esclavos, y esto es más vero-
símil que el que se hubiese vendido a unos hombres que se
habían rendido.

[255] Año 346 a. C.

28 A estos cónsules les sucedieron Marco Fabio Dorsuo y Servio Sulpicio Camerino[256]. Comenzó, luego, una guerra
2 con los auruncos a raíz de un pillaje repentino, y por temor a que esta acción de un sólo pueblo respondiese a un plan de toda la nación latina, fue nombrado dictador, como si hubiese que hacer frente ya al Lacio en armas, Lucio Furio, el cual nombró jefe de la caballería a Gneo Manlio
3 Capitolino. Y después de decretar la suspensión de los asuntos públicos, igual que solía hacerse en los casos de graves perturbaciones, y realizar una leva sin exenciones al servicio de armas, las legiones fueron conducidas contra los auruncos lo más rápidamente que se pudo. En éstos encontraron ánimo más de saqueadores que de enemigos en regla, y así en la primera batalla se llegó al fin de la guerra.
4 El dictador, no obstante, como habían iniciado la guerra por iniciativa propia y se entregaban sin reservas a la lucha, pensó que se debía recurrir también al poder de los dioses y en el transcurso mismo de la pelea prometió con voto un templo a Juno Moneta; regresó a Roma
5 comprometido con este voto y dejó la dictadura. El senado dispuso el nombramiento de duúnviros para que se construyese aquel templo en consonancia con la grandeza del pueblo romano; se destinó, para ello, en la ciudadela un espacio que había sido el emplazamiento de la casa de
6 Marco Manlio Capitolino. Los cónsules, empleando el ejército del dictador para la guerra con los volscos, le quitaron Sora[257] al enemigo atacándolo por sorpresa.

Un año después de haberse hecho voto del mismo, es dedicado el templo de Moneta durante el tercer consulado de Gayo Marcio Rútulo y el segundo de Tito Manlio Tor-

---

256 345 a. C.

257 Situada en el valle del Trero, junto a uno de sus afluentes. Cerca de Arpino.

cuato[258]. A la dedicación siguió, de forma instantánea, un 7
prodigio similar al antiquísimo prodigio del monte Albano,
pues hubo una lluvia de piedras y se vio a la noche exten-
derse en pleno día. Consultados los libros, como la pobla-
ción estaba dominada por el temor religioso, el senado
acordó el nombramiento de un dictador para organizar
unas fiestas. Fue nombrado Publio Valerio Publícola; 8
como jefe de la caballería le fue asignado Quinto Fabio
Ambusto. Se acordó que acudiesen a presentar súplicas no
sólo las tribus, sino también los pueblos del contorno y se
les señaló un orden según el día en que cada uno presenta-
ría sus súplicas. Aquel año se celebraron, según la tradi- 9
ción, juicios rigurosos del pueblo contra los prestamistas
que habían sido demandados por los ediles, y la situación,
sin ninguna razón que mereciera ser reseñada, desembocó
otra vez en un interregno. A raíz del interregno, y podría 10
parecer que esa fue su finalidad, fueron elegidos dos cónsu-
les patricios, Marco Valerio Cuervo por tercera vez y Aulo
Cornelio Coso[259].

Las guerras samnitas: los campanios vencidos por los samnitas piden ayuda a los romanos y se entregan en sus manos

A partir de aquí se van a narrar ya 29
guerras de mayor importancia, en razón
tanto de las fuerzas enemigas como de la
lejanía de los espacios en que se desarro-
llaron o de su larga duración. Pues aquel
año se empuñaron las armas contra los
samnitas, pueblo poderoso militar y eco-
nómicamente. Tras la guerra samnita, 2
que se desarrolló sin decantarse, se tuvo por enemigo a
Pirro; a éste siguieron los cartagineses. ¡Qué empresa más
enorme! ¡Cuántas veces se corrieron los mayores riesgos,

---

[258] Año 344 a. C.

[259] Año 343 a. C.

para llevar el imperio hasta su grandeza de ahora, que apenas se puede sostener!

3 Pues bien, la causa de la guerra de samnitas y romanos, que estaban unidos por alianza y amistad, vino de fuera,
4 no nació entre ellos mismos[260]. Los samnitas se habían levantado en armas injustamente porque eran más fuertes contra los sidicinos; faltos éstos de recursos, forzados a buscar el apoyo de quienes tenían más medios, se unen a
5 los campanos. Los campanos aportaron más un nombre que fuerzas para la defensa de sus aliados; enervados por una vida de lujo, fueron derrotados en territorio sidicino por quienes estaban endurecidos por la práctica de las armas y, a partir de ese momento, atrajeron sobre sí todo
6 el peso de la guerra. Los samnitas, en efecto, dejando a un lado a los sidicinos, atacaron la propia ciudadela de sus vecinos, donde la victoria sería igualmente fácil y el botín y la gloria serían mayores; ocupan el Tifata[261], monte que domina Capua, con una fuerte guarnición; de allí descienden formados en cuadro a la llanura que se extiende entre
7 Capua y el Tifata. Allí vuelve a librarse una batalla en regla; los campanos, derrotados, rechazados al interior de las murallas, como había sido segado lo mejor de su juventud y no había en torno nadie de quien pudiesen esperar nada, se vieron obligados a pedir ayuda de los romanos.

30 Introducidos en el senado sus embajadores, hablaron fundamentalmente en estos términos: «El pueblo campano nos ha enviado como embajadores ante vosotros, senado-
2 res, a pediros amistad para siempre, ayuda para ahora. Si la amistad la hubiéramos solicitado cuando las cosas nos iban bien, así como habría surgido con prontitud, así también estaría trabada con unos lazos más débiles, pues en

[260] Probablemente, como parte de la pugna por el control del valle.

[261] En el límite entre la Campania y el Samnio, a la izquierda del río Volturno.

ese caso recordaríamos que habíamos entrado en vuestra
amistad sobre una base de igualdad y seríamos, tal vez,
amigos igual que ahora, pero estaríamos menos sujetos y
menos obligados a vosotros; ahora, ganados por vuestra 3
compasión y defendidos por vuestra ayuda en circunstan-
cias difíciles, es menester que reconozcamos, además, el
favor recibido, para no parecer ingratos e indignos de todo
tipo de ayuda divina y humana. Y no creo, ¡por Hércules!, 4
que la circunstancia de que los samnitas se hayan hecho
amigos y aliados vuestros, con anterioridad a nosotros, sea
una razón válida para que no nos aceptéis como amigos,
sino para que ellos tengan preferencia sobre nosotros por
antigüedad y grado de honor; pues tampoco en el tratado
con los samnitas se estipuló que no suscribiríais nuevos
tratados.

»Para vosotros, sin duda, siempre fue motivo suficiente 5
de amistad el que quien se dirigía a vosotros quisiese ser
vuestro amigo; los campanos, a pesar de que nuestra suerte 6
de ahora no nos permite utilizar palabras grandilocuentes,
no le vamos a la zaga a ningún pueblo, exceptuados voso-
tros, por las dimensiones de nuestra ciudad ni por la ferti-
lidad de nuestro territorio y accedemos a vuestra amistad
como un complemento, a mi entender, no desdeñable de
vuestra prosperidad. Cada vez que los ecuos y los volscos, 7
eternos enemigos de esta ciudad, se muevan, estaremos
sobre su espalda y lo que vosotros hayáis hecho, primero,
en pro de nuestra salvación lo haremos nosotros siempre
en favor de vuestro imperio y vuestra gloria. Sojuzgados 8
esos pueblos que se encuentran entre vosotros y nosotros
—y vuestro valor y vuestra suerte garantizan que esto ocu-
rrirá pronto—, vuestro imperio se extenderá ininterrumpi-
damente hasta nosotros. Amargo y triste es lo que nuestra 9
suerte nos fuerza a confesar: se ha llegado al extremo,
senadores, de que los campanos seamos de los amigos o de

10 los enemigos; si nos defendéis, seremos vuestros; si nos
abandonáis, seremos de los samnitas. Por consiguiente,
deliberad sobre si preferís que Capua y toda la Campania
se sume a vuestras fuerzas o a las de los samnitas.

11 »Es justo, sin duda, romanos, que vuestra compasión y
vuestra ayuda estén abiertas a todos, pero de manera espe-
cial a quienes, al implorarles auxilio otros y prestárselo por
encima de la totalidad de sus fuerzas, se han visto ellos
12 mismos reducidos a este extremo de necesidad. Aunque, de
palabra, hemos combatido a favor de los sidicinos, de
hecho lo hicimos en favor nuestro, al ver que un pueblo
vecino era objeto de un robo a mano armada por parte de
los samnitas y que semejante incendio, una vez abrasados
los sidicinos, se iba a propagar en dirección a nosotros.
13 Tampoco ahora, en efecto, vienen a atacarnos los samnitas
porque estén dolidos por haber recibido una afrenta, sino
porque se alegran de que se les haya ofrecido una coartada.
14 Si se tratase, en este caso, de la satisfacción de una ven-
ganza y no de la oportunidad de saciar una ambición, ¿es
que no les bastó con destrozar nuestras legiones, primero,
en territorio sidicino y, por segunda vez, en la propia
15 Campania? ¿Qué ira tan encarnizada es ésa, que no la pudo
saciar la sangre derramada en dos frentes de batalla? Aña-
did a esto el saqueo de los campos, el botín que se llevaron
en hombres y animales, los incendios y la destrucción de
las casas del campo, la devastación total a hierro y fuego.
16 ¿No pudo con esto saciarse su ira? Pero es su ambición la
que tiene que ser saciada. Es ésta la que los empuja a ata-
car Capua; quieren destruir esa hermosísima ciudad, o bien
17 ser ellos sus dueños. Pero vosotros, romanos, adelantaos a
tomar posesión de ella con vuestra buena actuación, antes
de permitir que ellos la tengan por vía de su mal proceder.

»No estoy hablando delante de un pueblo que rehúse
una guerra justa; pero ello no obstante, con que hagáis

aparecer vuestras tropas de apoyo, creo que ni siquiera tendréis necesidad de guerrear: el menosprecio de los sam- 18 nitas ha llegado a nivel nuestro, más arriba no ha subido. Por ello, romanos, podemos protegernos con la sombra de vuestra ayuda, y todo cuanto en adelante tengamos, todo cuanto seamos nosotros mismos, todo ello lo vamos a considerar vuestro. Para vosotros se arará la tierra campana, 19 para vosotros será poblada la ciudad de Capua; para nosotros figuraréis entre los fundadores nuestros, entre nuestros padres, entre nuestros dioses inmortales; no habrá ninguna colonia vuestra que nos supere en atenciones y lealtad hacia vosotros.

»Senadores, hacedles a los campanos el gesto afirma- 20 tivo de vuestra invicta voluntad e indicadles que esperen que Capua estará a salvo. ¿Cómo creéis que era de nutrida 21 la multitud de todas clases que nos acompañó al salir de allí? ¿En qué medida creéis que lo dejamos todo lleno de votos y de lágrimas? ¿En qué estado de expectación os imagináis que se encuentran, en estos momentos, el senado y el pueblo campanos, nuestras mujeres e hijos? Estoy 22 seguro de que toda la multitud está de pie a las puertas mirando a lo lejos el camino que conduce hacia aquí. ¿Qué nos vais a mandar que les comuniquemos, senadores, a ellos que están llenos de ansiedad y con el alma en vilo? Una respuesta supondrá la salvación, la victoria, la luz y la 23 libertad; la otra... —me horrorizo al presagiar lo que implicará—. Por consiguiente, deliberad acerca de nosotros como que seremos vuestros aliados y amigos, o no existiremos.»

Se les hizo salir, a continuación, a los embajadores y se 31 consultó al senado; aunque a una gran parte le parecía que la ciudad mayor y más rica de Italia, y su tierra de gran fertilidad y cercana al mar servirían de granero al pueblo romano frente a las fluctuaciones de los precios de los

cereales, sin embargo, la fidelidad a la palabra dada pesó más que tan grandes ventajas, y el cónsul, de acuerdo con
2 la voluntad del senado, respondió de esta forma: «El senado os considera, campanos, merecedores de ayuda; pero es de razón que se establezcan relaciones de amistad con vosotros de forma tal que no sufra menoscabo una amistad y una alianza más antigua. Los samnitas están unidos a nosotros por un tratado; en consecuencia, os negamos para ir en contra de los samnitas unas armas que ultrajarían a los dioses antes que a los hombres; enviaremos, como corresponde en derecho divino y humano, una embajada a nuestros aliados y amigos a rogarles que no os hagan vio-
3 lencia alguna.» A esto el jefe de la embajada dijo —pues ése era el mandato que habían traído de su país—: «Dado que no queréis defender con una violencia justa frente a una violencia injusta lo que es nuestro, lo vuestro segura-
4 mente lo defenderéis. Por consiguiente, entregamos el pueblo campano y la ciudad de Capua, los campos, los santuarios de los dioses, todo lo divino y lo humano, senadores, a vuestro dominio y el del pueblo romano; todo lo que en adelante padezcamos lo van a padecer quienes se os han
5 entregado sin condiciones.» Al terminar de pronunciar estas palabras, todos, tendiendo las manos hacia los cónsules, con los ojos arrasados en lágrimas se postraron en el vestíbulo de la curia.

6 Los senadores quedaron conmovidos ante las alternativas de la suerte de los hombres: aquel pueblo prepotente por sus recursos, famoso por su lujo y orgullo, al que poco antes habían pedido ayuda, tenía la moral tan quebrantada que se entregaba a sí mismo con todas sus pertenencias a
7 un poder extranjero. Entonces les pareció que era ya cuestión de lealtad no traicionar a quienes se les habían entregado; y pensaban que no actuaría con equidad el pueblo samnita, si atacaba un territorio y una ciudad que por ren-

dición había pasado a pertenecer al pueblo romano. Así, 8
pues, se acordó enviar inmediatamente una embajada a los samnitas. Se le dio el encargo de exponerles a los samnitas los ruegos de los campanos, la respuesta del senado teniendo presente la amistad de los samnitas y, por último,
la rendición que se había producido; de pedirles, en nom- 9
bre de su alianza y amistad, que no se metiesen con quienes se les habían sometido, y no llevasen como enemigos sus armas contra un territorio que había pasado a poder del
pueblo romano; si actuando por las buenas no adelantaban 10
gran cosa, que comunicasen de forma oficial, como portavoces del pueblo romano y del senado, que no tocasen la
ciudad de Capua ni el territorio campano. Cuando los 11
embajadores lo hicieron así en la asamblea de los samnitas, se les respondió con tal arrogancia que no sólo dijeron que harían aquella guerra, sino que sus magistrados salieron de la curia y, en presencia de los embajadores, llamaron a los
prefectos de las cohortes y, en voz alta, les ordenaron que 12
saliesen de inmediato a saquear el territorio campano.

Declaración de guerra a los samnitas, arenga de Valerio; victoria costosa

Cuando se llevó a Roma la referencia 32
de esta embajada, se dejó a un lado la preocupación por cualquier otro tema y los senadores enviaron a los feciales a presentar una reclamación; como no fue atendida, se hizo una declaración de guerra de forma solemne y el senado decretó que, lo antes posible, se consultase al pueblo sobre esta
cuestión; por mandato del pueblo los dos cónsules salieron 2
con dos ejércitos, Valerio hacia la Campania y Cornelio hacia el Samnio. Acampan, el primero, junto al monte Gauro[262] y, el segundo, junto a Satícula[263].

[262] En la Campania, cerca de la costa, junto a Cumas.

[263] Cerca ya de las Horcas Caudinas, junto a un afluente del Volturno.

3 Las legiones de los samnitas le salen al paso primero a
Valerio —pues pensaban que todo el peso de la guerra iba
a recaer sobre aquel punto—; al mismo tiempo, los acica-
teaba el resentimiento contra los campanos, tan prestos
4 bien a prestarles ayuda, bien a pedirla en contra suya. Así
que avistaron el campamento romano, pedían con fiereza,
cada uno por su lado, a los jefes la señal de combate y
aseguraban que los romanos iban a prestar ayuda a los
campanos corriendo la misma suerte que los campanos al
prestársela a los sidicinos.
5 Valerio se demoró unos días, no muchos, con el fin de
tantear al enemigo con escaramuzas de corto alcance, y dio
6 la orden de combate, después de exhortar a los suyos, en
pocas palabras, a que no se asustasen de una guerra nueva
ni de un nuevo enemigo; que cuanto más lejos de Roma
llevaban sus armas, salían a enfrentarse con pueblos cada
7 vez menos guerreros; que no midiesen el valor de los sam-
nitas por los desastres de los sidicinos y campanos: cual-
quiera que fuese la valía de los dos contendientes, era obli-
gado que una de las partes fuera vencida; en cuanto a los
campanos, sin duda habían sido vencidos por la relajación
en que estaban, debido al lujo excesivo y por su blanden-
8 guería, más que por la fuerza de los enemigos. Además,
¿qué significaban un par de guerras victoriosas por parte de
los samnitas a lo largo de tantos siglos, frente a tantos títu-
los de gloria del pueblo romano, que contaba casi con más
9 triunfos que años desde la fundación de Roma; que en
torno suyo todo lo tenía dominado por las armas: sabinos,
Etruria, latinos, hérnicos, ecuos, volscos, auruncos; que a
los galos, después de hacerlos trizas en tantas batallas,
había acabado por ponerlos en fuga hacia sus naves rumbo
10 al mar? Debían marchar al frente de combate confiados,
cada uno, en su gloria guerrera y en su propio valor y, por
otra parte, mirar también de quién provenían las órdenes y

los auspicios con que se iba a entablar la lucha, a ver si era 11
alguien que resultaba un magnífico orador si uno se limi-
taba a oírlo, pero era fiero sólo de palabra, sin experiencia
en las tareas militares, o alguien que sabía manejar perso-
nalmente las armas, marchar al frente de las enseñas,
moverse en el epicentro de la lucha. «Son mis hechos, no 12
mis palabras, soldados —dijo—, lo que quiero que secun-
déis, y que no me exijáis únicamente conocimientos, sino
ejemplo. No fue con intrigas ni con las confabulaciones a
que son tan dados los nobles, sino con esta diestra con lo
que me gané tres consulados y la mayor de las glorias.
Hubo un tiempo en que se podía decir: 'Claro, eras patri- 13
cio, descendiente de los libertadores de la patria, y esa
familia obtuvo el consulado el mismo año que esta ciudad
tuvo cónsules'; ahora el consulado está ya abierto por igual 14
a nosotros los patricios y a vosotros los plebeyos y no es un
premio al nacimiento, como antes, sino al mérito. Por con-
siguiente, soldados, poned las miras en el más alto de los
honores. Aunque vosotros, los hombres, por inspiración de 15
los dioses me habéis dado este sobrenombre de Corvino[264],
no ha desaparecido de mi memoria el viejo sobrenombre,
Publícola, de nuestra familia[265]. Yo siempre tengo y he 16
tenido en estima a la plebe romana en la guerra y en la paz,
en mi vida privada así como en mis magistraturas pequeñas
y grandes, tanto de tribuno como de cónsul, y de la misma
manera durante todos mis sucesivos consulados. Ahora, 17
que el tiempo apremia, con la ayuda de los dioses buscad
conmigo un triunfo nuevo, el primero, sobre los samnitas.»

Nunca hubo un jefe más cercano a la tropa, desempe- 33
ñando sin dificultad cualquier tarea entre los soldados de

---

264 Se alternan los sobrenombres *Coruus* y *Coruinus*. Posible duplicidad de fuentes.

265 Ver II 8, 1 ss.

2 menor categoría; además, en los juegos militares, donde los
de una misma edad compiten en velocidad y fuerza, afable
y accesible, tenía el mismo semblante ante la victoria y la
derrota y no menospreciaba a ningún contrincante que se
3 presentase; en sus hechos, benévolo en la medida en que las
circunstancias lo permitían; en sus palabras, teniendo pre-
sente la libertad ajena tanto como su propia dignidad; ejer-
cía las magistraturas, y esto es lo que resulta más del
agrado del pueblo, con las mismas formas con que había
4 sido candidato a las mismas. Así el ejército entero, respon-
diendo a la exhortación del general con increíble vivacidad,
sale del campamento.

5 Se entabló el combate, más que en ninguna otra oca-
sión, con esperanzas similares por ambas partes, con fuer-
zas iguales, con confianza en sí mismos sin despreciar al
6 adversario. A los samnitas les acrecían el orgullo sus triun-
fos recientes y la doble victoria de pocos días antes; a los
romanos, por el contrario, sus cuatrocientos años de gloria
y una victoria que se remontaba a la fundación de Roma.
7 Sin embargo, a unos y otros les preocupaba en mayor
medida la novedad del adversario. La batalla fue una
muestra de cuál era la moral que albergaban, pues el cho-
que fue tal que, durante algún tiempo, no consiguieron
8 doblegar las líneas enemigas ni unos ni otros. Entonces, el
cónsul, convencido de que había que crear confusión, ya
que no se les podía rechazar por la fuerza, intentando sem-
brar el desconcierto en las primeras líneas de los enemigos
9 lanza a la caballería. Pero, cuando vio que ésta se agitaba
en vano haciendo girar a sus escuadrones en un espacio
reducido y no podía abrirse paso hacia el enemigo, se tras-
ladó de nuevo a la vanguardia de las legiones, saltó del
10 caballo y dijo: «Soldados, ésta es la famosa tarea que nos
corresponde a nosotros los infantes; ¡vamos!, según veáis
cómo me abro paso con el hierro por el frente enemigo por

dondequiera que avanzo, de igual modo vosotros abatid cada uno a los que encuentre a su paso: en toda aquella zona donde ahora brillan las lanzas enhiestas veréis cómo una vasta matanza deja espacios libres.» Apenas había 11
pronunciado estas palabras, cuando los jinetes por orden del cónsul se abren hacia las alas a la carrera y dejan a las legiones el paso libre hacia el centro del frente enemigo. El cónsul ataca al enemigo el primero de todos y a todo aquel que el azar pone en su camino lo degüella. Enardecidos por 12
este espectáculo a izquierda y derecha entablan cada uno delante de sí un combate memorable; los samnitas, empleándose a fondo, se mantienen firmes, aunque reciben muchas más heridas de las que producen.

La lucha duraba ya desde hacía bastante tiempo; la 13
carnicería era atroz en torno a las enseñas de los samnitas, pero ninguna de las dos partes iniciaba la huida: hasta ese extremo estaban decididos a que sólo la muerte los venciese. Así, pues, los romanos, como notaban ya que el can- 14
sancio mermaba sus fuerzas y que, por otra parte, quedaba poco día, inflamados de rabia se concitan contra el enemigo. Entonces, por primera vez, se produjo un retroceso y 15
resultó evidente un repliegue para huir; eran entonces capturados, eran muertos los samnitas y no hubieran sobrevivido muchos, de no haber venido la noche a interrumpir lo que más que una batalla era una victoria. Los romanos 16
reconocían que nunca se las habían visto con un enemigo más tenaz, y los samnitas, al preguntarles cuál había sido el motivo principal que los había impulsado a huir cuando estaban tan decididos, decían que les había parecido que 17
los ojos de los romanos llameaban, que su semblante era de locos y sus bocas presas de arrebato: ahí, más que en ninguna otra cosa, había radicado el origen de su pánico. Pánico que pusieron de manifiesto no sólo por el resultado de la batalla, sino por su marcha durante la noche. Al día 18

siguiente los romanos se apoderan del campamento ene-
migo abandonado, y allí se desborda toda la muchedumbre
de los campanos para darles la enhorabuena.

El tribuno Decio salva al ejército del cónsul Cornelio; segunda y tercera victoria sobre los samnitas

34 Por lo demás, esta alegría a punto
estuvo de ensombrecerla un serio revés
en el Samnio. En efecto, después de par-
tir de Satícula, el cónsul Cornelio internó
al ejército, sin tomar precauciones, en un
desfiladero que daba acceso a un pro-
fundo valle y estaba ocupado por el ene-
2 migo en todo su entorno, y cuando ya no
podía retirar con seguridad sus tropas,
3 vio sobre su cabeza al enemigo amenazándolo. Mientras
los samnitas esperan hasta que haga bajar a todo su ejér-
cito a lo más profundo del valle, el tribuno militar Publio
Decio avista una colina que sobresale en el desfiladero y
domina el campamento enemigo, de muy difícil acceso
para una columna con su impedimenta, pero fácil para
4 tropas ligeras. Le dice, pues, al aterrado cónsul: «¿Ves,
Aulo Cornelio, aquella cresta por encima del enemigo? Ésa
es la ciudadela de nuestra esperanza y nuestra salvación, si
nos damos prisa en ocuparla, ya que los samnitas tuvieron
5 la poca vista de abandonarla. No me des más que los sol-
dados de la primera y segunda líneas de una sola legión;
cuando llegue con ellos arriba del todo, arranca de aquí sin
miedo alguno, y ponte a salvo tú y el ejército, pues el ene-
migo, expuesto a todos nuestros golpes, no podrá ni
6 moverse o será su perdición. A nosotros, después, nos
sacará adelante la Fortuna del pueblo romano o nuestro
7 propio valor.» El cónsul lo llena de elogios y le entrega el
destacamento, él avanza poniéndose a cubierto a través del
desfiladero y no es divisado por el enemigo hasta que se
8 acerca a la posición que constituía su objetivo. A continua-
ción, presa todos del pánico por la sorpresa, atrajo sobre sí

todas las miradas y dio tiempo al cónsul para sacar subrepticiamente el ejército a una posición más favorable; él se situó en lo más alto de la cresta. Los samnitas, dirigiendo 9
sus enseñas en una y, luego, en otra dirección, perdida la ocasión para ambos objetivos, no pueden ni perseguir al cónsul, como no sea a través del mismo valle en que poco antes los habían tenido a tiro, ni hacer que su ejército escale la colina que Decio ha ocupado por encima de ellos. Pero tanto la ira como la proximidad y la propia escasez 10
numérica les incitan, más bien, contra quienes les habían arrebatado la suerte de conseguir un triunfo, y pretenden 11
rodear por completo de soldados la colina para aislar a Decio del cónsul, o bien dejarle paso libre para atacarlo una vez descendido al valle. La noche cayó sobre ellos sin que hubieran decidido qué hacer.

Decio, al principio, abrigó la esperanza de luchar desde 12
una posición dominante contra ellos cuando escalasen la pendiente de la colina; después, fue presa de extrañeza, porque ni establaban combate ni, suponiendo que lo desfavorable de su posición los disuadiese de esta idea, lo cercaban con obras y vallas. Llamó, entonces, a su presencia a 13
los centuriones y les dijo: «¿Qué falta de conocimientos bélicos y de actividad es ésta? ¿Cómo esa gente ha logrado una victoria sobre los sidicinos y los campanos? Estáis viendo cómo llevan las enseñas de acá para allá, y cómo tan pronto las agrupan como las despliegan; nadie, la verdad, se pone manos a la obra, cuando ya podíamos estar cercados por una empalizada. Ahora bien, nosotros nos 14
pareceríamos a esos tales si nos demoramos aquí más de lo conveniente. ¡Vamos!, venid conmigo, salgamos en descubierta mientras queda algo de luz a ver dónde sitúan las guardias y por dónde hay campo libre para salir de aquí.» Todo esto lo investigó vestido con el uniforme de soldado 15
raso acompañado asimismo por centuriones con la indu-

mentaria de soldados de a pie sin graduación para que los
enemigos no se percatasen de que la exploración la hacía el
jefe.
35 Organizados, a continuación, los puestos de centinela,
ordena que a todos los demás se les entregue la consigna[266]
de que, cuando la trompeta toque para el segundo relevo
de la guardia, vayan a reunirse con él armados y en silen-
2 cio. Cuando se reunieron con él en silencio como se les
había ordenado, les dijo: «Este mismo silencio, soldados,
debéis guardarlo al escucharme omitiendo las muestras de
asentimiento típicas del soldado. Una vez que os haya
expuesto hasta el final mi pensamiento, entonces los que
estéis de acuerdo os pasaréis al lado derecho en silencio;
nos atendremos al parecer del grupo que sea más nume-
3 roso. Ahora oíd lo que estoy pensando. No os ha rodeado
el enemigo porque la huida os haya traído o el descuido
abandonado aquí: a base de valor ocupasteis esta posición,
4 a base de valor debéis salir de ella. Viniendo aquí preser-
vasteis para el pueblo romano un ejército eminente,
saliendo de aquí de estampida salvaos a vosotros mismos:
vosotros, que siendo poco numerosos prestasteis ayuda a
los que lo eran mucho, os merecéis no necesitar vosotros la
5 ayuda de nadie. Nos las vemos con un enemigo que, en el
día de ayer, no aprovechó por necio la oportunidad de des-
truir a todo un ejército; que no vio, hasta que nosotros la
ocupamos, esta colina tan estratégica que se eleva sobre sus
6 cabezas; que, siendo nosotros tan pocos y ellos tantos miles
de hombres, ni nos impidió la subida ni, cuando ocupába-
mos este lugar, quedando aún tanto día, nos rodeó de una
empalizada. A quien habéis eludido de esta forma cuando
tenía los ojos abiertos y estaba alerta, es conveniente, más
aún, es necesario que lo burléis ahora que está dormido.

[266] La tablilla *(tessera)* en la que iba escrita la consigna.

En efecto, tal es nuestra situación, que yo, más que propo- 7
neros un plan, os señalo una necesidad. Pues no se puede 8
discutir si quedar o salir de aquí, dado que la Fortuna no
os ha dejado nada más que las armas y la voluntad de
recurrir a ellas, y habrá que morir de hambre y sed, si
tenemos miedo al hierro más de lo debido en unos guerre-
ros y en unos romanos. Por consiguiente, la única solución 9
está en salir bruscamente de aquí y alejarnos; es preciso
hacerlo durante el día o durante la noche. Ahora bien, he 10
aquí otro punto que ofrece pocas dudas, pues si esperamos
al día, ¿cómo esperar que no nos va a cercar con una empa-
lizada y una zanja ininterrumpida el enemigo, que con sus
cuerpos ha formado por debajo de nosotros un cinturón,
como veis, todo alrededor de la colina? Ahora bien, si la
noche es apropiada, como lo es, para una salida brusca, sin
duda esta hora de la noche es la más propicia. Os habéis 11
reunido al toque de la segunda vigilia, momento que sume
a los mortales en el más profundo sueño; avanzaréis por
entre cuerpos adormilados, burlando su falta de precaucio-
nes con vuestro silencio, o, si se dan cuenta, les infundiréis
pánico con un clamor repentino. Limitaos a seguirme 12
como me habéis seguido; yo iré en pos de la misma suerte
que me condujo hasta aquí. Los que veáis que esta es la
solución salvadora, vamos, pasad al lado derecho.»

Pasaron todos; y siguieron a Decio que avanzaba por 36
los huecos libres entre los puestos de guardia. Había ya 2
dejado atrás la mitad del campamento, cuando un soldado,
al saltar por encima de los cuerpos de los centinelas tendi-
dos por el sueño, hizo ruido al chocar con el escudo; con
ello despertó el centinela, sacudió al que tenía a su lado y,
levantándose, pusieron en movimiento a los demás sin
saber si se trataba de conciudadanos o de enemigos, si era
que el destacamento hacía una salida brusca o que el cón-
sul había tomado el campamento. Decio, en vista de que 3

no pasaban desapercibidos, ordena a los soldados que profieran el grito de guerra y deja paralizados por el pánico a los enemigos ya embotados por el sueño, con lo cual, entorpecidos, no podían ni tomar las armas con prontitud,
4 ni hacerles frente, ni perseguirlos. En medio del desconcierto y el tumulto de los samnitas, el destacamento romano, después de dar muerte a los centinelas que se cruzan en su camino, se abre paso hacia el campamento del cónsul.

5 Quedaba todavía una buena parte de la noche y ya parecía que se encontraban a seguro, cuando Decio dijo: «¡Honor a vuestro valor, soldados romanos! Todos los siglos ensalzarán con sus alabanzas vuestra expedición y
6 vuestro retorno; pero, para contemplar una valentía tan grande, es necesaria la luz del día, y vosotros, con tanta gloria, no os merecéis que el silencio de la noche os envuelva al regresar al campamento: esperemos la luz aquí sin movernos.»

7 Sus palabras fueron obedecidas; y, nada más amanecer, se envía un mensajero al cónsul y una enorme alegría conmociona el campamento, se pasa la consigna de que regresan incólumes los que, con indudable riesgo, han expuesto sus vidas por la salvación de todos; saliendo de forma desbordada a su encuentro cada uno por su lado los elogian, los felicitan, les llaman sus salvadores a todos y a cada uno, alaban y dan gracias a los dioses, ponen a Decio por
8 las nubes. Hizo así Decio una entrada triunfal en el campamento avanzando por el centro del mismo con su destacamento en armas, mientras todas las miradas se fijaban en él y se ponía al tribuno a la altura de un cónsul con toda
9 clase de honores. Una vez llegados hasta el pretorio, el cónsul convoca por medio de la trompeta la asamblea de soldados; comenzó el elogio de los merecimientos de Decio, pero interrumpió la asamblea ante una intervención

del propio Decio, el cual, mostrándose partidario de pos- 10
ponerlo todo mientras tenían una oportunidad al alcance
de la mano, decidió al cónsul a atacar a los enemigos atóni-
tos por el susto nocturno y repartidos en patrullas en torno
a la colina; creía, además, que algunos, que habían sido
enviados en su persecución, andarían vagando por el desfi-
ladero. Las legiones reciben órdenes de tomar las armas; 11
salen del campamento, y como el desfiladero ya era más
conocido gracias a los exploradores, son guiados hacia el
enemigo por un camino más abierto; lo atacan por sor- 12
presa cogiéndolo desprevenido, pues los soldados samnitas,
dispersos por todas partes, desarmados la mayoría, no
podían ni agruparse ni coger las armas ni replegarse al
interior de la empalizada. Primero, los empujan al interior
del campamento presas de pánico; después, siembran el
desconcierto entre los puestos de guardia, y toman el pro-
pio campamento. El grito de guerra se extiende en torno a 13
la colina y hace que cada uno salga huyendo de su puesto.
De esta forma una gran parte retrocedió ante un enemigo
que no estaba presente; aquellos a los que el pánico había
empujado al interior de la empalizada —y eran unos
treinta mil— fueron muertos en su totalidad; el campa-
mento fue saqueado.

Realizadas así las cosas, el cónsul convocó la asamblea 37
de soldados y no sólo dio término al elogio de Publio
Decio iniciado anteriormente, sino que lo culminó con sus
nuevos gestos de valor, y aparte de otras recompensas mili-
tares, lo galardonó con una corona de oro y un centenar de
bueyes, además de otro espléndido, blanco, lucido, con los
cuernos dorados. Los soldados que habían formado parte 2
del destacamento fueron obsequiados con ración doble de
trigo a perpetuidad y, por el momento, con un buey y dos
túnicas cada uno. Además de la recompensa del cónsul, las
legiones le colocan a Decio sobre la frente una corona

obsidial de césped[267] en medio de un clamor aprobatorio
del galardón; otra corona, símbolo del mismo honor, le fue
3 impuesta por su destacamento. Condecorado con estos dis-
tintivos, inmoló a Marte el buey de excepción y donó los
otros cien a los soldados que habían formado parte de la
expedición juntamente con él. A los mismos soldados les
llevaron las legiones libras de espelta y sextarios[268] de vino;
y todo esto se realizó con enorme entusiasmo entre el cla-
mor de los soldados, señal del asentimiento general.
4 Una tercera batalla se entabló cerca de Suésula[269],
debido a que el ejército de los samnitas puesto en fuga por
Marco Valerio había hecho venir de su país a toda la flor
de la juventud y decidió probar fortuna en una última bata-
5 lla. De Suésula llegan trémulos unos mensajeros a Capua,
de aquí unos jinetes al galope vienen a pedir ayuda al cón-
6 sul Valerio. Inmediatamente se ponen en movimiento y,
dejando la impedimenta en el campamento con una fuerte
guarnición, se lleva al ejército a toda velocidad. No lejos
del enemigo el cónsul tomó para el campamento un espacio
muy reducido, puesto que, a excepción de los caballos, no
7 tenían el tropel de las bestias de carga ni los acemileros. El
ejército de los samnitas, como si la batalla fuese a tener
lugar sin la menor dilación, se forman en orden de com-
bate; luego, como nadie venía a su encuentro, con las ense-
ñas en disposición de combate se aproximan al campa-
8 mento enemigo. Allí, cuando vieron a los soldados detrás
de la empalizada y los exploradores enviados por todas
partes informaron de las reducidas dimensiones del círculo

[267] Teóricamente, del terreno donde habían estado sitiados los romanos.

[268] Véase la n. 145

[269] Situada en plena Campania, entre Nola y Capua, cerca del desfiladero caudino.

en que estaba encerrado el campamento —de lo cual colegían escasez de efectivos del enemigo—, en todo el ejército 9
se murmuraba que había que rellenar la zanja y arrancar la empalizada e irrumpir en el campamento. Semejante temeridad hubiera puesto fin a la guerra, de no haber contenido
los jefes los ímpetus de los soldados. Por otra parte, como 10
eran una multitud difícil de avituallar y, debido primero a su estancia junto a Suésula y ahora a la tardanza del combate, no estaban lejos de una falta absoluta de toda clase de recursos, mientras lo que ellos creían miedo mantenía encerrado al enemigo decidieron llevar a los soldados a
abastecerse de trigo en los campos: porque, entretanto, a 11
los romanos, que sin bagajes habían traído consigo el trigo que se podía llevar a la espalda entre el armamento, les faltaría de todo.

El cónsul, habiendo observado a los enemigos dispersos 12
por los campos y lo escaso de los efectivos dejados en los puestos de guardia, arenga brevemente a los soldados y los
lleva a atacar el campamento. Al primer grito de guerra, a 13
la primera carga, lo tomó, siendo masacrados más enemigos en sus tiendas que en las puertas y la empalizada; dio orden de que se reuniese en un mismo lugar las enseñas cogidas; dejó dos legiones para que las custodiasen y sirviesen de guarnición advirtiéndolas en un severo edicto de que, hasta que él regresase, se abstuviesen de tocar el botín;
partió con el ejército en orden de combate; la caballería, 14
enviada por delante, le traía, como una red, a los samnitas
dispersos, e hizo una enorme carnicería. Porque, aterrados 15
como estaban, no podían ponerse de acuerdo sobre una señal para agruparse ni sobre si dirigirse al campamento o
continuar la huida más lejos. Fue tal la huida y el miedo, 16
que se le llevaron al cónsul unos cuarenta mil escudos —por supuesto que no eran tantos los que habían sido muertos— y unas ciento setenta enseñas militares, contando las que

17 habían sido tomadas en el campamento. Entonces se regresó al campamento de los enemigos y allí se les entregó todo el botín a los soldados.

38 *La rebelión de la guarnición de Capua: fuerzan a Tito Quincio a ser su jefe y marchan sobre Roma*

El resultado de esta confrontación obligó a los faliscos, que disfrutaban de una tregua, a pedir al senado un tratado, y a los latinos, que tenían ya preparados sus ejércitos, a dirigir la guerra hacia los pelignos, en vez de contra los romanos.
2 Y la fama de semejante triunfo no se ciñó a las fronteras de Italia, sino que los propios cartagineses enviaron a Roma una embajada a dar el parabién y entregar el presente de una corona de oro para depositarla en el santuario de Júpiter en el Capitolio; su
3 peso era de veinticinco libras. Los dos cónsules celebraron triunfo sobre los samnitas, yendo tras ellos Decio que se hacía notar por su gloria y recompensas, siendo el nombre del tribuno, en las bromas groseras típicas del militar, no menos celebrado que los de los cónsules.

4 Se escuchó, después, a las embajadas de los campanos y suesulanos y, a petición suya, se aprobó el envío de una guarnición a sus cuarteles de invierno, con el fin de mantener a raya las incursiones de los samnitas.

5 Capua, ya por entonces nada beneficiosa para la disciplina militar, instrumentando todos los placeres reblandeció la moral de los soldados y les hizo olvidar la patria; y en los cuarteles de invierno se tramaban planes para quitarles Capua a los campanos por vía del mismo crimen con que ellos se la habían arrebatado a sus antiguos habitantes:
6 con todo merecimiento, se decía, su propio ejemplo se volvería contra ellos; además, ¿por qué razón iban a ser los campanos, incapaces de protegerse a sí mismos y a sus bienes, los poseedores del territorio más fértil de Italia y de una ciudad a tono con tal territorio, en lugar de serlo el

ejército victorioso que con su sudor y sangre había echado de allí a los samnitas? ¿Era, acaso, justo que quienes se les 7
habían rendido disfrutasen de una tierra tan fértil y agradable, y que ellos, agotados por el servicio de las armas, se debatiesen en un terreno insalubre y árido en los alrededores de Roma o soportasen, dentro de Roma, la lacra endémica de la usura, creciente de día en día?

Tales eran los planes, barajados en reuniones secretas y 8
que no habían aún trascendido a la generalidad, con que se encontró el nuevo cónsul[270] Gayo Marcio Rútulo, a quien había correspondido en suerte hacerse cargo de la Campania y había dejado a su colega Quinto Servilio cerca de Roma. Y así, cuando los tribunos le pusieron al tanto de 9
todo esto tal y como se había desarrollado, aleccionado por la edad y la experiencia, pues era ya su cuarto consulado y había sido dictador y censor, pensando que lo mejor era dejar sin efecto la acometividad de los soldados dando largas a su esperanza de llevar a cabo sus propósitos cuando quisieran, hace correr el rumor de que también al año siguiente las guarniciones van a pasar el invierno en las mismas plazas. Estaban en efecto, repartidas por las ciuda- 10
des de la Campania y la conspiración se había propagado desde Capua a todo el ejército. Con esta tregua concedida a sus propósitos la sedición quedó detenida de momento.

El cónsul sacó a los soldados para la campaña de 39
verano y decidió hacer limpieza en el ejército despidiendo a los elementos perturbadores, diciendo de unos que habían cumplido el servicio de las armas, de otros que, debido al peso de los años o la falta de fuerzas, flojeaban; algunos 2
eran enviados de permiso, primero de uno en uno y después, incluso, por cohortes, «porque habían pasado el invierno lejos de sus casas y de sus cosas»; también bajo la

[270] Año 342 a. C.

apariencia de necesidades del servicio eran enviados uno
3 aquí y otro allá, y una gran parte fueron alejados. En
Roma, el otro cónsul y el pretor retenían esta multitud
4 inventando un motivo de demora tras otro. Y la verdad es
que, en un principio, ignorantes del juego, volvían a sus
casas sin oponer la más mínima objeción. Pero, cuando
vieron que ni retornaban al ejército los que primero habían
venido ni eran enviados a Roma casi nada más que los que
habían pasado el invierno en la Campania, y de éstos sobre
todo los promotores de la sedición, cundió en sus ánimos,
primero, la extrañeza y, después, el temor bien fundado de
5 que sus planes hubieran trascendido: enseguida, pensaban,
iban a ser objeto de investigaciones, de delaciones, de eje-
cuciones ocultas de uno en uno, y de la tiranía incontro-
lada y cruel de los cónsules y senadores en contra suya.
6 Cosas así van propagando en conversaciones clandestinas
los que estaban en el campamento, cuando ven que los
nervios de la conspiración son el blanco de la maniobra del
cónsul.

7 Una cohorte que no estaba lejos de Ánxur se situó cerca 7
de Láutulas en un estrecho pasillo entre el mar y las monta-
ñas para recoger a los que el cónsul despedía con unos u
8 otros motivos, como se ha dicho antes. Era ya una tropa
numéricamente muy consistente y no le faltaba más que un
jefe para tener la forma de un ejército regular. Y así, en
desorden y saqueando, llegan a territorio albano y, al pie
de la colina de Alba Longa, rodean su campamento de una
9 empalizada. Luego, terminados los trabajos, durante el
resto del día contrastan pareceres acerca de la elección de
un general, sin que ninguno de los presentes les inspire la
10 suficiente confianza. Pero ¿a quién se le puede hacer venir
de Roma? ¿Quién hay, patricio o plebeyo, que, a sabiendas,
quiera correr semejante riesgo y a quien se le pueda enco-
mendar, en la debida forma, la causa de un ejército que está

fuera de sí por culpa de una injusticia? Al día siguiente, 11
como proseguía la misma discusión, algunos de los que andaban saqueando al azar comunicaron haberse enterado de que Tito Quincio cultivaba un campo en Túsculo olvidado de la Urbe y de los honores. De familia patricia era 12
este hombre; a su vida militar, vivida muy gloriosamente, le había puesto fin una herida que le había dejado cojo, y decidió vivir en el campo alejado de las intrigas y del Foro. Nada más oír el nombre, reconocieron al hombre y deci- 13
dieron, «que fuese para bien», que se le hiciese venir. Pero había pocas esperanzas de que hiciese nada de grado; se acordó recurrir a la fuerza y a la intimidación. Así, en el 14
silencio de la noche, los que habían recibido esta misión penetraron en su casa y cayeron sobre Quincio entorpecido por el sueño manifestándole que no había otra alternativa: o el mando y el honor, o la muerte si ofrecía resistencia y no les seguía. Lo arrastraron al campamento. Nada más 15
llegar lo proclaman general y, mientras está aún asustado por lo extraordinario de tan repentino lance, le traen los distintivos de tal honor y le dicen que los conduzca a Roma. A continuación, llevados más por su propio arre- 16
bato que por la decisión del jefe, desclavan las enseñas y, en columna presta al combate, llegan hasta el miliario ocho de la carretera que hoy es la vía Apia. Y se hubieran diri- 17
gido a toda prisa a la Urbe, si no hubiesen oído que, en dirección contraria, venía un ejército y que, para hacerles frente, había sido nombrado dictador Marco Valerio, y jefe de la caballería Lucio Emilio Mamerco.

El dictador M. Valerio se hace con los rebeldes. Ley sacra militar

Tan pronto como estuvieron al alcance 40
de la vista y reconocieron las armas y las enseñas, inmediatamente el recuerdo de la patria aplacó las iras en todos. No 2
tenían aún valor suficiente para derramar la sangre de sus conciudadanos ni habían conocido otras

guerras que las exteriores, y consideraban la secesión de los
suyos como la suprema manifestación del desvarío; así
pues, tanto los jefes como los soldados de una y otra parte
3 buscaban encontrarse y hablar: Quincio, que estaba ya has-
tiado de las armas incluso a favor de su patria, cuánto más
contra ella; Corvino, que en su afecto comprendía a todos
los ciudadanos, sobre todo a los soldados, y más que a
nadie a su ejército. Se adelantó éste para una entrevistas.
4 Al reconocerlo, de inmediato, no fue menor el respeto que
le fue tributado por los adversarios, que el silencio por
parte de los suyos.

«Al salir de Roma, soldados —dijo—, imploré a los
dioses inmortales, vuestros, del Estado y míos, y en actitud
suplicante les pedí la gracia de que me concediesen la gloria
de lograr un entendimiento con vosotros, no una victoria.
5 Bastante hubo y habrá de donde extraer gloria militar: de
aquí hay que buscar la paz. Al hacer los votos, aquel cuya
realización he pedido más encarecidamente a los dioses
6 inmortales vosotros podéis hacer que lo consiga, si queréis 6
tener presente que no es en el Samnio ni en zona volsca,
sino en suelo romano, donde tenéis el campamento; que
esas colinas que estáis viendo son las de vuestra patria;
que este ejército es el de vuestros compatriotas; que yo soy
vuestro cónsul, bajo cuyas órdenes y auspicios el año
pasado dispersasteis por dos veces las legiones de los sam-
7 nitas, por dos veces tomasteis al asalto su campamento. Yo
soy, soldados, Marco Valerio Cuervo, cuya nobleza com-
probasteis por los beneficios, no por los desafueros que os
aportó, que nunca promovió ninguna ley tiránica en contra
vuestra ni ningún senadoconsulto cruel; más duro conmigo
8 mismo que con vosotros en todos mis mandatos. Y si a
alguien pudieron inspirarle orgullo su origen, su valía per-
sonal, incluso la majestad y los honores, tal era yo por
nacimiento, tal el ejemplo que había dado de mí mismo, tal

la edad en que había obtenido el consulado, que podía, cónsul a los veintidós años, sentirme superior incluso a los patricios, no sólo a la plebe. ¿Qué hecho o dicho habéis 9
oído de mí cuando era cónsul que fuese más duro que cuando era tribuno? Con idéntico talante desempeñé mis dos siguientes consulados, con el mismo ejerceré esta imperiosa dictadura, y no seré más indulgente con estos soldados míos y de mi patria que con vosotros, que sois —siento horror al decirlo— enemigos. Por consiguiente, antes des- 10
envainaréis el hierro vosotros contra mí que yo contra vosotros: de ese lado sonará la señal de combate, en ese se iniciará el primer grito de guerra y el primer ataque, si hay que pelear. Tomad una decisión que no tomaron vuestros 11
padres y abuelos, aquellos que se retiraron al monte Sacro y éstos que, más adelante, se asentaron en el Aventino. Esperad a que cada uno de vosotros, como en otro tiempo 12
a Coriolano, os salgan al encuentro desde Roma vuestras madres y esposas, con los cabellos sueltos. En aquella ocasión las legiones de los volscos, debido a que tenían un jefe romano, se estuvieron quietas; vosotros, un ejército romano, no desistáis de una guerra impía. Tito Quincio, 13
cualquiera que sea el puesto que ocupas ahí voluntariamente o por la fuerza, si hay que luchar retírate a la última fila; incluso actuarás más honestamente, si huyes y vuelves la espalda ante un conciudadano, que si luchas contra tu patria. Ahora bien, para conseguir la paz, actuarás bien y 14
honrosamente manteniéndote en primera línea y actuando de mediador en esta entrevista que puede ser la salvación. Pedid cosas de razón y llevadlas adelante; aunque es preferible atenerse a un arreglo, incluso injusto, a entablar una lucha impía entre nosotros.»

Tito Quincio, arrasados los ojos en lágrimas, vuelto 15
hacia los suyos dijo: «Soldados, si en algo soy de utilidad, también tenéis en mí un jefe para la paz mejor que para la

16 guerra. En efecto, no es un volsco o un samnita quien os acaba de dirigir estas palabras, sino un romano, vuestro cónsul, vuestro general, soldados; vosotros que experimentasteis lo que valían sus auspicios a favor vuestro, cuidaos
17 de experimentar lo que valen en contra de vosotros. Para luchar contra vosotros con mayor hostilidad, el senado tenía también otros jefes: lo eligió a él para que se mostrase indulgente como nadie con vosotros, sus soldados, y para que vosotros más que en nadie confiarais en él, vuestro
18 general. La paz la quieren incluso los que pueden vencer:
19 ¿qué debemos querer nosotros? ¿Por qué no dejamos a un lado ira y esperanzas, consejeras engañosas, y nos entregamos nosotros y todo lo nuestro a una lealtad que conocemos.»

41 Al producirse un clamor general de aprobación, Tito Quincio, avanzando delante de las enseñas, dijo que los soldados en el futuro estaban a las órdenes del dictador; le pidió que asumiese la causa de unos ciudadanos desdichados y, una vez asumida, la defendiese con la misma lealtad
2 con que estaba acostumbrado a gobernar la república; que por sí mismo en particular no tenía cuidado alguno, quería basar sus esperanzas únicamente en su inocencia; en cuanto a los soldados, había que tomar las medidas que el senado había tomado una primera vez con la plebe y una segunda con las legiones para que la secesión no fuese en perjuicio de ellos.

3 El dictador colmó de elogios a Quincio, pidió a los demás que tuviesen ánimo, se trasladó a Roma al galope y, por iniciativa del senado, presentó al pueblo en el bosque sagrado Petelino[271] una proposición de ley disponiendo que la secesión no iría en perjuicio de ninguno de los soldados. Pidió también, como una gracia a los ciudadanos de

[271] En el exterior de la puerta Flumentana.

Roma, que nadie se lo echase en cara a ninguno de ellos ni en broma ni en serio. También fue propuesta una ley 4 *sagrada* de la milicia disponiendo que no se borrase el nombre de ninguno de los soldados alistados sin consentimiento del mismo; se hizo una adición a la ley disponiendo que nadie que hubiese sido tribuno militar mandase después una centuria. Esto lo pidieron los conjurados por 5 causa de Publio Salonio, que casi un año sí y otro no era tribuno militar y primer centurión (que en la actualidad se llama primipilo). Los soldados le eran hostiles, porque 6 siempre había sido contrario a sus proyectos revolucionarios y, para no tomar parte en los mismos, había huido de Láutulas. Pues bien, como ésta era la única cosa que no se 7 conseguía del senado por consideración a Salonio, entonces éste hizo un llamamiento a los senadores para que no diesen más valor a su honor que a la concordia civil y los decidió a que también este punto fuese propuesto al pueblo. Se hizo también una petición igualmente desmedida: 8 que se les rebajase la paga a los de caballería —en aquella época ganaban el triple que los de infantería—, porque se habían opuesto a la conjuración.

Variantes en la tradición acerca de la rebelión

Aparte de estos hechos, encuentro, en 42 algunos autores, que el tribuno de la plebe Lucio Genucio presentó a la plebe una proposición prohibiendo la usura; asimismo, que, por medio de otros ple- 2 biscitos, se proveyó para que nadie accediese a una misma magistratura hasta pasados diez años, ni desempeñase dos magistraturas en un mismo año, y que sí se pudiese elegir a dos cónsules plebeyos. Si se le hicieron a la plebe todas estas concesiones, resulta evidente que la sublevación contó con fuerzas considerables. En otros anales se sostiene 3 que ni se nombró dictador a Valerio, sino que los cónsules se las entendieron con todo el problema; ni habría sido

antes de llegar a Roma, sino en Roma, donde aquella multitud de conjurados se habría lanzado a las armas en un
4 arrebato, y no habría sido en la casa de campo de Tito Quincio, sino en la residencia de Gayo Manlio, donde se habría irrumpido de noche y le habrían echado mano los
5 conjurados para hacerlo jefe; a continuación, habrían marchado hasta el miliario cuatro y se habrían asentado en una posición fortificada; y no habría sido de los jefes de donde habría partido la propuesta de entendimiento, sino que, de forma súbita, cuando se habían adelantado los ejércitos con sus armas hacia la línea de combate se habrían salu-
6 dado, y los soldados, entremezclándose, habrían comenzado a darse la mano y abrazarse entre sí llorando, y habrían forzado a los cónsules, que veían la actitud de los soldados negada a la lucha, a presentar al senado una pro-
7 puesta tendente a restablecer la concordia. Hasta ese extremo los historiadores antiguos no coinciden prácticamente en nada, a no ser en que hubo una rebelión y que se le dio solución.

8 El rumor de esta sublevación, así como la pesada guerra emprendida con los samnitas alejó a algunos pueblos de la alianza con Roma; y aparte de la falta de respeto a los tratados por parte de los latinos, que databa ya de largo tiempo, también los privernates hicieron una incursión repentina y devastaron Norba y Secia, colonias romanas vecinas suyas.

ÍNDICE DE NOMBRES *

* Los números romanos indican el libro; el primer arábigo, el capítulo; el que sigue a la coma, párrafo. El guión separa párrafos consecutivos, y la coma, los párrafos salteados. El punto y coma separa capítulos. Entre paréntesis van las menciones indirectas.

ÍNDICE GENERAL